

Las **F**lores que se

Arrancan se

Marchitan



Alvaro Castillo

ALVARO CASTILLO

LAS FLORES QUE SE
ARRANCAN SE MARCHITAN

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

Prólogo

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

BIOGRAFÍA Y ENLACES

LAS FLORES QUE SE ARRANCAN SE MARCHITAN

(entrevisión de la Madre España tardofranquista, 1973)

Si la Madre España cae

Digo, es un decir, si cae

España, aparta de mí este cáliz

César Vallejo, 1937

PRÓLOGO

La suscita fila de viajeros del vuelo 693, a Lisboa, gotea y se deslíe, poco a poco, sobre el hormigón a rayas del aeropuerto internacional de Ezeiza, en las afueras de Buenos Aires.

Despunta una mañana clara y fría, otoñal, un poco triste. El sol, al borde del horizonte, parece diminuto, estar lejísimos.

El último de los viajeros en salir del edificio terminal, de cemento expuesto y grandes ventanales, seré yo. Puertas adentro todavía, bajo la mirada entre impaciente, indiferente y comprensiva de un steward de uniforme y una azafata de tierra, beso a Marisa, una vez más, en la frente y las mejillas.

-¿Te acordarás de mí, Diego? –me pregunta Marisa-. ¿Me escribirás cada día? Quiero que me lo cuentes todo, Diego, hasta lo que no se debe –sonríe-. Me quedo muy sola, no te olvides. Muy, muy, muy, muy sola, corazón.

Se aprieta contra mí, rígidos los músculos, tensa y hacia atrás el largo cuello, refulgente la cabellera cobriza, muy abiertos los ojos y casi sin parpadear.

-Quiero que me lo prometas de verdad, Diego –me pide.

-Prometido y pactado, princesa –le digo-, siempre que vos me cuides a Isabel y me la trates bien.

-Ya me empiezo a sentir viuda, Diego, arrinconada en el olvido –Marisa me clava las uñas en el dorso de la mano, separada ahora un paso de mí-. ¿No es horrible? –se ríe sin ganas.

Freya van Calster, María la Segunda y su último marido, que nos han acompañado, fingen un hipnótico, un silencioso y como pasmado interés, no demasiado convincente, a decir verdad, por unas grandes fotos murales, a todo color, que publicitan a la silvestre y sofisticada, a la tan lejana como contradictoria Bariloche. En las fotos (son unas cuantas) hay un infinito lago inmóvil, de color plata, hay un denso y sombrío bosque de coníferas, surcos de esquí sobre nieve ondulada, bungalows que humean por la chimenea, una calle de noche con anuncios de neón, vehículos a cable que penden del aire y gente vaso en ristre que sonrío bajo techo, que flirtea, se acaricia, platica y se emborracha al calor de grandes leños encendidos. Melancólico final, me digo, para los adustos gigantes de los bosques.

-No te olvides de mí, Diego –dice, repite, insiste Marisa.

-Aunque quisiera, princesa, ¿cómo podría?

-Me voy a sentir muy mal, Diego –dice Marisa-. Ninguno de nuestros adioses, tantos que han sido, me ha resultado tan difícil, tan doloroso, tan desesperado. Tal vez no nos volvamos a ver, Diego. Me siento morir de sólo pensarlo.

-No lo pienses entonces –le digo-. Es una estupidez sin fundamento. ¿Cuándo vas a volver a Montevideo?

-¿Te preocupa Isabel? –el tono de voz de Marisa se hace más cortante- La trataré como a una diosa, Diego –me asegura-. La cuidaré, verás, la mimaré, la sacaré a pasear. Atenderé a todos sus gustos, caprichos y deseos; seré su esclava si es necesario. Nada le faltará, Diego. ¿Conformes?

Me toca en la cara, como a ciegas, se pone en puntas de pies y entrelaza a mi nuca sus finos dedos, hoy fríos. Con deliberada lentitud aproxima a mi cara sus ojos color violeta, su nariz rapaz y su boca entreabierta, el tibio aliento.

-Corazón –balbuce.

Me besa en los labios una vez, 2 veces, 3. A la siguiente me introduce la lengua, vibrante, entre los dientes. Se separa después, jadeando un poco, y se suelta de mí, se deja caer.

-Mejor que te vayas –dice.

El texto que viene a continuación lo escribí para Marisa, bajo forma de cartas, entre mediados de abril y finales de julio de 1973, fechas ya lo bastante lejanas como para impulsarme a creer que estas páginas, intrascendentes y sin pretensiones, hoy acaso se dejen leer como si se tratara de un relato de ficción, facturado bajo argucia como del género epistolar y adscrito su autor al minimalismo, a la tendencia menguante, a la escuela reductivista de Turín o al método de omphaloskepsis neoyorquino. Lectura, en suma, de ferrocarril y salas de embarque, del kiosko al cesto; subliteratura pura.

D.B.
diciembre, 1998
Madrid

UNO

El avión está casi vacío. En la clase barata habrá, a lo sumo, entre 12 y 15 pasajeros, y en la clase de lujo no hay nadie hasta hace muy poco: ahora estoy yo y estoy solo. Trataré de contarte cómo ha sido.

De Buenos Aires, no se sabe por qué, nos trasladan, por encima de los Andes, a Santiago de Chile, en donde nos demoramos cerca de una hora, sin que se nos autorice a salir del aparato y sin que se haya subido ni bajado, que se sepa, pasajero ninguno.

Hace unos minutos, por fin, hemos vuelto a despegar, ahora con destino a Asunción del Paraguay, donde nos espera otra escala de una hora, sin que se nos autorice, tampoco entonces, a salir del avión. El por qué de esta desatinada trigonometría a reacción es uno de esos misterios de la ciencia aeronáutica que nadie de a bordo, ni pasajero ni tripulante, ha sabido desvelar.

-Hacemos lo que nos mandan –se disculpa el comandante, mediante megafonía.

El viajecito, como comprenderás, promete ser largo, pero no aburrido –no para mí, por lo menos, y siempre que el destino, tan voluble, no se tuerza como suele.

Confiado mal que bien en mi buena estrella, Marisa de mi vida, y obediente y fiel a lo pactado y prometido, me he puesto sin perder tiempo, del aire arriba, a escribirte.

Al subir al avión, con las turbinas ya en marcha y un luminoso encendido, No smoking, al que acto seguido se le sumará otro, tan innecesario

como el anterior hostil, Please fasten your seat belt, pienso y me digo, no bien acomodarme, que necesito con urgencia beber algo, un trago fuerte, para afrontar la magna travesía. Y sabedor de lo mucho y lo bien que me conocés ni trataré de engañarte, corazón; no podría aunque quisiera, como no podré olvidarte.

Sentado hacia la cola del avión, en la más olímpica de las soledades, sin ningún otro otario que me incordie en media milla a la redonda, por lo menos, me dedico a contemplar, con una tan acechante como cautelosa morosidad, el continuado ir y venir, profesional, sonriente y dúctil, de las azafatas.

Como ya calcularás, hay un par que me miran cada vez con una discernible picardía invitatriz, el húmedo airecillo receptivo. Es otra, sin embargo, la que más me llama y me despierta la atención. Es una jovencita campaneante y tersa, de pelo y ojos oscuros, boquita frutal y piel canela, terracota suave. Te diré, por más que te suene a ofensa e insulto personal, que si ella me mira es porque estoy ahí, nada más; su rutinaria mirada solamente me registra, me suma como uno más a la cifra de viajeros.

Los cuentan, ya sabés.

Yo, por mi parte, la miro venir, la veo alejarse. Anda siempre muy de prisa, con una actitud airosa y resuelta, más o menos petulante, que me resulta un poco patética en mitad de aquel desierto de respaldos alineados que configura el campo, para mi desolador, donde ella pone en práctica su desafiante eficacia, de la que yo no dudo.

Ya la he visto pasar 2 o 3 veces en una dirección y otras tantas en la otra, tan formal, tan seriecita y segura de sí misma, tan linda además, por supuesto, cuando la veo venir una vez más, acercarse, y me decido y la llamo:

-Señorita.

Le hago señas con una mano.

-Senhor?

-¿Me puede traer un whisky, si es usted tan amable?

-¿Ya?

La muchacha parpadea y arquea una ceja, como si mi petición, como poco, le resultara inusual, condenatoria. Parece algo más que perpleja, allí de pie, en el pasillo, junto a mi línea de asientos; son 3, y yo estoy junto a la ventanilla, de modo que otros 2 asientos, vacíos, nos separan.

¿Será posible, me digo, que yo haya irritado ya, así, a la 1ª, a esta tersa jovencita? Su actitud, al menos, me lo da a entender; la muchacha golpetea un par de veces el respaldo de un asiento, con un dedo de punta nacarada, se encoge apenas de hombros y no esconde, al mirarme, una sombra de desdén. Me sonrío también, aunque sólo al impulso de la mecánica cortesía que dan las horas de vuelo. Me parece que esperara, de mi parte, una respuesta, disculpa o justificación de causas, pero yo me he quedado callado, sin dejar de mirarla, y sigo callado todavía 3 segundos y 5 después. Entonces la muchacha se recompone, se endereza, se ajusta sin que haga falta el cuello del uniforme, tirona de los puños y me dice:

-En seguida se lo traigo, senhor.

Tardará varios minutos, no obstante, en volver, y cuando al fin reaparece, desde el fondo del avión, viene trayendo, en las manos, una bandeja de plástico azul y, sobre la bandeja, el pertinente vaso, de plástico también, transparente, con 2 cubitos de hielo, más una botella pequeña de agua mineral o soda y una de esas ridículas botellitas de whisky para avión, con el emblema, en este caso, blanco y negro, de los 2 perritos.

Sin pronunciar ni palabra, la muchacha se inclina a disgusto, se le nota, entre las filas de asientos, estira un brazo y descuelga una mesita plegable, que viene sujeta al respaldo del asiento de adelante. Pone la bandeja

en la mesita y, cuando va a destapar el agua mineral, la soda, lo que sea, le digo que no se moleste, que no hace falta; ni el vaso tampoco ni el hielo. La muchacha se endereza, acentuado el desdén de su expresión.

-Lo que usted diga, senhor.

Su voz es ácida.

Recoge de la bandeja la botella de soda y el vaso y se va. Yo me la pienso medio minuto, con los ojos cerrados, al tiempo que paladeo el primer sorbo de whisky, que me consume una buena mitad del escueto contenido de la botellita.

Veré pasar a mi hostil azafata alguna que otra vez, por el pasillo, con el mismo andar rápido de antes y el mismo aire, decidido y eficaz; y entonces ya no me ignora, ya ni me mira. Elude mirarme cada vez, y yo cada vez no sólo la miro, corazón, sino que me giro, doy vuelta y contorsiono para seguirle la nuca, la espalda, las ancas y piernas hasta que se me la tragan, aparato al fondo, unas antipáticas cortinillas verdosas, color bilis.

Me he terminado la botella de 2 tragos, pero todavía esperaré un buen rato para pedir reposición de líquido; y encima con ganas de fumar, cosa que me impide el admonitor letrerito iluminado, que se multiplica ad nauseam sobre los asientos.

No sé, nena mía, si te has percatado de lo que tarda el avión en despegar. No sé siquiera, no puedo saberlo, si en realidad te habrás quedado hasta que el avión despega. Te aclaro, por las dudas, que el despegue se demora y la demora se alarga, se prolonga y eterniza. Pasará más de una hora, desde que subo al avión por la escalerilla en popa, con tus lágrimas aún en la solapa y el perfume de tu piel y el aliento de tus besos en mis dedos y mis labios todavía, hasta que el avión despega. Todo el rato me lo paso con el tajo irrestañable de tu ausencia, corazón; y sin fumar y sin alborotar por la demora, como hacen otros, y sin beber y sin hacer preguntas.

Resignado, saco del bolsillo del gabán que me compraste una del montón de novelitas de Maigret que me obsequiaste y de paso aprovecho para palpar, una vez más, con mis toscos dedos falaces de albañil que nunca he sido, esa tersura inimitable y única que tiene el dólar –los dólares que vos me diste con tu llanto, tu fragancia y con tus besos, corazón.

Me leo unos capítulos de la novela de Maigret, que ya he leído, lo que no me impide disfrutarla igual, como la visita de alguna agradable tía vieja, entre conatos ahogados de bostezo y una especie de ternura misteriosa, producto de la nostalgia, supongo, de los recuerdos de infancia.

Así que, mientras Maigret se enfurruña y fuma en pipa, una azafata y un steward nos detallan, con el mudo lenguaje de la mímica, lo que uno tiene que hacer para encontrar y ponerse el salvavidas de emergencia y para usar la máscara de oxígeno. La breve demostración es ya, de por sí, lo bastante explícita, macabra y agorera como para que encima nos la reciten trilingüe por los altavoces, primero en portugués, luego en inglés y por último en un grácil y preciso español en el que reconozco la voz de terracota, grabada sin duda, de mi remota y desdeñosa azafata; muy pronto me enteraré de que responde por Ayné, de modo que, si no te importa, pasaré a llamarla así a partir de ahora; un lindo nombre, ¿no te parece?

Superado el mal trago de aquella demostración, en pro de un salvataje más bien hartamente improbable, transcurridos unos cansinos y aletargados minutos bajo el sonido compacto y monótono de las turbinas en marcha, la veo que pasa, Ayné, y espero que vuelva, de frente a mí, para llamarla por segunda vez:

-Señorita.

-Senhor?

Su tono está justo al borde de caer en la aspereza, y sus ojos persisten en evitar los míos. Le enseño, entre 2 dedos, la botellita vacía, al tiempo

que recurro, para ver de poder romper el hielo, aunque sin gran optimismo, te diré, en cuanto a los resultados, a la más ecléctica y mundana sonrisa del variado repertorio. Lo único que consigo es que la muchacha levante una ceja, contrariada.

-Otro whisky, senhor?

-Hagamos que sean 3, si no le importa, señorita. Así no la molesto por un rato.

-No me molesta, senhor, es mi trabajo –dice la muchacha-. Por lo demás, hay otras 4 azafatas a bordo. No tiene por qué llamarme siempre a mí.

-La llamo a usted porque me gusta mirarla, señorita.

Con una fría sonrisa envarada, Ayné se gira, se aparta. Antes que se me aleje, si es su intención hacerlo, la toco en un brazo, lo que la obliga a volverse y mirarme. Un bosquejo de arrebol le sube a las mejillas, aunque no es por pudor o vergüenza sino de pura rabia contenida, nada más.

-Enfádese si quiere, señorita –le digo-. Sin duda está en su derecho; pero antes subamos el pedido a media docena, así ya no la vuelvo a fastidiar, se lo prometo, hasta que estemos sobrevolando el Atlántico.

-En São Paulo –me contesta- se releva la tripulación.

Advierto en su voz un matiz vengativo, jubiloso, que me deja callado, entristecido casi. Un idilio imposible tronchado de raíz, me digo; no hay justicia.

Ayné me mira ahora a los ojos. Me mira, además, con una especie de naciente, de vacilante curiosidad, y acaso, también, con una pizca de lástima. Sacude la cabeza, como desencantada y a la vez arrepentida, disculpándose, y me pide, por favor, con una voz muy tenue, tosecitas, si le alcanzo la bandeja, senhor. Me da la impresión de que no se atreve a recogerla con sus manos, o que, por lo menos, la idea no le agrada. Para hacerlo, es claro, se tendría que inclinar entre los asientos, estirarse hacia mí, y es

bien probable que se piense y crea, con esa retorcida lógica que distingue a las hembras de la especie, que soy muy capaz de tratar de besarla, manosearla, actuar como suelen, en ocasión semejante, los machos de la ídem, el sexo idiota. De modo que no, criatura, me digo, y voy y le doy, faltaría más, su maldita bandeja.

-Obrigada, senhor –me dice.

Pasados unos minutos, cuando Ayné todavía no ha regresado, se aparece del fondo del avión un tipo con uniforme, que lleva unas alas doradas desplegadas en la solapa. El tipo, esbelto y casi elegante, de nítidas facciones y grandes cejas, sigue de largo unos pasos, se gira a medias y me mira, pienso, y me vuelve a mirar desde más lejos, con visible desconfianza y quizá con desagrado. Acaso prevé inconvenientes, calcula las medidas a tomar.

El avión ya empieza a carretear, hacia la pista de velocidad, cuando Ayné reaparece y se para en el pasillo frente a mí, con la bandeja sobre las manos. En la bandeja forman fila las 6 botellitas, 3 y 3, todas iguales.

Con la bandeja en las manos todavía, de pie, mirándome, Ayné se muerde, con fuerza, el labio de abajo. Parece un poco trémula, más pálida, asustada quizá o avergonzada, me digo, como si el whisky se lo fuera a beber ella. No le doy tiempo a inclinarse para colocar la bandeja en el soporte que tengo adelante, sino que prefiero anticiparme. Con suma delicadeza, con toda la delicadeza de la que soy capaz, con más delicadeza, en todo caso, de la que ella hubiera esperado, con tanta, por comparencia, que hasta la aturde un poco y le provoca un repetido parpadeo, recojo de sus manos la bandeja.

-Es usted un ángel, señorita –le digo, ya reclinado de nuevo en mi asiento, con Maigret en una mano y la bandeja equilibrística en la otra-

¿Cuánto tengo que abonarle?

Dejo la bandeja en el soporte y busco tus bienaventurados dólares en el bolsillo del gabán; los saco; los 200 en su entera magnitud, todo mi universal capital.

Ayné me observa, presumo, bastante intrigada y a medias confundida, tal vez porque sus previsiones, desagradables sin duda, no se han cumplido, por lo menos hasta ahora, o porque no termina de creerse que me vaya a beber, todas enteras, las 6 breves raciones de whisky que me ha traído.

-Hay tiempo, senhor –me dice.

Destapo la 1ª botellita y le doy un beso aleve que la deja seca, yerta, inútil. Ayné me mira todavía cuando me vuelvo a enfrascar, con Maigret, en la turbia duermevela de París entre las guerras. Maigret bebe pernod, interroga porteras y aguarda, con su pipa, callado, enfurruñado y enorme, en diferentes zaguanes y bajo la llovizna fría de las esquinas.

Ya sobre los Andes, a las 3 horas y media de vuelo, liquido la última de las 6 pusilánimes medidas de scotch y también cierro a Maigret por el punto final. Maigret está en cama, con fiebre, y llueve gris en París.

Yo reduzco al portafolios el libro terminado, y de una bolsa que cuelga del respaldo frente a mí saco un bloc de hojas de carta, que trae adjunta una preciosa birome de 3 caras, azul, con una triple inscripción de color dorado que dice: Transportes Aereos Portugueses.

El whisky me ha puesto triste, corazón.

Le empiezo una carta a Isabel, mi dulce mujer legal, con la idea de mandársela desde São Paulo, junto con ésta a vos, si es que en São Paulo venden sellos y hay buzón.

Me siento triste por todo, Marisa, y sobre todo por vos. Montevideo kaputt bajo botas claveteadas, Isabel que dará a luz a mi tercer hijo

cuando yo esté ni sé en dónde, y vos, me pregunto, princesa, ¿en brazos de quién?

Triste, pues, por vos, por Isabel, por mí, por todo, por el hijo aún no nacido y la ciudad pisoteada, sembrada de coroneles, nada más lógico, pienso, que recurrir al champagne, si es que hay a bordo.

De modo que voy y llamo, no a Ayné en esta ocasión ni ya nunca, me digo, sino a otra muchachita bien distinta, una rubia de ojos claros con carita de muñeca, como le diría Gardel, juguetona y pizpireta. Una nena de aire fácil, Marisa, como vos, un suponer; es claro, rectifico, me apresuro, que sin tu clase, princesa, sin tu estampa ni siquiera tu cachet de niña bien.

La rubiecita, cuando la llamo, se acerca en seguida, solícita y dócil, sonriente, y observa, entre curiosa y divertida, las 6 botellitas vacías que he alineado en la bandeja.

-Por supuesto que hay champagne –me asegura-. ¿De cuál marca tú lo quieres?

-De la que a vos te parezca, princesa –le digo-, y en botella de verdad, de ser posible.

-¿Grande, quieres decir? Oy, es claro.

Se estira, la muñequita rubia, para recoger la bandeja del soporte frente a mí, y es mi costado angélico y lunar, no soy yo mismo, el que le acierta con una suave palmada en el trasero. Ella suelta una exclamación más teatral que sorprendida, en seguida una risita y se endereza, pero con tanta gravidez, Marisa, tal lentitud, que mucho me temo que de lo que se trata es de darme y concederme todo el tiempo del mundo para análisis y exploraciones; de haber querido, me digo, me la hubiera podido aprender de memoria, corazón.

-Uh, uh –dice la muñequita al enderezarse, al fin, del todo.

Se tambalea un poco, me mira entre las largas pestañas semiabatidas y no tarda ni un minuto en volver con mi champagne, una honrada y sensata botella de 3 cuartos de litro de Möet et Chandon, además bien frappé.

Qué otra cosa mejor se le puede pedir a este sórdido, penoso y sufriente mundo humano, quisiera saber.

Pienso que no hay caso, que los portugueses son un pueblo antiguo y pobre, y por lo tanto cordiales y nobles.

Con la lengua laboriosa que le asoma, la muñequita rubia pugna por arrancar, de la botella, el papel de plomo con el que viene envuelto el corcho.

-Te vas a quedar sin uñas, criatura –le digo-. Dame aquí.

Ya me he percatado, por el rabillo del ojo, como dicen las novelas (mal) traducidas de Balzac, que Ayné nos observa, desde hace unos instantes, por mi espalda, quietecita en el pasillo, a unas 3 o 4 filas de distancia. Así que, visto el caso, opto por el rol del cavernícola, que tan bien se amolda con mi fisonomía en general. Con un brusco giro, pues, de la muñeca, arranco de un tirón energético alambres y papel de plomo junto con el corcho, que hace pof –y el generoso Möet me espumarajea entre los dedos.

Siempre seré, Marisa, un maldito tarambana y fanfarrón, como vos bien sabés y proclamás, según decís, para tu delicia y tu condenación.

La muñeca pelo rubio, allí, sobre las cumbres nevadas, hace mohines y aplaude.

-Uh uh –dice-. Cuánta fuerza tú tienes.

-Soy un energético botarate, princesa –le digo.

-Uh, sí –me asegura, con un enfático asentimiento.

El champagne se ha derramado de los dedos a la manga y la espuma me chorrea el pantalón. La rubia, con la botella, no se ha olvidado la copa, que yo he llenado y le ofrezco.

-No tenemos permisión –me dice ella, con aire de lamentarlo.

-Entonces salud, princesa.

-Uh, uh.

Vacío la botella de champagne poco antes de aterrizar en Santiago, rubrico la carta para Isabel y la doblo y la meto en un sobre alargado, con un monograma dorado de la compañía, que dice TAP. En el sobre, con prolija letra legible, pongo el nombre y la dirección de la destinataria, cierro el sobre con la lengua y apago el cigarrillo; ya se ha encendido el profuso letrerito precautor.

Escucho, sin oírla de verdad, una voz átona, masculina, que menciona grados Fahrenheit y centígrados y no sé qué corno más, y unos minutos después, ya inmóvil y en tierra el aparato, estoy absorto en esa nada gris de los aeropuertos, por la ventanilla, sin ver ni el menor distingo entre el Chile socialista y la Argentina preperonista que he dejado hace unas horas. Tengo un Perry Mason, de los que me regalaste, abierto y boca abajo en una rodilla, sin poder fumar y ya sin ganas siquiera de beber, sin ganas tampoco de leer, nada. Pienso en vos, Marisa, con oscura y prohibida devoción. Me arranca de tu piel una voz tímida, quebradiza, de cristal:

-¿Me permites, por favor?

Es Ayné, Marisa, le acertás.

Es Ayné que me mira, desde el pasillo, ahí al lado, con una especie de precaria, desdibujada malicia, y una cierta flagrante ansiedad, una temeridad de kamikaze mujer.

La audacia de los tímidos, corazón, es algo que vos no conocés, que tal vez ni entenderás. Yo era muy tímido cuando niño, como vos bien te acordás, y a menudo me pregunto si en el fondo no seré, todavía, un tímido incurable, nada más que la hipertrofia de aquel niño asustadizo y solitario que vos llamabas a tu cama por la noche para que el miedo no le minara el

sueño. Es posible que todas mis compadradas y fanfarronadas, que todo mi despliegue y mis desplantes de soberbia y prepotencia, mi atolondrado ritual de cada día, borracheras, broncas y mujeres, no sean más, en realidad, que una desmesura, por contraste, de mi propia y enfermiza timidez.

-¿Puedo? –pregunta Ayné.

Con un repentino gesto decidido, que le afila las facciones, Ayné se deposita en el asiento del lado del pasillo, dejando otro asiento libre entre ella y yo, que es donde he puesto el bloc de papel de carta con el sobre encima, para Isabel.

-¿Una novia?

-Mi mujer, señorita. Legítima y bendecida.

-Ah –dice Ayné, como si no se lo hubiera esperado-. Mira tú –añade-. ¿Quién diría?

Vacila un poco, se mordisquea el labio de abajo, que sujeta y empuja con un dedo, y se vuelve a sonrojar. El suave arrebol le asciende desde el cuello y le trepa hasta los pómulos; y ahora no es producto de la rabia, sino, ahora sí, del pudor; es conciencia de su audacia.

Me gusta la muchacha, Marisa, corazón.

-Me llamo Ayné –me dice-. Ayné Ribeiro. Tengo un novio, en Portugal, que se quiere casar conmigo, pero yo no creo que me quiera casar con él. Ni con él ni con nadie, nunca –sacude la cabeza- Nunca -repite-. ¿Tú cómo te llamas?

-Diego, princesa –le digo-. Diego Balcárcel.

-Yo no debería estar aquí, Diego.

-No te voy a obligar a que te quedes, Ayné.

-El sobrecargo piensa que estás borracho, ¿sabes?, y teme que armes jaleo.

-¿No será más bien que se lo dijo un pajarito, Ayné?

-Bueno –Ayné sonríe, liberada de algo, más suelta y desenvuelta, relajada casi-. En cierto sentido sí –se ríe-. Sí –repite-. Cuando me vio con todas aquellas botellas es lógico, me preguntó a dónde las llevaba, de modo que se lo dije. Le dije no sé, me pareció –me mira con expresión traviesa- que podías ser un pasajero potencialmente difícil. Y encima después tú vas y coges a Roberta y le das un palmetazo allí donde tú sabes.

-¿Y de nuevo el pajarito se lo cuenta al sobrecargo, Ayné?

-No no. En este caso el sobrecargo se lo cuenta al pajarito. Por eso yo me acerco y los observo, porque ya a esas alturas no me parecía que tú fueras de esa clase. Tampoco me parecía, ni me parece, que estés borracho.

-No estoy borracho, Ayné.

-¿Con todo lo que has bebido? Cuesta creérselo, ¿sabes?

-Cuando se bebe por miedo resulta muy difícil emborracharse, Ayné.

Y a mí volar me da miedo. He ahí la triste verdad.

-Pobrecinho –dice Ayné.

Su mano sube en el aire, entre los 2, y se acerca a mi cara como para tocarme, pero a 5 centímetros se detiene, se queda un instante suspendida y por último cae encogida.

-Tú -dice Ayné- eres de Buenos Aires, ¿no es cierto?

-No lo es, princesa –le contesto-. Soy de provincias.

-¿De dónde? –dice Ayné-. Déjame adivinar –me ataja-. ¿De Corrientes?

-No.

-De Entre Ríos, entonces.

-No.

-De Santa Fe. ¿De Santa Fe? ¿Sí?

-No del todo, princesa –le digo-. Soy de la Banda Oriental, en realidad. Tal vez no la conozcas.

-Sí –me dice-. El Uruguay, un uruguaio. ¿Y qué vas a hacer a Portugal, Diego? Porque vas a Portugal, ¿verdad?

-Voy a Lisboa, princesa.

-¿Ya has estado en Lisboa? –pregunta Ayné-. ¿La conoces? ¿Te quedarás? ¿Cuánto?

-Jamás la he pisado, Ayné. Tenía la remota esperanza de que tú me la enseñaras. En fin; no se puede tener todo en esta vida.

-No.

Ayné se pone de pie con rapidez, con la misma especie de urgencia con la que habla y anda. Poco a poco ha emergido de su sonriente y frágil desvalidez para recuperar su aire profesional (y por lo mismo algo patético) de dinamismo, resolución y eficacia.

En Asunción.

Miro por la ventanilla un largo y monótono edificio gris, de grandes ventanales en los que se refleja un sol rojizo, que ya empieza a declinar. Un tipo de la tripulación me acaba de comentar, con deferente sonrisa, que el general Stroessner está en el aeropuerto.

Mirá qué honor, corazón.

Al parecer, sin embargo, el general no ha venido al aeropuerto a rendir pleitesía al Chino Balcárcel, como hubiera sido de esperar, sino a presenciar, por motivos que sin duda son de echarse a temblar, las pruebas de vuelo de un avión de caza Harrier, nada menos, el famoso aparato inglés del que se advierte a lo lejos su negra y afilada silueta mortal.

La gente, ahí atrás, se ha desplazado en masa, si 15 son una masa, para contemplar el Harrier por las ventanillas de estribor. Como producen un cierto alboroto, yo me levanto de mi mullido y amplio sillón en la clase de lujo para ver qué diablos pasa con la plebe. Ya sabés cómo son las cla-

ses bajas, corazón, que se soliviantan y acaloran con la menor tontería, y entonces sudan y linchan.

En el pasillo, un tipo gordo con pinta de marinero holandés en pleno gozo de su jubilación, rubión, mofletudo y grandote, con la cara colorada y la barriga prominente por mor de la cerveza, la pipa apagada en la boca, se bambolea como si todavía estuviera en su barco, hace un montón de ademanes y habla con nadie en inglés.

El tipo habla del Harrier, corazón. Afirma que es la última e insuperable maravilla de la tecnología del viejo león británico, un aeroplano que despega y aterriza en vertical; lo ejemplifica con la mano, zuum, que sube y baja y vuelve a subir. Un avión que alcanza una velocidad, dice, de más de dos mil quinientos kilómetros por hora; mach two, especifica, y es el primer avión, añade, capaz de mantenerse inmóvil en el aire.

El tipo parece un anuncio de radio, si es que algún día los aviones de guerra se anuncian por la radio, cosa que dudo pero no descarto.

-Sixty thousand feet high –exclama.

La Harrier, me preguntó, ¿le pagará? El tipo exuda orgullo, Marisa; ese estúpido orgullo patriótico, pequeño burgués, británico en este caso, inglés, aunque el tipo no parece inglés y dudo que lo sea, no sé por qué.

Me da la sensación, por lo demás, o acaso es el champagne, de que todo esto no es más que una engañifa: el publicista del Harrier, el Harrier, Stroessner, hasta yo mismo y Ayné y también Roberta, que observa a los amontonados viajeros con una tolerante displicencia profesional, hija de la costumbre, la rutina y el hartazgo. Luego se me acerca, eludiendo con un hábil recorte al charlatán.

-¿Qué has hecho tú a la Ayné? –me pregunta.

-No te preocupes, princesa –le contesto-. En São Paulo cambian la tripulación, bien lo sabés.

-En São Paulo, ya –me dice y se va, entre sonriente, enfadada y preocupada.

Yo acto seguido me vuelvo mansito a la clase de lujo, donde estoy a solas. Aquí reanudo mi abrazo epistolar con vos, milonguita.

Mi repentino trasvase social, mi inesperado ascenso de status se produce, te diré, a los 2 o 3 minutos apenas de haber despegado de Santiago. El avión, ganando altura, vuelve a enfilar hacia las cumbres nevadas de los Andes.

Por allá abajo, pienso yo, es por donde se cae aquel avión militar, no hará ni un año, que lleva a bordo al equipo de rugby de los Lunáticos, y que será la tumba de tantas cosas; de mi muy larga amistad con Machaca Cilaurren, de la breve vida terrena de Negrito Morgan, de la cordura de su padre Juanjo y de la bucólica indiferencia con que los veinte apellidos privilegiados contemplaban, desde la simétrica atalaya del Barrio de la Luna y de Carrasco, los escombros del resto de la ciudad, la del populacho gris y amorfo, a bayoneta calada, todo malvón enfangado. La urdimbre de 3 o 4 generaciones de matrimonios y adulterios, corazón, de poco sirve cuando se tienen que comer unos a otros, hermanos, primos y sobrinos, como sucedió en los Andes.

Y vos, Marisa, y yo; también nosotros pertenecemos, nos guste o no – vos con tus millones, yo con mis vintenes-, a esa misma sangre caduca, arrogante, nihilista y perdularia, que ayer produjo a Jimmy Villanueva, suicida, como antiyer a Lalo Castro, alias el Malevo, que se murió de tristeza, y hoy a tu hermano Sigfrido, cuatro veces infectado de sífilis, que nace con el iris sin pigmento, los ojos sin color como aguavivas; taras de la endogamia, corazón. Vos misma y yo, tan impunes como nos hemos creído, somos reos los 2 de lesa sociedad, con contumacia y alevosía.

Todavía, salidos de Santiago, continúa en vigor en artero letrerito que me prohíbe fumar cuando Ayné se me acerca. Ha surgido de entre las cortinas floreadas que delimitan a la clase barata, allá hacia proa, y me sonríe al avanzar por el pasillo. Llega por fin junto a mí y se detiene, apoyada en el respaldo delante del mío, y me mira con ojos brillantes de malicia.

-Ven conmigo, uruguaio –me dice.

-¿A dónde, princesa? ¿Para qué?

-Vente conmigo –insiste Ayné-. Vamos, uruguaio. Sin preguntas.

La sigo, camino del morro, y paso tras ella al lado noble de la débil aunque estricta barrera de clases de donde la he visto salir.

Me he sentado cabe una ventanilla, donde me indica Ayné, del lado de babor. El asiento, casi confortable, se reclina obediente, aunque perezoso, a la caricia de Ayné a una palanca que trae al flanco; la trae el asiento, entenderás.

-¿Un puño, uruguaio?

Ayné me toca y recorre mi asendereada nariz con la pulpa de un dedo.

-Una barra de fierro, princesa, y la culata de un 38 de reglamento.

-¿Maridos ultrajados, uruguaio?

-Un fanático del basket ball y un policía psicópata –le digo-. Jamás me he peleado con el marido de nadie, Ayné. Nunca he tenido por qué.

-Me parece que mientes –canturrea Ayné-. ¿Whisky o champagne, uruguaio? ¿Qué prefieres?

-Te prefiero a ti, Ayné.

-Vuelvo luego –dice ella.

Nos avisan por los altavoces que llegaremos a São Paulo dentro de 15 minutos, y que la escala va a insumir 2 horas, ni más ni menos.

-El capitán Neto da Ranha y su tripulación se despiden de todos ustedes y les –dice una voz metálica y masculina por los altavoces.

Cae sobre São Paulo un anochecer de fuego, una infinita conflagración –millones de metros cúbicos de sangre entintan el poniente.

Hoy es el sábado 21 de abril, Marisa, y estoy en Madrid desde esta mañana. Estoy, de hecho, ahora, no en Madrid City concretamente, sino en un pueblo de la provincia, sobre la sierra, que se llama Cercedilla.

Son poco más de las 4 de la tarde y aquí la gente hace la siesta, corazón. Yo te escribo a vos.

Antes de tocar tierra en São Paulo Ayné se me acerca una vez más. Parece que no sólo está algo tensa sino también cansada. Un bosquejo de ojeras le puntúa de insomnios la carita juvenil, sin huellas todavía de la zarpa de la vida.

-Soy demasiado impulsiva, uruguaio –me dice-. Me complico la vida, ¿sabes?

Yo la miro nada más, sin decir nada.

-Me lo he vuelto a pensar, uruguaio –dice ella-. He llegado a la conclusión de que lo más sensato es que me quede en São Paulo con los demás.

-No te voy a secuestrar para impedírtelo, princesa –le digo-. Me vuelvo a mi sitio, pago por lo que he consumido y aquí no ha pasado nada.

-Tú no te mueves de aquí, ¿has entendido?

Ayné suelta, ya de pie, una patadita contra el suelo del avión.

Ya hemos aterrizado en São Paulo. Yo me digo, en el avión, me repito avión afuera, sentado en el autobús amarillo que nos conduce al sector de pasajeros en tránsito, que lo mejor será, sin duda, que Ayné se quede en São Paulo, junto con el resto de la tripulación. Igual ya entonces, Marisa,

na de mi vida, le hubiera apostado 3 manías a cualquiera a que Ayné, muy pese a todo, terminará volando a Lisboa en mi compañía.

La sensatez, princesa, no es cualidad destacable, ya sabés, ni de la especie humana en general ni del sexo inteligente siquiera.

Así que, Marisa, mientras transcribo mis apuntes del vuelo para vos, en una habitación con una colcha no sé si peruana, boliviana o qué que cubre una extensa cama de 2 plazas, con la cercana y amistosa compañía de una botella de a litro de un cognac español paliducho, como pis de archiduquesa (pongámonos intelectuales, ¿por qué no?), y mucho más que potable, por cierto, que se llama Peinado, fijate vos, un bebestible tan bueno acaso como las más resonantes marcas francesas del ramo, a la hora del atardecer, encerrado en un silencio crepuscular que los primeros grillos puntúan y refuerzan, luego de una breve aunque bien ganada siesta, a 22 de abril ya, domingo, con una noche tan sólo que se intercala a partir de nuestro beso del postrer adiós, a bordo de otro avión que me llevará a mí a Madrid, siento como si Ayné hubiera sido una bruma, otro desvaído sueño.

En São Paulo cae una noche preñada de estrellas y con un gran mordisco a la luna, que tiene una imprecisa forma de amenaza; una tétrica forma de guadaña u hoz.

En la terminal, al fondo de una sala inmensa y luminosa se exhibe una foto gigantesca de Pelé, o melhor do mundo, que exhibe a su vez la sonrisa mais grande do mundo. Al lado de la foto hay un puesto en el que se expende café gratis, o melhor também. Una muchachita muy presta, muy activa y decorosa y solícita, y que supongo yo que será muy bonita, detalle en el cual, cosa rara, apenas si reparo, me ofrece un humeante y bienvenido vasito de café.

A lo lejos, del otro lado de unos largos ventanales, brillan las franjas de luz de las pistas, que tienen color de morgue.

Me trago el café caliente y tiro el vasito en la educada aunque bostezante papelera, no sin antes deshacerlo entre mis dedos, movido por no sé qué soterránea compulsión. Me voy a lavar los dedos pegoteados y estoy sobre una hilera de asépticos lavatorios y delante de un espejo segado que me devuelve la imagen, confiada y aparatosa, de aquel que ya no soy. Me fumo algún cigarrillo, me pateo minucioso las baldosas relucientes, romboidales, miro las revistas que se agolpan en un kiosko, desde ciento trece idiomas, y recorro, con ojos cansados, la desolación de hormigón, cristal y acero del aeropuerto.

Desde lo más remoto de la sala, al rato, viene Ayné. La veo pasar por debajo de sucesivos paneles de gran formato que anuncian itinerarios a todas partes del mundo y al Japón. Ayné se ha quitado el uniforme y se ha vestido de color crema. Filas de caras se giran a mirarla, y un negro de overall suspende un escobillón a medio viaje para silbar y revolver los ojos. Se parece bastante, ahora que caigo, a Pelé.

Todo el océano, Marisa, corazón.

No te voy a transcribir, sería excesivo, lo que hablamos con Ayné sobre el océano. La besaré, palabra, una vez nada más, ligeramente, entre burbujas de champagne. Un largo rato me durará el sabor a rocío y mentol de sus labios. Ah lo cursi, corazón –florecerán malvones en todos los balcones.

Ayné, pienso hoy, es una mujer que se casará, tendrá sus hijos y serán legítimos, nada de romances de week end. Yo no soy peligroso y ella lo sabía. Nunca nunca nunca son palabras. Me la acometen los 25 y se zambulle de blanco y azahares en la primera iglesia.

Divertite mientras tanto, milonguita, les aconseja Gardel.

Son poco más de las 3 de la madrugada del ya lunes 23, en Cercedilla. Esta noche nos hemos ido al cine, con otra gente, a la última función, y mañana por la mañana, cumplido el desayuno, la emprendemos a Madrid.

Lo noticable, corazón, como dicen los belilunes del llamado nuevo (viejísimos) periodismo, es que venimos de ver un spaghetti western que protagoniza un tipo de nombre Richard Forrethal, que sin duda de nada te suena, como de nada me sonaba a mí. En la Calle Mayor de Cercedilla, que los lugareños todavía se resisten a llamar Avenida del Generalísimo, según se hace constar por placas en cada esquina, hay un retrato, a las puertas del cine, del tal Richard Forrethal, penúltimo émulo del celeberrimo Clint Eastwood. No es un retrato cualquiera, sino una enorme pintura, de 4 metros por 2, que ocupa una pared entera. Al verlo, la noche del sábado, mediado mi primer paseo en compañía por el pueblo, por poco me caigo de culo, corazón.

¿Por qué?

Porque, Marisa, te lo creas vos o no, Richard Forrethal no es otro que Dickie Forteza, con 10 o 12 años más y vestido de cow boy. El vecino de al lado, como quien dice, transcendido en una especie de réplica napolitana de John Wayne, y no tan tan tan menor como era de suponer, Marisa, ni mucho menos. El film se llama "Tres tumbas vacías", te lo digo por las dudas. Si la encontrás por algún sitio no te la pierdas, corazón.

Desde Madrid, por la noche.

Repaso, querida Marisa, y procuro rehacer, lo mejor que se pueda, todo un mosaico de apuntes que he tomado para vos en estos primeros días

de mi inescrutable aventura europea, desde que llego a Lisboa el miércoles pasado y sobre todo desde que me largo de Lisboa el sábado, antes de ayer.

Las dimensiones de la promesa que me has arrancado, a lo que hay que sumarle, además, mi nula capacidad para la síntesis, me hace pensar que apenas si voy a tener tiempo para nada que no sea escribirte, de modo que habrá de llegar el punto en que nada tendré para contarte. Lo cual haría del mío, como dice Borges, un destino orbicular y perfecto, corazón.

Paradojas y parábolas al margen, el informe del vuelo, que ya te he remitido, lo terminé la madrugada del lunes, en Cercedilla, después de algunos días en Lisboa bastante movidos, a decir verdad, y que omitiré. Tan sólo te diré que en el aeropuerto lisboeta, y contra todos mis cálculos e informes, me esperaba Lauracha Grey, con una pequeña comitiva. ¿Y sabés lo primero que le dice a Ayné?

-Donde está Diego –le dice- siempre pasan cosas.

Se lo dice, además, con ese tonito así, de suficiencia y condescendiente, como si Ayné fuera una cosa que pasa.

DOS

Hoy he dormido del mediodía al anochecer, más o menos, con una pesadilla cíclica de estatuas degolladas que me despierta, sobresaltado, a cada rato. Son las 9 y media de la noche del viernes 27 de abril. Vos, corazón, en aquella ciudad desmoronada, me pregunto, ¿qué harás? No te me reuelques con coroneles, Marisa; es lo único que no te perdonaría.

Tomá nota, corazón. Me han alojado en un lugar que se llama, prestá atención, Colegio Mayor de Nuestra Señora de la Gloria de Indias, que queda en la calle Trajano s/n, ciudad Universitaria, Madrid 17. Lo más probable es que resida aquí hasta finales de mayo o primeros de junio.

Entre Enrique Olsom y Joaquín Baldrás, del que sin duda te acordarás de cuando estuvo de agregado cultural de la embajada española en Montevideo, y que ahora, aquí, es director en funciones del Centro Cultural Hispánico, parece que me consiguen una plaza en una especie de congreso para periodistas de América Latina que empieza a principios de mayo.

Además del alojamiento, a cargo del Centro, que ya he ocupado, recibiré, en cuestión de días, 40.000 pesetas rubro viáticos, que al cambio oficial resultan un poco más de 500 dólares, lo que no está nada mal, creo yo. De tus 200 cambié 50 en Lisboa y 30 más en Madrid, aunque hasta hoy apenas si he gastado.

Salvo con Enrique Olsom, lo cual, por otra parte, era inevitable, trataré, al menos por un tiempo, de no cruzarme, dentro de lo posible, con nuestros alegres compatriotas orientales, que, aunque pocos como somos, acostumbran abundar como malvones por los floridos balcones de todos

los rincones de la tierra. De todas formas, y a pesar de mis esfuerzos, igual he tenido, hoy mismo, un encuentro inesperado con un oriental al que no conocía y ayer, por la noche, un encuentro con otro, no del todo inesperado, es bien verdad, porque me habían avisado, pero asaz desagradable.

Me topé nada menos que con Raulito Baviera, alias el Cobra, de memorable e infausto recuerdo, killer y delator.

Aquí la gente es amable y cordial, Marisa; una formidable y venturosa sorpresa, en realidad. Los españoles, corazón, o por lo menos los madrileños, dan la impresión, al menos así a primera vista, de ser un pueblo tolerante, abierto y amistoso. También son unos genuinos colosos de pereza, Marisa, grandes haraganes como nosotros los orientales.

La primera, tal vez errónea impresión a la que me lleva España, por lo que he visto y oído en estos días, es que se vive bajo una dictadura ya decrepita, caduca, que se ha podrido y descarnado y está reseca, y que el día menos pensado se viene abajo como un revoque viejo. El franquismo, Marisa, hoy por hoy al menos (en sus momentos de gloria supongo que debió de ser atroz), es todo cáscara, como uno de esos postres rococó de merengue, que vienen llenos de aire bajo la costra crocante taraceada de arabescos. El franquismo son las banderas, las gaitas y algunas trilladas frases solemnes que pronuncian subsecretarios del régimen y gobernadores civiles (sean éstos lo que puedan ser); el franquismo ni siquiera son los curas, los soldados y los banqueros, como era de prever y de temer.

Igual es sabido que dentro de unos días van a ejecutar por no sé qué a 2 tipos. Es horrible, no cabe duda, y si aún suena peor es porque es, quiérase que no, legal. Los paredones salpicados de sangre y los cadáveres en las cunetas o en cualquier campo baldío, que adjetivan a diario a la lejana Montevideo, me digo, son el resultado sumarísimo y paralegal de una democracia que enmascara coroneles. Supongo que a las víctimas les debe

dar igual que las maten bajo ley o bajo cuerda, con verdugo asalariado y capellán o entre cuatro pandilleros.

Aquí, por lo menos, en Madrid, no hay automóviles con reflector que acechen por las esquinas ni mulatos brasileiros subidos en azoteas, con walkie talkie y prismáticos. Aquí el terror, si existe –y existe sin duda-, si no es invisible es poco menos, lo que no niego que será mucho más grave, pero que tiene la abismal ventaja de que no ofende a la vista ni atenta contra el olfato.

Esta tarde, por fin, sábado, me la duermo bien, por vez 1ª desde que estoy en el hemisferio norte. Después de bañarme me voy a dar un paseo y vuelvo con hambre, a tiempo para comer, sobre las 9 p.m., en el comedor del colegio mayor; donde compruebo que sirven unos platos bien repletos pero no demasiado apetitosos, y que seguro que al tercer día hasta el menos exigente reconoce por lo que son de verdad: rancho de cuartel.

Hoy es la 1ª vez que bajo al comedor del colegio mayor; donde me siento contra el último rincón, según tengo por costumbre. Cuando llego el comedor está casi desierto y la mesa que ocupo vacía, por supuesto. A los pocos minutos, no obstante, llegan los hambrientos en tropel, de modo que, sin apenas darme cuenta, me encuentro rodeado por otros 3 tipos que se ve que se conocen entre ellos y me miran al sesgo, sin decidirse del todo a romper el silencio.

Al igual que otras jetas desde las mesas en torno, los 3 contertulios míos me escrutan con desconfianza, con una especie de recelo entre aborigen y estudiantil. Mi inesperada presencia los cohíbe, los tiene a la defensiva y en silencio. Intercambian escasas frases banales, que caen sobre lagunas de ruido de fondo, platos que entrechocan y bocas que mastican.

Me bebo media botella de un vino flojón y más bien aguachento, indigno sin duda de las recias vides castellanas, y me como, mal que bien, un

indefinible guiso de garbanzos o cosa similar. La chuleta que me sirven después, fría y reseca, la dejo tal cual, y agradezco pero rechazo el supremo manjar que me ofrecen de postre, consistente en una naranja arrugada y amarillenta, que sin duda conoció días mejores. Tras un último y desgastado trago al vino pido el permiso consabido y me levanto y me voy.

-Tiene cara de gringo –dice una voz nasal y finita a mis espaldas.

¿Qué le puedo hacer, Marisa, pegarle?

Al otro lado de una doble arcada, en el mismo comedor, bajo ostensibles retratos del general Franco y de José Antonio Primo de Rivera, con un Cristo en la cruz entre los 2 como 3ª potestad, hay una mesa más larga y mejor servida, con mantel más fino y rica vajilla, que es la que ocupan las autoridades de la institución, y a la que sólo tienen acceso unos pocos residentes privilegiados, amén, claro está, de los infaltables y a menudo numerosos invitados.

Todos hombres, eso sí.

Abajo en el comedor, al igual que arriba en las habitaciones, el sexo inteligente tiene prohibida la entrada. Las que atienden a las mesas, no obstante, en el comedor, son mujeres; son unas muchachas tristonas, avejentadas y huidizas, que llevan un uniforme gris de presidio. En seguida se advierte que las eligen serviles... o las doman; y son todas feúchas, por lo demás, de manera que no inciten demasiado (supongo) a pecar. Son muchachas que apenas si musitan al hablar y que agachan el testuz, sin contestar, cuando alguno les desliza la habitual procacidad. Pienso que las han criado entre maitines, laudes y novenas, arrodilladas todas, al nacer la aurora, sobre unas tercas baldosas heladas. En fija que las sacan de un asilo, orfelinato u otro alegre lugar por el estilo. Después de cumplimentado el servicio, al almuerzo y por la noche, se van todas juntas, las he visto; se las lle-

van 2 matronas con pinta de bull dog, que las hacen subir en fila en un triste furgoncito descascarado.

Hoy, bajo los retratos y la cruz, hay un grupito que se ríe. Reconozco al director del colegio, al secretario y al encargado de actividades culturales, un tal Retuerto, que lleva al cinto una asaz pistola, nada metafórica, te aclaro, porque está convencido de que la guerra civil no ha terminado del todo ni terminará jamás.

-No mientras subsista en nuestra piel de toro un solo rojo, Balcárcel – me asegura.

La piel de toro es como los fascistas llaman a España.

Saludo vagamente hacia la mesa al pasar y el director me saluda a su vez y me llama.

-Tienes un sitio reservado aquí a la mesa, Balcárcel – me dice, medio admonitor medio bromeando.

-Si a usted no le importa, don Heliodoro –le digo-, prefiero confundirme con la turba.

-Aceptarás, por lo menos –dice don Heliodoro-, compartir con nosotros el café, Balcárcel. Y una copa de brandy, muchacho, por de contado.

Me vendo fácil, Marisa; por de contado. Misteriosa expresión, ¿no te parece?

El Colegio Mayor de Nuestra Señora de la G. de Indias, paso a informarte, es de residencia exclusiva para estudiantes de América Latina, que son en su mayor parte mestizos y cholos del Perú y mulatos del Caribe, contra quienes nada tengo, ni falta me hace decirlo; nada a favor tampoco, faltaría más.

Los argentinos, por cierto y como era de esperar –aunque tienen un flor de colegio propio aquí muy cerca-, que son porteños en concreto en su mayoría, hacen categórico rancho aparte, según es hábito y norma, y tratan por los más diversos medios de hacerse ver, oír y notar; verdad es que lo consiguen, corazón, ¿viste?

En los pocos días que llevo alojado aquí, te confieso y reconozco que frecuento, con la más pertinaz y obstinada recurrencia, la cantina del colegio, el bar, el boliche, al que aquí denominan con el feísmo de cafetería, y que es el único sector, de todo el colegio mayor, donde se autoriza a las mujeres a asomar la boquita carmesí.

Según lo fatal y usual, vos ya sabés, boliche adentro, siempre hay un par que lo miran a éste, tu lejano amor, con algo más que un mero y remoto interés estético. Indiferente y medio ascético como me siento, y desbrujulado todavía por el tránsito ecuatorial tan supitáneo, el único resultado que he obtenido, por ahora, es que anoche tengo un corto escarceo, puramente dialéctico, te aclaro, con un par de efervescentes porteñitas, de lo que se derivan unos roces, algo más que dialécticos pero sin que llegue a manar la sangre, con 3 o 4 porteños, que por fortuna para ellos que me agarran, como he dicho, un poco desfasado todavía de hemisferios, de modo que las cosas no pasan a mayores y todo se termina de una forma más o menos pacífica y casi hasta cordial, con brindis por Perón y chistes sobre Perón.

A lo que voy, corazón, es a que de todos modos la noticia se divulga y se trascendentaliza, lo cual me ha deparado, entre los residentes, una cierta inesperada corriente de simpatía.

Un ejemplo lo tengo esta noche, al volver de mi sano paseo, cuando me cruzo escaleras arriba con una especie de cholito con cara de inteligente, del que tengo entendido que se aloja a pocas puertas de la mía, en la 2ª planta 2ª escalera.

Ya de antes me he cruzado un par de veces con el tipo, que al amable saludo de mi parte responde en cada ocasión con un irritante silencio racial –racista acaso. Esta noche, sin embargo, al volvernós a cruzar, como te he dicho, el tipo me mira, parpadea un poco detrás de sus grandes gafas y me dice, con un esbozo de sonrisa:

-Así que has tenido tu pequeño haleo con los arhentinos, man. Y mira que se daba por seguro que tú también lo eras.

-No lo soy por un paso –le digo-. Soy de la acera de enfrente.

-Ya ya –me contesta-. Del Uruguay, man.

Se ajusta los catalejos con un largo dedo fino y creo que su propia desenvoltura lo desconcierta un poco.

-Por un casual –dice-, ¿no serás tú amigo de ese otro uruguayo que reside entre nosotros?

-Por ningún casual, viejo –le digo-. Ese otro es un matón.

-¿Y tú no, man?

-Él es un matón que mata –digo-. Yo soy sólo un bravucón.

*-¿La chocamos, man? –el tipo me estira el brazo-. Me llamo Dago-
berto Reynoso, Dago para los amigos. Los demás me llaman indio de mier-
da, ¿te fihas, man?*

La chocamos, por supuesto, fraternales, y Dago me invita a echar un trago en su habitación, que se acepta y agradece. Al rato nos despedimos.

-Ya nos veremos, man.

-Salute y suerte, Dago.

¿Por qué, me pregunto, caerán tan mal los porteños en el resto de América Latina? ¿Sólo a mí me caen bien, mal que me pese? Si es por fanfarrones, me temo que yo lo soy más; si es por prepotentes me temo que ídem de ídem. ¿Qué tendrán los porteños, quisiera saber, que no tenga yo?

En fin. Dejémoslo.

Hay no uno, te puntualizo, sino 2 uruguayos más alojados en el colegio mayor. Uno de ellos es el médico de la institución, que tiene su sitio fijo a la mesa de los notables y con el que ya he departido varias veces. El tipo se llama Wilfredo, lástima; un nombre que detesto, vos sabés, por el único y azaroso motivo de la existencia y la tenaz persistencia en este valle de lágrimas del eximio Wilfredo Dorval, fakir. El médico se llama Arias de apellido.

-Vos –me dice- sos el que jugaba al basket, claro. Ya me parecía, ya. Yo soy muy amigo de Tato Ferriolo, te diré. Estudiamos juntos.

-Nunca me hubiera imaginado –le digo- que Tato estudiara nada. De hecho, jamás supuse que supiera leer.

-No bromees –me dice Arias-. Tato es médico, che.

Esto último lo enuncia con visible orgullo corporativo.

Wilfredo Arias me lleva entre 4 y 5 años; rondará, pues, los 35. Es un tipo bajito, más bien rollizo, que hace 7 años que vive en España. Advierto en seguida que emplea modismos, giros e idiotismos rioplatenses mezclados con modismos, giros e idiotismos castizos. Siempre anda muy prolijo, con corbata, y se esmera por mostrarse cortés y bien educado, además de desenvuelto y mal que peor gracioso. Cansa rápido.

-Me va muy bien –dice-, pero que muy, pero muy bien.

Está redondo de orondo porque, al parecer, hace un par de meses lo contrataron para integrarse en el equipo quirúrgico de un señor que se llama Bordí o Bordá o similar y que, además de médico cirujano, resulta ser el marido de la única hija del Generalísimo Fco Fco, Caudillo de España por la G de Dios, como afirman las monedas.

Resulta harto curioso, ahora que lo pienso, que nosotros, orientales del sur –enigma geocardinal- que mal que bien hablamos español, conocamos tan poco de España, y lo tan poco tan mal, para pior.

Madrid, por ejemplo, no tiene nada que ver con nada de lo que me hubiera imaginado nunca, en el caso hipotético de que alguna vez me hubiera dado por imaginar cómo sería Madrid. Uno se imagina París, claro está, o acaso Londres o Nueva York, ¿pero Madrid?

Según lo que te tengo dicho los españoles, o por lo menos los madrileños, o mejor dicho toda la gente que confluye en Madrid desde los rincones más agudos y variopintos de la meseta y península, son una esdrujulada mar océano de amabilidad, cordialidad y simpatía; y ellas, nena mía, bombones a los 20, gorditas a los 30, cuadradas a los 40.

Aquí hasta los guardias de tránsito y hasta los propios agentes de policía son una gente de lo más atenta y servicial, que lo saludan al suscripto con la mano en la visera y que le dan todas las indicaciones pertinentes para ir a donde sea. Me ocurre una vez, los otros días, y pienso que es claro, el consabido mirlo blanco o rara avis; un tipo, si no, que se habrá machacado, la noche previa, su cuota parte de rojos, revoltosos y borrachos, amén de ilegales meretrices (legales no las hay), y que por ende se siente beatífico y benemérito con la pascual y aborregada humanidad, misión cumplida mi general.

Por eso, para erradicar cualquier interpretación errónea, vuelvo a probar e insistir 3 o 4 veces más, siempre con el mismo asombroso y alentador, aunque inquietante, resultado:

-A sus órdenes, señor.

¿Vos te imaginás, Marisa? El renombrado Chino Balcárcel se te manda unas insólitas caminatas a través de una ciudad que, digamos la verdad, no es nada del otro mundo, y hasta se lleva un plano plegado en el bolsillo para consultar esquinas y saber por dónde anda. Ya he pasado 2 veces, na-

da menos, por delante del famoso Museo del Prado, donde Velázquez, a la paleta, me guiña un ojo desde la piedra y el pedestal de la gloria.

Todos los días, una vez por lo menos, me catapulto hacia el subte, que aquí, como se debe, se llama el metro, y que es incomparablemente superior al de La Capital, che pibbe; hasta huele peor, ¿viste?

El otro oriental, Marisa, con el que me toca compartir los hospitalarios techos del colegio mayor, son ya palabras ídem –se trata ni más ni menos, como te he anticipado, que de nuestro mutuo y viejo conocido Raúl Baviera Navarro, mercedamente apodado el Cobra.

Me queda por sobrellevar (domingo 29) una nueva noche de abstinencia y mate amargo, que dedicaré a hilvanar de la mejor manera algunas de mis diversas peripecias desde que piso Madrid, el sábado 21. Además del mate me acompaña el crucifijo de madera, fijate vos, que cuelga –obligatorio- sobre la estoica cabecera de mi cama. Y tengo junto a mí la fiel botella de cognac, labor nacional española, que he metido de bagayo, cual se dice entre nosotros, u séase de contrabando, dentro del hermoso portafolios que me regalaste; porque aquí, al margen mujeres, se prohíbe subir con bebidas alcohólicas a las habitaciones, aunque la verdad verdadera, como siempre y como en todo, en todas partes, es pura cuestión de jeta, de guita, de coima o de jerarquía.

Esta misma tarde, por poner, el Cobra, en la cantina, tiene la jeta de acercarse a mi rincón del mostrador, con una amplia sonrisa de asesino a sangre fría, y con la misma mano, pienso, me digo, sé, con la que le pegó el tiro de gracia a Natacha Ríus, pobrecita, me palmotea en la espalda su vigoroso, enérgico, acompadrado entusiasmo.

-Cualquier cosa, Chinatis, ya sabés –se ofrece-. Guita, minas, auto, lo que sea.

-Nunca aprendí a conducir, viejo.

-Cualquier cosa –insiste el Cobra-, me avisás y se te arregla. Cuando te quieras echar un polvo en tu habitación, digamos.

-¿Vos ponés el culo, Raúl? No, gracias.

-No cambiás, Chino –el Cobra se ríe, tiembla su esmerado bigotito de cafisho que no es ni nunca ha sido-. Si lo que te pasa es que te faltan minas vení, pedí, se te prestan.

-Nunca me faltan, Raúl, deberías saberlo. Las coloco en fila y llegan hasta Moscú, sin contar con tus hermanas. A propósito, ¿andan bien?

-No te pasés, Chinatis –me advierte el Cobra-. No te olvidés –gango-sea- que seguimos en mi cancha, todavía.

-Juego mejor cuando voy de visitante, Raúl. Qué poco me conocés.

-Aquí en Madrid, digamos, nada tengo contra vos, Chino –me dice-. Y además ya lo ves, me esfuerzo por hacer como si estuviéramos en terreno neutral.

-Igual seguís en tu cancha, ya lo sé –le digo-. El terreno neutral no existe nunca; es un mito, un timo, como quieras. Y además vos almorzás día por medio con el Caudillo por la G, supongo yo. Sirvanos aquí, Modesto, a los orientales, si hace el favor –le digo al cantinero-. Y me lo apunta en mi cuenta, hágame el bien.

-Cómo no, Balcárcel –me contesta el cantinero, y sirve en sendos vasos.

-Así que ya has abierto cuenta y todo, Chino –comenta el Cobra, con fingida admiración.

-Me hago amigos fácil, Raúl. En tu cancha y en cualquiera.

-Hasta que un día, Chinatis, te paren el carro. Entonces a ver.

-Ya me lo han parado tus amigos de uniforme, allá en la preclara Montevideo. Y ya me ves, viejo, sigo de lo más bien.

-Un día te lo paran de verdad, Chino, te lo paran para siempre.

Me habla, el mequetrefe, fijate, corazón, con una especie de relamido cariño, de lástima sonriente -el muy menguante cretino. Se apoya en el mostrador con el codo, mueve la cabeza como si se condoliera, le pega un sorbo a su copa de jerez seco y me guiña el ojo, sonrío, pasea la mirada por detrás de mí y la reposa por último en mis ojos.

-Vos te has dedicado –me dice, con la voz suave y segura del que se siente protegido, amparado, legalizado, fuerte-, toda tu vida, Chino, toda tu puta vida entera, te has dedicado a engrupir a la gente, a pasarte de vivo, a ventajear a los demás, fanfarronear y armar camorra, y encima, para colmo, te las das de bolchevique. Hacé el favor. Todo eso se acabó, Chino, se terminó. Aquí, verás, te tendrás que poner a laburar, doblar el lomo; aquí aprenderás a hocicar, a respetar a la gente. Aquí derecho, viejo. Se te avisa, nada más. Se te vigila.

-¿Quién me vigila? ¿Vos?

-¿Qué venís a hacer aquí?

-No vengo a buscarte a vos, Raulito. Tan importante no sos para que te echen detrás nada menos que al Chino Balcárcel, ¿entendés? Vos aquí, como decís, a la sombra del Generalísimo, sos la misma diminuta mierda que allá bajo coroneles. Nos tomamos esta copa, que yo pago, como si fuéramos ambos caballeros orientales, nos despedimos con urbanidad y, a partir de entonces, como si no existiéramos. ¿De acuerdo?

-Vos, Chinatis –dice el Cobra-, sos un prófugo, no se te olvide. Te denuncian de la embajada, por ejemplo, y amanecés en Marruecos, como poco.

-Vos hacé la prueba, hermano. Un día te encuentro, aquí o allá, donde sea, y no hay caudillo, coronel ni embajada que te libren. Campos baldíos hay en todas partes, hermano, no sólo en la República Oriental.

-Vos tené ojo, Chino, se te advierte –dice el Cobra, con esa redundante ambigüedad que ha adoptado conmigo, de compadre a la violeta-. Siempre salgo calzado, tengo rango diplomático y soy policía honorario. De la policía de aquí, así que guambia.

-Sos un orgullo para la patria, che. ¿Qué tal la pistola? ¿Es linda, grande, lustrosa?

-Tengo varias –pica el Cobra-. ¿Por?

-Para que te la metas en el culo, viejo. Salú.

Lo dejo chupando bronca en la cantina y salgo a dar mi cotidiano paseo.

Me he vuelto algo así como un maníaco andarín, corazón.

Vuelvo un par de horas más tarde, con una botella de cognac de a litro que me abulta y deforma el portafolios. Precioso tu regalo, Marisa, por si no te lo he dicho. Me temo, por desgracia, que con este contrabando contumaz y obligatorio de botellas me quedará de dar pena; ya se ha empezado a combar.

Mujeres no han subido, no conmigo (no al menos todavía), ni en el portafolios ni de mi brazo colgadas.

Trepo pues los 2 tramos de escalera, hago 16 flexiones frente a la ventana y me pego una regia ducha larga, de más de media hora. Me pongo una muda de ropa limpia, me preparo el mate y pongo agua a hervir en un calentador de rulo que me ha cedido Modesto, el de la cantina; aquí los llaman mejor: infiernillos. Como también su empleo va contra los reglamen-

tos, cuando salgo no me olvido de meter el infiernillo bajo llave, en el ropero. Las botellas vacías, que ya suman elocuentes cantidades, las tiro ropero arriba, por donde jamás, lo he comprobado, ni ha pasado ni pasará ningún plumero.

Me fumo un par de cigarrillos tirado en la catrera, boca arriba, decursa la medianoche, con el penúltimo de los misterios de Ellery Queen, que abandono al tercer cadáver. Pienso que me tengo que poner al día con mi fragante y envolvente pesadilla, así que me constituyo frente a la mesa, lápiz en ristre, y aquí estoy, corazón.

Soy un veterano en el recinto, Marisa; en el colegio mayor, quiero decir. Salvo algunos escasos residentes honorarios, con prebenda y rogatorios, como Raulito Baviera, policía hipernúmere, ¿te das cuenta?, en el recinto se alojan estudiantes, de 25 años para abajo. En su mayor parte, además, parecen ser gente seria, instruida, letrada y que estudia de verdad. Yo no sé por qué siempre he sentido prevención, un indefinible desagrado por todo lo estudiantil, gentecilla conspiratoria y monjil; juvenalias para pequeño burgués.

Salgo a pasear anoche y antes de salir paso por la cantina, que cierran a medianoche, minuto más minuto menos. Todavía se acantonan allí algunos grupúsculos, por rincones y mesas, y hay cuerpos declinantes apalancados al mostrador. Yo me zampo mi cognac con un café negro, les sonrío a 2 señoritas que resultan ser dominicanas y me fumo un cigarrillo; pido un 2º cognac.

No hago nada, Marisa. Pasan los días de claro en turbio. Ya despunta otro lunes y yo aún no he dormido. Les escribo a Isabel y a mi madre y a partir de los besos a ambas me vuelco en vos. Dentro de segundos meros va a salir el sol.

Hoy es ya el 3 de mayo, corazón. Te he tenido en suspenso por unos míseros días, pero ni un minuto te he olvidado. Me vuelvo viejo, Marisa. 'Hasta los treinta sólo se crece y a partir de los treinta sólo se envejece'; no sé quién lo dijo pero es una dura verdad. En mi caso es también la distancia, supongo, que lo cambia y arruga a uno por dentro. El tiempo y el espacio ya se sabe, tienden cada vez más a mezclarse y confundirse. Los mañanas son ayeres y los ayeres son hoy; Portugal queda lejísimos y aquí al lado Ulán Bator.

No extraño para nada Montevideo.

Me acuerdo, con vívida monotonía, de algunos sitios concretos, y de otros es como si mirara fotos viejas, amarillentas y ya más bien borrosas, donde cae una garúa y anochece.

Montevideo se me ha vuelto una ciudad opaca y gris, nublada siempre, que yace aletargada bajo el sopor de su invariable otoño, amortiguadas las aristas de las cosas, de las calles y las casas, desdibujado el contorno. Entonces todavía no hay balas ni fusiles y Jimmy Villanueva sigue aún con vida.

Jimmy pasea su lánguida belleza de cadáver inminente por calles con adoquines; las jovencitas lo espían desde esquinas y zaguanes. La muerte de Jimmy, por su propia mano airada, hoy me doy cuenta, es el último mojón. Punto y aparte. Montevideo se deviene final. Hoy ya la han abolido los coroneles.

Yo lo último que veo y veré de la ciudad es el cerro, que se recorta contra el horizonte; patética visión trillada, gastada, de postales belle époque. Lo envuelven, además, jirones de neblina, y brilla la llama del gas en la horrible chimenea, con un fulgor rojo tenue; después nada. Sólo las últimas gaviotas circulares, que sobrevuelan graznando el anochecer.

*Así se me va y diluye Montevideo, de la que queda, como un rastro,
una neblina sucia de hollín. Unas cuantas gaviotas dan vueltas y graznan;
no hay ningún malvón, corazón.*

TRES

Llego a Madrid un sábado, según te he dicho, por la mañana, con 150 dólares en el bolsillo más billetes y monedas portuguesas, que de bien poco o nada me sirven ya.

En el aeropuerto de Madrid, que es una especie de Taj Mahal al lado del de Lisboa, después de un trámite muy rápido en la aduana, donde la gente se arremolina y apretuja, voy a dar a una calle bajo techado, con taxis en triple fila. A cierta distancia distingo un amable cartel que avisa:

BAR.

Ipsa facto empujo la primera puerta, vuelvo a entrar en el edificio de la terminal y pongo la proa al bar, que adivino ahí cerca.

En el bar, al fondo del mostrador, hay un espejo grande, nuevo, de fondo ámbar. Un tipo de cara huesuda y pelo ceniciento me mira desde el espejo, con una expresión que yo diría casi melancólica y como desvalida. Tiene demacradas las toscas facciones, arrastra una pelusa de barba ferrugienta y la pelambre la lleva revuelta; un mechón gris lunar le cruza la frente, y en sus ojos de mongol hay un trasfondo huidizo de cansancio y tristeza.

Me cuesta creer que soy yo, corazón, y tardo un par de segundos (un tiempo infinito) en reconocerme. Igual entonces ya es tarde, porque yo mismo me he agarrado con la guardia baja, desprevenido; no hay tu tía.

No tengo más remedio que pensar y reconocer que soy así, que la de ahí era mi cara verdadera. Me molesta, peor aún: me revienta tener que reconocer y aceptar que yo soy ese tipo desconsolado y vacío, que parece co-

mo noqueado y/o drogado y anulado por una mortecina soledad revenida, que el rutinario barniz burlón del rioplatense no termina de disimular. La petulancia ruidosa del porteño, lo mismo que el silencio tabernario del montevideano son pura alharaca, Marisa, nada más.

Entre nosotros, corazón, te diré, las compadradadas, la prepotencia y la usual desenvoltura son algo así como la corbata de moña de Felipe Mariño, que una vez que lo vi sin ella sentí una lástima que poco más y me pongo a llorar; son como los bigotes de aquel socialista utópico argentino que se llamaba Palacios: son un disfraz, una señal, un símbolo. Conmigo me acaba de pasar lo mismo, porque me ha abrumado un súbito mar de tristeza, aunque ya el tróglode del espejo adopta de inmediato un aire entre de sobrador y de perdonavidas.

Igual, viejito, me digo, te pesqué.

Al poco rato pasan cerca 2 muchachas altas, grandes y con pinta de holandesas, danesas o similar. Las dos son sanas y fuertes, se advierte a primera vista, y exhalan un mismo y parejo aliento de tenacidad septentrional. Las dos tienen pecas, el pelo amarillo, amplios dientes blancos y limpios y ubres pesadas, si bien todavía flagrantes y firmes. Una lleva gafas y la otra una camiseta debajo de una campera de nylon abierta al medio, y sobre el pecho una flecha que dice Pull Here, apuntándole a un pezón.

Mirá vos qué bien, me digo.

Las 2 van de shorts, con medias gruesas y zapatos de goma. Ambas cargan a la espalda un complicado andamiaje de tubos, lonas y correas. Las 2 me miran, corazón, se entredemoran; ya todo vuelve a la normalidad.

Las 2 me miran, te diré, con la misma naturalidad bien alimentada y sin pizca de deseo con que mirarán, qué duda cabe, el tazón con los corn flakes del desayuno.

Es probable, me digo, que sean suecas; suecas, danesas, holandesas, qué más da. Son de cualquiera de esos países limpios y organizados, con alta renta per cápita, mucho frío y más manteca, donde el sexo ya no es ni siquiera aquel agridulce libertinaje de nuestra dorada juventud sino sólo ya, apenas, una saludable gimnasia cotidiana, que los médicos, supongo, recomiendan para curar el acné, de remedio contra el asma y cual mejor sucedáneo del tabaco, si a lo que aspira el paciente es a dejar de fumar; la panacea universal, corazón.

‘Mi marido ronca y se tira pedos, doctor’

‘Tres visitas a Waldo en ayunas y se le van las molestias, madame. Son 75 pfenning. Págueme a la enfermera. El siguiente’.

Waldo, por supuesto, 32 cm, negro etiópico, servicio garantizado, sale en los diarios, en los anuncios clasificados.

Las miro irse a las 2.

Son 2 jóvenes turistas, me digo, llenas de entusiasmo, que en cuanto despunta Hermana Primavera se montan a las espaldas el drakkar del abuelo y bajan a los solares ibéricos a disfrutar de la vida; son estos solares de sol (nunca mejor dicho), de moscas y calor y de gitanos con pandereta, de toros cegados con su propia sangre más el célebre bulto del torero, reforzado con pañuelos para deleite de damas foráneas y para no dejar, por las dudas, el vaso testiculicio en la punta del asta de un cornúpeta.

A eso vienen las 2, me digo, entre triste y solidario.

Suerte, nenas.

Mucho me temo que he entrado en España con el pie izquierdo, corazón. 1º por ese desliz que cometo al mirarme en el espejo, después a causa de las 2 turistas rubias, con sus pecas, los shorts, los carnosos muslos y grandes mamas, que me miran como si miraran un anuncio callejero de consolador a pilas, el último modelo para la dama y el caballero, útil, prácti-

co y de bolsillo, recargable, que crece con el tacto y trae eyección tibia acoplada, regulable a voluntad, con 3 velocidades y variada gama de colores.

Después, al final, y lo grave y lo peor, corazón, es Bécquer.

Es cuando recuerdo que estoy en España, chaval, y que por tanto tendré que cambiar dinero, tendré que caer en la obligatoria insensatez de cambiar dólares por pesetas.

Ya me he tomado, con el café, mi primer glorioso cognac (español) en tierras hispánicas, lo cual me levanta un poco los ánimos, de modo que, sin pérdida de tiempo, le pregunto al encargado del bar qué es lo que se tiene que hacer y a dónde debe uno ir para cambiar divisa noble por numerario indígena de curso legal.

Se trata, bien lo sabrás, de una pregunta que, lo mismo en La Capital que en la atrabiliaria y gris Montevideo, hubiera generado una inmediata respuesta en el interlocutor: una célere lucecita de animal rampante y ave rapaz. Aquí, en cambio, no pasa nada, como si los dólares, tal parece, fueran el más socorrido, vulgar y moliente de los productos de la industria papelera nacional.

El tipo del bar se toma el asunto con la más natural y solvente filosofía. Cuando ya me ha tipificado la información precisa, necesaria y pertinente, con una rara y telegráfica circunspección, yo le aviso que dejo ahí la maleta, si no le importa al caballero, al pie del mostrador. Se lo digo en parte, lo confieso, como puro acto reflejo, después de toda una vida vivida entre sinvergüenzas, ventajeros, mangueros y atorrantes; no sea cosa, me digo, que el tipo se malicie que me voy a tomar el espiente sin haberle abonado la obligatoria minuta.

Pero no, corazón. El tipo todo lo entiende bajo un prisma muy diferente; un contraste diametral.

-Descuide el señor –me dice-. Nadie se la va a tocar.

Me lo dice, me parece, con un suave, con un ligero tonito de timbre patriótico, orgullo de raza, algo tal, sin énfasis y amable, no obstante, que me lleva a suponer, acto seguido, con equilátero optimismo metafísico, que después de todo y a pesar de todos los pesares y de las pestes por oral y por escrito, España no está tan mal como se divulga y cree.

Embalado por la senda, corazón, me digo que en esta edad y esta era, de motores a reacción y jaez plurilingual, babel de viajeros, los aeropuertos vienen a ser como la cara veraz y 1ª de las grandes cosmópolis. Destartalada Montevideo, pienso, ensangrentada y acuartelada también, al aeropuerto ya no le queda ni la roñosa elegancia indolente de la vieja cantina de la torre, con la estopa que fluía de los tajeados y mal parcheados sillones como secos cuajarones de mil batallas perdidas. La vanidosa y canalla Buenos Aires, la trivial y pavorosa, la frívola y desalmada, enseña su doble faz verdadera entre lo grasa y lo snob del Aeroparque y de Ezeiza. Por su aeropuerto, fácil es considerar que Madrid se enseña al mundo como una ciudad nueva, próspera y limpia, alegre casi, ordenada y pacífica, mientras que Lisboa ya se ve por su aeropuerto que va a ser vieja, pobre y sucia como en efecto es.

Será entonces, al entregar los sabios y bienalimentados dólares y recibir a cambio su falaz equivalente en analfabetas, escuálidas y raquílicas pesetas, cuando veré, cuando descubriré de súbito la auténtica catadura moral y estética de la dictadura del general Franco; porque ética y estética, corazón, bien sabrás, siempre se bañan en el mismo arroyo.

Desde los billetes, por valor de cien pesetas y de un horrible color marrón, ¿sabés quién me mira, corazón?, ¿podrás creerme?: me mira Bécquer, nada menos, ¿qué decís? Lo han retratado, faltaría más, con un rulo y bigotito, como si fuera un peluquero italiano de fin de siglo, para después ir y estamparlo, por impreso y circulante, Marisa, en conjugante metálico y correlativos billetes. Pienso que este sórdido manoseo póstumo, esta impostu-

ra, este alarde necrófago que acaso sea la inmortalidad, no lo discuto, es también y sobre todo un ejemplo de lo que se llama humor negro español.

Macabro, de verdad.

Un par más de copas de cognac español no me terminan de sacar el mal sabor de boca de esta mínima aventura o desventura fiduciaria. El secreto de las cosas y el alma de las naciones está en los pequeños detalles, corazón.

Estoy a 10 de mayo, al 4º día ya de inaugurado el magno congreso de periodistas iberoamericanos. Ayer salgo a pasear, manía en la que persevero todavía, y después me voy un rato al Foro Internacional de Prensa, que es el incomparable marco que acoge las sesiones del congreso: conferencias, debates, coloquios, ponencias y la consabida y usual mesa redonda.

Observo, al llegar, que la conferencia que está por dar comienzo versa sobre el fascinante tema de ‘Las funciones del logotipo en la composición de un periódico moderno’, por el prof. Hugo Sleut, de la Univ. de Medellín –y como bien comprenderás, corazón, opto por la cantina, junto a una joven y bella congresista del Perú, que tiene la deferencia de darme su compañía.

-A ti no te interesa el logotipo que digamos, ¿ah?

-No soy ningún fanático, princesa, lo confieso.

-A mí, si quieres que te diga, lo que me interesa de verdad es la Te Ve, ¿ah?

-Es bastante más probable que la Te Ve se interese antes por vos, princesa.

-Tú crees, ¿ah? ¿Por?

-Porque suele adolecer de una pertinaz carencia de piernas, princesa.

-Tú dices para exhibirme, ¿ah?

-Bastaría que te asomaras, princesa. Muchos solitarios te lo agradeceríamos, te lo puedo asegurar.

-Es que a mí, a la verdad, no me apetece, ¿ah? A mí, si quieres que te diga, lo que más me interesa es la técnica visual de información, ¿ah? Cómo informar, cómo utilizar la imagen, ¿entiendes tú? Es sólo cuestión de gustos, ¿ah?

-No sólo, princesa. También de anatomía.

Así se me van los días, Marisa, tan callando.

Aunque en ocasiones me arriesgo, te diré, y me asomo por alguna conferencia, espío coloquios, atisbo por puerta entreabierta el salón de sesiones y debates. El director y coordinador del congreso, un vasco de apellido Ibarbengoitia (Fermín de nombre) se me mosquea.

-Oye tú, especie de argentino –me dice-. Tú ni te apareces, váleme Dios. ¿Es que crees que has venido de visita? Tú a beber, a contar chistes y a enrollarme a las chavalas, está bien claro. Tienes una cara que te la pisas, Balcárcel, váleme Dios. 4 como tú me cuestan el puesto.

-4 no hay, ¿ah?

Tengo mis fans, Marisa, ya lo ves.

Me enteran hace un rato, hoy viernes 11, por teléfono, que mañana nos arrearán a Toledo, al congreso en pleno, para mirar catedrales.

A pesar de que mi alma, en estos últimos tiempos, se ha mostrado proclive, de a ratos al menos, a la meditación y la castidad y al retiro sereno y la descansada vida (vide fray Luis), lo sincero, plural y verdadero es que la idea toleentina no me estremece de alegría, que se diga. Las catedrales son sin duda algo fantástico, único; son colosos de piedra, cíclopes e hitos de la historia, mojones descollantes de la colecticia memoria de los hombres e infinidad de cosas más, pero, nena mía, si ya Proust las ha visitado todas y descrito según las encadenadas metáforas de su prosa, yo qué diablos, me pregunto, voy a hacer en tales formidables recintos.

Gastado pues de catedrales y ahíto del Greco, que se te aparece hasta en los rincones más inesperados de Toledo, cuando son las 2.30 a.m. del ya domingo 13, minuto arriba minuto abajo, me lanzo a tus celestes brazos desde un amplio y profundo sillón del hotel donde nos han hospedado. Aquí estoy entonces, nena mía, bajo añejos artesones de nobles maderas y 6 grandes ventiladores aspadados, quietos, que cuelgan del techo, entre muchos sólidos y confortables sillones, sillas y sofás, vacíos en su amplísima mayoría, y mesitas redondas de mármol, dentro de un aire historiado de vanidades y pompas, en el interior de un salón que tiene a la puerta, por fuera, una decorosa placa de bronce ya enverdinada por el tiempo que advierte al curioso, al impertinente y al advenedizo y a la mitad mayor del universo humano:

SALÓN DE FUMAR
SÓLO LOS SEÑORES

Son reliquias ya, me digo, y no hará tal vez ni medio siglo; la estólida placa, corazón. Sólo por eso, supongo, la conservan, porque lo anacrónico está de moda, y la gente, que siempre repite lo que dicen otros, lo que oye y ha leído, lo califica de primoroso, de encantador y sublime, el no va mas. Hace bien poco, empero, te diré, este vasto salón crepuscular, Sólo Los Señores, estaba cundido de alemanas y francesas en minifaldas y shorts.

A base de cognac español, Marisa, entonces, trataré de hacer y darte, sinóptica y en blanco y negro, la crónica del día en que llego a España y doy en Madrid.

Es un día sábado, como ya te he dicho, y hace más frío de lo que yo calculaba y presuponía, visto el considerando de que la primavera boreal ya está avanzada. Mirándola como la miro, a través de los cristales polvorientos de un autobús, gentileza de Iberia, que nos traslada del aeropuerto al centro de la ciudad, con destino concreto en una plaza con un tipo en pelotas en

medio, que no puede ser otro que el viejo Neptuno en persona, aquella maligna deidad acuícola, Madrid tiene todo el aspecto de un gran colmenar vacío. Se suceden monótonas series de edificios de ladrillo expuesto, semáforos, vidrieras y escaparates, gente aislada que pasea el perrito, kioscos de esquina y luminosos apagados todavía. Vacía de sí misma, al final ya de la Semana Santa, somnolienta y ensoñecida, Madrid bosteza.

En la plaza de Neptuno, con el Ritz al fondo, me tomo un taxi para ir a lo de Enrique Olsom.

Ya sabés que nos hemos carteadado, que Enrique me ha mencionado la posibilidad no desdeñable de conseguirme una beca u otra prebenda de corte similar. Además, desde Lisboa lo he llamado por teléfono, el pasado jueves, para decirle que ya estoy aquí, a un paso, y que muy pronto me tendrá en Madrid. Ocurre sin embargo que le erro con previsiones y cálculos y le aviso que llegaré a Madrid no antes del lunes 23 de abril, y por motivos que no vienen al caso tengo que largarme de Lisboa con bastante e inesperada premura, de modo que caigo por lo de Enrique cuando aún no se me espera.

Salgo de Lisboa en el avión de 7. 25 a.m., que es el 1º que conecta con Madrid. Ayné me acompaña hasta el mismísimo asiento.

-Cuídate, Diego –es lo último que me dice, antes de lanzarse escalerillas afuera.

La veo repicar con sus firmes pisadas en la pista y perderse detrás de un microbús y un camión con bitumen.

Portugal queda muy lejos ya, en un rincón cualquiera de la memoria.

El viaje en taxi a lo de Enrique es de unos 20 minutos, no más. Como en todas partes, los taxistas madrileños son tipos extravertidos, parlanchines. Lo es por lo menos el primer ejemplar que me toca a mí en suerte, que resulta ser un exaltado navarrico, hincha de un cuadro de fútbol de su tierra

que se llama Osasuna y también del Real Madrid, faltaría más, y que además tiene familia en Costa Rica, enclave este último que le cae en las inmediaciones de la República Oriental del, y lejos de mí la funesta intención de sembrar de dudas sus muy particulares coordenadas geográficas.

-Países hermanos –dice el navarrico.

Lo dejo explayarse en pormenores sobre Osasuna, que parece que no puede ir peor de lo que va, sobre el Real Madrid, que tampoco funciona todo lo bien que debiera, sobre Costa Rica y su lejana familia y, muy en especial, sobre un tipo (otro navarrico) que se llama Urkiondo y que, por lo que colijo, se dedica con muy especial denuedo a levantar piedras de 238 kilos, para propósitos que se me escapan.

-238 kilogramos, así como se lo digo –me categoriza el navarrico-. Y hala, de una sentada.

-Colosal, caballero.

-Mismamente, señor.

Final del trayecto; el taxi me deja en la poética rúa de Aldonza Lorenzo, frente al cabalístico nº 13. Pago con un Bécquer que ya cubre de sobras la tarifa y al que igual añadido unas monedas con la efigie gloriosa por la G en honor y homenaje a Osasuna y Urkiondo.

Al lado del zaguán de lo de Enrique hay un cafetín de aspecto adormilado y pulguiento, donde me pappo el preceptivo cognac y me entero por un periódico de diversos y espantosos pormenores de la vida crapulosa y farandularia de un tal Manolo el Guijo, que tiene como profesión u oficio a las viudas adineradas. Me solidarizo en silencio con el denostado y acorralado Manolo, prófugo de alcobas, al que persigue la ley bajo los cargos, asaz difusos, de abuso de confianza y de atentado al honor.

Salgo alegre o poco menos del cafetín, donde dormita, enroscado en una silla, un gatazo anaranjado, inmóvil como un dios. Maleta en mano,

pues, penetro en el lóbrego zaguán vecino.

Enrique, por lo que me ha dicho, vive en el 6º piso a manderecha, lo que desde el vamos me plantea una considerable incógnita, a saber: ¿a la derecha se la sitúa según se sale o según se entra? No hay portero/a, conserje ni símile que me pueda despejar de dudas, y una vieja de pañoleta negra que sale a la calle 3 segundos después de entrar yo en el edificio me mira, al cruzarnos, con una expresión sesgada tan reprobatriz y condenatoria que mejor no evacuar en ella mis interrogantes y estupefacciones si quiero seguir con vida.

El edificio, viejo, carcomido y despintado, huele, en cuanto se entra, a coliflor hervido, vesícula enferma y detritus. En un costado se extienden, en formación, 3 simultáneas hileras de buzones de metal, como un batallón de sapos cúbicos con la boca abierta. Al fondo está el ascensor, y al lado del ascensor se empina y ahonda una estrecha, gastada y oscura escalera de madera.

El ascensor, centenario por lo menos, se encajona entre rejas con filigranas florales ferrugientas, y tiene por fuera, encendida en lo alto, una pálida lamparilla amarillenta. Entre las rejas del ascensor y el hueco de la escalera destacan 2 carteles a modo de advertencias, escritos con letras blancas contra un fondo de esmaltado azul. El cartel de más arriba es a la vez el más sinóptico y conciso y me parece, aunque inusual, tan claro y loable como etimológicamente lógico.

Dice:

EL ASCENSOR ES SÓLO PARA SUBIR

Más largo y con toda la pinta de ser más viejo, o acaso de haber sufrido un deterioro más rápido por causas que no investigo pero presiento tenebrosas, con el esmalte saltado, chorreteado de orín y sarro y con el metal corroído y corrompido, las letras quebradas, rajadas y ennegrecidas por una

pátina de polvo grasiento, el 2º cartel es una especie de retorcida y perversa amenaza, digna de ser reproducida en toda su integridad:

HABIENDO (puntualiza) EN ESTE EDIFICIO UNA AMPLIA Y CONFORTABLE ESCALERA, EL PROPIETARIO NO SE CONSIDERA RESPONSABLE DE LOS ACCIDENTES QUE PUEDA ACARREAR EL USO INCONSIDERADO O ABUSIVO DEL ASCENSOR

Me mastico un rato esta alarmante sentencia, en la que siento latir no sólo la clara admonición sino también una sutil malignidad. Pienso que su autor, además de precavido, no carecía de talento para la pincelada macabra y el rasgo de humor. Amplia y confortable, me digo, al tiempo que contemplo los penosos y malsanos escalones desgastados que se aprietan hacia el cielo. El empleo del verbo acarrear, por lo demás, resulta casi diáfano de puro amenazador y es de hecho (pienso yo) lo que me decanta a subir por la escalera.

Llegado al primer descanso o rellano de la escalera y al consiguiente recodo, lugar a donde alcanza y en donde se difumina la luz mortecina que llega desde la calle, advierto que me aguarda una prolongada ascensión a oscuras, porque por ninguna parte parece existir ningún botón ni llave, interruptor ni adminículo afín con el que encender ninguna luz. Yo por lo menos no doy con ninguno, por mucho que palpo paredes y que me iluminan sucesivos fósforos.

Escaleras arriba compruebo que cada 2 tramos o segmentos hay unos pequeños ventanucos alineados que más que permitir el acceso de la luz del exterior parecen ex profeso determinados a expulsarla, amazotados y empercudidos como están por una sólida y gruesa costra de mugre, que debe ser anterior (me digo) a los primeros sainetes de don Ramón de la Cruz.

Crujen los escalones, corazón, uno tras otro, sin faltar ninguno, bajo mis pies. Cuando, por lo que he sumado, tramo por tramo de ascenso, ya tengo que haber llegado lo menos al tercer piso, arriesgo un penúltimo fósforo e ilumino la pared, donde una indicación, tan flagrante como artera, inscrita para colmo con firmes trazos de bronce, me hace saber:

PRIMERO

Pienso que si cada piso, cual parece ser, se multiplica por 3, habrá que remontar 18 pisos para llegar al 6°. Malhumorado y cansado, con mi maleta a cuestas, me pregunto quién habrá sido el humorista que inventó España, maldita ocurrencia. Prosigo no obstante por mi camino y calvario, primer via crucis al que me compele la madre patria, y que es sólo la antesala de la inminente espiral de miedo que acecha ya en mis neuronas y que me barreñará muy pronto la sesera.

Después sabré, por Enrique, que en Madrid y España entera, y al menos en lo que respecta a los edificios de antigua data, antes del primer piso hay otro que se llama principal, y encima un 2° que se denomina entresuelo. Enrique tendrá inclusive la amable petulancia de señalarme que, si mi magra cultura abarcara por lo menos las novelas madrileñas de Baroja y de Galdós, que al parecer se la pasaban del principal al entresuelo y viceversa, no me pasarían las cosas que me pasan.

-Siempre te he dicho, Diego –me lecturiza-, que eres un lector extravagante y atrabiliario y que así no se va a ninguna parte.

-No al menos por la escalera, profesor, lo reconozco.

Yo sigo, corazón, punto en boca y puteando por dentro, escaleras al cielo. Los escalones, te diré, a medida que asciendo a capas atmosféricas más y más rarificadas, no sólo crujen y chirrían, sino que gimen, gañen y hasta gruñen y se quejan, con voz que en ocasiones ronda lo espectacular;

todo lo cual y referido me hace pensar si no me habré adentrado en un cuento de Cortázar, como uno de un señor que se enzarza con su cotidiano sweater o pullover, mendaz y despavorida prenda de lana que al final lo ciega, asfixia y catapulta, de forma definitiva, ventanas afuera, desde un piso 32, contra el carrito a pedales del heladero.

Porque, Marisa, las cosas están vivas, no hay tu tía; las cosas viven dóciles los años, los siglos y los milenios, eras y evos, dotadas de la infinita paciencia de lo inmóvil, hasta que un día se despiertan, bostezan, se rebelan contra la humana multitud y entonces son el Krakatoa, el iceberg de triste celebridad que arremete contra el Titanic, la montaña rusa a la que una vez me lleva, de novios adolescentes, la mano pequeña y dulce de Solange, y la escalera de lo de Enrique. Porque que la escalera está viva es un hecho, Marisa; no es mera hipótesis sino artículo de fe. Lo único que me es dable es esperar que la cosa estuviera dormida, en un muy profundo sueño, cuando he empezado a subirla, y que cuando se termine de despertar yo ya me haya refugiado donde sea.

Hay algún momento, te confieso, en que estoy a punto de abalanzarme contra la primera puerta y no volver a salir en mi vida; si reprimo mi convulsivo terror es porque detrás de las puertas ocurre que suele haber cosas, aparte de que una puerta también es una cosa. La revuelta de las cosas, Marisa; y el estúpido progreso impele a la raza humana a inventar, fabricar, producir y perfeccionar cosas que piensan. Suicidio en masa: a un tal capricho nos hemos abocado, corazón.

Me acuerdo de los largos cuellos de pacífica jirafa de las grúas del Dock Sud. Me acuerdo en concreto de aquella específica mañana de nuestra lejana niñez compartida, cuando descubrieron a aquel confiado linyero, borracho de consuetudine, destripado y a medio devorar entre la dentición metálica de una grúa excavadora, que sin duda tenía hambre. El caso, que yo

sepa, nunca se terminó de aclarar. Se dijo, recordarás, que era la obra del habitual y anónimo grupúsculo de desaprensivos, gente violenta que forzaba, según inconcretos indicios, cerraduras y candados de hangares y recintos vallados. ¿Para qué, corazón? Nunca lo he entendido muy bien. ¿Por el primario placer de accionar palancas y manivelas, el más morboso y retorcido de amedrentar vagabundos, acaso el sadismo sibarita de tronchar al medio a uno de ellos? No me parecen, en todo caso, justificaciones que propicien la aliviada desmemoria, corazón. Para mí está clarísimo, sin ningún género de dudas, que no hay intrusión humana que valga. El asesino es la grúa y el móvil, si no es el hambre es peor, porque será la pura, directa, gratuita e indiscriminada rebelión.

Vos te pensarás que Diego bromea, es claro, que yo te escribo lo que antecede para que vos luzcas tu esplendente sonrisa, hagas brillar tu hechicera mirada y sacudas con arte de encantamiento la negligente melena cobriza.

No es eso, corazón; no es sólo eso, al menos.

Ahora, hoy, aquí en Toledo, en este callado salón Sólo Los Señores, donde el reloj de péndulo hace unos minutos que ha sonado las 4, sentado como estoy en un sillón de cuero blando que rechina mansito, bajo las aspas hoy dóciles y quietas de un gran ventilador de techo que ni giran ni han decapitado a nadie, que se sepa, desde 1927, por lo menos, cognac yo en mano, bebida a la que España me ha aficionado al linde ya de la devoción y el delirium tremens (porque se trata, sin duda, de parte de lo más noble y glorioso que tiene y produce España, como abunda en ocurrir con lo francés – hay ejemplos a granel que suministra la historia-, que es bien capaz de germinar y fructificar en las tierras más impensadas y en los rincones menos propicios), harto como me siento de bóvedas, ábsides y arcos ojivales, barrocos, manieristas, churriguerescos o rococós, tarumba y atropellado de

tanto Greco, con esas alargadas caras famélicas, comprobado según he que la mística y el éxtasis son como la metafísica, cuestión de no comer, según la difundida expresión de aquel estoico que se llamó Rocinante, y estando yo lo bastante cerca como estoy de mi único compañero de francachela y farra, un señor gordo de alicaído mostacho que resopla adormilado y farfuelleante en su sillón respectivo, y que tiene un aspecto tan vulgar y adocenado, tan cristiano, occidental y medio pelo que reconforta y alienta y que hace en realidad que todo confluya y conspire para hacer que me encuentre instalado sin problemas dentro de lo más normal y cotidiano, lo doméstico, lo racional, lo lógico, explicable y reglamenticio, Newton, Hegel, Kant y José Enrique Rodó, pensarás que bien me puedo volver paradójico y afirmar, por contraste, que no existe literatura tan rabiosamente realista como la ficción fantástica. No lo haré, Marisa, no lo diré, porque tampoco es eso, niña mía, no tanto al menos.

Prosigo, Marisa.

Ya he llegado sin saberlo al 6º piso, que resulta que además es el último, asunto que yo otrosí ignoro, cuando el monstruo que tengo a mi espalda no sé si se termina o no de despertar. En fija que yo hubiera seguido, corazón, hacia no sé qué sitio o qué cielo de no ser por el obvio y esdrújular motivo de que ya no me queda escalera que subir. O el monstruo se ha replegado para saltarme a la tráquea, Marisa, o.

O, corazón.

Enciendo el casi último, trémulo fósforo y leo, en la pared arriba.

SEXTO

Me oriento entonces hacia mi propia derecha, más por puro instinto de supervivencia que por ninguna lógica deductriz, aunque como supondrás estoy muy lejos de sentirme seguro de nada después de Bécquer, Urkiondo

y el ominoso cartel allá abajo, más esta gruñente escalera dormida aquí arriba.

Uruguayito que vienes
A España te guarde Dios
Un Bécquer y una escalera
Han de helarte el corazón

Para colmo, Marisa, después que llamo a la puerta con los míseros mortales dedos, porque no hay timbre que pulsar, no al menos que yo lo encuentre, me abre del otro lado una mujer con rulos, que al mirarme pega un grito, un verídico alarido, corazón, que poco a poco revierte en una nerviosa risa y que al final se congela en una lívida, laboriosa, vacilante sonrisa.

-Pasá, pasá –me dice-. Eh, ehm, este muchacho, pasá, por favor. Enrique –agrega entre respingos- está en la ducha.

-¿Enrique –le pregunto- Olsom?

-Olsom, sí.

-¿Olsom Olsaom?

Estoy un poco incrédulo, te diré. ¿Habré realmente llegado al final de mis congojas?

-Olsom, es claro –me confirma la mujer-. Olsom, por supuesto. Olsom Olsom, garantizado, auténtico, legítimo, trade mark.

Cierra la puerta a mi espalda, con una milimétrica exactitud mal fiada, desconfiada, y vuelve a mirarme desde abajo con un amansado espanto que le proyecta hacia fuera el doble globo ocular.

Sé que después de mi aventura de escalera estoy un poco alterado, resoplante además, y que llevo la barba entre 6 y 7 días sin afeitarse, que no es sino la misma pelusa gris de mierda que tengo siempre. Es también muy probable que me encuentre demacrado, con unas bien marcadas ojeras de

mal dormir y de miedo. Sin embargo, corazón, y por mucho que mi aspecto deje que desear en cuanto a templanza y cara de buena persona, nunca, en mi vida entera, jamás, Marisa, ni siquiera en mis días más gloriosos, te lo juro, he visto a nadie, hombre o mujer, que me observara con tanto pavor como esta inesperada dama con rúleros.

Griselda Hahn, se llama, y es la mujer de Enrique, fíjate vos, según sabré. A mí ni siquiera se me había ocurrido columbrar que el profesor pudiera haberse casado de nuevo, en estos ya muchos años que lleva de oriental universal.

-Olsom, sí –insiste y afirma la mujer-. Enrique Olsom, el profesor, el crítico, el poeta, el director de *Vox Hispana*. Yo, como sabrás sin duda, soy Griselda, su mujer, Griselda Hahn. ¿Quién voy a ser si no, te dirás, digo, aquí, ¿no?, en el domicilio del profesor?

-Es pasmoso –le digo yo-. Maravilloso, fantástico, formidable, sublime. Un placer.

Me dejo guiar por un estrecho pasillo atosigado de libros polvorientos apilados contra las paredes; el pasillo se adentra y constriñe entre pavorreales que despliegan la cola colorífera sobre el empapelado. Pienso que son, clavados, el decorado opresivo y suburbano de una película de terror de Polanski; son un entorno de origen naïf, abusivo, que prolonga y corrobora la sensación de irrealidad y sinrazón que me persigue y envuelve desde pisar esta ignorada capital del miedo.

-Por aquí, eh, estéh, este muchacho.

Griselda Hahn, de cuya existencia no he tenido ni la menor noción hasta el momento mismo en que la veo, con sus despavoridos ojos y rúleros, es una mujer más bien del montón, que andará entre los 40 y los 45 más o menos, algo caída de glúteos, petisita, de aspecto blandorro y aire marchi-

tante aunque eso sí, con unos ojos bastante lindos, dado además el hecho in-contrastable del terror que los redondea y fascina. Lleva puesta sobre su amorfa figura una especie de kimono u otra prenda de corte y talante semejantes, que pienso que hace juego con los pavorreales. Me camina 3 pasos por delante, con un rápido aire japonés, de geisha jubilada y mistonga; y encima con sus ruleros, corazón.

-No te esperábamos –dice- tan temprano, ¿sabés?

Hemos llegado al final del corredor, después de pasar frente a sucesivas puertas cerradas, todas del mismo lado. Desembocamos por último en una habitación bastante grande, en la que hay una puerta ventana abierta, con un diminuto balcón enrejado que da a la calle. Un largo sillón se recuesta contra una pared, entre otros 2 sillones individuales, con la mesa en medio con discos desparramados y un cenicero impoluto. También hay una cómoda, bajo un espejo enmarcado con florones, un pick-up del año del último unicornio, libros alineados en estantes y más libros apilados por el suelo.

-Sentate ahí, estéh –me propone Griselda.

En la pared, alrededor del espejo de la cómoda, se estrategizan fotos enmarcadas, la mayoría de gente como Paco Espínola, el viejo Onetti, Felisberto Hernández y otros orientales más o menos notorios y, por supuesto, del propio Enrique, a diferentes edades y en compañía, por lo general, de otras personas, ya ilustres ya ignotas.

En la foto más grande, sin embargo, en una foto enorme, que es una especie de mural discreto, se carcajea inmortalizado nadie más nadie menos que el intrépido Wilfredo Dorval, con una víbora arrollada en el pescuezo, aire de aplomo y rígido de escarcha el bigotón. Lo enmarca un nevado paisaje urbano, concretamente parisino, fácil de identificar por la sombra, al fondo, de la famosa aguja de monsieur Eiffel.

-¿Qué hace allí ese tipo, con la viborita?

-En seguida se va, estéh –me tranquiliza Griselda.

-¿Qué está de paso, quiere usted decir? Igual le diré, doña, que no me acaba de gustar la cosa.

-Es lo que siempre digo –dice Griselda-. Aquí estás en tu casa, este muchacho, ¿sabés? Estéh esté, eh.

-Diego –le digo.

-Diego, pero es claro, pero qué boba –dice Griselda, y tal cual parece que le acabaran de recordar el secreto del tabernáculo o de las minas del rey Salomón-. Diego, qué tonta soy. Es que soy fatal para los nombres –afirma, con cabezazos repetitivos-. Fah Tal –subraya-. Hasta me olvido, con decirte, del de Enrique, tan a menudo.

-Es un nombre muy fácil de olvidar, doña.

-Es lo que siempre digo –dice Griselda-. Siempre.

Señala con la mano mi maleta, que yo he dejado en el suelo al lado del sillón.

-¿El libro? –me pregunta.

-El mate y la yerba con un poco de ropa.

-Tiene música –dice Griselda-. A mí, te confieso, me chiflan los títulos largos, cuanto más largos mejor. *La increíble y triste historia*, con decirte, *de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* la compré más que nada por el título. Más que nada –repite-. El mate y la yerba con un poco de ropa suena tan sugestivo, ¿no?, tan tan –se inclina nerviosa hacia delante- tan sugerente además, ¿no?, tan sugerativo y eh hh sugeridor, ¿eh?

Griselda me mira, alimenta de aire nuevo a los pulmones y se zambulle otra vez en el torrente de su saliva y su voz, pienso yo, tan sugeratriz y sugeridora, tan sug.

-El mate y la yerba con un poco de ropa –canturrea-. Es un alejandrino, supongo –dice-. ¿O acaso un endecasílabo? A mí me fascinan los alejandrinos, por supuesto, ¿a quién no?, ¿no?, digo yo –se ríe, echa hacia arriba la cabeza, dobla hacia atrás el pescuezo y parpadea, como prisionera de un repentino ataque descompaginado de coquetería-. Traerlo además –añade- en una maleta, un procedimiento tan original, tan novedoso y sugerente. Revolucionario, me atrevo a decir, pero sobre todo –recapacita- muy sugestivo y eh, sugerente, sí. Sugeridor, sí sí.

Por unos instantes pienso, en justicia, que Griselda está loca, aunque muy pronto me veo obligado a recapacitar, mientras ella farfullizca entremezcladas turbiedades, y termino por aceptar, reconocer y comprender que la cosa es bastante más grave, porque locas, a fin de cuentas, hay a patadas.

No, Marisa.

Lo que ocurre en realidad es que Griselda se piensa, por no sé qué absurda, inescrutable y desvariada razón, que el que está loco soy yo; y que puedo ser además, al menos en potencia, un loco peligroso. Esto que digo lo sé, lo he advertido. Se nota, más que nada, en esa repetitiva, esa monocorde aquiescencia con que los supuestos cuerdos (como Griselda) tratan a los supuestos locos (como yo); acto seguido los mandan al electroshock.

-Muy –dice Griselda, con vehemencia, no sé a cuento de qué-. Muy sin duda. Muy y muy.

Después repta un silencio, que se alarga y se adensa hasta que se vuelve como chocolate espeso o sopa de tapioca, y vos ya me conocés, corazón –me quedo piola, en el molde, y espero.

-Sugerente, es claro. Lo que siempre digo –afirma Griselda.

Está sentada en uno de los 2 sillones individuales y yo en el otro. Griselda se ha sentado en el borde del sillón y ahora baraja los discos que están sobre la mesa como si fueran un mazo de naipes gigantes y fuéramos a ju-

gar a la escoba del 15. De repente, sin embargo, Griselda se endereza. Parece que se ha acordado de algo grave, que haya tenido algún imperdonable descuido, porque pega un salto, suelta un ‘Uh’ que le sale del alma y se abalanza sobre la puerta ventana, que cierra y le pasa la tranca. Se apoya de espaldas contra la cortinita vulgar que cubre la puerta ventana y me mira sonriente, con la afanosa y mendaz actitud de las enfermeras de los manicomios.

-Hoy hay sol –dice-. Salió.

-¿Ayer no?

-Estaba nublado.

-Salir habrá salido, espero yo. Bueno sería caso contrario, doña. Kepler, Copérnico, todo al demonio. Eppur si muove un corno.

-Es claro –asiente Griselda-. Es lo que siempre digo.

Se vuelve a sentar en el sillón, con gran cautela, agarra de la mesa un disco, lo mira y me mira.

-¿Te gusta Bix? –me pregunta.

-Prefiero el box, si no le importa.

-Es divino –dice Griselda-. Dih Vih Noh. Sencillamente divino, hermoso. No hay nada como el box –se sobresalta-. Excepto la poesía, claro está. La Gran Poesía.

-Los títulos bien largos.

-Bien bien largos.

-No se dolerá usted si le digo, doña, que yo, bien pensado, jamás osaría decir que *Uh*, por ejemplo, es un mal título.

-No no –dice Griselda-. Nada de eso. Ni hablar –mueve a los costados la cabeza, con tal pasmoso despilfarro de energía que me hace temer que salgan disparados los rulos; un bombardeo mental en toda regla y en todas direcciones-. Los títulos lo que siempre digo, o muy largos o bien cortos.

Uh es soberbio, magnífico, insuperable, único. Es otro de tus poemarios, es claro.

-Tan musical, ¿no? Por desgracia, doña, no es mío, sino de ese canalla de ahí con su viborita.

-Sí, es claro, tonta de mí –dice Griselda-. Es lo que yo siempre digo.

-Es de plástico, ¿sabe?

-Sí, sí, sí –Griselda lo afirma con fervor-. Vivimos la dictadura del plástico, que asfixia a la poesía. Todo es de plástico hoy día, menos la poesía.

-Y las palomitas de maíz, doña.

-Es claro, pensarás que soy boba, tamaño olvido, ¿no? –Griselda se enterríe y entresuspira-. Las palomitas de maíz, con decirte, tanto me gustan que hasta las veo volar.

-En la aterciopelada penumbra del cine.

-Soh Ber Bioh –se congratula Griselda-. ¿Es de tu autoría? ¿O será de...? –mira de soslayo a Willy, colgado en la pared-. Si el señor te disgusta se le descuelga y listo.

Me lo ha dicho con aire de contemporizar; a los locos, pienso yo que piensa ella, siempre hay que darles la razón.

-No, no. No es para tanto, doña. Me ofende, eso sí, le diré, que su señor marido de usted tenga tamaña fotografía, enmarcada en roble además, o ébano, no sé, palo rosa quizá, madera noble en todo caso, del Vate del Bigotacho, al tiempo que he podido comprobar la más absoluta ausencia de cualesquiera fotos más, ni siquiera de tamaño carnet, que es lo esencial.

-Es lo que siempre digo –dice Griselda-. El tamaño carnet es el fundamento, eh, la esencia, la magia, sugerente, por supuesto, de la poesía. No sabíamos –salta de estanque a pantano- que vendrías tan temprano, Diego, y además haciéndonos el honor de traer tu nuevo opus.

-Mi magna obra, lo llamo yo.

-Magnísima –dice Griselda, más nerviosa y aturdida por momentos-.

Yo, con decirte, considero que –agrega- es lo que siempre digo –se atraganta-. Siempre.

Espía de reojo hacia el corredor, estirando con prudencia y con ansia paralelas el flácido pescuezo.

-Usted, doña, tal parece que siempre lo dice todo.

-Es lo que siempre –dice Griselda-. Tal parece.

Se da cuenta entonces no ya de lo que acaba de decir sino también, lo que es quizá más delicado, de lo que yo le he dicho con antelación. Y asumida la dificultad del momento me mira de través, cabe que asustada, con una penosa sonrisa por la que se le escurre, en una comisura, un hilillo de saliva.

-Enrique –farfulla-, ¿por qué no me avisó que eras así, tan tan?

-Siempre lo he sido –le digo-. Tantán y tan todo. Y no me venga usted con que es lo que siempre dice, doña.

-No no –se apresura a denegar Griselda, extendidos los 2 brazos y sacudiendo las manos, con las palmas hacia delante-. No, en absoluto. Me creía, digo, uf, que serías más normal. No no no –rectifica con celeridad-. Quiero decir más bajito, más pequeño. No tan grande, digo, y alto.

-Y hermoso, doña, no se le olvide.

-Y sí, es claro, hermoso, tonta de mí. Es lo que siempre nunca.

-Siempre nunca –repito yo-. Tan musical, ¿no?, y sugeratizador, por supuesto. Always never, Percy Shelley, si no me equivoco. Ode to the west wind, creo.

-Es claAro, claAro, claAro –dice Griselda-. ¿Cómo te vas a equivocar? ¿En qué cabeza cabe? Es soberbio: siempre nunca –musita, parpadea,

se columpia al borde de abismos-. ¿Tenés en vista algún nuevo poemario? Afirmaría que sí.

-Nunca se sabe –le contesto- Lo grave, lo decisivo, le diré, para mi estro, es que me faltan maletas.

-Es claro, te comprendo –dice Griselda, muy seria-. Es un lío la escasez, ¿no?

-Sobre todo para los nuevos poemarios. Yo los hago al kilo, ¿entiende?, como otros hacen gnocchi o venden ciruelas. El mate y la yerba ronda los 9,300. Aspiro que mi nueva obra redondee los 10. Es una técnica de mi propia y exclusiva invención, que se llama el kilovismo.

-Es Preh Cioso –se apunta Griselda-. Sencillamente precioso, sublime. Enrique opina que tenés mucho talento, muchísimo. Los premios, por desgracia, se los llevan los otros, lo que Enrique llama laureata mediocritas.

-Enrique –le digo-, y usted perdone, doña, es un zampaboyas de subido cuidado.

-Es claro –dice Griselda-. Es lo que, que que.

-Lo que usted siempre dice, lo sé.

-No –afirma Griselda-. Muy por el contrario. El kilovismo –se pseudoensueña-, ¿sabés?, lo adivino esencial. Tan sugerente, tan. Tenés que hablar largo y tendido con Enrique sobre esa técnica tuya, que marcará un hito, lo presiento, en el arte universal.

-Antes y después de –digo yo-. Antes y después de mí, quiero decir.

-Sustancial, magistral. El Vade –dice Griselda-, eh, Mécum.

En el corredor cruje una puerta, alguien carraspea y cruje una 2ª. Griselda, que hace rato que tiene levantada la oreja, se endereza en el sillón y me sonrío con la mitad de la boca.

-¿Cariñín? –pregunta-. ¿Estás ahí?

-No me digas cariñín, caramba –suenan la voz profesoral de Enrique-.
No sé cuántas veces te lo tengo dicho.

-Está este muchacho aquí, con su poemario. Lo trae en la maleta.

-Como el corazón del tango –digo yo.

-Magnífico –clama a lo lejos el áulico timbre sonoro de Enrique, ex
cathedra-. ¿Qué sería de mis versos sin mi maleta?, se preguntaba Barbey
d’Aurevilly. Cenital pregunta, cabe apuntar.

La voz se amortigua al tiempo que cruje una puerta más.

-¿Demorás, cariñín? –pregunta y se ensaña Griselda-. El joven ya sa-
bés. Cerré la ventana, con decirte, y hablamos de bixbox.

-Sosiego, base de la civilización, y –dice Enrique- y –repite, como si
fuera lo fundamental- y, no valen olvidos, de la creación artística, Saint-
Beuve dixit.

-¿Demorás? –repite Griselda.

-El mundo –chamuya Enrique, acaso, me imagino, mientras se hace la
corbata- no para de dar vueltas, el devenir de los hombres tiene cuerda para
rato. Premios hay todos los días, y concursos, juegos florales y demás.

-¿Te falta mucho, cariñín? –machaca Griselda-. Todavía me falta cam-
biarme, ya sabés.

-¿Dónde habrás metido mi zapato izquierdo, mujer? –reclama Enrique
el Doliente, desde donde esté-. ¿Me querrás decir?

-¿Cuál, cariñín?

-El del par nuevo, caramba, ¿cuál si no?

-Está sobre el radiador –dice Griselda.

-De pisapapeles –digo yo-, lo apostaría.

-Secándose –dice Griselda-. Un charco. Enrique es tan distraído, ¿sa-
bés? Supongo que te pasará a ti también. Es la poesía, qué se le va a hacer.

-El estro, el numen, la inspiración –le digo-. Si sabré. Se desperdician zapatos empila. La incansable persecución de las musas lo demanda. Ma qué, doña: lo exige.

-Es lo que siempre –se atraganta Griselda, con una súbita mano en la garganta-. Empre, perdón.

Se oyen unos pasos firmes y nítidos y Enrique y sus 2 zapatos nuevos entran al salón. Enrique luce corbata, brillan gemelos en los puños de su camisa y los lentes, como siempre, los lleva en una mano; los prestidigita. Al verme enarca una ceja.

-¿Qué córcholis haces aquí? –pregunta.

-El poemario, cariñín –se afana Griselda-. La maleta, ya te lo he dicho. Tendrán que hablar del kilovismo.

-Cállate, caramba –dice Enrique- ¿Y? –a mí-. ¿De dónde has salido?

-No florecí en tu balcón, profesor. No soy ningún malvón. Subí por esa escalera angurriente, que por poco no me morfa crudo, y vos me preguntás de dónde salgo.

-Tenía entendido –dice Enrique- que te quedabas en Lisboa hasta el lunes. Tú mismo me lo dijiste hace 2 días. A ver si aclaramos las cosas, ¿quieres? Porque o a mí me falla de gravedad la memoria o aún estamos a sábado.

-Digamos –digo yo- que he tenido que abreviar mi estancia en tierras lusitanas. Lisboa es una ciudad lindísima, con ese aire que tiene a hollín viejo y tristeza, pero se me quedó un poco apretada. Me indigna, te diré, que tengas a Willy Dorval ahí en exposición, con una víbora de plástico colgada del pescuezo, para pior.

-No era de plástico, caramba –dice Enrique-. Era una mamba verde. La pisó un camión, hace unos años.

Te diré, por si no queda claro, que Enrique no ha perdido ni medio miligramo de aquel aire suyo tan distinguido, de distracción petulante o de petimetre distrait, del que hacía gala, recordarás, ya entonces, cuando conjeturaba sobre la verídica existencia de Homero en el jardín de la abuela, hace 112 años.

-Tengo la impresión –dice- que se ha producido un pequeño equívoco o malentendido, que por raro que parezca te concierne a ti. Vaya casualidad, ¿no?

-Muy pequeño, profesor. Griselda, según afirma, parece ser tu mujer.

-Parece, será –a medias confirma y a medias se cuestiona Enrique, al tiempo que mordisquea una de las patillas de carey de sus metafísicas gafas. Tiene un aire, me digo, de desmoronada resignación.

-Justo tenías que caer hoy –añade.

Griselda ha estado callada, perpleja, mirándonos. Ahora se incorpora, amplísima la sonrisa, con un par de metros cuadrados de dentición y encías.

-Tonta que soy –dice-. Vos sos Diego Balcárcel, el que fue alumno de Enrique. No podés ser otro, ¿no? He oído hablar tanto de vos, ¿sabés?, máxime desde que Enrique publicó ese trabajo tuyo sobre Onetti.

La voz se le desmaya un poco tras la larga parrafada.

-Yo, boba que soy –prosigue-, me creí, je, uf, te confundí con este muchacho, estéh, eh.

Se vuelve a reír y se tapa la boca con la mano.

Enrique la obvia, la ignora, no le presta ni caso.

-¿Esperan a quién? –pregunto yo- ¿Al monstruo de Frankenstein, a Drácula, al Estrangulador de Boston?

-Ojalá –dice Enrique-. Espero a Tomás Casullo hijo, el hijo ése del profesor Tomás Casullo.

-No me suenan –digo yo-. Ni el profe ni el hijo. Vos, si mal no he entendido, esperarás al hijo. ¿Por qué, para qué? Parece que tu mujer, al menos, le tiene miedo, y cree que es un loco peligroso. ¿Por qué? ¿Y por qué lo confundió conmigo? Creo que tengo derecho a saberlo después de las que he pasado, que no son pocas.

-El mocoso –dice Enrique-, el amotinado cretino –puntualiza-, me amenaza, imagínate, a mí, con venir a suicidarse a mi casa. No a visitarme civilizadamente ni a tomar el té con pastas ni a discutir de filosofía, sino a matarse; en mi casa, ¿te das cuenta? Desde mi casa, para decirlo de forma precisa, ventana abajo.

Enrique ejemplifica, con sus gafas a modo de hipotético suicida, la caída libre desde 6 pisos que por lo menos son 8. Da muestras, por otra parte, de una mesurada, comedida, morigerada indignación. Se tironea de los puños de la camisa, muerde sus gafas y desplaza a su sitio un pertinaz mechón rebelde que tiende a descender sobre una oreja.

-En esta ciudad –dice-, hiperbolía de cemento, hay miles, hay decenas de miles de edificios con 6, más de 6 y más de 14 pisos, si vamos al caso. Hay pasmosas cantidades de vía férrea, de carreteras y autopistas, así como de calles, paseos y avenidas, por donde circulan trenes de carga, trenes eléctricos y de pasajeros y convoyes militares, automóviles, tractores y camiones y toda suerte y laya de vehículos, hasta los más inimaginables, sin excluir a modestas motocicletas, motonetas y bicicletas. Existen, por lo demás, y como es público y sabido, la pistola, los venenos, la navaja de afeitarse, el gas de cocina, los cables de alta tensión et sic coeteris. En última instancia, inclusive, con una cuerda atada a un clavo un hombre desesperado se cumplimenta sin quejas. ¿Por qué entonces, te preguntarás, este muchacho neurótico se emperrea en venir a mi casa a suicidarse?

-Ponele que me lo preguntaré.

-Y encima –Enrique enarbola y blande sus gafas- con la amenaza, porque no se trata de otra cosa, de dejarme de albacea de lo que él ha calificado de su poemario póstumo. ¿Todo por qué, te dirás, a santo y en razón de qué?

Enrique mastica las gafas y las manosea, las hace dar vueltas a vértigo entre sus dedos; lo que siempre ha hecho. Jamás le he visto el adminículo colocado en su sitio de costumbre, id est sobre el apéndice nasal. Son gafas manuales, corazón; un vicio inútil, como el de fumar. Peor aún, ya que ni siquiera es dañino.

-¿Todo por qué? –vuelve a decir Enrique-. Pues porque, según parece, el muy imbécil se considera estafado, atropellado, ninguneado y marginado, y el culpable de todo soy yo; ¿te lo puedes creer? ¿Culpable, me dirás, de qué, cielo santo?

Se calla un momento, sin cesar de mordisquear sus gafas.

-La causa –se engalla acto seguido- hay que buscarla y hallarla en que, hace unos meses se convocó un concurso de poesía, y a mí, en su momento, me llamaron para que formara parte del jurado, honor un poco cargante que no se me concedía por 1ª vez, dígame de paso.

-El premio Cardenal Cisneros –interviene Griselda.

Lo dice como si el Nobel, por comparación, consistiera en 4 pesos y un apretón de manos.

-¿Por qué no te vas a quitar de una vez esas endemoniadas excrecencias pilosas? –pregunta Enrique.

Señala testa y rúleros de su cónyuge, mientras su hidalga faz se enturbia y frunce con un gesto de asco estético más que comprensible.

-Tengo que esperar –dice Griselda- a que se me seque bien el pelo, cariñín.

-El premio –prosigue Enrique- se lo otorgamos a Luis Gorgonzola, un muy estimable poeta, y el voto fue unánime, caramba.

Enrique se recuesta en la cómoda, incómodo sin embargo, de espaldas al espejo y las fotos.

-El caso es que este muchacho, Tomás Casullo hijo, este insolente y chillón individuo, este deslenguado y zafio paranoico se había presentado también él al concurso, como otro centenar largo de aspirantes, y había tenido el detalle, fruto de su desagradable petulancia, de hacérmelo saber. Al parecer, este hijo de la verborrea rimada se pensaba que, por el mero accidente geográfico de haber nacido los 2 en el Uruguay, sumado al hecho de ser yo colega y conocido, no amigo, lo subrayo, de su padre...

El profesor vacila un instante, como si buscara las palabras justas, a lo Flaubert.

-Sí –afirma-. El vil sujeto daba por hecho que, por esta vulgar concatenación de azares, más el obvio de formar yo parte del jurado, el premio estaba destinado, con preterición de toda norma de conducta ética, a ir a dar a sus manos. Mira si uno, a estas alturas, se va a mezclar en esa clase de componendas. ¡Hazme el favor! Sus versos, por lo demás, son pésimos, son una insensata colección de ripios. El concurso, demás está decirlo, fue limpio, intachable, como debe ser, y el fallo del jurado inapelable. Con una personalidad como Dámaso Alonso de presidente, caramba. Ya no hay ni respeto ni pudor.

-Es la hungla, Enrique –le digo-. Y con Alonso, la pipeta. Decime, profesor, ¿cómo hacen con el hombre? ¿Lo desmomifican, desembalsaman, qué?

-No empieces tú ahora, Diego –dice Enrique-. No seas caradura, ¿quieres? Además no se te olvide que los poetas, al igual que los músicos, somos gente longeva.

-Caso Herrera y Reissig –digo yo-. O Bécquer, ya que estamos. Llego a Madrid, esta mañana, y no bien pongo los pies, ¿con quién me doy?: Con el longevo Gustavo Adolfo, ni más ni menos. El venerable Bécquer, un tipo que responde por Urkiondo y que se dedica, no me preguntes por qué, a levantar piedras de 238 kilos, la vida crapulosa de Manolo el Guijo, prófugo de alcobas, un perverso cartel al lado de un ascensor y una urdimbre de escaleras con los dientes afilados; seis pisos que son sesenta y seis y la coda de una dama con ruleros contra un fondo de pavorreales que me confunde con un poeta suicida que no respeta a Ramsés. Fenomenal aterrizaje en tierra española, profesor.

-Decime, Diego –me canturrea Griselda-. ¿Sos siempre así?

-Hoy estoy de plafond bajo, princesa –le contesto-. ¿Por qué?

-Es peor –testifica Enrique-. Es mucho peor. Ya te lo he dicho. Te he contado infinidad de veces que no sólo lo vi nacer, como quien dice, sino que además, a la vuelta de unos lustros, decenio y medio, para ser exactos, lo tuve de alumno, lo padecí diría mejor, en el liceo Josefina Estrázulas, tercer grado letra C. Todavía hoy, transcurridos otros 3 lustros, el recuerdo de aquel corto período gobierna mis insomnios y abona de sobresaltos mis sueños. Cuando por fin lo echaron reviví. Ah la recobrada paz del erudito

Rematado su emocional discursito, el erudito mira a Griselda y su expresión demuda en irritada y a disgusto.

-¿Te vas o no a sacar esos artefactos? –le pregunta-. Dentro de 20 minutos, 25 a lo sumo, yo me largo a la estación, con mujer o sin mujer, caramba.

-Está bien –lo aplaca Griselda-. No te pongas así, cariñín –me guiña un ojo-. En 10 minutos estoy –añade-. Te venís con nosotros, Diego, es claro.

-Pará –dice Enrique; el sobresalto y la alarma le hacen olvidar la impecable conjugación castiza y recaer en las infames terminaciones rioplatenses-. Esperá un poco, caramba, mujer. Este tipo –me señala con las gafas-, se emborracha, arma camorra, pellizca mujeres.

-No busco que me pellizque, si es por eso.

-Eso –dice Enrique- sería lo de menos.

-A Silvestre –opina Griselda- le va a encantar, verás.

-Lo dudo –dice Enrique-. Lo dudo muchísimo.

-¿Puedo hablar yo? –les digo a ambos-. ¿Son tan amables, al menos, de decirme a dónde demonios van?

-A lo de Silvestre Zayas –me dice Enrique-, el escritor.

-Queda en Cercedilla –dice Griselda-. Es un lugar precioso, verás, aquí cerquita, en la sierra, a menos de una horita en tren. Vamos, dale –parece plañir-, vení. Presiento que me voy a divertir.

-Mi Dios –dice Enrique, mirando el cielo raso, pero ya flemático de nuevo y reflexivo, como siempre.

De modo, nena mía, que ya ves; me iré, con Griselda y Enrique, a un lugar del que jamás he oído hablar y a la casa de alguien que no sé ni quién es aunque, al parecer, lo tendría que saber.

-Es un pensador –me informa Griselda.

-La cultura de Diego –dice Enrique- siempre ha dejado muchísimo que desear.

Nos vamos pues, yo y mi maleta; el mate y la yerba con un poco de ropa, corazón.

CUATRO

Llevo ya más de un mes en España, Marisa. Siempre pasan cosas – hasta yo mismo me lo voy a empezar a creer. Pasan cosas, en efecto. Caen los rayos. Amanece ya en Toledo y trinan los pajarillos.

Nos despiertan, en Toledo, la mañana del domingo, a una hora infame, para acarrearnos a misa, no de forma obligatoria, sin embargo, y a mirar más catedrales, cuestiones ambas a las que opongo mi más enérgica repulsa. He subido a mi dormitorio alrededor de las 6 de la mañana y nunca he tenido el sueño fácil, por desgracia. Me duermo, como temprano, a las 7 o 7 y media y antes de las 10 una mano peluda me sacude.

-Arriba, Balcárcel.

Comparto dormitorio, te diré, con un fotógrafo sordo, santafecino de nacimiento, que hace añares que vive y trabaja en Buenos Aires, y que es quien me despierta.

-La gran puta –me quejo-, sordo de mierda.

Lo pronuncio y hasta grito porque sé que no me oye.

El tipo, que se llama Juan José Hermida, ya se ha bañado y vestido; me sonrío con un aire plácido de infinita buena persona. Supongo que la sordera debe ser una gran ventaja, en realidad, para un fotógrafo, que así se puede concentrar sólo en la imagen, sin ruidos que lo perturben. Este Goya a flash que he tenido por compañero de dormitorio toleantino es, dicho sea, un fotógrafo formidable, un verdadero fuera de serie, que hoy por la tarde, no sé por qué, se empeñará en adornar con mi brutal efigie repetidas catedrales.

-Vos quieto ahí –me manda.

Entre la alegre y jacarandosa pandilla congresiva hay gente para todo, corazón. Somos cuarenta y pico, sin contar al coordinador ni a su secretaria, ni tampoco a 2 o 3 lacayos o asistentes de ambos. Como era de esperar, suponer y temer, existe un amplio elenco mayoritario de argentinos, mientras que el único uruguayo soy yo, por fortuna. También hay gente que se cuele, sobre todo por el morfe y la chupindanga, todo gratuito, y por supuesto por las excursiones, con hotel y gastos pagados, por muchas catedrales que se tengan que tragar después del postre.

Nos esperan, todavía, sendas visitas a Segovia y Ávila, y al cierre del congreso una cabalgata por Andalucía, aunque después de la experiencia torentina me parece que Fermín, el coordinador, que es un vasco inteligente, indulgente y muy buen tipo, y que creo que hasta me ha tomado una especie de pasmada o estupefacta predilección, se empieza a meditar la conveniencia de si no será mejor (lo más sano para todos) que yo me quede al margen, en Madrid.

-Tú, Balcárcel, válame Dios –me dice, con mirada compungida-. Tú a tu aire, como siempre.

No es ningún reproche, pienso yo; es más bien, me digo, una aterciopelada invitación para que me abra y me corte solo, de modo que no peligre la integridad de las catedrales, ni la de las murallas y los acueductos.

Así que, entre mate y mate, de vuelta ya en Madrid y metido en mi habitación de residente especial del colegio mayor, me pienso y replanteo la cuestión y me digo que lo mejor es que me aparte, que me olvide para siempre de mi obligatoria ausencia a toda conferencia, debate y coloquio, que suspenda ad aeternis mi anclaje de cada día en la cantina del Foro, que rompa toda amarra con el XVII Congreso Iberoamericano de Difusión y Prensa,

según su denominación oficial, descarte el paseo por Segovia, pasado mañana, y el subsiguiente por Ávila en su día y renuncie otrosí al periplo andaluz que cierra el ciclo y que, por las noticias que se han dado esta mañana, va camino de convertirse en un infinito itinerario de casi un mes de duración.

En realidad, comprenderás, a mí lo del congreso se me importa un rábano, con las lógicas excepciones que te es dable y sencillo deducir, conociéndome como me conocés. Lo más sensato y fácil, por ende, para mí, sería un rápido y decoroso exeunt sin vuelta.

Lo que ocurre, corazón, es que ya al tercer día, digamos, como mucho, de inaugurado el congreso, la corriente que llamaré heterodoxa, pues siempre hay una, más o menos subterránea o emergente, en todo lugar y congerie, formada por los entes más periféricos, contestatarios y acráticos, afectos al asamblearismo más que a la jerarquización piramidal estricta, me etiqueta de abanderado y caudillo por la ge, minúscula en todos los casos y que no implica ni rango ni obediencia ni siquiera el menor respeto por mis saludables canas sino un mero avatar estratégico y táctico de la inacabable dialéctica entre ordenamiento y caos, justicia social y orden público, pobres y ricos, bien y mal, Machado y Jiménez u Ormuz y Ahrimán.

Hacer mutis ahora equivaldría, por lo tanto, en su medida, a un acto deliberado y a sabiendas de traición, a una renuncia por cobardía y dejación de todo principio. Yo enarbolo el caos, el mal y a Jiménez, bien sabrás, porque yo siempre me adhiero a toda causa perdida -¿y qué es si no el género epistolar, muerto y sepultado como está por mor del teléfono, el telégrafo, el jet y la dinámica salvaje de este capitalismo usurario y ramplón que nos oprime y aplasta? Y para el caso presente, corazón, la peor causa perdida, a fuer de sinceridad, soy yo.

A Toledo, por ejemplo, ya que estamos, me llevan poco menos que a la fuerza. Me vienen a buscar en comitiva al colegio mayor, y mientras las señoritas desayunan con croissants y mermelada, atrincheradas en la cantina, 3 ursus ursus horribilis de patibular catadura se introducen mediante ganzúa en mi dormitorio y me arrancan, tal cual, del colchón y del sueño, a la intempestiva hora de las 8.30 a.m.

Apenas si me dan tiempo para una rápida aunque enérgica ducha y para echarme al colete, por decirlo a lo castizo, un par de tazas de café negro bien fuerte, sin haberme despertado del todo todavía (proceso lento en mi caso, como bien lo sabés) y en marcha, macilento y embotado, a la sede del Centro Cultural Hispánico, allí a 3 cuadras, donde nos aguarda y nos recibe el resto de los congresuales, con un estoico cuando no hosco silencio por parte de los espíritus del orden y vivas y aplausos del populacho enervado.

-Es que pensamos y decidimos, ¿ah?, que sin el oriental especie de Toledo no nos hacía ni un pizquirrecín de gracia. Siéntate aquí conmigo, oriental, ¿ah?

Regresamos de Toledo al caer la atardecida del domingo. Los ánimos, paso a decirte, están más bien encrespados entre los mandamases y sus serviles, por causas que pronto sabrás y que son las mismas que yo trato de olvidar, a base de cognac, como se debe, en un rincón del salón de fumar del hotel, Sólo Los.

-¿Están todos? –pregunta Fermín, ya trepada la grey al autobús.

-Falta el oriental, ¿ah?

-Válame Dios, ¿quién si no? –masculla Fermín-. Anda, Cristina –le dice a su secretaria-. Ruégale a ese hijo de mala madre, válame Dios, que tenga a bien el reunirse con nosotros en cuanto se lo permitan sus múltiples

ocupaciones, que si no nos vamos sin él, joder. Várame Dios, hasta me induce al empleo de un subido lenguaje soez, el socabrón.

Cristina, la secretaria y factótum del congreso, es una chica feúcha, la mar de simpática a la vez, y muy dinámica. Yo le perturbo y amargo la existencia cada vez que me le acerco y me la engancho del brazo por la cintura.

-Te comería, bombón.

-Suéltame, canalla libidinoso.

Canalla libidinoso, ¿te percatás, corazón?

-Venga, tú –me dice Cristina en el salón de fumar-, que dice el patrón que nos vamos sin ti.

Me ha buscado hasta encontrarme, allá en mi más postrer y negligido rincón, de resultas que pago por lo que he consumido y nos vamos los 2.

Subo pues al autobús con el más creíble aire contrito y me encamino hacia el fondo. Una vida de tropiezos y palizas, una vida de traumáticas experiencias, una vida de convivencia con malandras, caraduras y rufianes me ha dado una cierta circunspecta sabiduría, no por nada, que me lleva a sentarme, por una vez, al lado de un inobjetable señor brasilero, sonriente, cortés y elegante, que dirige un canal de televisión en Porto Alegre y es uno de los escasos entes neutrales de la turbia patota iberoamericana. Se llama don Nibio y yo lo trato de usted.

Don Nibio, te anticipo, anda siempre cronómetro en mano, porque su pasión excluyente, por lo que sé, consiste en el cálculo de horarios, velocidades crucero y velocidades punta, que no termino de saber qué diablos son, y de promedios, distancias y kilometrajes/hora. En cuanto me siento con él don Nibio me pregunta, cronómetro en la diestra, qué velocidad punta alcanza el metro en Madrid, caso que yo lo sepa.

-Unos 100 por hora –le contesto con aplomo.

-Imposible –arguye don Nibio-. No puede ser, Balcárcel.

-No, supongo que no. Si usted lo dice usted sabrá.

-Hasta 4 veces he cronometrado el recorrido entre las estaciones de Cuatro Caminos y Quevedo –dice don Nibio, con síntomas evidentes de desaliento-, y he comprobado que el tiempo fluctúa entre 1’12” y 1’46”. Lo grave del caso, Balcárcel, es que ignoro la distancia exacta que media entre las 2 estaciones.

-Lamentable contrariedad, don Nibio.

-Es más –dice don Nibio-, nadie parece conocerla. Lo he consultado con los jefes de estación e inclusive he preguntado a los mismos conductores, y en ningún caso me han sabido dar, no ya la cifra exacta, sino ni siquiera una cifra aproximada.

-Inconcebible –me solidarizo-. ¿Por qué no averigua en las oficinas centrales de la compañía? Allí habrá planos, registros, catastros, digo yo.

-¿Tú crees?

Don Nibio no parece convencido ni por lo más remoto. Un mes de vida en España lo ha inundado de escepticismo en cuanto a la formalidad, seriedad, exactitud, puntualidad y estabilidad mental de los españoles.

-Parecen cariocas –me ha dicho alguna vez, con suculento desdén.

Se refiere, obvio es, a la multicolor multitud de Rio de Janeiro, cidade maravilhosa. Y parece afligido de verdad, casi triste. Sacude la cabeza y yo le respondo con la mía, que no me cuesta gran cosa y queda de lo más bien.

Eso ocurrió una vez, pocos días antes. Ahora en el autobús don Nibio sólo suspira.

-En fin, en fin –dice.

A los pocos minutos de haber emprendido el trayecto de regreso me acuerdo de unas gafas ahumadas que compré los otros días y que llevo en el bolsillo de la solapa. Las saco, las empaño con el metódico aliento, las froto contra una manga y me las pongo, porque viajamos de frente al sol y el res-

plandor rojizo y agonístico del astro rey se les hace inclemente a mis ojos cansados, irritados de tanto beber, mal dormir y no hacer nada. Con el braserero, pues, subyugado por la ventanilla sobre los raudos mojones de la carretera, me dejo sumir en un blando limbo soñoliento, del que me sacan, a los 3 escasos minutos, unos toquecitos en un brazo.

-Balcárcel –es Cristina

-¿Qué he hecho ahora, princesa?

-Pide el patrón que le concedas unos minutos, si los tienes.

Me levanto, qué le voy a hacer. Cristina se deposita en mi lugar junto a don Nibio y su cronómetro y me regala una límpida sonrisa alentadora – algo es algo, corazón. Yo por mi parte le soplo a ella un beso y me encamino pasillo adelante con una sensación más bien vertiginosa; el gran parabrisas al frente y el autobús lanzado en bajada por una carretera estrecha y culebreante, que discurre entre barrancos, me ponen un pasmo en el alma.

-Soy todo oídos, Fermín.

Me siento cabe a Fermín en el primer asiento, con todo el panorama aterrador de la serranía que se nos viene encima en cinemascopio y technicolor a través del parabrisas.

Pienso que de no cerrar los ojos me pongo a vomitar ya mismo.

-Tú a lo tuyo, válame Dios, Balcárcel –me admonice Fermín-. Tú, como siempre, ni brizna de seriedad. ¿O es que no te has percatado del cristo que has montado, especie de argentino?

-Ya me empezás a cansar con ese chiste, Fermín. Es malo.

-Son palabras tuyas, Balcárcel. Yo no hago más que repetirlas, válame Dios.

-Por eso mismo te lo digo, patrón.

-Fui boxeador en mis años mozos, ¿sabes?

-Se nota. De los que pierden.

-Cuento con 11 combates en mi palmarés profesional –enumera Fermín-. 7 fueron victorias, 3 de ellas por knock out, y sólo 2 fueron derrotas, ambas a los puntos. Como aficionado, Balcárcel, te informo que libré 112 combates y me proclamé campeón de Vizcaya de pesos medios en 1949.

-Titánico –le contesto-. Se te felicita con sinceridad, Fermín. Y cuando colgás los guantes, por lo que veo, egresás en la cultura. En fin, cosas peores ocurren todos los días. Supongo que estas referencias a tu glorioso pasado son una especie de amenaza en tiempo presente, ¿me equivoco?

-Supones bien, váleme Dios –dice Fermín-. Aún no tengo en claro qué es lo que pintas en este congreso.

-Soy periodista, Fermín. Lo fui, por lo menos. Y no era nada malo, te diré. Nunca hice box, eso sí. Los boxeadores se oponían. Les daba paúra.

-Una vez por lo menos te han sacudido a base de bien, Balcárcel, váleme Dios.

-¿Lo decís en referencia a mi apéndice nasal, Fermín? Me lo han quebrado 2 veces, es verdad. Una de ellas en patota, eso sí. No sé si conocés la expresión. Es un símil lunfardo y más ruin de pandilla, de banda o de panda, como se le dice aquí. El otro día me enteré estupefacto de que aquí a un pandillero le dicen apandador, ni más no menos. Tal parece que ustedes, los españoles, sienten pasión por el empleo de palabras ñoñas, para usar a mi vez otra consecuente ñoñería de rigor. ¿A qué se debe, Fermín? ¿Puro masoquismo o la censura franquista?

-Válame Dios, especie de –se sobresalta Fermín-. Aquí nadie que yo conozca le ha dicho jamás apandador a un pandillero. Son calumnias. Te doy mi palabra. Por lo demás, ten presente que hablas con un alto personero del régimen, váleme Dios.

-No tenés cara, Fermín; ni de personero ni del régimen, te diré.

-He jurado los Principios Fundamentales del Movimiento, váleme Dios.

-Y llevás el carnet del partido de la hoz cosido al forro de la chaqueta. O quizá sos de la ETA. Sos vasco, para empezar.

-No todos los vascos usamos metralleta, váleme Dios. Y trata de hablar más bajo, ¿quieres? Las paredes oyen hasta cuando no las hay.

Se revuelve en su asiento, al parecer un poco incómodo, aunque no por ninguna incomodidad de orden físico, pienso yo, sino por otras muy distintas, de corte mental y metafísico; cargos de conciencia, corazón. Fermín medra del franquismo, al que sin duda detesta; he ahí la cruda verdad. Me convida con un cigarrillo, me lo enciende acto seguido y luego el suyo respectivo y me mira a través del humo de los sendos.

-¿Podré confiar –me pregunta- en que no se repetirán estos follones, Balcárcel? Menudo cisco, váleme Dios, y el tío tiene influencias, que esperamos que no emplee. En fin –mueve los hombros-, ¿qué me contestas?

-Los cristos, ciscos y follones se organizan ellos solos, Fermín –le digo-. Yo sólo he sido el pretexto, la víctima. En cuanto a las influencias yo no tengo ninguna todavía, pero te aseguro que me procuraré unas cuantas a la mayor brevedad y las emplearé todas en tu favor.

-No me tranquiliza lo bastante tu elocuencia, Balcárcel, váleme Dios, aunque igual se te agradece el gesto. Por otro lado tú, ¿víctima de qué? ¿Consideras que follar es un castigo?

-Si no he sido víctima tampoco soy culpable, Fermín –me defiendo-. Yo no tengo la culpa de que esa alemana loca quisiera matarme a mandobles, pienso yo. Con una cimitarra de vero acero de Toledo y en Toledo, para mejor. ¿Qué querías que yo hiciera? ¿Dejarme sajar al medio?

-No sé qué decirte, Balcárcel. Hubiera sido una solución –se ríe Fermín-. Un día es una cosa y al otro es otra, váleme Dios, pero siempre estás

tú de por medio. El terrorista, Balcárcel, eres tú. No sé cómo te las apañas, pero a fe que lo consigues, y váleme Dios si miento. ¿Es que no tienes respeto por nada?

-No por la propiedad privada, en todo caso, Fermín, ni por el dogma marxista.

-No te irá bien en la vida, váleme Dios, si piensas así y encima lo ejercitas y vociferas, Balcárcel.

-Por ahora no me quejo, Fermín. He tenido rachas buenas y otras mejores.

-No hay bien que dure cien años, Balcárcel, pero sí noventa y nueve.

-Dios ahoga cuando aprieta, ya lo sé.

Fermín se ríe a mandíbula batiente (mirá qué estupidismo más elegante, corazón). Me dice sonriendo que sí, que soy bastante ocurrente, váleme Dios.

-No me engalano con glorias ajenas, Fermín –digo yo-. El dicho no me pertenece. Es parte del refranero personal de don Eduardo Sarthou de Vère, un célebre antepasado mío que era una especie de Sancho Panza al revés; no había refrán que no dijera, aunque mal dicho. No por mucho tempranar amanece más madruga era uno. Al que madruga degollarlo era otro. Era un noctámbulo fanático, claro está.

-Existen taras genéticas, Balcárcel, váleme Dios.

-Si sabré –digo yo-. Don E, como le decían, era un tipo grandote, atropellado y un poco fanfarrón, muy bruto, con la crucial diferencia de que era rico. Pensar que mis ancestros, no tan lejanos por otra parte, eran los dueños de medio Uruguay, un tercio de la Argentina y un buen cacho del Brasil y no obstante heme aquí a mí, como se dice, en un vulgar autocar, como les dicen, de palique, según dicen, con un pugilista vascuence que una vez leyó. Cosas veredes, dijo Satanás.

-Válame Dios, especie de argentino.

Lo sucedido, nena mía de mi vida, es que aquel sábado de Toledo, el 19 de mayo, entre catedral y catedral, una crepuscular y epigónica aprendiz de los caballeros teutónicos me persigue a mandobles, con una vera cimitarra de acero de Toledo, por diversas calles empinadas. Después de haber estado al borde de partirme en mis mitades por lo menos 3 o 4 veces, la criminal criatura se desentiende de su cimitarra y se me cuelga del cogote.

Son gente de las brumosas selvas germánicas, claro está, selvas que ya no existen pero que aún pesan en el alma colecticia de aquella nación; son razas libérrimas, bien se sabe, sin honor ni religión.

En Toledo, corazón.

La extranjera de marras se nos ha unido en algún lugar de esta imperial ciudad, porque no venía con nosotros al salir de Madrid. Viene, eso sí, con su novio, su amigo, no sé; el amante, el marido, el camarada concúspice o compañero de techo y de lecho, se lo podría llamar de 1000 y 101 maneras. El tipo, el acompañante, resulta para mejor que responde por Fermín, valga la redundancia. Es que en la vida cotidiana hay gente que cae en el difundido error de usar el mismo nombre que llevan otros, no como en las novelas, por ejemplo, donde cada cual suele venir con su pertinente etiqueta diferenciatrix.

Fermín bis, llamémosle, es un colombiano. Es amigo, compinche o conocido de otro colombiano, de nombre Pío Plá, que forma parte del congreso y viene con la expedición; Pío Plá, enfático y bajito como su nombre indica, es el tío con influencias al que Fermín se referirá alarmado en nuestro diálogo de autobús. Aquí, agregaré, las influencias pesan de verdad,

mueven montañas. Aquí en las Españas, sin influencias, uno no es nadie, nada, el anodino y pertinaz cero a la izquierda.

Invitado pues por su influyente Pío Plá, compatriotas como son, Fermín bis se nos acopla en Toledo. Viene con su auto, muy complacido y sonriente, y se trae con él a la muchacha extranjera para exhibirla y darse dique, para pasearla del brazo y mostrarla como objeto de su exclusiva propiedad. Porque la muchacha, nadie se lo va a negar, es llamativa, succulenta, decorativa, muy atractiva, por todo lo cual no es de extrañar que ya desde el principio concite y centralice la atención de unos cuantos componentes macho de la expedición.

La muchacha, según me enteraré, no es en realidad alemana sino austríaca, y se llama Blyth, ni más ni menos. Por lo que luego me dirá, por lo que le llegaré a entender, Blyth trabaja en una empresa de intercambio hispano-germana, cuyo negocio consiste en enviar 3 rubicundos teutones cargados de dólares, marcos y pesetas, para que pasen el verano en las playas españolas, a cambio de 6 extremeños enjutos y callados que van a lavar letrinas en Hamburgo.

-Cada día –dice Blyth- me odio un poco por estar vinculada a ese tráfico abyecto.

Pienso que la chica, a fin de cuentas, tiene su miaja de sensibilidad social que la redime.

El ataque a mandobles del que te he hecho mención es algo por completo inesperado y repentino. En trayecto de la catedral A a la catedral B (en Toledo todas las iglesias y hasta las más escondidas capillas son catedrales), pasamos por delante de una tienda con un letrero que dice:

SE FORJAN ARMAS

VERO ACERO DE TOLEDO

¿Te das cuenta, corazón?

Ahí en plena calle se exponen diversos cestos de mimbre de los que sobresale una gran profusión de espadas como si fueran barras de pan flauta. Hay espadas de todo tipo, tamaño y peso, así como sables, alfanjes, cimitarras y lo que uno quiera.

-Se forhan, ¿ah?

-El vero sueño del Príncipe Valiente, princesa.

2 de los tarados del cuerpo expedicionario resulta que van y agarran sendas espadas, con las que fingen batirse a duelo. Un 3º, un tal Barranco, colombiano también él, es el que escoge la cimitarra, que luego le cede a Blyth, aunque no sin antes fingir que la degüella, para lo cual le implanta e implementa toda una mano abierta sobre las tetas.

Porque sí, porque es claro, porque son cada vez más y más acuciantes los que revolotean alrededor de Blyth, con sobrados motivos y causahabientes, ya que Blyth no sólo está bien buena, cosa que salta a los ojos, sino que además a cada minuto que pasa más da la impresión de que se halla en oferta. Fermín bis, por su parte, tan ufano hace un rato, parece ya resignado, después de 3 catedrales, en cuanto a su desmedrado papel de cornúpeta a sabiendas.

Fermín bis es un tipo muy alto (más alto que yo), muy flaco y muy poco denso (liviano como una pluma), tanto que a nadie le llamaría la atención (y menos le importaría, y menos que a nadie a Blyth), si en un momento tal empezara a levitar o a disolverse. Es así como translúcido, chupado, con la piel adherida al esqueleto, tanto que parece que portara un frágil esqueleto exógeno.

Yo estoy algo aparte de la plebe, con mi amiga peruana, del todo ajenos los 2, y por completo indiferentes, a los sonidos y voces de un fingido combate que libran entre Blyth y un tal Buitrago.

-Oye –exclama Blyth-. Ten cuidado, que por poco y no me ensartas.

-No será con una espada con lo que a ti te ensarten –comenta un tal Nesbitt, que es el gracioso oficial de la patrulla.

2 segundos después tengo a Blyth ante mis ojos, llameantes los suyos, con la cimitarra en las manos asida con ambas 2, y siento que Buitrago me resopla en la nuca. Alcanzo a discernir que el brillo en los ojos de Blyth no es de cordura y aplomo que digamos, y que no es a Buitrago a quien mira sino a mí, recto a mis ojos. Algo me avisa que salte y una mano celeste me cambia de sitio justo a tiempo, porque medio segundo después silba a mi lado la cimitarra como si rasgara una cortina de aire y resuena, con una aguda nota de címbalo, al golpear el adoquín.

-Cuidau y no la ruempa, mademoiselle –recomienda el forjador-. Son 69 dólares.

-Se los pagaré si se la rompo, maldición –masculla Blyth.

Se ha vuelto hacia mí con los ojos muy abiertos, como de drogada, y me lanza otro mandoble, en diagonal y a 2 manos, directamente a matar.

-Se ha vuelto loca –dice Barranco.

-Oye chingona, que estoy aquí –la llama Buitrago, como si buscara que lo mate a él.

-Muérete, cerdo –le dice Blyth.

Me sigue mirando a mí, Marisa, y aprieta los nudillos sobre el pomo de la espada. A mí, ¿sabés qué?: me entran ganas de reírme. Una vulgar navaja da mucho más miedo que una espada, corazón. Hay algo de noble y cara a cara en las espadas, como hay mucho de cobarde y por la espalda en las navajas. Igual lo que antedigo no es óbice para afirmar que si Blyth no me mata es de pura chiripa y carambola y nada más.

-Oí un poquito, criatura –le pido.

-Tú te callas, hijo de perra. Ya verás.

A Blyth le silba el aire entre los dientes y le tiemblan las aletas de la nariz.

Después es claro; después me dirá que todo no ha sido más que una comedia, un juego, mero arte seductriz, revelación que no me podré creer ni me creo. Yaceremos, corazón; ya ves lo fino y delicado que me ha vuelto Toledo. Yaceremos, te decía, y ni siquiera entonces me llegaré a sentir lo bastante relajado como para olvidarme y pelillos a la mar.

-¿A que le tienes a tu Blythie una pizca de miedo? ¿A que sí?

La muy yegua lo disfruta, por supuesto; más que conmigo, y por mucho que lastime mi amor propio, con las caricias fantasmales de la Señora de la Guadaña, a la que siento yacer entre nosotros. La sacuden a Blyth sucesivos orgasmos necrófilos.

-Mira si tu Blythie te iba a matar, tontorrón.

-No es que quiera ofenderte, princesa, pero me dio la impresión de que era eso precisamente lo que pretendías.

-Eso quiere decir que me tienes miedo.

-Digamos que no estaría muy tranquilo si te viera pelando papas, princesa. No sería ningún reconfortante cuadro conyugal, que digamos.

La germánica se me ríe con una especie de impudor alevé, criminoso.

¿Sabés, corazón? Hubiera mandado a Blyth a freír espárragos, contra todos mis principios, de no haber sido por Fermín bis. Porque cuando Blyth ya ha soltado la cimitarra y viene y se me cuelga del pescuezo para cundirme con su carmín, yo en lo único que pienso es en el silbido letal de la poderosa arma blanca y en el trémolo vibrante que su hoja le arranca 2 y 3 veces al adoquín. Trato, por ende, de sacarme de encima a aquella psicópata, que ahora me clava las uñas en la nuca y me tironea de mechones de pelo. 20 o 30 pazguatos contemplan con la boca abierta la función.

-Vaya furor, ¿ah? ¿Quién diría? Primercito asesino y despuecito uterín, ¿ah?

Me descuelgo mal que bien a la loca del pescuezo y le sujeto los brazos por las muñecas. Entreabierta la boca, parpadeando y sin resistirse, la muchacha jadea.

-Un juego formidable, princesa –le aviso-, pero se terminó.

Es entonces, acto seguido, cuando Fermín bis me ataca por la espalda. Me pega con sus puños inocuos en los bofes y me trata de empujar al suelo; tal como si uno tratara (por mera diferencia de tamaño y peso) de zancadillear a Gatamelata con caballo y todo. Me saco a Fermín del lomo por morde una sacudida y siempre sin soltar a la germana, que me resulta muchísimo más inquietante.

-Suéltame –me pide ella-. Suéltame, ¿quieres? Me haces daño.

-Nada de espadas ahora, princesa –le advierto-. Empuñas una horquilla para el pelo y te estrangulo.

Cuando apenas la he soltado, con ella allí frente a mí, a un paso apenas y mirándome, nublados ahora sus ojos del color de la esperanza, Fermín bis me vuelve a acometer por la espalda y me pega en la cara con un objeto duro, que resultará ser nada menos que un cenicero de bronce del género ecuestre, que reproduce a Mio Cid Campeador a lomos de Babieca o viceversa, por la módica cantidad de 23, 99 dólares.

El golpe me duele, no te creas; tengo el pómulo tumefacto todavía. De modo que nadie me puede negar el derecho a defenderme y devolverlo, aunque si lo hago y lo devuelvo es más que nada por puro acto reflejo. No golpeo con fuerza y uso de la mano abierta, lo que no impide que Fermín bis salga disparado por el aire, se lleve por delante uno de los esbeltos trípodés de metal con un airoso cesto de mimbre encima que acumula vero acero, y vaya a terminar despatarrado entre espadas, alfanjes y cimitarras, que

resuenan a música canyengue contra el adoquinado. El acero de Toledo, corazón, no es ya lo que era; cuento por lo menos media docena de espadas en pedazos. Tendrá que ser Blyth, por supuesto, la que pague el estropicio; lo hará acto seguido, sin rechistar.

-Tú –me llama cuando yo ya me mandaba mudar-. No te irás ahora. Ni pensarlo.

-Diviértete, oriental, ¿ah?

Aquí es un alivio, Marisa, que nadie me llame Chino ni Chinatis ni Diego siquiera. No hará ni tres días que me han ascendido, además, de argentino especie de al rango de comandante, de qué ni por qué no sé, pero adivino la mano de Fermín.

-¿Te vienes al pantano de San Juan, Coca?

-El comandante decidirá, ¿ah?

CINCO

Es curioso, Marisa; al principio me temo que alguno de los congresuales porteños se acuerde de mí, en tanto en cuanto que jugador de basket ball, quiero decir. Recordarás la cíclica batalla campal a la que estaban abocados todos los partidos de la cínica y desvergonzada Copa Fraternidad, cada verano, en una y otra urbes sobre el Plata, entre las selecciones argentina y uruguaya; el odio de los habitualmente derrotados argentinos concentrado en mí me marginaría inclusive, por un tiempo, de mis solitarias visitas a Buenos Aires, la feroz y ensoñecida, por sus amplios bulevares y avenidas. Tengo una misteriosa debilidad por La Maldita, bien sabés.

¿A qué no obstante tanta desconfianza, a fin de cuentas, pibbe? Ninguno de mis cofrades porteños se acuerda no ya de mí sino de nada; no están quizá ni enterados; hasta cabe en lo posible, me digo, que no sepan siquiera qué corchos es el basket ball, lo cual no es ningún desdoro, es claro, pero a mí me entristece. Pienso si en el fondo no será que estoy ansioso de que me reconozcan; el malón bonaerense, te diré, incluye a dos creaturas de muchísimo calibre, cual Gabriela Beltrán (nomée Gaby) y Florencia Mstrangeli (Florrie)

Hoy todas devienen al inglés.

Lo que sí hay es un tipo que a veces es del Ecuador y a veces de Honduras que sí se acuerda, corazón, aunque no de los repetidos desmanes rioplatenses sino del Panamericano de San Juan de Puerto Rico. Se acuerda y

me reconoce, y además me lo dice. Es un tipo, es claro, ¿y para qué quiero yo a un tipo?

Es, eso sí, un tipo muy lindo, Marisa, de perfectas y nítidas facciones y diminuto, de aire grácil y huesos pequeños, que parece de porcelana fina, para ponerlo en la repisa ya mismo. El tipo va siempre muy bien vestido, aunque con algún habitual ramalazo estrafalario, más que retador amanerado; cuando no son unos guantes de cabritilla amarilla es una bufanda blanca de seda cruda, o polainas o un bastón con un lebril de plata a modo de empuñadura, o un medallón de esmalte colorado del que cuelgan dos trencitas y que lleva a modo de corbata; o una capa de forro brillante o un grueso cinturón de seda verde. El tipo se hace notar, sin sombra de duda; es una especie de impúdico y disparatado exhibicionista. Ya somos dos, corazón, pienso yo.

Este presunto ecuatoriano, este esporádico hondureño que dice llamarse Juan Góndola (así tal cual, como las románticas y plañideras barcazas venecianas), no forma parte estricta de la nómina oficial del congreso ni mucho menos pertenece al rubro de los invitados de honor que amenizan banquetes, agasajos y excursiones. Góndola en realidad es un colado perpetuo, que asiste con infaltable tenacidad, según me han dicho, no sólo a cada cocktail y ágape sino también, inquebrantable su aliento, a toda conferencia, todo debate, coloquio y mesa redonda del programa, sin perderse ni el menor; y siempre que encuentra un resquicio, cosa que suele ocurrir, lo aprovecha e interviene, con la más absoluta y filípica seriedad y haciendo gala de unos conocimientos de lo más diversos, apabullantes en ocasiones y variopintos, sobre los más variados asuntos y temas; son unos conocimientos que nadie, sin embargo, ha podido cotejar con datos concretos que los confirmen y verifiquen.

Aquí, dicho sea, los más, sobre todo los de las regiones tropicales, recelan de Góndola y comentan, por la zurda, que está a sueldo de la CIA y que tiene antecedentes por provocador y rompehuelgas, mientras que por la derecha se afirma haberlo visto pistola en mano al mando de pandillas de trotskistas, tanto en Ciudad de México DF como en la reiterativa y abrumadora Univ. de Medellín.

En realidad, según yo lo veo, el tipo no es más que un iluso, un charlatán, un pequeño demagogo de salón, un infeliz capaz de lo que sea con tal de impresionar. Dice descender de una princesa maya, a la que trueca en ocasiones por el mismísimo Manco Capac, Hijo del Sol. Una noche yo mismo lo escuché decir que hace unos años era actor de cine, en Hollywood of course, donde al parecer trataron de encasillarlo en el moroso papel de jugador taimado y chicano vengativo, lo que lo llevaría a abandonar la profesión.

-Pude ser –categorizó con suave acento de lembranzas- un segundo Valentino, de no haberme ganado la inquina del cretinacho impaciente de Sam Goldwyn.

-Andá a pinchar boniatos, vos, atorrante –le dijo el Cartabón, un presunto linotipista de Lanús, provincia de Buenos Aires.

Me fijo una vez que Góndola me mira con ojo contumaz desde el momento mismo en que nos vemos, cuando llevamos el tercer o 4º día de congreso. Me mira, sonrío de lejos, alguna tarde me paga un cognac, gesto que le devuelvo –el tipo bebe ponche, ¿podrás creerlo?

-Un ponchecito, haga el bien –pide.

De algo me quiere hablar que no se atreve; lo advierto. Un par de veces parece que por fin se decidiera, pero en el último momento algo lo frena y retrae. Una tarde, sin embargo, Góndola se decide. Yo estoy anclado en el mostrador de la cantina del Foro Internacional; estoy solo. El tipo se me

acerca con sigilo, me da un golpecito en el hombro con su lebril de plata y sonríe.

-¿Permites que se te invite, Balcárcel?

Se me queda mirando, se retuerce con un dedo un bigotito que tiene, que es como una raya de tizne apenas, y sus bellos ojos glaucos se entreciebran; es un indiecito muy pálido, rubión, de ojos claros y con un principio de alopecia –un indio bien rarito en realidad, pero indio mestizo a tenor de sus propias orgullosas palabras..

-Así que eres tú, compadre –afirma.

-No me queda otro remedio, hermano.

-Te vi jugar en San Juan, cuando aquel panamericano. Gloriosos momentos, Balcárcel. Tú y aquel otro, el tal Perotti, aquel gordo. Un imbatible binomio, por la chucha fría. Vaya si no. Después que ustedes van y derrotan y hasta humillan a los gringos, en aquella inolvidable noche, poco faltará al día siguiente para independizarnos y borrar de un plumazo la oprobiosa mancha del colonialismo anglosajón, Balcárcel. Vive libre Borinquén era el unánime grito.

Góndola tiene asido por el medio el bastón y lo blande, lo eleva, lo sacude.

-Eras tú –añade.

-¿También sos de Puerto Rico?

-Soy un mestizo universal, compadre –dice Góndola-. Soy de todas partes. Vaya vaina, chacho, vaya full –se entusiasma-. Por la chucha fría de mi abuela, qué noche más memorable, man. Permíteme que se te abrace, Balcárcel

Góndola mira indeciso su bastón, que ha dejado encima del mostrador.

-Un día Borinquén despertará y en el fondo serás tú –afirma-. Eres ya el héroe, Balcárcel, el protohéroe.

-Pará un poco, hermano –lo atajo, bastante alarmado, antes de que me abrace-. Lamento desilusionarte etc etc, pero la verdad es que estás en un error. Aquel tipo no era yo sino mi hermano mayor; somos bastante parecidos.

-Vaya vaina, chacho, vaya chucha fría.

El tipo se encoge, se tironea del bigotito y sacude la incrédula cabeza. Me mira con una expresión, corazón, tan lastimera, que a punto estoy de deshacer el entuerto y decirle la verdad. Si no lo hago es no sólo por temor a aquel abrazo, sino sobre todo porque yo también (a mi pesar) siento rece-lo, tengo mis dudas, el infeliz no me termina de convencer.

-Pues que nones, Balcárcel, según veo. Menuda vaina, compadre.

-Menuda vaina qué, ¿ah? –se aproxima una voz.

Es que gira cada trompo suelto por esta corteza terrestre, corazón. Resulta por ejemplo que el muy animal de Góndola sólo está al tanto de la existencia histórica de 3 uruguayos, ni uno más; y estos no son los 33 Orientales, tampoco Artigas ni Obdulio Varela y ni siquiera el viejo Onetti o Serafín. Los 3 de la gloria, para Góndola, somos los invictos guerreros de San Juan, Balcárcel y Perotti, y un jugador de fútbol que fue de Peñarol y de la selección nacional, que para colmo se llamaba Borges.

-El Borges fehaciente, el histórico –dice Góndola-. El verdadero, el inmortal, el charrúa. Me refiero al gran winger izquierdo de la semifinal de Berna versus Hungría y no al otro, al falso e impostado, el escritor, ese cieguito.

-El falso –intervengo yo- sucede que también es charrúa, no sé si lo sabías.

Un porteño que nos oye, a 4 pasos y burlón, al escucharme se indigna y me lo reclama, al cieguito, el escritor; me lo exige de la forma más perentoria, como si yo lo llevara en el bolsillo con Maigret.

-A Borges –me dice-, traé acá, ¿viste? Con esas cosas no se juega, ché.

Vayamos de una vez al fondo del tazón, Marisa, corazón.

Es al asistir a la solemne apertura del XVII Congreso, acontecimiento que se materializa en el Salón de Actos del Centro Cultural Hispánico (Joaquín Baldrás, según creo haberte dicho, es el director en funciones; el presidente es nadie menos que el Duque de Cádiz, un Borbón, primo del llamado Príncipe de España –Juan Carlos 1º de España, lo llaman, y Nada de Alemania-, que además está casado –el Duque- con la nieta mayor de Franco, una bella mujer a la que he visto pasar, alta y cimbreante, y a la que llaman la Nietísima), con un caluroso discurso de bienvenida que nos endilga un delirante ministro de Cultura y Propaganda, nada menos; un émulo español de Goebbels que a no dudar es de los que sacan (como Goering) la pacificadora cada vez que les mentan la susodicha palabra.

El tipo, según nos dice, habla en loor, fijate vos, de las ínclitas razas ubérrimas y de la América indígena, del fecundo y secular mestizaje, en palabras suyas, y nos trae a colación no sólo a Darío (en verso) y al inevitable Martí (en verso y prosa), así como a Bolívar y a San Martín (como no podía ser distinto), sino que además se manda el gesto de rendir, en este día, dice, un pequeño homenaje a la memoria de Ernesto Guevara, aquel valiente.

¿Hablan en serio?

Me gustaría saberlo.

¿Es cinismo puro, desparpajo, torpeza, desprecio, una burla, qué? La gente, no te creas, lo aplaude a rabiar; el tipo les tañe fibras sensibles, les

estimula el cuore. Yo, por mi parte, siento un remoto disgusto, un vago malestar, ganas de zamparme un par de cognacs y pelillos al viento.

Es al salir, por ende, del acto inaugural, ya en la cafetería del Centro, mostrador al fondo, donde me anclo en el consabido rincón, esta noche en compañía de un amigo que me he hecho aquí en Madrid, un ecuatoriogui-neano de nombre Nicodemo Ngube Mbó, abreviado Nico, que es pintor, poeta, periodista, conspirador, apátrida también; un ejemplar mayor, en resumen, de esa raza multiforme, el hombre orquesta, que brota en los albores de toda independencia, cuando el país que sea se empieza a despertar y se siente libre. Al rato lo pisan botas nuevas, es fatal, pero aquí no viene al caso.

-No hay libertad verdadera sin paredones, Balcárcel –me dice Nico-. Es lo que le falta a Allende, ¿sabes tú? Crueldad, la necesaria.

Nos hemos hecho grandes amigos con Nico, fraternales compinches de boliche, porque coincidimos en apreciar, con imparcial objetividad de forasteros, la rara calidad del cognac español, así como la rara aunque arisca belleza de las señoritas de Madrid. De modo que allí estamos, corazón, firmes los 2 como adalid y sostén, ambos a dúo, del mostrador y del mundo (si se terciá), cuando se nos adjunta Fermín, que viene con otro tipo.

-No pierdes el tiempo cuando se trata de empinar el codo, Balcárcel, válame Dios.

Para ser precisos: Fermín y su acompañante vienen a remolque de una impetuosa belleza del Perú, dichosos los ojos, de la cual muy pronto me enteraré que forma parte del congreso y que se llama Numen Llopis, aunque ella prefiere, a fuer de sinceridad, que le digan Coca, qué se le va a hacer.

-A que tú –me espeta así de golpe- eres argentino, ¿ah?

-Ya te tengo dicho, Coquita querida –le dice Fermín.

-Es bien verdad, señorita –concedo yo, sin dejar a Fermín terminar lo que fuera-. Soy una especie de argentino, alta verdad.

-¿Una especie? –la bella congresista del Perú arquea una negrísima ceja, intrigada-. Una especie cómo es, ¿ah? ¿Me lo explicas?

Si en estos últimos días, Marisa, nena mía, he suspendido mi habitual y ya ritual goteo de informes, vía epistolar, no ha sido por causa exclusiva de mi tan denostada molición. Es que ocurren cosas que no sólo pasan, sino que (me) sobrepasan. Es el azar, el sino, el destino, el hado, la fatalidad –cada cual lo llama según le venga en gana.

Hoy estamos a martes 29 de mayo, a miércoles ya, de hecho, porque hace un rato que ha sonado la medianoche. Cansado e insomne, te escribo desde el piso 23 del edificio más alto de Madrid. Por allá, muy allá, muy al fondo, hay autos que hormigean, luciérnagas rastreras que atraviesan la noche con faros y reflectores.

¿Sabés con quién he estado, corazón? Con Santiago; sí, el mismísimo: con Santiago Massini, nadie más nadie menos. En su momento te lo contaré.

Vuelvo por ahora a la tarde/noche inaugural del congreso, en el bar del Centro, donde nos hemos trasladado del mostrador a una mesa, esto es: a la mesa precisa y concreta que Fermín tiene reservada. Al muy breve rato, no obstante, Fermín se disculpa y se marcha, impelido por sus múltiples obligaciones, y el 2º acompañante de la señorita Llopis también se quiere marchar, llevándose con él, por de contado, a la hermosa peruviana, que por su parte da muestras de una elogiada obstinación en cuanto a su expreso deseo de quedarse.

-Yo me quedo, ¿ah? –dice-. Vete tú si quieres. Yo aquí estoy de lo más bien y me pienso quedar, ¿ah?

Se mete los largos dedos en la endrina cabellera, muy larga y lacia, que le cae a media espalda, y fulmina a su amigo con la mirada.

-Está bien –se achanta el tipo-. De acuerdo, muy bien, tú ganas. Gente a la que ni conozco ni jamás he visto se suma poco a poco a la reunión; entran y salen, de un sexo y otro, se sientan, se levantan, van y vienen, conversan, gritan, se ríen, fuman y consumen: consumen en ingentes cantidades, corazón. La mesa, que es de las grandes, se va cubriendo de vasos, botellas, copas, pocillos, platos y platitos y otros varios recipientes; hay 3 ceniceros repletos de colillas, chorretones de café, latas de cerveza...

-Me repatea las repelotas el remaldito tonito –afirma un tipo con caspa en las solapas, de mediana edad, porteño de Buenos Aires.

Se refiere, creo yo, al discurso del ministro.

Yo me pregunto, con sólo un distante interés académico, quién diablos se hará cargo de la cuenta, que ya debe de insumir algunos miles; hasta hay una botella de champagne Mumm vacía sobre la mesa. Yo no pienso pagar, por supuesto, ni Nico, que es casi tan insolvente como yo.

-Estos congresos intergalácticos son un relajajo, Nico –le digo-. Nos pappamos la penúltima, pie en el estribo, y nos largamos a recorrer el circuito.

-Qué circuito es el tal, ¿ah? –indaga la señorita Llopis.

-El del pecado, señorita Llopis –le digo yo.

-Oye, tú –me advierte su acompañante, que desde hace un rato ha estado malhumorado y callado, furioso acaso.

-Me llevarás contigo, especie de ¿ah?

-¿Pero qué dices? –el tipo endereza el tronco- Yo no voy a ningún sitio.

-Tú no vas, ¿ah? –le dice ella-. Pues mira tú qué bien –me mira a mí-. Me llevas entonces, oriental, ¿ah?

-Tú no vas a ningún sitio –dice el tipo-. Y tú –me mira con considerable encono, comprensible también, pienso yo- no te pases de listo, ¿está claro?

-No, ¿ah?

La señorita Llopis no ya mira a su acompañante, sino que lo amortigua, reduce y aniquila con la mirada, despectivo el labio de abajo proyectado hacia fuera e interrogante la ceja, impacientes los dedos que golpetean de uñas sobre el cristal que protege la mesa.

-Conque no, ¿ah? –exclama-. Pues mira tú, ¿ah?

Vuelve la cara hacia mí y suaviza la expresión, sonrío, mueve en el aire un airoso brazo con brazaletes dorados que tintinean.

-Hay gente, ¿sabes tú? –señala-, que porque una les habla un ratintín, por ser amable, ya se creen con pleno derecho a tal, ¿ah?, como si una les perteneciera.

-No fue sólo un ratintín –se queja el acompañante.

-Lo dices por lo de las otras noches, ¿ah?

La señorita Llopis gira el hermoso cuello y ladea la despectiva cabeza.

-Ni siquiera recuerdo qué pasó, ¿ah? Es que a mí...

La belleza peruana vuelve a mirarme

-A mí –repite- hay ocasiones en me cohe un distract, ¿ah?, me voy por las nubecín, ¿ah? Y hay cierta gentecilla que se trata de aprovechar.

-Oye, Coca –suplica el tipo.

-¿Tú qué? –le dice la señorita Llopis a su menguado, diminute caballero-. Te llamas qué, ¿ah? –chasca los dedos-. ¿Jorge? Jorge, sí, ¿ah? Jorge Qué, ¿ah? Sí sí sí. Jorge Soto, Soto, Soto –chasca otra vez los dedos-. Jorgito Sotoqué, ¿ah?

-Brava la morocha –silbotea admirado un porteño grandote, marrón, de traje y chaleco, corbata y engominado, que pronto sabré que se llama Moretti.

-Tú te callas, ¿ah? –dice la señorita Llopis-. Punto en boca.

Yo la observo y la minucio, la calibro desde hace un rato, como te imaginarás. Pienso que esta inesperada aparición del Perú, que se me ha plasmado aquí bajo forma de mujer, inobjetable además y que es de las cosas más gloriosas que me ha sido dable columbrar en varias décadas, le brinda al congreso un aire más aéreo, una pátina dorada de aventuras.

Yo ni la tocaré, a la señorita Llopis, ¿para qué? ¿Para acabar como el pobre Sotoqué?

-¿Qué has hecho de Sotoqué, princesa? –le pregunto los otros días.

-¿De Jorgito? –se ríe la señorita Llopis-. Menudo cebón, ¿ah? Yo qué sé. ¿Acaso importa?

-Lo tenía por tu novio, o algo por el estilo.

-Nanay, ¿ah? –la señorita Llopis sacude con energía la cabeza-. Bueno estaría, ¿no crees? Es que resulta que una noche estoy en la embajada del Perú, ¿ah? Estoy así en la nubecín, ¿ah?, y Jorgito, que es el hijo del señor Sotomayor, el embajador, viene y se aprovecha. Nada muy, ¿ah? No te creas. Yo lo dejo que me bese y acaricie su poquecín, ¿ah? Y ocurre que desde entonces él se piensa que me tiene a disponer, ¿ah? Y nananay, especie de, porque yo, ¿sabes tú?, no soy tan fácil. No, no, no. Ni para Jorgito ni otro como él. En cambio tú, especie de, ni siquiera has tratado de coherme el manecín, ¿ah? ¿Por qué será? Fea no soy.

-No demasiado, princesa.

-Entonces qué, ¿ah?

-Vos tranquila, peruanita. Ya me podrás mandar al diablo a mí también, lo mismo que a Sotoqué:

-¿Lo crees tú? –se ríe-. Balcarqué, ¿ah?

-Suena bien –digo yo.

En el próximo envío, corazón, que no tardará más de ocho a diez días, te haré llegar mis peripecias de week end en Cercedilla. Acuso recibo, ya que estoy, de las 2 últimas cartas tuyas; llegan con mucho retraso, por lo común. Éstas son una del 4 de mayo y otra del 10. Lo de mandarte a mudar a Buenos Aires me parece que lo justifica la prudencia más elemental, vista la creciente abundancia de coroneles entre nosotros, y lo de despachar antes que nada a Isabel y los niños te lo agradezco infinito, y paso por alto el deslíz ofensivo del verbo.

Ayer es de noche y no puedo dormir. Serán las 3 o 3 y media de la madrugada cuando me meto en la cama, sin sueño. Vengo de dejar a una mujer. Sigo en el taxi después, llamo a la puerta cancel del colegio mayor, subo sin darme prisa a la habitación, donde ni siquiera me queda cognac, me pego una ducha, me preparo el mate, me siento a la mesa y te escribo, corazón. Abandono la tarea, sin embargo, en media hora, muy cansado aunque sin sueño. Me lavo los dientes, me meto en la cama, leo un rato una revista, sin interés, y descarto la idea enloquecida de masturbarme.

Apago la luz y entonces me digo y prometo: ‘Mañana mismo me vuelvo’. No me acuerdo siquiera de que no puedo volver, salvo para terminar encerrado en un cuartel o tirado en algún campo baldío cualquier amanecer. La verdad, te confieso, es que extraño a Isabel, mi prosaica y hermosa mujer legal.

Poco antes que amanezca me entreduermo al fin; me despierta un terremoto. Son tanques que desfilan, corazón. Los miro atónito, asomado a la ventana.

Deshilvanado y a retazos; me siento así, Marisa, nena. Trataré de todos modos de ser un puntual y fluido cronista de lo más frívolo y banal.

SEIS

Cercedilla es un pueblo de la sierra llamada de Guadarrama, que está a una hora apenas en ferrocarril de Madrid. La estación de ferrocarril del pueblo es como la de cualquier otro pueblo ni demasiado pobre ni demasiado próspero de cualquier comarca de nuestro mundo, cristiano y civilizado, República Oriental inclusive; imaginate Hurlingham o Estación Bizcocho.

En Cercedilla por supuesto, digo yo, el paisaje debe ser bellissimo.

-Es bellissimo, Diego, ¿no es cierto? –se extasía Griselda.

-Sublime –le digo, por quedar bien.

A 3 minutos andando de la estación hay una fuente de piedra, con 4 o 5 chorritos a distintas alturas, que escupen otros tantos leoncitos de bronce. Exaltada, exultante, Griselda corre a beber, y de paso se moja las crenchas.

-La pones contenta, Diego –me comenta Enrique, con esa misma imparcial indiferencia, un poco desdeñosa, con la que enumeraba otrora las diferencias entre yámbico y anapéstico-. Jamás la había visto así, Diego, te diré, tan contenta. Es como si hubiera rejuvenecido, en realidad.

-Sobre todo al sacarse los rulos, profesor.

-Le gustas, no cabe duda –afirma Enrique-. Igual no creo que se haga ni la menor ilusión.

-¿Ilusión de qué?

-Mira cómo viene –dice Enrique-. Le haces unos arrumacos y me la dejas en el limbo por un par de añitos.

-Yo no hago arrumacos, carajo, ¿qué te pensás?

-Sería de agradecer que los hicieras en este caso –dice Enrique-. Ya verás cuando tengas que convivir con una menopáusica.

-Yo soy más proclive al gatillo, la verdad. El limpio y redondo balazo en la sien, como Jimmy Villanueva. Soy más clásico que romántico, profesor.

-Qué más quisieras.

-Está riquísima –dice y se lame Griselda.

Viene con el pelo empapado y chorreante y con los ojos brillantes e iluminados. Se limpia la boca con un brazo.

-¿Por qué no probás, Diego? –me sugiere.

-¿Qué es? ¿Cognac?

-Ay, bobo.

-No entiendo –apunta Enrique- por qué te pasas 10 o 12 horas con tus malditos ruleros cuando después lo 1º que haces es ir y zambullirte en una fontana.

-No me zambullí –protesta Griselda-. ¿Verdad que no, Diego?

-A mí no me metan en sus rencillas matrimoniales –digo yo, a la defensiva.

Griselda parece inclusive demasiado entusiasta; más que rejuvenecer parece haber saltado a una 2ª infancia. Camina con una especie de elaborado paso de baile; y cuenta baldosas y se ríe sola.

-Con zambullida o sin ella –insiste Enrique-, el hecho indubitable es que se te ha estropeado la permanente.

Se queda callado unos instantes y después filosofa.

-No sé por qué diablos la llamarán permanente, si con el más débil céfiro se deshace.

-En puridad –digo yo, vencido por el lenguaje profesoral de Enrique- se le debería decir la efímera, aunque en ese caso es de suponer que nadie se la haría. Y de ser así los peluqueros de damas quebrarían en cadena y se suicidarían; sería un desastre. La permanente es sin duda el gran invento del gremio. Es de hecho su verdadera razón de ser. Al que la inventó cabe considerarlo como el Arquímedes de la peluquería de damas, ya que el 80% de los ingresos de esta ilustre profesión provienen de las pobres idiotas que se hacen la efímera engañadas por el falso eureka de la permanente.

-La de Griselda –informa Enrique- es una efímera de entrecasa, artesanal, by herself. Mira si uno se va a ir a gastar numerario en ese –sonríe con afilada malicia- indigno plumero que tiene por cabellera. No soy rico, caramba. Y aunque lo fuera... Supongo que en ese caso me hubiera casado con algo mejor.

-Te noto un poco agresivo con tu mujer, profesor. ¿A qué se debe?

-Los aires de la sierra me sientan bien –Enrique aviva el paso-. Muy bien.

Griselda lo oye con peculiar atonía y particular indiferencia, como si en realidad no lo oyera.

-Parece –me dice a mí- que sabés mucho de peluquería de damas, Diego –y a Enrique-. Curioso, ¿no, cariñín?

-Tuve una novia una vez que era una especie de peluquera –digo yo.

-Tuviste una novia –dice Enrique- de todas y cada una de las especies, caramba.

-El peluquero, en realidad, el profesional, el demiurgo, el oficiante, era el padre de mi novia. ¿Por qué será que los peluqueros de damas son, en su inmensa mayoría, una banda de desaforados maricas? ¿Se hacen pelu-

queros de damas porque son maricas o ser peluqueros de damas los convier-
te en maricas? Una vez el padre de mi novia intentó intercambiarse con su
hija y le tuve que dar un estate quieto, como dicen.

-Una novia peluquera –recita Enrique-, una novia hija de boticario,
una novia sobrina de odontólogo, una que pasea el perrito, otra que es trape-
cista, la millonaria y la prostituta, la colegiala y la señora viuda. Caramba,
caramba, y después va y se casa, su mujer le da hijos, hasta cabe que traba-
je, día cercano, y revierta en hombre honrado, cumplidor y fiel. Ya no ten-
drás más novias, digo yo.

-Soy casado, profesor. Lo acabás de decir.

Una callecita que hormiguea entre altos muros blancos, encalados, y
ventanas con labrados enrejados, nos lleva del pueblo al confín, pueblo
afuera. Nos dirigimos, según veo, a un lugar donde se alinean 5 o 6 taxis de
pueblo, es decir taxis sin taxi, no sé si me explico. Son taxis que prescinden
del civilizado artilugio que traduce en pronto pago los kilómetros y hectó-
metros, de modo que los patrones, adolecidos por la carencia de tan solícito
auxilio, se ven en la obligación de fijar tarifa a ojo, por lo que veo y escu-
cho, según la distancia aprox. y la cara del belilún de turno.

-¿Dónde, señores? –nos inquiera un individuo de mandil azul, promi-
nente mandíbula y ojitos chatos y rapaces.

-A casa del señor Zayas –le dice Enrique-. ¿Conoce?

-Son 75 pesetas, señor.

-50 y gracias –intervengo yo.

-¿Tú qué te metes? –dice Enrique-. El que paga soy yo, ¿está claro?

-Clarísimo, profesor. Yo sólo trataba de defender tu inocente bolsillo.

-Aborrezco regatear –dice Enrique.

-A mí me encanta –afirma Griselda-. Si voy al Rastro, con decirte, los
domingos de mañana, por el puro placer de regatear.

-¿El Rastro qué es? –quiero saber-. ¿Un zoco?

-Algo así –dice Griselda-. Como un Mercado de Pulgas, ¿no? Le Marché aux Puces –añade vacilante-. ¿Conocés París?

-¿Para qué? Leo a Maigret.

-Ah, es claro –vacila Griselda, más aún.

El taximetrista, de mal humor, mete las maletas en el maletero. Enrique se sienta en el asiento de adelante y yo me siento en el de atrás, donde entro a la rioplatense, es decir 1°. Griselda entra después.

-Vaya conducta el mozo –comenta el taximetrero-. Ni cederles el paso a las damas. Así va el mundo, caballero –le dice a Enrique.

-Así –digo yo- las damas no tienen que desplazar el culo, que cuanto menos se gaste mejor para todos. Usted póngase a mover palancas y a pisar pedales, que es su oficio. Las cuestiones de etiqueta y proceder déjelas a cargo de quienes sabemos. Y 75 sigue siendo un robo.

-Si ni sabés a dónde vamos, Diego –se ríe Griselda.

-Aunque fuéramos a las Hurdes –digo yo-. Si este ventajero pide 75 es porque con 50 ya tiene triple yapa y el sonajero del nietecito.

-¿Es algo de usted el mozo, caballero?

-Somos gente de clase elevada –contesto yo-. Otros nos sirven, otros nos desplazan, otros nos cargan las cosas, nos limpian la mugre y nos estafan.

-Ya está bien, Diego –dice Enrique-. ¿Ves, idiota? –se dirige a Griselda.

-Veo, sí –dice Griselda.

Sonríe, corazón, como si viniera de ganar el premio de Reina de la Primavera, con sus tetas caídas, su culo bajo, su cara plana y vulgar y su evanescida permanente efímera.

-Diego es siempre igual –pontifica Enrique-. Ya de chiquilín lo era; un fanfarrón, un camorrista, un incurable frívolo en realidad. Es una pena, Diego –dice-. Estás condenado a la frivolidad. Llegado el momento te pesará, verás. Lo que es gracioso a los 25 o 30 es grotesco a los 40 y patético a los 50, y tú si no has cambiado o mucho me equivoco o es que ya no vas a cambiar.

-Me vas a hacer llorar, profesor. Si soy tan frívolo, cosa que no sé, tal vez no necesite esperar para lamentarlo. Tal vez lo lamento ya.

-La frivolidad está muy bien, Diego –añade Enrique-, pero en pequeñas dosis.

-Como el arsénico –digo yo.

-O como el amor, ¿no? –dice Griselda, que se apresura en añadir-: Me parece que a Silvestre, por una vez, lo tupen.

-Es lo que he tratado de hacerte entender –dice Enrique.

-¿Silvestre quién es, profesor? –le pregunto-. Aparte de pensador, quiero decir. ¿De qué morfa?

-Don Silvestre –interviene el taxista, sin que nadie lo haya llamado- tiene una educación. Sí señor.

-Dará propinas, don, que es muy distinto –digo yo-. Unos ponen la mano y otros sueltan el níquel, como enseña el Corán.

-Tú sigue, Diego.

-¿Me vas a decir quién demonios es Silvestre Zayas, profesor? ¿Qué hace, qué ha hecho?

-Parece mentira, Diego. Ya sé que eres un pozo de incultura, el Gran Ciego en el País de los Tuertos, pero igual te suponía mínimamente informado. Silvestre Zayas es un escritor notable, de primer rango, muy prestigioso además. Es el autor de *Navajazos bonaerenses*, nada menos.

-Me suena a una especie de Roberto Arlt relamido –digo yo-. Vaya merengue.

-*Navajazos bonaerenses* es un libro imprescindible –afirma Enrique-. Es a la gran ciudad lo que la *Radiografía de la pampa* es a la pampa. Silvestre, por otro lado, no sólo es ensayista. También es un magnífico poeta.

-De versitos no se morfa, profesor. ¿Vive aquí el año entero? Debe costar una guita, sin duda. ¿La gana con la pluma?

-Conferencias, artículos para la prensa, buenos contactos con las universidades de Estados Unidos –letaniza Enrique-. Es un hombre de mucho talento y muy hábil, además, para las relaciones públicas. Se ha labrado un sólido prestigio, de eso no hay duda. Como escritor es bastante más conocido que yo, lo reconozco. Tú, Diego, lo que pasa, es que ni miras siquiera los escaparates de las librerías.

-Siempre que me acerco a una cruzo a la acera de enfrente, por si las moscas, profesor. De vos, por lo demás, en cuanto que escritor, si conozco tu existencia es por fatalidad, digamos. Si hasta Wilfredo Dorval es más conocido que vos, profesor. No es que quiera menospreciarte, subestimarte ni minusvaluarte o como corcho se diga, pero la verdad es que el tarado de Willy escribe 4 macanas y lo conocen 10 veces más que a vos, con toda tu erudición homérica en griego. A un escritorzuelo afanoso y mendaz como Willy Dorval, si parece hasta mentira.

-A mí te diré que Dorval me encanta, Diego –dice Griselda-. Es tan uh.

-Sugestivo, ya sé.

-Tú dale con Wilfredo, Diego –dice Enrique-. Así le das importancia, más de la que tiene, ¿es que no te das cuenta? Lo pasado pasado está, muchacho. Olvídate, ¿quieres?

-Me olvidaré, tal vez, hasta el día en que lo encuentre. A partir de entonces caerán las lágrimas igual que las flores, sobre su tumba.

-¿Por qué? –se escandaliza Griselda- ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha hecho algo?

-Escribió un cuento –dice Enrique.

-Escribió muchos, ¿no?

-Escribió un cuento –vuelve a decir Enrique- basado en una desgracia que afecta a Diego. El cuento, de hecho, lo protagoniza Diego, aunque Dorval lo llama por otro nombre. Y el cuento no está mal, de hecho, no está nada mal.

-Dejá que lo adivine –dice Griselda- ¿No será aquella historia de la chica que se mata?

-‘El candil’ –asiente Enrique- No me negarás que el cuento, como tal, tiene su arte, Diego, está bien hecho.

-A mí –dice Griselda, mirándome de reojo-, la verdad –traga aliento-, no sé. ¿Vos, Diego?

-Ni niego ni reconozco –digo yo-. Nunca pasé de la 3ª línea.

-¿Es verdad? –pregunta Griselda.

-¿Verdad qué?

-La historia, el cuento, la chica que se suicida.

-Son ciertos los datos, según tengo entendido –digo yo-. Otra cosa muy distinta es la interpretación retorcida de Willy.

-¿Tú cómo lo sabes, si nunca lo has leído? –pregunta Enrique.

-No necesito leerlo –digo yo-. Conozco a Willy, punto. El tema, les diré, me desagrada. Me revienta, en realidad.

-Me lo imagino –dice Enrique, con un tembloroso hálito de solidaridad y comprensión-. Que yo juzgue de forma positiva la calidad narrativa del relato no quiere decir que apruebe la actitud, en este caso, del autor. Se

lo he reprochado no sólo en la cara sino por carta, para que conste por escrito.

-A mí –se queja Griselda- nunca me habías hablado ni media palabra, cariñín. Me entero ahora.

-No te lo tengo que contar todo, ¿no? –rezonga Enrique-. Todo este asunto también me irrita a mí, a decir verdad. Yo conozco a la familia de aquella chica, y sobre todo, es claro, a la de Diego. Conozco a su padre, a su madre, a tíos y tías y a su abuela, que en paz descansa, desde hace una punta de años. Tú sabes, Diego –prosigue-, que hay cosas tuyas, facetas de tu carácter y comportamiento, que me disgustan, lo que no es óbice para que sepa, sin lugar a dudas, que tú en el fondo eres un buen muchacho, nada que ver con ese canalla que algunos airean. Yo no le tolero a nadie, pero a nadie –subraya-, que me diga de ti ciertas cosas.

-Me vas a hacer llorar, profesor.

-Sabes muy bien que es así –dice Enrique-, que yo soy así.

Sé que es así, es claro. Si lo sabré.

Enrique en realidad es flor de tipo, Marisa; vos lo sabés tan bien como yo o mejor. Enrique es presuntuoso, es presumido, anda siempre demasiado prolijo, limpio y bien vestido, por muchos que sean los charcos que pise en sus paseos por la poesía. Igual son minucias al lado, por ejemplo, de su generosidad. Lo que pasa con Enrique, corazón, es que como artista, como poeta, como escritor, apenas si tiene talento. Es un erudito, sin duda, y es muy inteligente, que es otra cosa. Es inteligentísimo; es mucho más inteligente que Willy Dorval, qué duda nos cabe, y también mucho más que yo mismo. Sin embargo, por mucho que me disguste, Willy tiene verdadero talento; Willy tiene el talento que a Enrique le falta. Willy tiene más, tiene mucho más talento que Enrique, aunque no tanto talento como todo el talento que le falta a Enrique, que es casi todo. Willy, por lo demás, no tiene tan-

to talento como muchos le adjudican (Enrique entre ellos), y ni la sombra, por supuesto, del talento que él mismo se atribuye, con una tan plena como errónea convicción. Igual tiene talento. No sólo tiene mucho más talento que Enrique, sino que es bien probable, corazón, que tenga también más talento que yo –no te horrorices ni escandalices, nena.

‘¿Y total qué, milonguita? Sé feliz’, como dice Carlos Gardel.

Cercedilla alrededor, montañas arriba, el pobre pueblito prófugo que apenas si he entrevisto deriva en casas bacanas y chalets con grandes jardines, que restringen a sus moradores del fárrago doliente y peatonal de la humana sociedad.

Heme aquí pues, Marisa, en este lugar, que es el que han elegido como morada y refugio, según se me explica entre Griselda y Enrique, unos cuantos pensadores, artistas e intelectuales del Río de la Plata, escindidos del penumbral suburbio y trascendidos a la madre patria, donde forman el grupúsculo exitoso y cenital de desterrados. Silvestre Zayas, por lo que colijo, viene a ser algo así como el Preboste Mayor, Gran Capitán o Sublime Maestro Celestial de la Cofradía.

Me temo que el gran sueño de Enrique Olsom, su soterraña aspiración, consiste en integrarse en el cenáculo de elegidos, comprarse su senda casa con el jardín que lo taje del sudor, los ajos, la menopausia y los pies de los demás, y dedicarse a regar plantitas entre soneto y soneto, con algunas aisladas escapadas a Madrid o San Francisco de California para dictar conferencias, recibir galardones y cobrar subsidios de la Fundación Rockefeller y de la Unesco, que, como bien dice Santiago Massini los otros días, si no sirve para nada para algo está.

Aquí, Cercedilla afuera, en el extrarradio, me entero que es donde tiene también su casa el poeta español Luis Rosales, del que recuerdo haber

leído alguna vez una cosa que me pareció muy bien. Igual, te diré, no tendré el gusto. No sé si el poeta español está aquel week end en su casa, Cercedilla afuera, y supongo que cuando viene tratará de mantenerse aparte y lejos de la grey rioplatense; es lo que yo haría en su lugar, estoy seguro.

En conjunto, la pléyade la forman 7, los 7 planetas mayores, cada cual con su familia, si la tiene, sus amantes del sexo que corresponda o de los 2, 3 o 10 sexos distintos que pueda haber en el mundo, más las musas efímeras, los efebos de circunstancias y los invitados de 1^a, 2^a, 3^a o 4^a clases, a los que, según tengo entendido, autorizan a sumarse, salvo aisladas excepciones, para el fin de semana y nada más.

He tenido el placer, te anticipo, el domingo, en Cercedilla, de chocar quintillizos con Baltasar Silva López, un hermano del Negro Silva López que lleva, por lo que dicen, más de 20 años en España, donde se le considera arquitecto paisajista, una profesión, según parece, cuyos escasos miembros se atosigan de guita.

Silva López, el de aquí, es un tipo al que no conozco de nada, que ni sé que existe hasta que lo tengo ahí. Conocer al hermano, te diré, alcanza y sobra. Vos conocés al hermano. Con conocer al hijo del hermano es suficiente, y vos fuiste la novia del hijo del hermano en algún remoto invierno de nuestra mutua desdicha. El hijo, corazón, y el libro.

‘¿Qué opinión le merece a usted el profesor Sebastián Silva López?’

‘Conozco el libro, conozco el hijo, todas mis esperanzas se concentran en el árbol’.

Son las palabras textuales y por televisión del animal de González Fabrini, aquel gordo amigo del Profeta que iba a comer tortafritas cuando llovía al jardín bajo techado de la abuela. Le valdrían un duelo no ha lugar, una pena.

Baltasar me da la sensación, con sólo haber cambiado unas palabras, que es como su hermano Sebastián pero peor, más mulato además, y más sesgado y tangencial, más escurridizo.

Por las dudas te aclararé, si no lo sabías, que no lo sé. Dicen los árabes: ‘Todo hombre fiel al Qram debe tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol’.

Y prestá atención, nena mía. La participación oriental en el septeto estelar de la constelación rioplatense de Cercedilla la completa Beba Vidaurre. Cuando me vea, la tarde del sábado, la cara de marimacho de Beba se arrugará toda, y es de suponer que le vendrán arcadas, digo yo; a mí a punto ha estado.

Las uruguayas, bien lo sé, por mucho apeshido que porten, o inclusive cuantimás apeshido más pior, cuando les da por volverse ordinarias y feas entonces es a muerte. Aquella visión pavorosa de la Beba de allá, que conocés, se vuelve como una sílfide u otra Maggie Gautier al lado de lo que se ha vuelto aquí con el rodar de los años. Lesbos al margen (ah el dorado Egeo), la Beba, hoy por hoy, se dedica no ya a la pintura en general ni a las artes plásticas in toto sino a una concreta especialización que se llama serigrafía.

-Soy serígrafo –me dice muy ufana.

Es verdad, una alta verdad, que los marimachos del corte de Beba cultivan la grosería, la ordinariez, el vulgar desplante y la agresión estética hasta traspasar no sólo los límites del buen gusto más elástico, Marisa,

pero para,
guambia, no es gratuito.

La Beba se trae allegada a una chiquilina de altísimas potestades, con unos ojos como los faros de un Buick y que además se cimbreaba de tal modo

que me hace pensármela 2, 3, 10 veces, 100. Es una chiquilina, por otra parte, casi inocente, virginal, que dice haber constatado en carne propia que entre mujeres es más límpido y menos brutal que con los hombres y tendrá razón, no lo niego, toda la del mundo; igual con Beba es irse de la mano.

Evohé, Marisa. Soy, bien sabés, un idólatra de Lesbos.

Beba, no obstante, no sé.

Beba vigila, gargólide y hombroide, con el turbio ojo encelado, a su tórrida y caudalosa pupila, que para colmo lleva un nombre franchute y de tango: Manón.

‘Si naciste en un gris conventillo

Si tu viejo es un pardo ladrón

Y tu vieja lavaba letrinas

Decime, pebeta,

Por qué a vos te llaman Manón

Yo no sé quién fue el gil de la idea

El otario que te afranchutó

Francesita de dónde, chirusa

Si es más francesita

Hasta la Comparsita que vos’,

tal cual le canta Gardel.

Ahí tenés, Marisa, al alma rea del tango.

-Los hombres –dice Manón (se llama Latcher de apellido y es hija, según parece, de un afamado pintor porteño)- me persiguen, me pegan, son sucios y dañinos. Y lo peor es que me dejan toda pegoteada y pegajosa.

-Un asco –convengo-. Todavía me vas a convencer para que me la corte y se las dé de aperitivo a las pirañas.

-Ay, no –dice Manón-. ¿Son pirañas?

-Vos probá, Manón, meté el dedito –la animo.

-Ay, no –dice Manón.

Desde una cierta distancia, alerta y acaso asustada, Beba no nos saca ojo de encima. La escena es en el jardín de Silvestre Zayas, el sábado, poco después de que cayera la noche, parca de estrellas. Hay mucho menos estrellas, corazón, al norte del ecuador que al sur. ¿Lo sabías?

Me doy cuenta en Cercedilla de lo buena que es **Rayuela**, corazón, la novela de Cortázar. **Rayuela**, Marisa, pienso, es la crónica anímica y moral más atinada y cabal que se ha escrito de esa penosa insuficiencia del criollo, del rioplatense; esa mengua, esa carencia, esa afrancesada delgadez de espíritu, esa estrechez, esa casi impotencia psicológica que tenemos para enfrentarnos a nuestra insignificancia, a nuestra debilidad, a mi imagen en el espejo, mi cara mercurial. Vacíos, insolidarios, fantoches de aserrín –eso somos, corazón.

En el florecido jardín de Zayas lo único que falta, al declinar de la tarde, es Cortázar, que aparezca; de repente, me digo, andá a saber, el tipo es capaz de brotar por espontánea generación de cualquier rododendro, si es eso lo que son. Así que mientras zumban las abejas y se adormecen los lirios oigo hablar a mi entorno, a la gente, como si fueran todos personajes de **Rayuela**. De repente lo son; o acaso se deba tan sólo a que han leído el libro. Triste sería en este caso –en fin.

-Abrís una ventana Mondrian –dice la Golondrina- y te encontrás con un intenso atardecer Van Gogh.

-Enrique pisa un charco y le surge un soneto –dice Griselda-. Es fatal.

-Si se tira al océano quién te dice –especula Bucéfalo-. De repente le surge otra Divina Comedia.

-La Canción del Ahogado –dice Zayas.

Su cara de mascarón de proa domina la escena desde lo alto del sillón más alto. Zayas tiene algo, corazón, en la mirada y el porte, de demiurgo o semidiós; el Celeste Tramoyista o Gran Titiritero.

-Aquí me vas viendo, ché –dice Baumgarten-. Mato las horas vacías con un tratadito sobre la diéresis o crema, una interpretación freudiana. El tema, guay, es fascinante.

-Rumio mi alcohol –dice el Tarántula.

Oigo a mi alrededor fragmentos aislados de metáforas tontas, de absurdas alegorías y retorcidas paradojas. Silvestre Zayas me observa, me estudia y sopesa y más que ver su sonrisa la intuyo o adivino, burlona y desafiante, tapada a medias por el gran mostacho. Zayas, te lo digo ya, tiene una inteligencia poderosa; es una portentosa maquinaria de pensar que tal parece que, oído al parche, se la pudiera escuchar.

-No, no, no –cabecea varias veces la Golondrina-. Los libros, lo mejor, es abrirlos por cualquier parte, del revés de ser posible.

-Primero, sin embargo –agrega Bucéfalo-, conviene que reposen lo menos un par de añitos en un rincón de la biblioteca.

-Extraígaselos cuando tengan telarañas –dice Baumgarten.

-La escritura –dice Bucéfalo- y la impresión y divulgación de libros, de nada servirían si en su momento no se les da a los libros una buena y larga dosis de estantería. La buena literatura es un proceso en 3 etapas, y leer es lo de menos. Es igual que con el buen vino, que bebérselo en suma no es más que un dislate, una estupidez. Lo importante es que envejezcan, la pasteurificación.

-Pasteurificación –silabea el Tarántula, lenta y laboriosamente-. Los buenos libros, es claro, como el vino de Burdeos, hay que pasteurificarlos, paso clave. La verdad es que no sé lo que sería del arte sin Pasteur.

-Los gusanos de seda y las hojas de morera –dice Enrique, con el mismo aire pasmado y caviloso con el que pisa los charcos, me digo, en los que fermentan miles de sonetos.

-¿Por qué –se pregunta la Golondrina- no me puedo asomar aquí al balcón y salir en Pekín?

-Y si el balcón está en Pekín salís aquí –dice Bucéfalo, como si la posibilidad se le volviera espesa.

-En Pekín no hay balcones –intercala Baumgarten.

-No florecen los malvones –dice Zayas, que ha establecido una especie de alianza y al mismo tiempo un duelo conmigo, desde el momento mismo en que pongo mis pies en su jardín.

-El tema es siempre tabú –dice Baumgarten, no sé por qué San Quién.

-Divinas agonías –dice Bucéfalo; ¿qué diablos quiere decir, si es que quiere decir algo?

Creo que Bucéfalo (un mero invitado de week end, a fin de cuentas) debe ser, por lo menos, tan inteligente como Zayas y tan culto y erudito como Enrique. Lo que pasa con Bucéfalo es que parece clavado un pan con grasa. Es un tipo bajito, de tez amarilla de grano grueso, con poros como cráteres, y que además tiene una especie de joroba que lo convierte en un caracol o algo así; es mismamente un pan con grasa sobre una bandeja, no importa si está sentado o si está de pie. Es un pan con grasa de dudoso aspecto y con unos gruesos catalejos de archimiope.

Bucéfalo, me digo, es uno de esos tipos que cada paso que van a dar lo calculan por anticipado con ecuaciones de tercer grado, trigonometría e interés compuesto, pero que igual, al final, se rompen la jeta contra el péfido suelo. La Golondrina es su mujer –es una de esas mujeres que nunca han sido niñas y que nunca serán viejas, como nunca han sido lindas, feas, nada.

Es una mujer de cutis terso, pelo rubio y aire ausente, con una vehemencia, además, un poco impostada, que ella engrasa y estimula con alcohol.

-El drama –dice- de la pobre Hipotenusa, si sabré. Su problema es elegir con cuál Cateto quedarse, porque el Cateto Menor es la base, lo duradero, el lugar común y tortafritas si llueve, y el Mayor es lo fugaz y apasionado, es aquella nube que pasa con el hirsuto perfil de Ludwig van.

El Cateto Menor es sin duda Bucéfalo, que se toma su papel, tan doméstico y gris, con la filosófica resignación del tipo que sabe, por cálculo y años, que jamás le va a tocar la figurita premiada ni la redoblona de nada. El Cateto Mayor, hoy por hoy al menos, es el Tarántula, lo fugaz, de modo que hay un momento en que me parece que la Golondrina me calibra como un probable (fugaz) sustituto. ¿Será, me digo, por mi hirsuto perfil o andaré desflecado como una nube que pasa?

-El problema de verdad –dice Milagrito- es que te preñan.

-Depende por dónde, ¿viste? –le dice el Recomendable.

-Hay que prohibirlo, m'hijita –le dice Baumgarten-. Estoy de acuerdo con vos.

Milagrito ni lo escucha; se pasa la mano errátil por la esférica preñez que sobrelleva, como una bola de acero o una condena. La acaricia, morosa y sin brújula, como si pensara, pienso, que no es más que una burbuja que de repente hace plop y desaparece.

-Es injusto –dice.

Tristón, encorvado hacia delante, el Tarántula mira el vaso que tiene en la mano como si meditara, con serena lucidez, la idea de zambullirse allí y ahogarse.

-Y penumbras vagas –dice.

La mujer de Silvestre Zayas teje con frenesí; el rápido sonido metálico de las agujas que se entrechocan tiene un calor de familia y hogar como

entre estalactitas. La mujer aprieta los labios y los mueve finito, sin separarlos, contando puntos y carreras, las 97 variantes del uxoricidio, versículos de la Biblia o lo que fuere. No habla, no creo que oiga y tiene la mirada absorta en su tejido, una evidente mortaja de color niebla. A veces, no obstante, echa en derredor un vistazo fugaz y entonces me percato y me repito que nos odia a muerte a todos, con una tan inamovible como férrea convicción; allí con sus agujas me recuerda, me digo, a Jack the Ripper, afilando su bisturí.

Son poco más poco menos las 12.30 p.m. cuando entramos, Enrique, Griselda y yo, en el gran jardín de Zayas.

Yo estoy ya un poco harto, corazón: de mí, de la flamante España, de todo en realidad, con Bécqueres en el bolsillo, un tipo al que matan de hambre o punto menos para luego plasmarlo en billetes. Son estos detalles nimios, lo insignificante, los que más adjetivan y subrayan la porca cochambre del género humano.

En Vietnam arrasan aldeas y las rocían con napalm; aquí en España hay unos tipos a los que van a ejecutar entonces; hoy ya hace tiempo que los han ejecutado. A Bécquer lo retratan por valor de 100 pesetas, tal minucia –lo que ocurre, corazón, es que la estulticia, sana siempre y robusta, bien se sabe, se aparea a menudo con la docta hipocresía, y el engendro es la injusticia, es la miseria, cual lo son el genocidio, Calcuta, un tal Somoza en Managua, Franco aquí, Stroessner en Asunción, con aquel avión de caza afilado y letal, y parapetados y angulosos coroneles en la República Oriental: gente toda bien pensante, bien alimentada, tímidos y esféricos burgueses de corbata, corazón, y pantalón a rayas con la raya bien derecha.

Pienso en estas cosas dispersas, irritantes además, por supuesto, cuando Zayas nos recibe y rinde honores.

Hay gran profusión de flores en el jardín, y un estanque con peces y fuente de 4 pisos, que culmina meando un querubín de bronce. Y hay gente, otra gente, que discurre por aquí o por allá. Después los conoceré; a vos te los he mostrado días atrás, por sinopsis.

Son por ejemplo el Tarántula y la Golondrina –Cateto Mayor e Hipotenusa- que se pasean entre los arriates, de la pitagórica mano asidos.

Bucéfalo, por su parte, está sentado, tranquilo, bajo una amplia sombrilla anaranjada, que se abre como un hongo letal desde el centro de una mesa de listones de madera pintados de blanco. Lentos los sabios dedos, Bucéfalo pasa las hojas, una por vez, de un libro de gran tamaño, bien pasteurificado, qué duda cabe, y añejo.

Por una ventana, a lo lejos, asoma la cara abismada y neutral de Milagrito, tan linda cuanto prescindible, con o sin preñez –en su momento sabré que se llama nada menos que María Alejandra Carlotta (con dos tes) Juárez Celman Lezica Alvear, ni más ni menos: de lo más copetudo y rancio de la oligarquía bonaerense.

Al Recomendable (el típico porteño grasa y peronista) aún no se lo ve pero se lo oye; lo oigo cantar y rascarse con parejo entusiasmo.

Lo mejor sin embargo no lo he visto todavía. Es Brenda, corazón, de nombre Brenda Balastz, según se me dirá. Es la querida oficial del propietario y anfitrión. Time present, empero, Brenda no es más que una mancha, que puede que sea de naturaleza orgánica, reino animal y especie humana, sexo inteligente (no me cansaré de repetirlo), contra el pálido azul de una piscina.

-Te traemos novedades, Silvestre –anuncia Griselda-. Un invitado, ¿qué te parece?

-Es Diego Balcárcel –me presenta Enrique, en su voz un tangencial, un bosquejado acento de manager literario o publicista-. Es el autor de

aquel artículo a propósito de Onetti que tú tanto me festejaste.

-Es claro, es claro –manifiesta Zayas, sin ningún interés (se nota) por ningún artículo ni ningún Onetti-. Lo recuerdo muy bien –puntualiza y a la vez deja zanjado.

Su interés por ahora se centra y concentra en mí, corazón, de la cabeza a los pies. Me mira, te diré, con asaz detenimiento, como si yo, por suponer, fuera otra flor de su jardín, la más postrera, que le ha brotado extraña. Su atención sería impertinencia de no mostrar (Zayas) una metódica y escrupulosa concentración y descarada franqueza. Al final, según veo, Zayas me aprueba y me concede el V°B° con un lento movimiento vertical de su sólida, su magnífica cabeza.

-Enhorabuena, Olsom –dice, con voz de trueno-. Un magnífico ejemplar, cabe apuntar. Un portentoso espécimen, charrúa genuino, un segundo Zapicán. Hay que mostrárselo ipso facto a Brenda.

-¿La tenés aquí? –le pregunta Griselda, no sin perplejidad aunque sonriente y con algo de teatral y de fingido-. Mirá que sos, Silvestre –festeja.

-Las tengo a las 2 aquí –se vanagloria Zayas, con un deje de rufián y arrabalero-. La mujer legal y la querida oficial –concluye.

Tiene una pipa en la boca y un mostacho colosal, que ni entre 3 Poirot juntos, pienso yo. Toda la cabeza de Zayas, ya creo habértelo dicho, es soberbia, marmórea, espectacular, para revertirla en estatua ya, sin más demora. La cara la configuran una nariz aguileña, suaves ojos marrones, boca finita, casi de mujer, dientes parejos y las cejas, corazón; un monumento de cejas, te diré; unas cejas formidables, selváticas; no espesas, prietas, abundantes ni epítetos de tal corte, sino enmarañadas, arbustivas, amazónicas; son unas cejas de Sansón peludo. La frente grande y alta, de regia bestia

pensante, culmina en una gran melena lacia, castaño fuerte y partida al medio, acaso de un hachazo.

-Así que sos vos –me dice-, de modo que aquí estás. Fausto sábado hoy, che. Leí tu crónica Onetti, claro que sí, y la releí e incluso la anoté sobre los márgenes. Buen título, para empezar, *Las flores que se arrancan se marchitan* –incanta-, al borde justo de la cursilería, valiente, temerario, como se debe. Una crónica magnífica, te diré. Soez, procaz, infecta, muy a tono con el abyecto personaje retratado.

Me agarra por un brazo, con dedos como tenazas, y me compele a caminar, él a mi lado y Enrique y Griselda 2 pasos detrás.

-Si el maestro montevideano –dice Zayas-, según todo parece indicar, deviene inmortal, en gran medida te lo va a deber a vos, porque con el transcurso del tiempo, bien sabrás, mengua la obra y se acrecienta el artista. ¿Quién lee hoy a Víctor Hugo, por ejemplo? –lo pronuncia y enfatiza a la criolla-. ¿Quién no obstante no conoce a Víctor Hugo por su nombre? O si no ábrase un diario o una revista al azar, y raro sería no encontrarse con fárragos de adjetivos del calibre de kafkiano, de dantesco, del homérico espectáculo. Mal entendidos, Olsom, lo sé; erróneos y mal empleados, sí, lo sé, y al fin y al cabo, ¿qué importa? ¿Hoy quién los lee? A Dante, quiero decir, a Homero, a aquel tal Kafka.

Se entrepara y se gira para observar a Enrique, que hace nerviosos malabarismos con sus acólitas gafas. Griselda me sonrío con el aire entre febril y desmayado.

-Cuando ya nadie lea sus pestíferas novelas –la reemprende Zayas-, cuando la gloria lo amortaje, envuelva y anonade, el maestro montevideano allá estará, entre los dioses olímpicos, perfilado tal cual es, canalla y horizontal, según registra tu crónica. Proclive a analizar al bello sexo; palabras

tuyas, te diré, crípticas para tantos, que son no obstante para mí luminosas y diáfanas.

-¿Crípticas por qué? –inquire Griselda-. Si son clarísimas, ¿no?

-Equívocas, me corrijo –reconoce Zayas-. No se refieren, quiero decir, a estudios de carácter. Nada de psicología.

-¿A qué entonces?

-¿Se lo decís vos, el fautor? –me desafía Zayas-. ¿O tendré que ser yo, el anfitrión?

-Vos mejor. No sé a qué te referís.

-No, ja ja –Zayas falsea una risa-. Prácticas contranatura, ¿sí o sí? Sí, es claro.

-¿De qué habla, cariñín? –Griselda quiere ampararse en su erudito marido.

-Sexo anal, caramba –dice Enrique, de mala gana-. Sodomía. No sé si era ésta la intención de Diego. Es la de Silvestre, en todo caso. Su interpretación, quiero decir. No es que yo sea un timorato, pero no sé. En *mi* revista y aquí en Madrid... Mejor no divulgarlo, Silvestre, te lo ruego. Me cerrarán el grifo, me abrirán expediente, puede que me sancionen.

-O que te fusilen –digo yo.

-¿Era o no tu intención? –me pregunta Zayas, impermeable a las súplicas de Enrique- ¿Es errónea mi habitual clarividencia, precisamente esta vez? Lo dudo. Vamos, habla –me emplaza-. Vamos, confesá.

-Errónea no –reconozco.

-Imaginate –me propone Zayas-, proyectate un siglo hacia el futuro. Miles y acaso millones de aún nonatos cretinos recurrirán a tu crónica, fuente de todas las fuentes, aun sin saber que recurren a ella, para orquestar sus tesis doctorales, sus pajas mentales, sus descomunales biografías y sus análisis, esta vez sí psicológicos, morfológicos, estructurales, morales, se-

mánticos y semiológicos, marxistaleninistas, existencialistas y de toda laya y escuela. De tus 20 paginitas se multiplican millones y allá en el fondo estás vos, doblegado, aplastado, anulado bajo un mar de papel al Santo Cuete, olvidado y muerto, claro está, pasto del vil gusanaje, tumba sin nombre, al tiempo que al maestro lo embalsaman, trasladan sus mortales despojos al Panteón de los Héroes de la Patria, al lado de Artigas y Florencio Sánchez y le dedican avenidas, bulevares y un cráter en la luna, ¿por qué no? Lo montan a caballo, sable en mano, en plazas y explanadas y le dedican una fiesta nacional. Y todo y tanto ¿por qué, a quién se debe?

-La pucha –digo, admirado-. Le das a la húmeda de un modo sublime, ché. Te felicito.

-Soy un profesional –Zayas se quita importancia-. Se te agradece el cumplido, entendámonos, faltaría más, pero el mérito es muy poco. Son entrenamiento y horas de micrófono y tras tarima, nada.

-¿Profesional de qué clase, si se puede saber?

-De la noble, ¿cuál si no? El condottiero, el mercenario, el lansquene-te, por tarifa –dice Zayas-. Doy conferencias, escribo para diarios, semanarios y revistas, despacho un libro de polémicas gratuidades cada año o año y medio, salgo por televisión, hablo en la radio, lo que sea. Aquel que ponga el doblón, no importa quién ni por qué causa, se beneficia del acerado filo de mi pluma, lengua y bagaje. Gano guita, por supuesto, mucha guita.

-¿Y los versitos? ¿Encajan dónde?

-Tienen su lugar en la estrategia global –afirma Zayas, con contundencia-. No me inflaman pasmos líricos, no te confundas. Los versitos, definición peyorativa que adaptaré y hago mía, se te agradece, dan relumbrón, llenan currículum, sirven de adorno, funcionan bien. Son, además, un admirable disfraz, en ocasiones; el engañabobos, la piel de oveja. Hay gente que incluye, con poderosas y múltiples razones, la verdad sea dicha, a la entera

grey de los poetas dentro de la ingente masa de los tiquismiquis, de los pazguatos, dentro del infinito coro de los bobalicones. Yo los dejo confiarse, espero que se descuiden los angelitos, que abran la guardia y entonces...

Zayas se cuadra y esgrime una invisible espada.

-...entro a matar.

Lanza al aire una mortal estocada.

-Soy un profesional, un prostituto, a tanto por renglón. Soy el Aretino de este triste siglo, Balcárcel. Soy de acero, un tarzán. Un tarzán –repite-. Soy D'Artagnan.

Sin duda, me digo, le gustó.

-Vivís bien, según colijo. Una vida divertida; movida, por lo menos.

-Una vida inútil –dice Zayas-. Soy un redomado parásito, ésa es la verdad –tras una pausa cambia de tercio-. Me ha dicho Enrique que el modelo del Filibustero sos vos; el hombre de carne y hueso, quiero decir, el gigoló de verdad. Con razón –añade-, y no te miento, el Filibustero siempre me dio la impresión de que se sale del molde, de que se le escapa de las manos al maestro. Ahora es claro, ahora entiendo. Siendo vos... Un enorme personaje, por supuesto, pero que apenas si cabe en esos ambientuchos de pudre y sueño, de decrepitud, legañas y telarañas, de plafond bajo y paños menstruales colgados al sol que escenifica el maestro en sus relatos y novelas. Son manuales de pensión y de lupanar barato.

-Hay patios con aljibes, ché –le digo-. Y hay un Rolls.

-Extraños ornatos esos vehículos tan sobrestimados –dice Zayas-. Un aristócrata inglés amigo mío me decía una vez que tener un Rolls es una ordinariez. Si cuando menos fuera un Bentley, agregaba...

-Ornato vos, Diego –dice Griselda, no sé por qué.

-Vos un ornato –se ríe Zayas-. Vos sos el salvaje, se ve a la legua. Ojo, ¿eh?, que no me refiero al buen salvaje del asno suizo aquél, sino al cha-

rrúa, al tártaro, al viking, al mau mau, lo que sos vos. Y yo también, guambia el gol. Yo soy un antropófago con un leve tinte de civil. Un día verás: me los morfo a tutti quanti, con una buena ensalada de baobab. A la mujer legal, la querida oficial y 43 plutócratas, burócratas y poetas. Desde ya estás invitado.

-Se agradece, la verdad –le digo.

-¿A nosotros no nos invitan? –pregunta Griselda.

-Me temo –le dice Enrique- que formamos parte del menú.

Suelta una corta risita nerviosa.

-Esos compatriotas tuyos del team de rugby –dice Zayas-, que se mandaron el opíparo banquete en las nieves de los Andes, son un poroto al lado de nosotros. Porque vos sos un carnívoro, tenés toda la cara, dejame ver –me agarra del mentón con la zarpa y me voltea la cabeza-. Sí –afirma-, sí, sin duda. Mandíbula prensil, colmillos grandes, trompa de tiburón africano. No me lo vas a negar.

-No niego nada –le digo-. Es que no dejás hablar.

-Y todo carnívoro, sabrás, esconde un caníbal. Probás una vez y no sabés que manjar. Te enviciás.

-¿Vos has probado?

-¿Qué opinás?

-Diría que sí. Tenés una cara de Pym bastante alarmante.

-¿Gordon Pym? –Zayas se carcajea-. Gordon Pym –asevera- era un pigmeo. Yo me morfo a Moby Dick, el cachalote. Me lo trago de un bocado y escupo las espinas.

-Como si fuera una rosa de tu florido jardín.

-Rosas hay sin espinas

Zayas parpadea y me vuelve a pinzar del brazo.

-¿Sabés –pregunta- esas minas feas que lo vuelven loco a uno? Esas minas que uno las mira al detall y encuentra que no tienen nada, ni minga; minas que son una amalgama de vulgaridades pero que, sin embargo, sumás un buzón ordinario con unas tetitas de morondanga y un culo escuchimizado y 2 y 2 te dan 7. Uno se queda pensando, le empieza a dar vueltas y termina otario, excepto si la caza, es claro, le pega 4 tortazos, le arranca a los tirones el infierno tenaz de telas y ropajes y entonces la ramera gritará, hay que tratarlas así. Feo con feo, ¿captás?

-Puede ser –digo yo.

-Tengo aquí un ejemplar.

-¿La querida oficial?

-No sos ningún vejiga –dice Zayas-. Carburás. Ya verás. Es una mina que ya verás, vas a ver, calmate –bailotea-, tranquilizate, ya la verás –se ríe-. La verás eso sí, y nada más. ¿Sabés por qué? –se vuelve a reír-. Porque es mía. Soy el único dueño y propietario; the sole owner and propietor. Es mi exclusivo condado de Yoknapatacawapa, o como se llame.

-Te diré, como Tomás, que creeré cuando haya visto, antes no.

-Verás, bien que verás –dice Zayas-. Lo que hace poco te he puntualizado, en cuanto a mi absoluta potestad, no impide que la hembra sea una zorra, una perdida, una furcia reincidente, de lo peorcito, la yegua más rastrotera que haya alumbrado vientre mamífero. Es todo lo que te he enumerado y un poco, y bastante, y mucho, y muchísimo más, en realidad. Yo, te diré, la sujeto a latigazos, má qué, a fierrazos. La tengo a rienda corta, bien sujeta. Bien sujeta –repite; me da golpecitos en el brazo con la punta del índice-. Porque yo la hice, la he creado. La han moldeado mis manos. Puede –prosigue, sin solución de continuidad- que sepas de la existencia de un tal Platón.

-Me suena, creo.

-Era un griego, de hace una punta de siglos, aunque tal parece que fuera ayer u hoy mismo que firmaba unos diálogos que en realidad se mandaba, con muy distintos interlocutores, un ubicuo moscardón ateniense de nombre Sócrates, filósofo de esquinas y mercados, peripatético, es decir que gastaba suelas. Sócrates le daba a la lengua casi tanto como yo, y se emborrachaba y pervertía menores, los analizaba –se ríe y resopla-. Lo acicutaron por eso. Platón, por su parte, era un tamaño energúmeno de igual calibre que vos y casi tanto como yo, la Bestia Parda de aquellos tiempo y lugar. Un cuate muy retorcido, eximio escritor, necrófago por lo menos y necrófilo clavado, además de adicto a la coprolalia y, por supuesto, puto. ¿Vos lo sos?

-Todavía no.

-¿Por qué no? Sos mayorcito.

-Mi país es una maldita republiqueta. No se puede –digo yo-. Allá falta cultura, faltan civismo y buen modal. Uno tendría que andar a las tortas todo el tiempo, de ser puto, para hacerse respetar.

-Entiendo, entiendo.

Zayas asiente muy serio, como si se tratara de un vero problema de corte filosofal.

-Una gran verdad lo que has dicho. Una catedralicia verdad –asegura.

Vamos los 2, hombro con hombro, por un sendero que se marea y anemiza de rodeos y circunvoluciones. Un par de lineales filipinos recortan un seto; un pájaro invisible, un ruiseñor acaso, suelta trinos aislados que parecen lamentos. Zayas enciende su pipa con un yeskero de cuerda que le cuelga de la cintura. Se para, se bambolea, me pinza otra vez el brazo.

-Aquí –dice-, en esta dolida España, es más grave todavía. Aquí, para ser puto, hay que ser una mierda raquítica, no un titán como nosotros. De todos modos, o al menos eso espero, día llegará en que algún esforzado so-ple a pleno pulmón y descuaje el Pirineo; de repente pruebo yo. En fija que

si probamos los dos a la vez mandamos el Pirineo al Congo Belga, lo menos. Entonces cabalgarán del Ampurdán a Algeciras los Cien Mil Hijos del Desenfreno, reinará la lujuria, la verdadera lujuria, francesa y europea, occidental, la genuina, y uno se podrá volver puto como se debe, con todas las de la ley, bendecido y santificado, amén. El análisis pasivo inter homines, lo confieso, es algo que a mí me falta y que, según tengo entendido, es tal cual como con la carne humana, que se prueba una vez y desde entonces todo lo demás sabe a zanahoria rallada.

-La zanahoria es muy rica –dice Griselda.

-Cállate, ¿quieres? –masculla Enrique.

-Para volverse puto, vista la causa –discurre Zayas-, lo primero y primordial es hacerlo bien, volverse puto en serio, de verdad. Puh Toh –puntualiza-, no un vulgar maricón. Puto como Platón, no menos. Esa fealdad devastadora y tan elocuente que tenía Sócrates

Zayas me puntualiza de nuevo en el brazo con el maldito e insistente dedo.

Sí, sí –dice a continuación-, ya verás. Yo tengo aquí a mi Sócrates full time, bajo forma de equívoca mujer. ¿Sócrates al fin qué es, si no? El canto de amor de Alcibíades en *El banquete*, estarás de acuerdo conmigo, Olsom –se vuelve a mirar fugazmente a Enrique-, es una de las muy pocas cosas escritas por el hombre que merecen leerse, de verdad, con discipularia veneración.

Tras meditar callado por unos instantes, como si buscara que sus ideas cobraran cuerpo en palabras dentro de su cráneo, Zayas prosigue, con voz cada vez más resonante:

-Alcibíades, ché, un célebre guerrero, un rutinario beodo, un gran sportman avant la lettre, ganador de no sé cuántos laureles olímpicos, un escándalo público, un proscrito de Atenas, un traidor y un héroe todo en uno,

es otro tarzán, otro desmedido orangután, gorilla gorilla, el troglodita con toga, como yo con mi shilaba y vos con tu pantalón vaquero.

Hace otro silencio y me estruja el brazo con sus dedos.

-Vos, dejame pensar –dice-, te tenés que llamar, que llamar –hace girar un dedo en espiral, con la punta hacia arriba-, Acuedonte, sí. Acuedonte, ¿te parece adecuado, Olsom?

-Muy bien –dice Enrique a mi espalda, distraído.

-Acuedonte por lo tanto –dice Zayas-, desde ya. Porque lo que es una infamia y de lo más ofensivo es que vos te reconozcas a la voz de Diego, tamaño mariconada, al igual, por supuesto, que Silvestre, que Enrique, Juan, Luis, Carlos, lo que sea. No hay derecho; vivimos una tiranía prontuarial, derivada del canalla de Fouché, aquel horrible jefe de policía del Primer Imperio. Platón, en tiempos más libres y más limpios, mejores, va y se pone Platón él, porque sí, porque le sale de los huevos, del ojete, de donde sea.

-El de las anchas espaldas, si no me equivoco –le digo.

-Epa, epa –se indigna Zayas-. Vos aquí, en mi caverna, en mi guarida, en este parque y prado, sos la Bestia Analfabeta, che. Por lo menos aquí y sobre todo con Brenda, ojo al gol. Vos venís de degollar a 27 troyanos cabe a los muros de la invicta Ilión. Vos sos el analfa al cubo, el australopiteco de gabán y pantalón. Nada de mariconadas literarias, citas textuales ni notas al pie. Vos analfa y charrúa; toda tu cultura se limita a Gardel. A Brenda te diré, lo comprobarás, la pudren los literatos, la docta gente, los flaubertines y neruditas, ay dolor, los consabidos versitos. Y a mí también; me revientan. Yo en realidad soy Quevedo.

-¿Cuál? –le pregunto- ¿El boxeador de peso mediano o el que se tiró el pedo?

-Vas mejor –se felicita Zayas-. Aprendés rápido, tenés buenos reflejos, la cosa camina. Aunque vivo de la pluma lo mío es la espada, ¿está cla-

ro? Soy un matasiete, un pendenciero, un bravucón, un espadachín. Me llamo, a decir verdad, Agromedonte, el del célere ademán. Combato yo también en los sangrientos campos y las arenas doradas, a la sombra de las cóncavas naves y de la alta Ilión.

-¿Ilión por dónde cae? –le pregunto.

-Por Tegucigalpa –es la enigmática respuesta-. Ahora, muy pronto, ya, tus miserables ojos la verán. Tranquilo, calma.

Zayas me asesta repetidas (ya cansadoras) palmaditas en la espalda.

-Mientras Helena tejía su telar –dice-. Dormida, la muy puta, en el agüita. Cóncavas naves, vinoso Ponto, túmulos de Áyax y de Aquiles, cuánto se ha perdido, Acuedonte. Cuán gris, municipal, espeso, grosero y servil es nuestro siglo.

Sin ser ni mucho menos tan alto como yo (medirá sobre 1,80), sin ser tan corpulento tampoco, siendo como es sólo moderadamente grueso más que gordo, Zayas igual se las ingenia, de algún modo medio mágico y con métodos que ignoro, para ocupar una tremenda cantidad de espacio. Desplaza, te diré, muchos más metros cúbicos que un barco petrolero de 80.000 toneladas.

-A ver –me advierte- si hacés honor a la confianza que pongo en vos, Acuedonte.

Zayas viste una túnica holgada, su shilaba, como él la llama, de color patíbulo o gris mortaja, cenicienta, y calza mocasines de cuero blando, con flecos mil y dibujos de colores al punzón, pirograbados, de manufactura por lo menos sioux y que no me extrañaría que fueran obra del propio Sitting Bull en la pacífica reserva de Wounded Knee. Del cinturón de tono azafrán, tipo nabab o pachá, que le circunda la barriga, Zayas lleva colgado, según te he dicho, un yeskero de cuerda, con el que pueden ahorcarse siete tipos y

sobra cuerda. A cada rato, Zayas desenrolla media milla para encender su pipa de amplia cazoleta, ilustrada con una efigie espantable de Medusa.

Zayas, corazón, fijate vos, el charlatán, el matasiete, Agromedonte cabe a los muros de Ilión, resulta que se da el lujo, a lo lord Byron, de fraguar y de configurar él mismo, día tras día, su personalidad, que es algo que siempre parece postizo y sobrante, un exceso innecesario, un catálogo de tics y muecas, de poses y ademanes, a menos que se trate, por supuesto, de lord Byron o de Silvestre Zayas.

Zayas se divierte, más aún: Zayas cree, de forma tal vez no sólo subliminal y subconsciente, que todo lo que hace y dice compone su vida verdadera, el titán, D'Artagnan, un tarzán. Personaje de sí mismo, intelectual como es y poeta, a fin de cuentas, Zayas juega sólo en parte, y el juego, por lo demás, que Zayas juega, es peligroso, una ruleta rusa. ¿Sabrá que puede perder?

-Ya vas a ver –me dice.

-Ya me lo has dicho 100 veces –digo yo.

-Ya vas a ver –repite él-. Vos tranquilo, ponderación, ecuanimidad, paciencia. Falta poco.

Me cae bien el tipo, corazón; es tan fanfarrón que, por lo mismo, lo deja de ser: por desmesura, de puro acumular fanfarronadas; un prodigioso consumo de saliva.

-Te caés de culo –me vaticina-. Te atragantás.

-El malvón no tiene espinas –le digo.

Zayas se ríe con pueril arrogancia y me pasa un brazo por la espalda, a medio torso, instante en el que adopta un aire nuevo, a medias paternaloide y a medias cachafaz.

Agarrados de la mano, la Golondrina y el Tarántula nos ven venir, pasar y seguir. Zayas los ignora con la más olímpica indiferencia. Bucéfalo, a

su vez, alza del libro las 107 dioptrías para mirarnos y vernos pasar y seguir. Asomado a una puerta que parece ser, me digo, de servicio, el Recomendable suspende a medio viaje, camino de su angurria, una manzana mordida, y nos mira y se rasca. En su ventana, por último, se encuadra Milagrito, vacuos los garzos ojos que nada ven ni a nadie.

Griselda y Enrique, mientras tanto, se han quedado retrasados varios pasos. Me vuelvo a mirarlos y advierto que Griselda ya ni siquiera parece dichosa; ya ni sonrío. Griselda es ahora nada más que lo que es: una triste mujer cualquiera, de mediana edad, con una permanente casera que se le desmorona. Enrique, caviloso, roe con los caninos una de las patillas de sus sempiternas gafas bienamadas.

-Ahí –me dice Zayas, señalando a la fuente- tengo a mis pirañas. Las tengo hambrientas; las alimento un día de cada 3 con conejos vivos que caza Dantón, el perro de Baumgarten, un vecino.

Nos acercamos al estanque con el querube que mea. Zayas pasa un dedo por el borde del estanque, donde veo deslizarse aguas adentro a veloces formas lineales de turbio color ocre. ¿Las pirañas?

-Nunca, todavía –dice Zayas-, han comido carne humana, pero el día llegará.

Golpea su pipa, boca abajo, contra el reborde de piedra del estanque, y un par de onzas de tabaco apelmazado caen con un siseo entre plantas acuáticas. Relámpagos color lodo, desde varias direcciones, convergen en el lugar donde la superficie del agua se ha quebrado.

-Son bichos no pensantes, a fin de cuentas –dice Zayas, con una especie de indiferente tristeza, si ello es posible.

Se gira y apoya las manos, de espaldas al estanque, sobre el reborde de piedra. Acto seguido saca de su shilaba, de un amplio bolsillo de cadera,

una bolsa de goma con tabaco holandés, con el que rellena minucioso su pipa.

-Vos, es claro –me dice-, no tenés ni la más ligera idea de lo que significa el ideal platónico, los celestes arquetipos. Caso que lo supieras se te ha olvidado, fue en otra vida. Un día, con más tiempo, te explico a Pitágoras, la metempsicosis o transmigración de las almas. Hoy le daremos un breve repasito a los ideales platónicos, que en realidad son una cosa muy fácil, son de hecho una bobada, la más alta y señera boludez que ha producido el preclaro ingenio helénico. Son una zarandaja épica, una inenarrable estupidez que tu ilustre compatriota, por ejemplo, el jamás llorado José Enrique Rodó, aquel espíritu de plomo, calificaba de cimiento de la cultura y del pensamiento occidentales. Es así.

Zayas se aparta del estanque y rumbea hacia donde espejean los paneles reflectantes y solarífugos de un moderno invernadero de arquitectura funcional, lineal y aséptica. Yo voy con él, es claro; ¿qué otra cosa puedo hacer? El tipo me agarra del brazo con sus prensiles dedos y no me suelta.

-¿Ves este árbol, aquel árbol, aquéllos? –pregunta-. Pues muy bien. Según Platón, ese árbol, estos árboles, al igual que todos los miles de millones de árboles que han poblado y pueblan el planeta, no son más que groseros reflejos terrenales, materiales y, por ende, llenos de imperfecciones, máculas y taras, del árbol ideal, celeste y perfecto, el arquetipo. Vos, pongamos un nuevo ejemplo, sos el grosero reflejo, deforme y periclitante, del energúmeno ideal, cuyo celeste arquetipo será, según calculo, una mezcla de Jack Dempsey, Apolo y yo mismo con un toque a la gomina de Gardel. ¿Se te hace clara la idea?

No espera que le conteste, de modo que no le contesto.

A 10 o 12 pasos de la piscina y la mujer de la piscina (con mesitas con sombrillas y reposeras y perezosos de loneta alrededor), Zayas se para y

apunta al cielo con el pertinaz dedo índice.

-Sólo la puta ideal –dice- bajó y se volvió materia, sin haber perdido, guambia, en el traslado, ni medio gramo de su etérea e inmutable perfección. Se hizo carnal. Ah, ah, ah, ruboroso Acuedonte, el de las ávidas manos y tempestuosa bragueta, ah, ah. Insistiré, aun a riesgo de pecar de machacón: Noh Seh Toh Cah, ¿entendido? Verboten, no tresspassing, coto privado. Sólo Uno.

Zayas se apuntala y ratifica con el ubicuo dedo.

-Las pirañas se alimentan con el espeso ikhor oriental, Acuedonte. Se castiga la mera intención, ¿capisce?

-Repetís la amable advertencia, Agromedonte –le contesto, sonriendo aunque ya algo cansado- y tus pirañas amanecen huérfanas, tu mujer legal viuda y tu querida oficial otrosí.

-Así me gusta, el de la tempestuosa, valor y jugársela. ¿Llegaremos los 2 vivos a la mañana del lunes? Chi lo sa.

Después apunta a la piscina con un dedo.

-Ahí está, ahí la tenés.

Es Brenda, corazón.

Larga y flaca, con su toquecito, además, descangayado, Brenda Balasztz flota lánguida en la piscina, en el agüita, tirada en una alargada colchonceta de goma. Lleva un traje de baño blanco entero, de una pieza, con un escote a la espalda, o lo que sea, que le muerde y le abre hueco hasta la última vértebra, la raya entre las nalgas insinuada. Así tumbada, horizontal e inmóvil casi, Brenda no parece nada. Tiene unas piernas acaso demasiado flacas, un culito redondo que está bien sin más, y la espina dorsal que sobresale y asciende, vértebra por vértebra protuberantes, a fuer de escalinata o escalafón; un recorrido largo por demás de los glúteos al cogote, la percha en el escote bajo la nuez y el pelo cortado corto color ratón.

-Parece una mierda, Acuedonte, ya sé –dice Zayas, bamboleándose, separadas las piernas y cruzados los brazos contra el pecho, al borde de la piscina-. Vos, yegua. Hablo de vos, ¿oís?

-Dejame en paz, gordito –dice la mina.

Tiene voz de estropajo, con un timbre rayado que se arrastra y rasguña. Su voz viene a ser, más o menos, lo que los escrupulosos y miembros de academias acostumbran a llamar una voz aguardentosa, de beotriz, aunque para el caso, pienso, lo más cabal sería soez, un acento burdelario, de yira de zaguán, y un deje arrabalero de Malena canta el tango como ninguna que produce un raro efecto, corazón, no te creas: tiene su yeito.

-¿Quién es, Agromedonte? –pregunto- ¿Edith Piaf?

-Otro atorrante, bueh –dice la mina-. ¿De dónde los sacás, gordito? ¿Los inflás?

-Miralo por lo menos, yegua –dice Zayas.

-¿Por qué –propone la mina- no se van a recitar poesías al invernadero, montón maldito de pajeros? El gordito se piensa que me tiene para exponer, como a sus miserables plantitas con premio. Yo no crezco en maceta, gordito, bien sabés. Un día, gordito...

La mina habla sin prisas, con áspera parsimonia, sin volverse a mirarnos, con un largo brazo flaco hundido en el agua.

-El día menos pensado –sigue diciendo-, gordito, me aburro, me harto, pego el espante, y entonces te quedás con tus pirañas y con tu mujer legítima, si es que pertenecen a especies distintas. El primer gandul que se asoma y lo traés a que me vea, muy bien. Ya me has visto, gandul, seas quien seas. ¿Por qué no te evaporás? ¿Por qué, gordito, no le mostrás mejor tus florcitas?

-Lo haré –sonríe Zayas-, pero 1º te toca a vos, ramera, la querida oficial.

-Edith Piaf –farfulla la mina-. Qué zampaboyas.

-Es un malvón –digo yo-. Es la rubia Mireya teñida de ratón.

La mina se vuelve, Marisa, toqué nervio.

La mina se vuelve, se deja ir. Se ha zambullido y ha hendido el agua sin producir ni un temblor en la quieta superficie. Yo apenas si he vislumbrado su cara, en la que advierto que destaca una boca trompuda, grande: el buzón que Zayas ha mencionado, de anchos y carnosos labios exangües, sin color.

Veo la larga silueta que se desliza y bucea y tengo la impresión de que la mujer, más que mujer o tanto como mujer, más o menos, es anguila –con shock eléctrico inclusive, corazón; miles de voltios. Porque aunque entonces todavía no he terminado de hacer la pertinente operación igual ya presiento que hoy, aquí, 2 más 2 suman 7, en efecto, tal como Zayas me ha señalado.

-Ya vas a ver –dice ahora-. Ya verás vos. Te atragantás, Acuedonte.

-El malvón no tiene espinas, Agromedonte –le digo yo, por 2^a vez.

-Si es mío tiene mil –dice Zayas-. Te atragantás, te caés de culo, te quedás tarumba y válgame decirlo, Acuedonte, te aguantás, te jodés. Te echás si querés un polvo con Briseida, o con Criseida, o cien, o te acostás con el divinal Patroclo, si es tal tu inclinación, o si no te hacés la paja, un recomendable aunque lúgubre ejercicio. *Mi* yegua, Acuedonte, guambia, ni la tocás. La mirás, si querés, hasta que se te ñuble el alma, pero punto ahí, nada más.

La mina ha buceado con fácil brazada todo el largo de la piscina, unos 18 metros, y ya emerge chorreante; se apoya en las dos manos en el borde de azulejos y se trepa con un envión. Todo es un único y acompasado movimiento; una música callada, corazón.

-Hola, Brenda –la saluda Griselda.

Se acuclilla junto a la piscina para que la mina, escuálida, fané, y descangayada, desarticulada, toda clavículas, omóplatos y codos, una pura con-fabulación de ángulos y huesos, la bese en la mejilla.

-¿Cómo estás, Grisel?

Sentada en los azulejos, con los pies dentro del agua, la mina arrastra la voz cada vez más; un gramófono a manubrio con corneta, me digo, his master's voice: la de Zayas.

-Ya vas a ver, Acuedonte, ya verás.

-Hartás un poco, Agromedonte, la verdad.

De espaldas todavía a nosotros, deliberadamente de espaldas, de espaldas con alevosía, o de tres cuartos de espalda, más bien, y un cuarto apenas de frente, sentada al borde del agua (el agüita de Zayas), mirándose los pies, que remueven la superficie, la mina la parlotea un poco con Griselda, que parece en ascuas, anhelante.

-Vení con el patrón, ¿querés, pedazo de atorranta?

-Ya voy, gordito –contesta la mina.

Acto seguido se incorpora, se da vuelta hacia nosotros y entra a andar bordeando la piscina, que tiene una caprichosa forma arriñonada. El movimiento hace que aquel conjunto descuajeringado cobre de repente una negligente, una distraída armonía de fueye y malvón, flor canalla de ochava de suburbio. Al moverse y acercarse, con un andar indolente, en torno al sinuoso contorno del agua (del agüita), la mina enseña una mirada opaca y plebeya, marrón, en una cara casi pequeña, con las facciones como apretadas y amontonadas, entre las que destaca la boca, trompuda como una agresión. La mina tiene la nuez salida, masculina, y unas tetas que parece todavía que no hubieran terminado de crecer.

-¿Qué te decía, Acuedonte?

-Sigo en pie, Agromedonte.

-Vení con papá, morocha –dice Zayas-. Vení acá.

-¿Qué te pensás que hago, gordito? ¿Qué voy a dónde? –menos desafiante que indiferente y menos desdeñosa que aburrida la mina echa un vistazo en torno-. Hola, profesor –le sonrío a Enrique.

-¿Cómo estás, Brenda? –la saluda Enrique.

-Ya lo ves –dice la mina-. Sigo aquí con el gordito, qué le voy a hacer.

-Minas fieles de gran corazón –digo yo.

-¿Quién es este otario, gordito? –pregunta la mina.

-Es brava, Acuedonte –dice Zayas-. Vení a darle un chupón a tu dueño y señor, Brenda.

A dos pasos ya de nosotros, de su dueño y señor, la mina sacude varias veces la cabeza y nos salpica. Tiene una expresión entre desconfiada y enfurruñada.

-Vos miralo, ricura –le dice Zayas después de besarla, con las dos manos aún prendidas del trasero de la mina-. Es Diego Balcárcel, Acuedonte desde hoy. Es el que escribió aquella crónica canalla, *Las flores que se arrancan se marchitan*, con el viejo Onetti de sujeto narrado y retratado, y sobre todo de pretexto para infiltrar obscenidades en las circunspectas páginas de *Vox Hispánica*.

-Cortá el chorro literario, gordito.

-Vos miralo, Brenda. Miralo bien. ¿Lo ves?

-¿Qué es lo que tengo que ver?

-¿Qué te parece? –dice Zayas-. Miralo. Un ejemplar notable, ¿no lo ves? Mirale esos dedos espatulados, esos ojos rasgados de turco con ese azul de fiordos, el pelo más del moro que del oro y los grandes huesos, la cavernaria osamenta, ¿qué?

La mina me mira ahora con un gesto por el que vaga una burla y del que se asoma un reto. Da otro paso atrás y ladea la cabeza, como un pintor

paisajista que estuviera estudiando un reflejo en el rocío.

-¿Qué te parece, Brenda? –pregunta Zayas.

-Bueh –la mina proyecta hacia fuera la trompa, el labio de abajo-. Mal no está, gordito. Bello, grande y tosco –mira a Zayas-. O sos un temerario o un imbécil, Silvestre –le dice-. Un día te sale el trece, un día no aguanto más. Conste que te avisé.

Brenda Balastz, corazón, es como el enigma de las mariposas.

La naturaleza, bien se sabe, es hembra, creatriz, mujer.

Descuadernada y trompuda, con su pelambre de herrumbre y sus ojos de cartón, Brenda Balastz, al moverse, sale del estado larval, eclosiona –el malvón en el agüita. Creo que lo más atrayente que tiene Brenda, subyugante en realidad, es la ambigua promesa del andrógino, corazón, porque Brenda bien puede ser un hombre, hoy tizado de mujer. Si a alguien del mundo se parece, me digo, es al cantante y jefe de los Rolling Stones, cuyo nombre no recuerdo en este momento.

-Así –me dice Brenda- que vos escribiste aquella cosa. Mirá vos, ¿eh? En cuanto la leí le dije al gordito que el autor sin duda era aún más fanfarrón, más atorrante y peor que el personaje, lo que ya es decir.

-Veo, tal parece –interviene Zayas-, que Acuedonte no te acaba de gustar, Brenda.

-Es un fanfarrón y un atorrante, qué duda cabe, pero de verdad, gordito –dice la mina-. No es como vos, que sos a pedal, de mampostería y cartón piedra. Un día metés la pata y yo me hago humo. ¿Entonces qué? Me gustaría saber.

-Pensaba que Acuedonte te caería bien, Brenda –dice Zayas, con fingida perplejidad.

-Es un fanfarrón, ya te digo, y se le nota –dice la mina-. Y por muy rudimentario y primitivo que pueda parecer también se le nota su origen de

niño bien. Yo soy de la honesta clase media, gordito. No tengo nada que ver, ¿entendés? No soy ni Margarita ni Margot, gordito. Nada que ver.

Brenda Balastz se aparta de nosotros y nos da la espalda.

-Nada que ver –repite.

Se mueve con suave elasticidad y desaparece bajo el agua; la neutral superficie, en este caso, apenas si ha registrado un ligero temblor.

-Un hembrón, Acuedonte, no lo negarás.

-No lo niego.

-Lástima que no le hayas caído bien.

-Mejor para vos, Agromedonte. Porque, ¿sabés? Tu amiga tiene razón. Un día la cagás. Un día pisás la consabida cáscara de banana y patinás hasta París.

-Es posible, Acuedonte –dice Zayas-. No con vos, de todos modos. Ya lo has visto. No esta vez.

El tipo parece más relajado, como si se hubiera descargado de un incómodo lastre; hay alivio y casi gratitud en su sonrisa. Lejos la mina, Zayas vuelve a crecer, recupera intacto todo su aplomo. Me agarra por un codo, adoptando ahora una actitud imperiosa.

-Te voy a presentar –me dice- a la princesa Augusta Kaiserin Victoria, de la auténtica realeza europea.

-La realeza real –le digo-. Blancas y sin olor, Agromedonte. Todo tu harén: la mujer legal, la querida oficial y la flor final.

-Sos un tipo desconcertante, Acuedonte –dice Zayas-. Te interesa, según veo, la floricultura.

-No te creas, Agromedonte. Sólo el malvón.

-Blancas y sin olor –dice Zayas, algo perplejo-. ¿Cómo y de donde las conocés?

-Las cultivaba un tipo, en Montevideo, con el que tuve un breve trato. Rosas blancas, sin perfume y sin espinas. El tipo tenía un millón. Tenía otrosí un precioso uniforme blanco, de gala, de coronel, y un delicado y afilado sable con el que se hizo el harakiri, vestido de gala. Porque lo grave, lo fatal y definitivo, en su caso, es que tenía también una mujer legal que venía a ser el reverso, digamos, contrario y positivo, multiplicado por mil y a la enésima, de tu querida oficial. El caso fue sonado, porque además de un suicidio hubo por lo menos un homicidio si no 2, y encima una hermosísima viuda, más secretos y enredos de alcoba en los que estaba mezclada gente de alcurnia y de postín, intrigas políticas y cantidades ingentes de poder, dinero y sexo. Yo entonces era periodista, un principiante, y conocí de 1ª mano a los actores de la, llamémosla, tragicomedia. Seguro que Enrique también se acuerda.

El profesor parpadea un par de segundos y chasca los dedos.

-Sí, caramba –dice, con rara vivacidad-. Caso, digo, que te refieras al coronel aquél –vuelve a chascar los dedos- ¿Cómo es que se llamaba?

-Pastrana.

-Ecco le qua –dice Enrique-. Casado, si no me equivoco, con la hija de aquel aristócrata ruso, Rurikov.

Yo asiento.

-No sé si tú, Diego, lo llegaste a conocer en vida –prosigue Enrique-. A la hija la conociste.

-Rurikov, sí –le digo-. El barón o al menos presunto barón Kliment Rurikov, creo que se llamaba. Su hija, que supongo que vive todavía, se llama Ludmilla. Es la viuda.

-Rurikov –dice Enrique- fue el creador, el inventor, el promotor y beneficiario del Barrio de la Luna. Tú conoces el lugar, Silvestre.

-Un lugar Idílico, por lo que recuerdo –dice Zayas-. Un lugar lleno de señorío, hoy supongo que ya en decadencia.

-Suponés bien –digo yo.

-Una decadencia, en todo caso, celeste y dulce –dice Enrique.

-Decadente y todo –digo yo-, sigue siendo el amurallado oasis de la plutocracia, de la oligarquía, de los resonante apellidos. Los antropófagos andinos de los que has hecho mención, Agromedonte, son todos de aquel idílico reducto. El cuadro se llama los Lunáticos porque procede del Barrio de la Luna.

-¿Nos estás contando un cuento, Diego? –quiere saber Griselda.

-Yo no, en absoluto. Enrique lo contará, si le place.

-¿Un enigma, fanfarrón? –pregunta Brenda- ¿El misterio del Barrio de la Luna?

-Un bonito título para Ellery Queen, Mireya. Ningún enigma, empero.

-No de esa clase al menos –dice Enrique, que parece que se ha tomado en serio su papel de oficiante y demiurgo.

Enrique, profesor y erudito, es de suponer que discurre y habla mejor que yo.

-Ay qué bien –dice Griselda, colgada de su marido-. Dejé a Diego que lo cuente.

Brenda observa en silencio, con la piscina de por medio. Parece intrigada o curiosa y tiene, también, un aire burlón y distante y una sonrisita suficiente y cínica.

-¿Para cuándo el cuento, fanfarrón? –pregunta.

-Pastrana se suicidó –dice Enrique-. ¿Es de eso de lo que ibas a hablar?

-¿Qué más da, profesor? La verdad es que no era mi intención la de contar nada.

-El público, empero –dice Zayas-, lo reclama, lo exige. Se deben ustedes a él, Acuedonte.

-Te debés a ellos, profesor.

-Sí, es claro –dice Enrique, distraído-. El homicidio... -añade- A decir verdad no recuerdo ninguno. No al menos que se relacione con el suicidio del coronel.

-Poco tiempo antes mataron al marido de su única hija –incido yo.

-¿No fue –pregunta Enrique- que al coronel lo chantajeaban, porque había estado mezclado en una de aquellas llamadas tramas negras? Eso fue, por de pronto, lo que se dijo y aún se escribió en la prensa. Se decía que el hombre vivía bajo una fuerte presión, coaccionado por sus cómplices por un lado y temiendo ir a dar a la cárcel por el otro. Tal como yo lo digo acaso no parezca convincente, pero en su momento nadie puso en duda esta versión. No que yo me enterara, por lo menos. Recuerdo vagamente a su hija, una mosquita muerta.

-Guambia con las aguas mansas, profesor.

Enrique mordisquea sus gafas y me mira. Se desprende con un sacudón del peso muerto de su mujer, que sin de dónde agarrarse se tambalea, trastabilla y sonrío con aturdimiento.

-¿Existe quizá otra versión diferente, Diego –pregunta Enrique-, otras causas, otro planteamiento?

-Creía que estabas mejor enterado, profesor.

-¿Por qué no cuentan el cuento –dice Brenda- y se dejan de joder?

-¿Tanto te interesa, Mireya?

La miro, alta y chorreante, del otro lado de la piscina y me digo, en un arranque de mi soterrada veta lírica, que semeja una náyade, una ninfa, una nereida flaca y desgarrada, mezcla rara de griseta y de mimí, como la mina del tango, a la que oleajes imprevistos han dejado varada en este rincón.

Siento su fuerte atracción sexual, de naturaleza carnal y receptriz. Pienso que me gustaría tocarla; tocarla, corazón, nada más.

-¿Por qué no empiezan por el principio? –propone Zayas-. Parecés muy reticente, Acuedonte, ¿por qué?

-No sé contar cuentos, Agromedonte.

-No digas macanas –dice Enrique- ¿Qué te pasa?

-Nada –digo yo- Sólo pensaba, me acordaba.

-¿Del suicida? –pregunta Griselda.

-¿Del asesino? –pregunta Zayas.

-¿Del asesinado, sea quien sea? –tercia Enrique.

-Vamos, no –dice Brenda-. De la viuda –afirma-. Multiplicada por mil, fanfarrón. Es mucho, ¿no te parece?

-Mucho –le digo-. Era una gran mujer; quiero decir que era grande, una mujer de gran tamaño. Era una especie de holando uruguayo, aunque del género bípedo.

-¿Las holando uruguayas qué son? –pregunta Bucéfalo, que se ha acercado.

-Vacas –dice Enrique.

-Vacas lecheras –digo yo.

-Una hembra exuberante, fanfarrón –dice Brenda, mientras contornea la piscina, acercándose a los demás-. Ella es la causa, el motivo. ¿Del suicidio, del homicidio, de las dos cosas? –le ofrece a Enrique una sonrisa amable y de verdad cautivadora-. Empezá por el principio, profesor, que queda a tu elección.

Vos te acordás, Marisa, sin duda de Ludmilla Rurikov, tan hermosa, tan grande, tan llena de todo, con aquella particular remotez o lejanía que tenía. No son las rosas blancas de Zayas sino su querida oficial lo que me la trae aquí, por muy distintas que sean, y con Ludmilla, la llamada Viuda Ma-

yor (la Viuda Menor era su hija Luz María), el recuerdo de aquellos oscuros acontecimientos que yo tenía poco menos que olvidados.

Enrique habla:

-El barón Rurikov llegó a Montevideo allá por los años 20. Huía, según él, del huracán de la revolución bolchevique. Yo lo conocí y lo llegué a tratar, claro está, muchos años después, cuando él ya se había casado y envidado y se había enriquecido con el Barrio de la Luna. Contra lo que se esperaba y suponía, el barón no se casó con ninguna de las muchas señoritas de alcurnia y en edad de merecer, como se decía entonces, que aspiraban a tal honor. Se casó, de un modo casi intempestivo, tras un brevísimo noviazgo, con una chica feúcha, mucho más joven que él, por supuesto, ya que él frisaba en los 40 cuando llegó a la ciudad. Ella tenía poco más de 20. Era hija de un inmigrante napolitano de apellido Filippini. ¿Por qué se casa el barón con ella, se pregunta la ciudad, si el viejo Filippini ni siquiera tiene dinero y su hija ni siquiera es una belleza?

Otros se han acercado. La Golondrina y el Tarántula ya están allí, y Bucéfalo, como ya he dicho, ha llegado cabe a nosotros un rato antes. También el Recomendable hará acto de presencia en su momento. La última será Milagrino

-Sigue tú, Diego –me pide Enrique.

-Yo no llegué a conocer a la mujer del barón, que creo que se murió en el 30 y tantos. Tampoco al viejo Filippini, que creo que se había muerto antes. Sé que el viejo era el propietario de unas canteras de arenisca, que en vida suya seguían en explotación. Las canteras quedaban en lo que entonces era el extrarradio oriental de la ciudad, al otro lado del llamado Peñón de la Luna, que hoy separa la ciudad peatonal del santuario de los ricos. Las canteras del viejo eran un páramo, una tierra yerma. Eran una amplia extensión de tierras rojizas, como ladrillo molido, que se extendían entre el Peñón y el

arroyo de la Luna. Las llamaban el Agujero de la Luna, de ahí el nombre del barrio, como antes del arroyo y del peñón. ¿Voy bien, profesor?

-Lo más bien, Diego –me alienta Greiselda.

-Un poco rebuscado para mi gusto, fanfarrón –dice Brenda.

-Trataré de ir más al grano en ese caso, Mireya.

-No se llama Mireya, loco –dice el Recomendable, un súbito, inesperado e incómodo espectador, que desde el primer momento me resulta de lo más desagradable, no sé del todo por qué-. Se llama Brenda, ¿viste?

-Mirá vos, ché pibbe –le digo.

-Diego, pará –me dice Enrique. Cuando se pone nervioso, he observado, retrocede al lunfardo-. ¿Siempre tienes –tosiquea- que meterte con todos?

-Soy imparcial en eso, profesor –le contesto-. Me meto con un brillante intelectual como vos y también con este otario salido de la Gran Aldea y que no sé qué hace aquí.

-Vos callate, ¿viste? –me dice el Recomendable.

Sólo al buen rato sabré que lo llaman así. Se llama Ezequiel Peluffo Motta, según él mismo se encargará de decir en algún momento, más tarde.

-Me callo si quiero, pibe digo yo.

Brenda y Griselda se miran y se ríen las dos, con esa complicidad más bien atontada que afecta en ocasiones a las mujeres, inclusive a las más lúcidas y sensatas. Yo saco cigarrillos y ofrezco alrededor. Varios dedos se estiran en señal de voraz aceptación.

-Opino –dice Zayas- que se echa en falta qué beber. ¿Vos no, Acuedonte?

-Soy abstemio.

-¿Abstemio tú? –inquire Enrique- ¿Desde cuándo?

-Ah, mendaz Acuedonte –dice Zayas.

-¿Vos te llamás Acuedonte? –me pregunta el Recomendable; parece atónito.

-Vos tené ojo –le digo- Mirá que soy oriental, ¿captás?

-Espera un poco, Diego –dice Enrique-. No sigas.

-¿De dónde has sacado –le pregunto a Zayas- a este espectacular cebollo bonaerense, Agromedonte?

-Agromedonte, buah –farfullizca el Recomendable-. Se cree vivo, el loco, se cree.

Le habla a nadie en concreto, al parecer; no a mí, en todo caso, aunque puede que a Milagrito, a la que veo venir, panza avante, con las manos entrelazadas encima.

-¿Sigo yo, Diego? –solicita Enrique.

-Un cuento a dos voces alternas –comenta Zayas-. No es mala idea, Olsom.

-Tampoco original –digo yo-. Es lo que hace Ellery Queen en sus novelas.

-¿Capítulo a mano zurda y capítulo a mano diestra? –inquire Bucéfalo, burlándose.

-Ellery Queen, caballeros, son dos, el par y el non –informo-. Tu turno, profesor.

-¿Cómo el par y el non, Diego? –pregunta Griselda.

-Capítulos pares y capítulos impares –dice Bucéfalo-. El diestro escribe los pares y el zurdo los impares, o viceversa.

A una seña de Zayas o acaso de Brenda, porque el tipo es de los serviles, el Recomendable ha salido disparado y vuelve a los pocos instantes.

-Traigo el bebercho, cancha –vocea al volver-. ¿Dónde las pongo?

Varios vasos de culo para arriba bailan en el cuello de un par de botellas.

-Sobre la mesa –indica Brenda, con un gestito de fastidio.

Zayas separa los vasos uno por uno y los coloca en la mesa. Las botellas contienen whisky. Brenda dice que va a buscar hielo. La charla se ha interrumpido.

-¿Sigo? –pregunta Enrique.

-¿Hielo quién? –dice la Golondrina, cuando Brenda regresa con una cubitera y botellitas con soda y agua mineral.

-Yelo yo –dice el Recomendable.

-Seguí, Olsom –dice Zayas-. A mí al menos me interesa esa historia.

-¿Por? –le pregunto.

-Augusta Kaiserin Victoria –dice él.

-Muerto su suegro, allá por los últimos 20 –dice Enrique-, el barón empieza a parcelar el Agujero. También lo llaman Oquedal, si mal no recuerdo. Aunque de modestos y limitados orígenes, pronto el negocio deviene descomunal, los precios se disparan. El barón, ya enriquecido, se hace construir una fastuosa mansión en el mismo Oquedal, sobre 1ª línea del mar. Mediados los años 30, ya extendido del peñón al arroyo, el nuevo barrio es ocupado, no como residencia fija, no entonces todavía, sino para pasar fines de semana y veraneos, por gente de gran postín, de un lado y otro del charco. Tienen allí sus mansiones Toto Anchorena, Beba Mendilaharsu, Renán Pérez Voulminot y otros muchos potentados argentinos, así como sus semejantes menores del Uruguay. La fortuna de Rurikov, entonces, se calcula por millones, y ojo, digo millones y lo digo bien, porque en aquel tiempo el peso oro, como se le dice a la moneda nacional, cotiza bastante por encima del dólar.

-¿Los mangos yoruguas? –se ríe el Recomendable, al tiempo que se atiza violentas y ruidosas palmadas en un muslo-. Vamos, don, usté, no fastidie, ¿viste?

-El barón –prosigue Enrique, ignorando al importuno- bebe mucho, es un dipsómano, se ha convertido en un alcohólico incurable. Yo lo conocí al comienzo, más o menos, de la 2ª guerra mundial. Era un tipo muy culto, de superior inteligencia, que coleccionaba ediciones raras y poseía una completísima biblioteca en 4 idiomas. No en ruso, cosa curiosa; no tenía ni un solo libro en ruso.

-¿Por qué curiosa? –pregunta el Recomendable.

-Porque era ruso, pánfilo –le dice Brenda.

-Ah, uy, perdón, ¿eh? Perdón

El tipo levanta una tímida mano.

-Rurikov se negaba a hablar en ruso –dice Enrique-. Había repudiado su idioma materno. Afirmaba que no volvería a hablarlo mientras la Santa Rusia no se viera libre de la peste bolchevique. Una tarde, en el hipódromo, abofeteó al embajador soviético, lo que a punto estuvo de desembocar en un gravísimo incidente diplomático. Era un tipo altanero, el barón, que se volvía directamente insufrible cuando las copas le hacían aflorar al aristócrata feudal, dueño de vidas y hacedor de leyes que había sido de más joven. Cuando yo lo conocí no se recataba en cuanto a ventilar sus simpatías por el nacionalsocialismo alemán. Tampoco se callaba su esperanza de que la implacable bota germánica demoliera al régimen de Stalin. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, bien lo recuerdo (yo era un muchacho de 19 años), el barón lo festejó por todo lo alto en el Círculo de la Luna. Esa noche hablé por vez primera con Ludmilla. También bailé con ella.

Enrique se esconde por un instante en su vaso. ¿Yo me lo invento o se asoma a sus mejillas el rubor? Griselda me mira y se ríe con una especie de ebria levedad. Acaso ya está borracha.

-La derrota de Alemania –dice Enrique- acabó con las ilusiones de Rurikov y acaso precipitó su muerte. Rurikov murió pocos años después de

terminada la guerra, hundido en una terrible tristeza de alcoholico apátrida y, por otro lado, herido a mansalva por una campaña de insidias, bulos y falsedades o medias verdades que llegó hasta la prensa, y para colmo medio arruinado, porque no sólo siempre había gastado a manos llenas sino que, en sus años postreros, fue víctima de un grupo de malhechores de buena familia, tu tío Felipe Castro entre ellos, Diego.

Enrique me mira a mí y añade:

-Ahora sigue tú.

-Sí –digo yo, sin ganas-. Muy bien.

-¿Qué te pasa, fanfarrón? –pregunta Brenda.

-Que todo lo anterior es mentira –digo yo-. Rurikov no sólo no era un barón, sino que ni siquiera era ruso. Era búlgaro. No hablaba ruso porque no sabía. Se llamaba Bolkov.

Enrique está asombrado. Sacude la cabeza.

-No digas tú eso, Diego –me dice.

-Lo siento, profesor, pero es la verdad.

-¿Tú cómo lo sabes?

-De la mejor fuente, profesor. Me lo dijo su hija.

-La bella viuda –dice Brenda-. Tenía que salir.

-La mujer no me lo dijo sólo a mí. Antes se lo había dicho a otra gente.

-¿A quién?

-A su marido, por ejemplo, y a una periodista de Ecos de Sociedad que se llamaba Estrella Ingüeldo. Yo coincidí con ella en la redacción de un periódico y ella me lo confirmó. También la hija de Pastrana lo sabía, y supongo que su marido. Su marido, el de la hija del coronel, es el asesinado del que te hablé al principio. Lo mató Ludmilla. Hay un segundo muerto,

además, relacionado con el caso, aunque nunca se pudo saber de manera fehaciente quién lo mató. Yo creo que también fue Ludmilla.

-¿Una despiadada asesina aquella hermosa mujer? –se queja Enrique-. Diego está de guasa –dice para los demás.

-Ojalá, profesor –le digo.

-Explícate, Diego –dice Enrique.

-Lo intentaré.

Me tomo mi tiempo. Enciendo un pitillo, le doy un par de caladas y bebo un sorbo de whisky. Hay silencio alrededor, sólo molestado por el Recomendable, que se rasca concienzudamente.

-Hubo contra el barón una campaña de insidias, no sólo sotto voce, sino también en la prensa.

-Falsedades y verdades a medias –dice Enrique.

-Pienso que no, profesor. ¿Por qué iba a mentir su hija? Ya te he dicho que no sólo me lo dijo a mí. Más todavía: su nieta, la hija del coronel Pastрана, me dijo lo mismo. ¿Tú qué recordás de ella?

-Poco –dice Enrique-. Una chica no sé, ¿poca cosa, no?

-Poca cosa, tú lo has dicho. Nada que ver con aquel hembrón que era la madre.

-Hemos llegado, fanfarrón –dice la Brenda-. Ludmilla, ¿no? Un precioso nombrecito –se burla-. Tan poético. ¿Tú con ella qué, fanfarrón?

-Yo nada, Mireya.

-Brenda, loco, ya te dije –el Recomendable se proyecta hacia mí, me sacude delante de los ojos una mano-. ¿No aprenderás?

-Pedile a tu fanático moscón que no me salive la cara, Mireya, por favor.

-¿Ludmilla qué te dijo, fanfarrón? ¿Confesiones de almohada?

-Más quisiera –digo yo-. Ludmilla se casó a los 16 o 17 años con el coronel Pastrana, que no era coronel todavía, supongo. No era más que un soldadito del montón, entonces; una mierda, vamos. En Montevideo, al ejército lo reclutan de tu honesta clase media, Mireya. No es como en la Argentina, ni muchísimo menos, donde toda familia de la rancia oligarquía colabora con un general de caballería, por lo menos, en pro de la perpetuación de sus saneados beneficios. En la Argentina, qué duda cabe, todo general de caballería es un señor de abolengo, a no ser, por supuesto, la conocida excepción que confirma la regla.

-¿Qué excepción? –pica Griselda.

Lástima, en fin: yo confiaba en que picara el Recomendable, que se ha quedado boquiabierto y patidifuso contemplando a Milagrito. Lleva unos shorts bolsudos y la camisa desabrochada, que deja ver el prieto vello negro que le coloniza el tórax.

-¿Qué excepción? –digo y contesto-. Qué excepción va a ser –prosi-go-, sino Perón –y termino-. El general Juan Perón, que es un merza, un chanta, un grasa y un guiso.

-Vos pará, ¿viste? –grita el Recomendable, al tiempo que se me viene al humo-. Perón es pueblo, ¿entendés? Perón es pueblo argentino y a mucha honra, pibe.

Lo paro con la mano, los dedos extendidos contra el velludo colchón. El tipo es un toro de fuerte, no te creas. Pienso que si nos la damos me va a costar; no será pan comido ni mucho menos.

-Caramba, Diego –dice Enrique-. Ya eres grande. Parece mentira.

-Me llevo bien con humanos, profesor.

-Terminala, Diego. ¿Sigues tú o sigo yo?

-Está bien –digo.

Me he sentado a horcajadas en una silla. Casi todos se han sentado. Milagrito sigue de pie, y a dos pasos, contemplándola, el Recomendable.

-Cómo hizo el coronel para convencer al padre y conquistar a la hija es un misterio; tu enigma, Mireya. Dejemos bien claro que Ludmilla se casa por amor, o al menos por lo que ella entiende como tal.

-¿Y entiende qué, Diego? –pregunta Griselda.

Es Zayas el que le contesta:

-Una tibia pasión –dice-, que es lo único esperable en esa clase de mujeres. Mi experiencia personal en el fructuoso terreno, no escasa, por lo demás, me permite compilar, a modo de oficiosa estadística off the record, que las mujeres de generosa anatomía, bellaza fatal y carnal multitud son de mortecino fuego, de apagados deseos y escasa lubricidad. Son además tornadizas, de emociones volubles y sentimientos cambiantes. Son almas cual la rosa de los vientos. ¿Es rubia tu heroína, Acuedonte?

-Rubísima –fervoriza Enrique-. Mortecino fuego y fatal belleza –añade, pensativo-. Hay algo ahí.

-Tiene música, profesor –digo yo.

-Ay, bobo –se ríe Griselda, esponjosa y parpadeando.

-Algo, sí –dice Enrique-. ¿Tú qué opinas, Diego?

-Carezco de las necesarias referencias, profesor –digo yo-. No me atrevo ni a avalar ni a rechazar el cómputo de Agromedonte. Ahora bien –añado-, en cuanto a Ludmilla Rurikov, la conclusión del analista me parece acertadísima, sobre todo por lo de voluble y tornadiza. Advierto, no obstante, que la acumulada estadística omite la cualidad más destacable en mujeres así, en Ludmilla al menos; su condición primordial.

-¿Cuál es, fanfarrón?

-La inmovilidad –digo yo-. La quietud. Supongo que podría llamarse la pereza o haraganería, pero yo creo que es algo más. Porque Ludmilla Ru-

rikov está, en abundancia y plenitud, pero sólo está, sin más. Nunca se mueve, porque cuando lo hace sólo parece que lo hiciera, ya que son otros los que la desplazan. Su marido en concreto, el coronelito, la lleva, la trae, la pasea. Es más bajo que ella, casi la cabeza entera, y tiene una pinta entre inquietante y ridícula, de bombín y bastón, con una exagerada cabeza periforme y un vergonzante bigote que parece que le haya crecido 3 minutos antes y torcido. Cuando no lleva su bastón lleva una fusta con el puño de marfil, con la que, según otras insidias, castiga a su mujer, aquel apático armario. Porque Ludmilla es una cosa casi, una especie de planta: una última y enorme flor.

-Me recuerda a aquel personaje de **El villorrio** –dice Bucéfalo-. ¿Cómo se llamaba?

Nadie le presta atención.

-Se agolpaban los pretendientes y mirones –dice Enrique-, yo entre ellos. Nos agolpábamos, literalmente, frente a su casa, para verla salir, de muchachita, al liceo. La seguíamos y tratábamos de hablarle. Es curioso, ahora que lo pienso: ella jamás contestaba, pero nunca le hacía a nadie un desplante; ni un mal gesto. Nos escuchaba tan sólo, sin decir nada, con una mirada fija y vacía, sin perspectiva, casi plana, carente de toda profundidad. Quieta, sí, una quietud...

Enrique vacila un instante, en busca (pienso yo) de la expresión adecuada, que cuando encuentra lo hace sonreír y chascar suavemente los dedos.

-Una quietud, diría yo –dice-, elemental, casi mineral, primordial. Una quietud no aprendida sino atávica, heredada, genética. Un rasgo eslavo, por cierto. Hay personajes en Dostoyevski como ella, que se dejan llevar y traer, manejar y manipular. Uno en concreto: el príncipe idiota.

-Una idiota entonces –dice Zayas-. Eso siempre promete, aunque entristezca. La idiotez es la gran cualidad del verdadero arte, che Olsom...

-Idiota no era –dice Enrique-. No creo que haya sido nunca una lumbrera, pero idiota no era. Aquella mujer tan quieta, es verdad. Sólo hoy caigo, mira tú, porque lo veía sin verlo. Me refiero a su quietud. No dormí jamás con ella, es claro

Esto último, Enrique lo pronuncia con un filo de malignidad.

-Tampoco yo –me apresuro a decir.

Es la purísima verdad, pero Brenda me mira con gesto burlón y Zayas deja escapar una risita. No me creen cuando digo la verdad, corazón, y me creen a pies juntillas si les miento.

-Los Pastrana -digo acto seguido-, tienen una hija, Luz María, que es un par de años menor que yo. Vamos los dos, además, al mismo colegio.

-Sí, sí, sí –interrumpe Enrique, exaltado-. Viene a cuento.

-¿Por qué? –le pregunto.

-Sí. ¿Por qué? –pregunta Brenda.

-Porque aquel colegio era el selectísimo Memorial, como lo llamaban –explica Enrique-. Se llamaba, en realidad, el Dame Heileen Abbington-Grew Memorial School, y le decían Memorial. Su propietaria, a la muerte de Dame Heileen, su tía, era Joanna Crewell, una prima mía en 2º grado, sobrina de mamá. Una mujer notable, Diego, digas tú lo que quieras.

-Si ni he abierto la boca, profesor.

-Joanna –dice Enrique- tuvo a Diego en su colegio, bajo un régimen especial de exención, o sea becado, gratuito, y no por amiguismo, sino porque el chico prometía, aunque luego, basta verlo, se desvió. Cuando tenías qué, ¿15 años?, Joanna se vio compelida a expulsarlo.

-¿Por qué? –pregunta Brenda.

-Mejor no digamos por qué –dice Enrique.

-¿Por qué no, cariñín? –pide Griselda- ¿A que a vos no te importa, Diego?

-Si no me importara lo decía yo, Griselda –le digo-. Además en fija que la versión de tu marido difiere de la mía, de modo que olvidemos absurdas discusiones y desagradable enfrentamientos . Es lo mejor, ¿no te parece? Seguí vos, profesor.

-Del Memorial –dice Enrique-, Diego derivó al Josefina Estrázulas, donde yo estaba de profesor. Olvidémoslo, sí.

-¿Ese colegio –quiere saber Brenda, insistente- viene a cuento por qué?

-Da una idea de lo que es la llamada clase alta montevideana –dice Enrique-. Una mezcla de mercachifles como los Filippini, de coronelitos venidos a más con veleidades golpistas como Pastrana, de aristócratas eslavos en decadencia como los Rurikov, de fanfarrones sin donde caerse muertos como yo bien me sé quien –me mira sonriente- y de jovencitas tímidas e insuficientes como la hija del coronel, para no hablar de la hermosa y exuberante madre de aquella cría.

No es un argumento muy coherente; no al menos para mí, que sin embargo no lo discuto. Los demás, que no conocen Montevideo (o peor todavía, que la conocen mal) parecen aceptarlo sin discutir, por lo que vale.

Zayas cabecea un asentimiento algo adormilado, Brenda sonrío su aquiescencia y el Tarántula dice:

-Desmayadas fiorituras.

Qué quiere decir no lo sé; supongo que nadie lo sabe (ni él. El único que no parece convencido (yo al margen) por la explicación de Enrique, es Bucéfalo, que sujetándose con dos dedos el fugitivo e inteligente mentón, suspira.

-En La teoría de las clases ociosas –dice-, Thorstein Veblen afirma que la mera acumulación de capital no es suficiente para...

Zayas lo frena.

-Veblen –dice- escribía para yankis, no para rioplatenses. Los yankis son ricos y nosotros pobres. No tiene nada que ver.

-Y los uruguayos son pulguientos –dice el Recomendable, mirándome a mí.

-Mirá quién habla –digo yo, sonriendo (la mejor manera de achantar a los tipos como ése)-. Si te sobra alguna pulga, que tal parece que tenés muchas, ¿me la pasás a mí?

El sol, que ya hace rato que ha iniciado la mitad en caída de su diario recorrido, incide desde hace algún minuto sobre mis ojos. Me desplazo medio metro, a la sombra de un probable tamarindo.

-En tiempos de Luisito –dice Enrique-, vigente un devaluado aunque aún valioso batllismo...

Las palabras del profesor, tan crípticas para la mayoría, producen en torno un explicable estupor.

-...el coronel Pastrana se involucra en un complot de cuartel, algo sin sentido entonces, aclarémoslo, en nuestra nación. Un grupito de trasnochados y disparatados oficiales, aceitados sin duda por manos fiduciarias, urde un golpe de estado con la finalidad expresa de desalojar al legítimo gobierno. Luisito sería lo que fuera, pero era un batllista sincero y un hombre de temple y de coraje. Eso lo sabemos todos.

-Yo no, Olsom, che –dice Bucéfalo-. ¿El batllismo qué es? ¿Una enfermedad de la vista, una aberración cromática, un vicio nuevo?

-Nada de eso, caramba –se enardece Enrique.

-Esas tres cosas y más, don –digo yo, para meter cuchara y envenenar un poco las cosas.

-No desbarres, Diego –dice Enrique-. El batllismo, debí precisarlo, es una corriente política nuestra, uruguaya, que a riesgo de caer en el simplismo se podría identificar, en sus postulados teóricos, aunque no en su discurso pragmático, con el liberalismo estatalista y el neojacobinismo de Keynes y de Roosevelt, aunque se les anticipa en varias décadas. Ya sabemos de qué se trata: la implantación de un estado protector y benefactor, la supremacía del bien general sobre el particular. Es un ideario hoy trillado y superado acaso, pero que en su momento convirtió a nuestro país, entenebrecido por un siglo de desmanes y degüellos, en una nación en paz, próspera y casi pujante, y si no culta sí letrada, instruida y alfabeta.

-Y Luisito, ché Olsom, ¿dónde cae? –interroga Bucéfalo.

-Luisito Batlle –dice Enrique- era el presidente de la república cuando el coronel y los otros programaron su fallido coup d’etat.

-Ya caigo, Olsom, che –dice Bucéfalo-. Fue el inventor de aquella tamaño alternativa hacia el progreso. ¿Un más contenido y moderado Perón uruguayo?

-Nada más lejos –dice Enrique-. El batllismo lo inventó un tío de Luisito, don José Batlle y Ordoñez, a principios de siglo. Luisito era un continuador, y aunque algo flácido, era un estadista avanzado y progresista, sin costras nacionalistas ni cacareos filofascistas. Era un populista y también, en cierta medida al menos, un demagogo, pero es que en Uruguay, tal como se fueron desarrollando las cosas, todos los políticos eran demagogos. Eran todos populistas, cuando no populacheros, de un modo que hasta peca de grosero, de chabacano y de vil.

-La pipeta, loco –se pasma el Recomendable-. De vil, nena, ¿viste?

Le mira la barriga y los trenzados dedos a la sílfide preñada, que carga con su pecado sobre dos palitroques de preciso y airoso contorno, eso sí.

-¿Qué me contás? –le pregunta.

-Andate más lejos, grasún.

El Recomendable se rasca, caviloso, y se aparta 2 pasos.

Enrique, por su parte, retoma el relato, si bien, en un primer momento, con infinidad de puntos suspensivos y triple admiración que mi buen gusto te evita, corazón.

-La república –dice al final- era por entonces, en los primeros años 50, una nación todavía próspera y en expansión, con una renta bruta que se repartía al menos con decoro, si no con equidad, mediante el empleo público, la corrupción hormiga y el préstamo a 2 y a 3 vidas, contra garantía hipotecaria, para la casita propia, que adquiriría el abuelo y terminaba de pagar el nieto.

-Dislates, Olsom –dice Zayas-. Un país disparatado, te diré.

-Dislates, sí, y acaso disparates, lo acepto, pero efectivos, Silvestre, de probada utilidad. Luisito Batlle, además, valga decirlo, en ese campo era un as. Luisito repartía empleo público y toleraba y hasta fomentaba la corrup-tela menor, el tráfico de influencias bajo cuerda y de coimas a todas las alturas, desde el conserje al ministro. El país, ergo las clases masa, vivía feliz. Vivía feliz, sí, porque la situación, aunque era buena no era boyante, lo que autorizaba una cierta dosis de pataleo, el necesario desahogo. Los militares que conspiraban confundieron este hispido aunque inane berrinche popular, producto cabal del dulce far niente, con un estado ilusorio de agravio generalizado. Se sintieron reclamados por la patria, según el usual patrón ultraderechista, entre nosotros foráneo hasta hace escasas fechas, y se canalizaron por los senderos de la gloria. El batuta del complot era un general de nombre Almánzara, que ocupó con sus tropas la emisora de radio oficial del estado. Pastrana, con un tanque, tenía por misión el bombardeo táctico del Parlamento, en lo que se consideraba una eficaz maniobra disuasoria.

“Sigue tú –me dice Enrique, al final.

-Almánzara, por lo que sé –digo yo-, vivía en un perpetuo pedo limbal. Ocupada la emisora de radio, el general lanzó su soflama, a mitad de la cual le sobrevino un ataque de hipo, lo que lo obligó a vomitar un río de whisky de cuartel. El líquido, al infiltrarse en las delicadas entrañas de los transmisores, produjo un cortocircuito que dejó sin luz eléctrica a media ciudad. El coronel por su parte, que no eras un lince en logística, que digamos, se había olvidado de medir el carburante de su tanque al salir. El resultado fue que el disuasor y su escuadrón, que habían desfilado por avenidas y bulevares bajo el aplauso y la risa populares, se quedaron varados en una esquina, y la otra media ciudad entró en colapso vial.

-¿Y? –pregunta Zayas, al darse cuenta que me he callado.

-Y al general lo internaron en un blanco sanatorio, para rescatarlo de las garras del alcohol a base de electroshocks y duchas heladas. Salió abstemio, andaba derecho y saludaba a todo aquel que se le cruzaba en el camino con la mano contra la vacua sesera. Al poco tiempo se sumió en el postrer diván.

-¿Y el coronel, Diego? –pregunta Griselda- ¿A dónde va?

-El coronel vuelve a casa –le digo-, en situación de retiro, a regar sus plantitas y pasear a su mujer legal. La hija tendrá entonces 7 u 8 años. A los 16 o 17, igual que mamá, se casa, ya preñada.

-¿Qué? –inquieta Milagrillo, nerviosa y entresonámbula.

-Luz María –digo yo- se casa con un amigo mío, Fredy Echagüe, que entonces luce bíceps, tríceps y cuadríceps como half wing del cuadro de rugby de los Lunáticos, del referenciado Barrio de la Luna, un cuadro hoy famoso en los 5 continentes por mor de canibalismo.

-¿Los de la Odisea de los Andes, che? –interrumpe el Recomendable-. Mirá vos qué interesante, ¿viste? Bíceps y cuadríceps se dejarán masticar

bien, digo yo. Que lo pangalió, morocha, ¿viste? –lo último se lo espeta a Milagrito.

-Ssssalí, vosssss –dice ella-. Cabecita negra, andá.

-Cabecita y a mucha honra, tilinguita apepinada, ché, bejertoria –el Recomendable dirige un alarmante dedo a la barriga de Milagrito-. Flor de hijo te criaron. Que lo tironió, che, ¿viste?

-Vos –intervengo yo-, mucilaginoso justicialista, dejá en paz a la preñez, ¿querés?

-Vos guay, pazguato, ¿viste? –me arremete el Recomendable.

-Te voy a arrancar la colore del tez donde me volvás a levantar la voz –le advierto-, y así las pirañas hambrientas no tendrán que esperar a los conejos de Dantón.

Misterio, corazón. El tipo se calla, se achanta y se queda en su lugar, fruncido y lateral.

-Mi amigo Fredy, al que Ludmilla después asesinó –digo yo- es, aparte de marido de Luz María, un gigoló. Ojo al dato. Luz María, una nena que es poca cosa, como ha dicho ya Enrique, pare a su retoño. El marido, que no ha dejado sus antiguas prácticas, acostumbra no comparecer en el lecho nupcial a lo largo de días y hasta semanas. El dogal conyugal no ha enderezado ni enmendado al calavera, que frecuenta los mismos garitos de sus años de soltería, las mismas sospechosas amistades y las mismas o parecidas mujeres de perverso maquillaje. La niña le llora a papá, que llama al orden al yerno. Los dos matrimonios, digamos, Pastrana y Echagüe, conviven bajo el mismo techo, en la excesiva mansión que mandó levantar el difunto barón.

-Excesiva, en efecto –dice Enrique, que ansiaba intervenir y ahora lo hace-. Una aberración minotáurica de pasillos, escaleras de caracol, sucesivas arcadas abiertas, espejos descomunales, patios con su claraboya, terra-

zas y balconería. Una construcción de formas perversas, equívocas, como el árbol de Chesterton. Había algo de oscuro, de tangencial y solapado en Rurikov. Era un hombre de una atroz y persistente melancolía, un misógino y a ratos un misántropo; un enemigo de la luz.

-Ludmilla –digo yo-, como si la viera, se depositaba al sol en una terraza, inerte y grande, tumbada a medias sobre una gandula floreada, con los ojos cerrados y el cabello revuelto por el aire salado del mar. Tentadora, profesor. Vos la habrás visto también.

-Desde afuera, como tantos –dice Enrique-. Porque muerto el barón dejé de frecuentar la mansión.

-Yo iba a visitar a Fredy. A Ludmilla la miraba, nada más. Fredy no. Fredy no se contentó con eso. ¿Lo conociste, profesor?

-Superficialmente –dice Enrique-. Sé quién era. Un desagradable muchacho, en mi opinión. Supongo que cierta clase de mujeres lo encontraría atractivo. No Ludmilla, creo. Echagüe supongo que no se rascaría en público ni se hurgaría la nariz, pero lejos estaba de ser un caballero.

-Oblicua referencia que debieras atender, elemento lumpen y carcelario, vossss –le dice Milagrito al Recomendable, que cesa de inmediato en su ruidosa tarea.

-Es que me viene un alivio, ¿viste?, de mi flor.

-Si te bañaras no lo necesitabas.

-Me bannio, boludda –dice el tipo- Lo que pasa es que tengo eq yemma, la piel sebácia, ¿viste?

-Andá más lejos, ¿me hacés el bien? Los piojos saltan, ¿viste?

Hay un silencio, que se rompe repentinamente.

-Me niego –es Enrique quien lo rompe, acaloradamente- a creer lo que insinúas, Diego.

-¿Te acordás qué fue de Fredy, profesor?

-Lo mataron, tú lo has dicho.

-Lo mató Ludmilla Rurikov.

-¿Por qué?

-Eran amantes.

-¿El marido de su hija? –pregunta Griselda.

-¿Por qué no? El coronel quiso meter en cintura a su yerno. Vociferó, lo amenazó. Fredy se mosqueó y por un tiempo se fue de la casa. Cuando volvió ya había sucedido.

-¿Sucedido qué? –pregunta Griselda.

-¿Conociste a Buby Brazzio, Enrique?

-Sé quién era: una especie de gigoló él también. Y a él sí recuerdo. que lo mataron. No creo que fuera Ludmilla, pese a lo que tú has dicho.

-Buby se había infiltrado en el hogar de los Pastrana. Principió por ganarse la amistad del coronel, a propósito precisamente de las florcitas que éste cultivaba. Después le puso la mano encima a su mujer. La movió. Se la llevó a un meublé. Ella no opuso resistencia. Esa clase de mujeres objeto nunca la pone. Sólo hay que darse cuenta y ser lo bastante atrevido.

-¿No te diste cuenta vos, fanfarrón?

-Yo era demasiado joven entonces, Mireya, y era muy poco atrevido. No tenía ni 20 años.

-No lo creo –insiste Enrique-. Echagüe primero y ahora Brazzio.

-Fue al revés. Brazzio empezó y Fredy llegó después. Cuando volvió al hogar se dio cuenta de lo que ocurría. Los vio, a Brazzio y Ludmilla. El coronel sería todo un golpista de pro, pero en cuestión de amoríos adulterinos era un ingenuo. Una noche, en su casa, harta ya de Fredy, que se la llevaba a la cama allí mismo, Ludmilla lo golpeó. No pretendía matarlo pero lo mató. Utilizó una estatuilla de bronce de Diana la Cazadora, con la que le partió el cráneo. Después, ¿qué iba a hacer? Llamó a su marido y a trancas

y barrancas le explicó lo sucedido. El coronelito, en un rasgo que lo honra, decidió ocultar el crimen. Tiró el cadáver a un patio, por una ventana, y pretendió que se había caído. Le creyeron, ¿por qué no? La que no se lo creyó fue Luz María, que al poco tiempo se fue de la casa. Yo me la encontré una tarde, meses después, mientras paseaba a su niño, huérfano ya de padre, en un cochecito.

-La muchacha te abrió su corazón, fanfarrón.

-¿Por qué no? Nos conocíamos desde niños y yo siempre la había tratado bien. Me dijo que sabía que Fredy se acostaba con su madre, la de ella. El propio Fredy se lo había dicho, jactándose.

-Un cochino bocazas –dice Enrique.

-Todos los somos en ese contexto, profesor, en mayor o menor grado.

-Yo no.

-¿De qué tenés vos que jactarte, Olsom? –lo desafía Bucéfalo.

Enrique sacude los hombros y mira al horizonte, como si tuviera mil secretos de boudoir en su conciencia.

-A Brazzio también lo mató Ludmilla –digo yo.

-¿Ella te lo dijo?

-No –le digo yo-. Ella lo negó. Reconoció que había matado a Fredy, aunque no era eso lo que pretendía. Me contó lo que había hecho el coronel para ocultar aquel homicidio. Me dijo que el coronel, después de cavilarse su situación, se había decidido y se había suicidado, en medio de su millón de rosas blancas, sin perfume y sin espinas. Fue por esa razón, no por presuntos chantajes ni por cuartelazos al ñudo. Fue porque no pudo soportar lo que había pasado entre Ludmilla y Fredy; de Brazzio, según su viuda, el coronel nunca supo nada. A Brazzio lo mataron después, cuando el coronel ya se había suicidado. Le pegaron un tiro cuando salía de un cabaret. El arma había sido del coronel Pastrana.

-¿Por eso piensas que fue Ludmilla?

-Era lo que pensaba el inspector Corróchano, que fue el policía que investigó el asunto. O Ludmilla o su hija. Su hija, ¿qué móvil tenía? El caso de Ludmilla era distinto. Igual nunca se aclaró, y ella lo negó en todo momento.

-Te lo negó a vos, fanfarrón. ¿Cuándo hablaste con ella?

-Traté de entrevistarla un tiempo después del suicidio de su marido, en Montevideo. Entonces no me dijo nada; se negó a hablar. Con el tiempo se fue a vivir a Buenos Aires y yo la volví a entrevistar. Entonces, off the record, digamos, me contó lo de Fredy, lo que no hacía más que confirmar lo que Luz María ya me había anticipado. También me explicó las causas del suicidio de su marido, que yo ignoraba.

-¿Se publicó? –pregunta Brenda.

-No –le digo yo-. Yo también sé guardar un secreto.

-¿Y ahora qué? –me pregunta Bucéfalo.

-Ahora ya ha pasado mucho tiempo –le digo-. Ludmilla supongo que vive, aunque no sé dónde estará.

-¿Quién es la preñada? –le pregunto a Zayas más tarde.

-Es una Juárez Lezica. Se llama María Alejandra, creo, pero le decimos Milagrito.

-¿Por qué?

-La preñaron en Lourdes. Linda, ¿verdad?

-Me gusta su aire ausente, como el de la de Neruda.

Más tarde nos vamos, todos en fila, al invernadero, para admirar las florcitas. Ya en el interior de aquél, bajo los paneles reflectantes y solarífugos, según explica Zayas, recorreremos hileras de tiestos y macetas. Zayas enumera nombres en latín y detalla fosfatos, temperaturas y coeficientes de

humedad. Hay un momento en que se pone a revolver la tierra con una mano enguantada con amianto. Después mastica el aire con unas grandes tijeras.

-Éstas son –dice en su momento.

Se refiere a sus rosas blancas, Augusta Kaiserin Victoria, unas flores de amplio tamaño y con multitud de pétalos carnosos, que se expanden formando una enramada contra la pared del fondo del lugar.

-Hoy huelen –husmea Brenda-. ¿No lo notan?

-A ver, a ver –dice Zayas-, dejen pasar al divino Agromedonte, que combate y morirá junto a los muros de la invicta Ilión. Huele a estiércol – agarra de un brazo a Brenda-. Es abono –añade-. También lo son los cadáveres. Vamonós.

Me toca salir del brazo de Griselda, casi a la cola de la comitiva. Griselda está pálida ahora, y sonríe con débil expresión.

-Es un gran tipo, Diego, ¿no te parece? –pregunta.

-¿Zayas? –digo yo-. Es grande y es tipo, no cabe la menor duda.

Brenda nos precede, prendida de Zayas, como si fueran una gris enramada y pared con un único malvón. Yo la oigo reír suavemente y susurrarle a Zayas no sé qué.

-Mando yo –dice Zayas-. Se acabó.

-Mejor –dice Brenda- que no hagas experimentos, Silvestre.

Se gira y nos mira, a Griselda y a mí.

-No con este fanfarrón, por lo menos –lo dice en voz lo bastante alta como para que lo oigamos Griselda y yo.

-Sé lo que hago, ¿no es así, deletéreo Acuedonte? –vocifera Zayas, al borde ya del perímetro de sol.

-Podés perder, Silvestre –dice Brenda.

-No hay tu tía –dice Zayas-. Lo tengo decidido. Se terminó.

-¿Vos? –se queja Brenda-. ¿Sólo vos? Vos no sos yo.

-Concertino en O bemol menor –dice Zayas-. Vos, Acuedonte, ¿has oído? Ni tocás a la chirusa, entendámonos de una vez.

-No necesitás decirlo, Agromedonte. Inflás, ¿sabés? No toco ninguna flor.

-Las flores que se arrancan –dice Brenda.

Recalcitrantes, zumban los abejorros.

SIETE

Así son las cosas, milonguerita linda. La vida, según dice Kant o Kafka, o puede que Klopstock, no es sólo un puzzle. ¿Lo dice Kierkegaard quizá? No sé, Marisa. Tengo alma de alfil negro, como dice el vate bohemio Licurgo Parra en su libro *Poeta en De Dion Bouton*. Me hago viejo, Marisa, y lo grave es que tanto me da.

¿Nunca has tenido la impresión de ser una pequeña pieza dentro de un puzzle gigante, corazón? ¿De que toda tu vida no es ni siquiera un puzzle atrabiliario sino un minúsculo fragmento de un caprichoso y desmesurado puzzle que arma otro, alguien que, para colmo, a cada rato te cambia de emplazamiento? Serás tal vez un pedazo del cielo, con el borde que se asoma de una nube preñada de granizo, o serás un poco de la lanita que abriga a una oveja que paca en el prado, o la arruga en el párpado del ogro dormido, y entonces, por consiguiente, desaparecerás cuando el ogro bostece, se despiere y despierte, o cuando la nube transcurra el cielo y te tape; y a la ovejita vienen, la esquilan y salute Garibaldi, nada queda.

Cada paso que da uno, pienso, lo tiene marcado, otros lo han prestablecido. Las parcas nos rigen, nena, y uno debe pisar, con rigor y exactitud, las invisibles señales; y también repetir sin omisiones, improvisaciones ni zarandajas, los diálogos, monólogos, soliloquios y farfullismos que escribe el Libretador. Dicen, y creo que es verdad, que creer en la predestinación es propio de conservadores y aún de reaccionarios, que la predestinación (léase el calvinismo) es la fórmula más cómoda para justificar los desmanes del fuerte y los agobios del desamparado. Yo no soy conservador en absoluto,

aunque puede que tenga mi alevé lado retrógrado, como sin duda lo tenía Lenin o lo tuvo Carlos Marx, sin ánimo de medirme a esos 2 colosos ni justipreciarme tanto. Valgo poco, nena, ¿y qué hay de malo?

‘El tiempo’, dice S. Pir, ‘es de una horricua linealidad y además es insensato, lineal y no rectilíneo, con un andar de beodo que dibuja 8s y 4s y otros variados signos pavorosos en el empedrado del universo’. Horricua, Marisa, ¿qué me contás?

Para tratar de poner algo de orden en estos informes, corazón, conviene que me acomode e instale en el martes 22 de mayo por la mañana, a la hora más o menos en que aparezco, dormido todavía más que despierto, por la cantina del Foro Internacional, de modo que la tropa conozca que el comandante Balcárcel sigue con vida, enarbola la bandera y blande la espada en pos de glorias efímeras y cotas desguarnecidas de la trinchera rival.

Una vez bien afirmado contra el mostrador me templo con un par de copas de cognac al tiempo que hablo de fútbol con Asdrúbal, el cantinero del Foro.

Para ponerte en antecedentes te diré, corazón, que cabe la alta probabilidad, según lo difunden los periódicos deportivos de Madrid (que se han convertido en mi única lectura imprescindible desde que estoy en la otrora capital del mundo, versión Hemingway), de que Cruyff, un futbolista holandés, se venga a jugar a España, concretamente al Barcelona, para después del verano boreal. No creo, corazón, que sepas quién es Cruyff, y en realidad es lo de menos. Igual te aclaro, por si te sirve, que puede que sea el mejor jugador de fútbol del mundo, con la excepción del brasilero Pelé, que por lo demás ya tiene sus añitos.

-Si es verdad lo que se dice de Cruyff, hermano –le pronostico a Asdrúbal, un fanático enronquecido del Real Madrid-, más les vale que desde

ya se empiecen a despedir de muchos futuros títulos. Cruyff solo, con 10 marcianos por coequipiers, les gana a todos ustedes aunque sean 1000.

-Con Cruyff o sin Cruyff, chaval, les damos sopas con honda a los catalanes, a ver si te enteras –afirma Asdrúbal-. Les hemos dado sopas con honda desde que el mundo es mundo y se las seguiremos dando hasta que se apague el sol. ¿Sabes tú por qué, chaval? Porque los catalanes son todos unos caguetas, si sabré.

-Puede, Asdrúbal, no lo niego, aunque me atrevo a señalar que en mi país se tiene en alto concepto a los laboriosos e industriosos hijos de Cataluña. Por lo demás, lo grave, lo enorme diría yo, y que a vos, según parece, se te olvida, consiste en el hecho de que Cruyff no es catalán, sino holandés. Extraño fenómeno y vertiginosa evolución la del susodicho pueblo de los tulipanes y los molinos de viento, che. Aprenden a jugar al fútbol por la mañana y por la tarde ya producen a un Cruyff.

-Son gentuza, chaval –dice Asdrúbal-. Si sabré.

-Incursionabas con los gloriosos Tercios de Flandes, en fija.

-He trabajado seis años en Hamburgo, chaval.

-Hamburgo tengo entendido que cae por Alemania.

-Alemanes, holandeses, qué más da. Son lo mismo, Balcárcel. Son gente gorda.

-Están bien alimentados, Asdrúbal, nada más. Abunda el buen comer por aquellos brumosos parajes, y no lo resuelven todo a base de potaje de garbanzos, como en esta castigada meseta.

-Tienen gorda el alma, chaval –dice Asdrúbal, al tiempo que se da golpecitos del lado del corazón.

Sentado en mi taburete, en un rincón del mostrador, ferruginoso como me siento del transcurrir de los días y las noches, de la distancia y los recuerdos, que se multiplican como copias al carbón desde las miasmas de la

sangre y la memoria, yo trato de hacer redondeles de humo con el pitillo. A veces obtengo una voluta de remota esfericidad, que miro subir como al espíritu de mi ego marchito; la veo desflearse y, antes que se desvanezca del todo, humo en el aire y aire en la nada, la atravieso con el dedo; vírgenes menores, corazón.

Hay gente por la cantina que viene y va, mujeres de tardía elegancia, ricas desde ayer, queridas de viceministro o hijas de industrial laureado, que parlotean.

The ladies come and go
Talking about Michelangelo

Que T.S. era un genio supongo que ya está fuera de toda duda razonable, pero igual de mujeres no tenía ni la más vaga y brumosa idea, como bien dice Philip Marlowe, opinión que comparto.

Pasan cantina a través dos señores de terno gris, con la cara preocupada.

-No hay calificativos –dice el señor, pongamos, A.

-Es In Toh Leh Rah Bleh –confirma el señor B.

Los dos además se enfatizan con un pulcro bigotito.

Nada más fácil, te diré, aquí en España, que distinguir y diferenciar a los jerarcas del régimen del pueblo oprimido.

El pueblo oprimido no hace nunca nada, ya que todos los que lo forman viven en celestes mazmorras de sueño, pereza y palabrerío, el codo en el mostrador y la lengua trimotor (cada cual hablando sin que nadie más lo escuche), más vino, cognac, cerveza y mariscos. Los jerarcas del régimen, en cambio, están siempre preocupados y con prisas, supongo que porque piensan que el Caudillo de repente les revienta mañana o el mes que viene y, por mucho que les haya asegurado que lo tiene todo atado y bien atado con el nudo gordiano de su espada, igual los tipos que mandan y medran

(viceministros, ricos de ayer e industriales laureados) ni se lo terminan de creer ni se sentirán confiados en un futuro post caudillo que, por otra parte, nunca llegará, porque Franco me temo que sea inmortal.

-Veremos si aún se ríe –dice un vengativo señor C- cuando el general le mande el motorista, qué joder.

El motorista, te diré, es un mensajero, supongo que en motocicleta, algo así como un Hermes Nefasto o una Némesis de Antiparras que, cada vez que desciende a raudo escape de las olímpicas cumbres del Palacio del Pardo, es nada más que a repartir cesantías y despidos fulminantes, cuando no sentencias de muerte.

-Que vaya –dice un señor D, muy acalorado- y le den por saco, el muy cabrón.

Digo yo, corazón, que no sé, que no me explico cómo no se han dado cuenta los sufridos mandamases, en todos estos años que llevan de subsecretarios, ecónomos por contrata o ingenieros de minas y puentes, de algo que yo, que apenas si soy un novato y un extranjero, ya tengo no obstante muy claro. ¿Sabés qué, corazón? Es algo para descorazonarse, quizá, pero es la verdad desnuda y descarnada: Franco es Tutankamón bajo disfraz de gallego, no se les muere jamás: altro que Cagliostro, que el conde de Saint Germain, Matusalén o el mismísimo Pau Casals; a Franco se lo tendrán que aguantar hasta que se acabe el mundo, por lo menos, y se apague el sol, para repetir la delicada metáfora de Asdrúbal, el cantinero (aquí todo el mundo tiene su ramalazo de poeta).

-Por un quítame de allí esas pajas –se encoleriza y ruge un señor E.

Hará cuestión de algunos días, corazón, tan sólo para desmentir el subversivo rumor de que padece del mal de Parkinson o del baile de San Vito, el Caudillo por la G firmó con firme el pulso la ratificación final de dos

sentencias de muerte, de resultas de lo cual hay dos infelices a los que ya han ejecutado, por arte y parte de una humorada española que se denomina garrote vil, y que viene a ser algo así como una silla eléctrica pre-Franklin, y por lo tanto anterior, muy anterior, al día en que el Mago de Menlo Park floreciera de vatios su maldito jardín neoyorkino. El garrote vil, hablando en plata y cristiano, es una silla de madera a la que atan al condenado, y que en lugar de emplear la moderna electrocución le parte la nuca con un asaz tornillo; y Bécquer, para colmo en el bolsillo (del verdugo).

Spain is different, dicen por aquí, un slogan que proclama con esfinté-rica elocuencia el alma senil y catatónica del paraíso falanjofranquista. Lo dicen los burócratas y publicistas del régimen, con un orgullo tan ralo como redundante, typical Spanish, de imperios esfumados y el sol que siempre se pone, a todas horas y por todas partes. Aquí dicen aparcar en lugar de estacionar, influenciar por influir y desapercibido en lugar de inadvertido, error este último en el que oigo incurrir inclusive a muy sesudos pensadores, preclaros poetas y numantinos narradores, así como a ilustres académicos en mayúscula y minúscula.

-Tú, Balcárcel –me dice la señora Cinthas-, no pasas desapercibido por mucho que lo intentes.

Se trata, corazón, de una de las secretarias de Joaquín Baldrás en el Centro Cultural Hispánico. Es una señora que sin duda ya ha dejado en la huella los 40, aunque se conserva harto pasable, no obstante ser abundante, amplia de busto y generosa por detrás.

-Soy muy meticulosa –me dice.

-Metódica y ordenada, como se debe –la ensalzo yo-. Una honesta, eficaz y puntualísima secretaria, hacendosa y minuciosa.

-Honestá, Balcárcel –se ríe la señora-, lo que se dice honesta, depende de para qué, a decir verdad.

-No todo el monte es orégano –le digo yo; es un refrán que me fascina, corazón.

Entre nosotros los rioplatenses, supongo que por mor de compadrada, por lunfarderismo al ñudo y terrorismo verbal, el lenguaje es de una escasez que puede llegar a alarmante. Pobreza por pereza, corazón, y por desidia, prepotencia y orgullo mal entendido, nada más.

Aquí en solar ibérico brotan los refranes y florecen los sinónimos como si fueran malvones en los nutridos balcones que se abisman sobre el Plata. Aquí, otrosí, al malvón lo jerarquizan de geranio, que es sin duda algo más categórico y ampuloso, y tiene muchos más pétalos. Aquí el malvón dista de ser la humilde rosa de los conventillos de las crónicas malevas del Hachero, de Gaspar Whisky y de Cinco Guitas. Aquí el malvón, o mejor dicho el geranio, su pariente gordo y rico, es una flor lujuriente de palacetes y barrio burgués, un emblema de gente oronda, lo que no obsta para que, en el fondo, nunca dejarán de ser, ya malvones ya geranios, flores lumpen y malvividas, hoy en ésta envueltas en armiño, triste sino, como allá mis percantitas, quién te dice, del brazo de un coronel.

-Ni Criff ni Craff –gangosea un señor F-, Cruff –regüelda-. El Aleti ficha a Cruff, el Madriz contrata a Creff, el general firma un decreto ley y el Barcelona desciende a Segunda División, que hostias ni qué leches, coño, como debe ser.

-Tiene usted razón, señor –le digo-. Más razón que un santo, vive Dios.

-Es intolerable –dice el señor F-. Hoy son los catalanes con este Criff de los cojones, y mañana serán los vascos, mal que nos pese, con reclama-

ciones y exigencias.

-Puede que contraten a un gallego –le digo-. O alemanes. La periferia se amotina, señor. Elocuente y dura realidad.

-Es que ya no hay ni respeto, leñe –dice el señor F-. Te aseguro, chaval, que con Di Stéfano no pasaban estas cosas.

-La Saeta Rubia –digo yo-. Un inmarcesible chantapufi, sí señor.

-El mejor –dice el señor F-. Ni ha existido ni existirá otro como él.

-Temo que se olvida usted de Alguien, señor.

Trato de darle a Alguien el adecuado énfasis, para que se aprecie y evidencie que lleva una flagrante mayúscula por la G, pero el señor F no lo capta y se piensa que le hablo, cuándo no, de Pelé.

-Vosotros, los hispanoamericanos –me recrimina, con paternalista sonrisa-, tenéis una maligna y alarmante fijación con ese negro. Soy de la opinión de que exageráis, chaval, y no es que quiera echarte nada en cara. Lejos de mí.

-Di Stéfano, señor, según tengo entendido, no es ya tan sólo hispanoamericano –le digo yo-, sino además argentino, como yo mismo, bien que mal. Le contaré, si usted me autoriza, un secreto a voces, señor. Di Stéfano se largó de Buenos Aires por causa de un sujeto de infecta catadura que se llamaba Walter Gómez, de nacionalidad oriental, y después se tuvo que tomar los vientos de Colombia por causa de otro sujeto de frondoso prontuario llamado Raúl Pini, oriental él también. La obsesiva patota oriental, o *La China me ahoga*, según el título de una voluminosa autobiografía que dictó en su celda de castigo la Saeta Rubia. Una tragedia que ni Calderón en su mejor momento, se lo aseguro.

-¿Calderón el del Aletí? –pregunta el señor F.

-Una especie de tatarabuelo, según creo.

-También tenemos el nuestro en el Madriz, chaval –interviene Asdrúbal.

-Esta ciudad, por lo que veo, monopoliza los calderones, como si fueran Copas de Europa en las vitrinas del Real Madrid. Lo enteraré, señor –le digo al plutócrata o burócrata señor F; un obvio capitoste, como te he dicho, sátrapa y jerarca del régimen-, para su peculio cultural, de lo que ha sido el drama existencial de la Saeta Rubia, tal como aquí se lo denomina.

Los dos tipos se quedan callados y hasta cabe que me escuchen, corazón.

-En sus tiempos de footballer de River Plate bonaerense –les digo-, primera etapa, la Saeta tiene que soportar 127 primaveras de suplencia, a la espera de que desfallezca y sucumba un matusalén del balompié de nombre Pedernera, de forma de tener un lugar dentro de la delantera del equipo. Cuando por fin ocurre el luctuoso suceso y fallece no Pedernera sino un sutil ancianito llamado Moreno, entonces la Saeta, lleno su pecho de juvenil ardor, se lanza al vértigo de la calistenia, o ejercicios de calentamiento, y se dispone a saltar al verde rectángulo donde se dirime la ejemplar y apasionada dialéctica de los domingos. En ese preciso instante, señor, hete aquí que florece, como una repentina magia malvada, y se concreta y materializa, del charco enfrente, el ya mencionado y tristemente célebre Walter Gómez, de modo que la Saeta se ve obligado, de nuevo, a esperar. Segunda etapa.

Me callo por unos instantes y los dos, el cantinero y el prócer nacionalsindicalista, siguen también muy callados. Se miran entre ellos y me miran a mí. No sé si entienden o si me oyen siquiera –Asdrúbal esboza una sonrisita irónica y el señor F parpadea.

-El problema, señor –digo-, a estas alturas, consiste en que Walter Gómez es todavía, como quien dice, un crío de biberón, no una reliquia milenaria como Moreno, por lo que la espera se le puede eternizar a la Saeta. De

modo que, ni lerdo ni perezoso, la Saeta arregla su bagayito y cobra vuelo a Colombia, donde cabe la esperanza de que por fin pueda demostrar al mundo entero sus dotes, talentos y virtudes balompédicas, que son infinitas, bien sabemos. Transcurren, pues, apoteosis y ovaciones y la Saeta apunta ya a la inmortal memoria hasta la malhadada tarde en la que, equipo enfrente, súrgele el oriental Raúl Pini, back derecho y viejo conocido suyo de lides de potrero y de campito, el cual se le acerca, lo abraza y palmorea y le augura: ‘Saeta’, le augura, ‘Saeta’, le dice, ‘lo siento en el alma pero hoy, vive Dios, la vas a ver cuadrada’. Y tal cual, caballeros.

-¿Tal cuál qué, chaval? –se impacienta el señor F.

-Tal cual que la Saeta, señor, la ve efectivamente cuadrada; a la pelota, entendámonos, la indispensable herramienta balompédica: el balón, la redonda, la globa, se la puede llamar de 12 mil maneras. La ve, de hecho, tan de súbito cuadrada, ángulo tras ángulo y vértice tras vértice, o cúbica, para decirlo con precisión, que al término del encuentro se siente mareado, baja a los trompicones al vestuario y una vez allí se lleva por delante una hermosa y lustrosa salivadera de bronce, fíjese usted, caballero, detalle este último y tropiezo tan definitivo y final que lo conmina, compele y empuja a escapar a Madrid y enrolarse en el glorioso club merengue, donde destapa el tarro de las esencias, la caja de Pandora y la olla de grillos, y arma tal cristo, cirio, cisco, follón y revolución dentro de un orden que ya ve usted los resultados, señor. Cinco Copas de Europa seguidas. El mejor del mundo, qué duda cabe. Un jugador tenaz, luchador y con un par de cojones, sí señor.

-Tres pares, chaval –se entusiasma el señor F-. Cojones, pulmones y corazón. Eso es el fútbol, chaval, a ver si os enteráis. Sudor y sudor.

-Igual que el baño turco, señor, alta verdad.

-Dejarse la piel en el césped –dice el señor F-, como Di Stéfano. Ahora lo que ocurre es que son todos una panda de golfantes peseteros, y encima maricones. Criff, Craff, Croff, Creff, todos ellos.

-Y Cruff, señor, no se le olvide.

-Nos inundan otra vez con extranjeros, joder –dice el señor F-. Conste que no me refiero a las jóvenes naciones de la América Hispánica, que a vosotros siempre os recibiremos con los brazos abiertos. Me refiero al teutón.

-La 2ª carga ligera de la brigada de los visigodos –digo yo-. Me temo que lleva usted más que hartas razones, señor.

-Criff, Craff, Croff, Creff, Cruff –dice el señor F, sin olvidarse a ninguno-, todos ellos. Ponme aquí otro de lo mismo y sírvele al joven lo que se le tercie, Asdrúbal.

-En el acto, señor Rances.

-Sólo faltaría –dice el señor Rances- que aparezca algún día un torero escocés.

-Llegará el momento, señor –le auguro-. Téngalo por hecho.

-Espero, chaval, no estar ya aquí para verlo.

-McQuin el Tortuguita –digo yo-, nuevo as del volapié.

-Criff, Craff, Cruff, cojones.

Los madrileños, corazón, son gente fantástica, formidable, en especial los tipos importantes como lo debe ser sin duda este patético señor Rances que me invita con cognac. A los tipos como él, plantados en el pedestal, uno les puede decir lo que le venga en gana, porque siempre les parece bien –o no entienden o no escuchan y si escuchan y caso que entiendan lo toman a uno por un estafalario aborígen caribeño y punto. El español del montón, el madrileño en este caso concreto, es gente afín al diálogo civilizado, tiene un apreciable sentido del humor (inclusive del receptivo, que es el más difícil y de agradecer) y por supuesto detesta trabajar, lo cual es una alta y elogiabile

cualidad. Son el señor Rances y ejemplares de su mismo o parecido corte, me digo, los que tiran las piedras en el idílico charco. Representan lo hispánico, algo que dudo que sea sólo un sinónimo de lo español.

OCHO

Dickie Forteza al margen, en Cercedilla, resulta que el otro día vamos al cine, con una francesita y con Nico, déle comer pororó en colaboración y compañía de una preciosa novia de Extremadura que se ha sacado de la manga un rato antes. Vamos los 4 a ver *El padrino*, en un céntrico y climatizado cine. Después de una sarta de anuncios y de un noticiero de lo más tedioso que jamás veré, en loor y apología del régimen de principio a fin, se produce un inesperado interludio. Desde la pantalla se nos propone, con amable ademán:

Visite Nuestro Bar

lo cual en mi opinión es una magnífica idea, faltaría más.

La francesita, a la que conozco de ayer, me trata de demostrar que el Courvoisier es mejor que el Veterano, lo que hoy nos lleva, en el bar del cine, a una breve y agria discusión, que no es la 1ª. Yo me bebo un par de copas de Veterano, que no es otra cosa en realidad que un cognac barato cualquiera de los 93 que se fabrican en España; y son todos buenos, corazón. Con patrióticos remilgos, muequecines, mohines y tiquismiquerías la francesita se atreve a mojarse los labios con mi copa.

-Boaj –dice, fruncida la boquita carmesí-. ¿Llamas tú cognac a este inmundo líquido, Jacobo? ¿Dices de verdad que lo encuentras superior al Courvoisier, al Martel, al Remy Martin?

-Bebo Martel y Remy Martin, te diré, desde la edad del pañal y la teta, princesa –le digo yo-. Y hasta hace muy poco mi candor sudamericano y mi deslumbrada devoción por todo lo francés me llevaban a creer, a pies juntillas, que el cognac, como el amor, el paté, el champagne, la guillotina y La Marsellesa, era de rubro exclusivo de la Madre Francia. Hoy ya lo ves; he cambiado de idea, al menos en tanto en cuanto que al cognac.

-Lo que pasa contigo, Jacobo, es que no tienes paladar.

-Reconozco que entre la grappa criolla y el cognac francés me lo han erosionado en alto grado, princesa. De todos modos te diré, por si las moscas, que rubro cognac los españoles les dan sopas con honda a los franceses. Sopas con honda, ni más ni menos.

-Esto –la francesita levanta mi humilde copa y hace un mohín de asco-; esto, Jacobo –insiste-, no es ni siquiera un cognac. No tiene nada que ver. El cognac no es sólo un licor, Jacobo. Es también un lugar de Francia, ¿no lo sabías? Esto –deja de nuevo mi copa en su sitio- es sólo un brandy vulgar.

-Lo que no quita, princesa, para que sea, quiérase que no, mucho mejor que cualquier lugar de Francia, a excepción, por supuesto, del glorioso itinerario que va de tu cabeza a tus pies.

-¿Yo? –se me ríe y descoca la francesita- ¿Pero qué dices, Jacobo? Yo no soy ningún lugar de Francia.

-Napolión tampoco lo era, princesa –le digo-. Por no ser no era ni francés, y sin embargo ahí lo tenés, convertido y trasmutado en estatua, en panteón e inclusive en un infecto cognac.

La francesita, te diré, se llama Chantal, o eso es por lo menos lo que ella afirma. Chantal es modelo, y está en Madrid por unos días porque la han contratado para rodar un spot publicitario de una marca española de cosméticos. Nos conocimos ayer por la tarde en un bar –digo ayer referido a la noche del cine, con Nico más su novia, hará ya una larga quincena, si no más.

Nos conocimos, te decía, con Chantal en un bar, donde yo entré a comprar tabaco y del que salimos asidos de la mano. Chantal estaba allí cabe a una mesa, novela en ristre, el consabido best seller río, que llevaba por nombre *Bellas y perversas*, autor Desmond Larrocque. Pasamos aquella tarde, y su inmediata noche, por horas de solaz y esparcimiento. A Chantal le intrigó desde el vamos mi nombre, del que no hallaba, por sí misma, el adecuado homólogo francés. Yo entonces cometí un desliz:

-Jacques, princesa –le dije-. No te estrujes más el cerebro. Mi nombre en francés es Jacques, como el de aquel errante psicópata ginebrino.

-Jacques, mira tú qué bien –aplaudió la francesita-. Jacobo en español, ¿verdad?

-Hay en mis venas gotas, princesa, es bien verdad.

Al día siguiente, el de la noche del cine, acompañé a Chantal a su spot, en un chalet de las afueras de Madrid, donde veo de lejos, ¿sabés a quién? A Paco Rabal, aquel actor que a vos de jovencita te hizo suspirar alguna vez. Caray, me digo, ese fulano con esa jeta patibularia, surcada de cicatrices y arrugas, me suena de algo. No me le acerqué ni le dije nada; fingí no verlo, no reconocerlo. Soy tímido todavía, aunque a muchos les cueste creerlo.

Cumplido el trámite publicitario, Chantal se va a cambiar a su hotel y nos vamos acto seguido los dos a otro bar, donde nos aguarda Nico; me aguarda a mí, en realidad, no a Chantal, cuya existencia ignoraba en la más

palmaria plenitud hasta el momento de verla. La presencia de Chantal, empero, le sirve a Nico de acicate, porque para no ser menos el ecuatoguineano se inventa allí, por el teléfono, a su respectiva compañía femenina, una novia extremeña, Rosariyo, que se nos personifica rato después; un encanto la criatura, a decir verdad. Matamos los 3 la espera de la antedicha sentados alrededor de una mesa, cognac español para los hombres y un nectáride líquido untuoso para la francesita.

-Así como aquí lo ves, princesa –le digo yo en su momento-, este individuo de nocturna tez que nos acompaña es, ni más ni menos, el presidente, aunque en estado embrionario o larval todavía, de la República Ecuatorial de la Guinea, ¿qué me decís?

-Oh, vaya, qué bien –dice Chantal.

-Vos te lo tomás a título de broma, es claro –le digo yo, en son de reproche-. Un día, sin embargo, princesa, Nico tornará en crisálida, y a su debido tiempo volará hacia su prefijado destino, que consiste nada menos que en tomar posesión del solio presidencial de Ecuatorio Guinea o Guinea Ecuatorial, que de las dos sendas formas se la puede, suele y debe llamar. Desde ya, otrosí, estamos invitados.

-Maravilloso, Jacobo –dice Chantal- ¿Cuándo será?

-Falta aún, princesa –le digo-. La intención de Nico, sagaz estadista, consiste en liberar a su patria de todo yugo, sea foráneo como aborigen, mediante el paredón, tarea en la que colaboraré a base de cognac español. Nico tiene la sibilina intención de nombrarme jefe de su guardia pretoriana y doctor honoris causa de la universidad ¿de Qué, Nico?

-De lo que tú elijas, Balcárcel.

-Ya lo ves, princesa –digo- Brindemos –alzo mi copa- por Nicodemo Ngube Mbó, caudillo embrional, presidente larval y dictador constitucional de la Ecuativa Guinea por la G.

Chantal alza su copa también, besa a Nico en la profusa y enrulada cabeza, me aprieta a mí los criminales dedos y a poco llega sonriente y cimbreante Rosariyo; al rato partimos para el cine.

Suena un timbre, en el bar del cine, que mueve a Chantal y Rosariyo a urgirnos y apremiarnos a los caballeros, ya que no quieren perderse ni medio segundo de la célebre cinta.

-Termina de una vez ese brebaje, Jacobo –me dice Chantal.

-Como vos mandes, princesa –digo yo-. Hoy –le digo a Nico- te toca pagar a vos, infecto negracho.

-¿Qué tienes tú con los negros, Jacobo? –me pregunta Rosariyo.

-Lo tengo todo, señorita. Con los negros y con todos excepto con usted.

-Oh.

-¿A qué tantas prisas, si se puede saber? –interviene Nico-. Es sólo el primer aviso. Nos sobra tiempo para la penúltima. Tú ya sé que te apuntas, Balcárcel. ¿Tú, m'selle? ¿Tú, nena?

Me resulta imposible, lo he probado, transcribir la forma de hablar de Nico sin caer en la grosería, en el sarcasmo gratuito o en la simpleza, que son actitudes que nadie se merece menos que él. Porque no sólo se trata de que Nico diga dolol, calol y mujel, pol ponel, como si fuera una especie de chinito de subida pigmentación, sino que habla, tal cual, como Lucanor, el pato de madera del Gran Cosme, el ventrílocuo. Vos no sé si sabrás quiénes fueron el Gran Cosme y Lucanor, y dudo muchísimo que los hayas visto actuar alguna vez, porque su territorio habitual eran los cabaretuchos más guturales y menesterosos de Los Docks, amén de otros muchos tugurios de parecido pelaje, que las nenas de buen apeshido e ilustre prosapia no pisaban jamás, salvo error o distracción. Nico, te diré, habla igual que Lucanor, y

esto no es todo: él mismo me ha asegurado, con toda seriedad, que en su patria todo el mundo habla así. Me tiene prometido, para que lo compruebe in situ y de proprio visu, que cuando lo aclamen presidente me cursará inmediata invitación y me recibirá bajo los acordes de los sendos himnos y los 21 cañonazos, formada y firmes la guardia y engalanado con collarines de flores el harén presidencial.

-Llega el Atila del Sur –futuriza-. Memorable momento que desde ya paladeo, Balcárcel.

-Paladeás cognac, Nico. Lo paladeás y vertís, dicho sea, por ojos, oídos y alma. Estás beodo, me temo.

-Es el fervor patriótico, Balcárcel.

Casi es una redundancia, pienso, un gasto innecesario al menos, el hacer constar que Nico no se puede ni acercar por la Ecuatorial Guinea, tierra de sus amores y sus dolores, tanto idos cual vigentes, porque de asomarse se lo amasijan ipso facto. Esta circunstancia, como comprenderás, nos hermana y unifica más todavía. En realidad, corazón, Nico Ngube es el único amigo verdadero que me ha deparado hasta la fecha la España eterna. Desde que nos vimos y quisimos, al flechazo, en el ubicuo boliche, corazón, Nico y este asendereado cronista contraemos la costumbre solidaria de agarrarnos, en binomio masculino, unas curdas de epopeya, a lo largo de las cuales Nico me reorganiza con espíritu prusiano la República Oriental mientras yo, a mi vez, le despatarro y despanzurro la Guinea Ecuatorial.

Hombre culto si los hay, instruido y civilizado donde los haya, Nico, sin embargo, como todos los grandes faros lumineros de la humanidad, de Epaminondas y Espartaco a nuestros Artigas y Serafín, guarda un fondo de impulsivo y tabernario, de salvaje y acaso de sangriento que a veces me so-

bresalta. Tiene además, te diré, una especie de manía, obsesión o idée fixe, ya que afrancesado estoy, con Salvador Allende.

-Late en mí, Balcárcel –me asegura-, un Allende tostado, créeme. Un día el mundo lo sabrá.

-Yo me quedo con Fidel, Nico, te diré.

-Yo no puedo. No me crece la barba.

-Tampoco a mí, bien que se ve, pero el detalle me parece muy nimio y menor e inclusive, te diré, irrelevante.

-Me gustan los modos de Allende, sus buenos modales –me dice Nico-, y por supuesto su refinada inteligencia política. Lo que lo lastra y lo puede perder es su ponderación, así como su horror a la sangre derramada. Lo que Allende tendría que hacer y no ha hecho, Balcárcel, es fomentar paredones, fusilar 300.000.

-Le das con los paredones, Nico –digo yo- ¿Por qué tanta gente, por lo demás? Tenés un costado sanguinario que libreme Dios de ser ecuatoguineano, hermano. Tomá ejemplo de Fidel, que le bastó con fusilar a 4 o 5 mil, nada más.

-Eran otros tiempos –argumenta Nico, con la típica y elusiva falacia del animal político-. Allende manda fusilar a 300.000 visibles conspiradores y Chile se convierte de inmediato en un remanso de paz, un espejo de virtudes socialistas, un ejemplo para incrédulos y escépticos y un mar de paradisíaca igualdad y de bulliciosa alegría popular.

-Me empiezo a barruntar, Nicodemo, que lo mejor para la Guinea Ecuatorial es tenerte lejos. Vas de presidente y sembrás el paradisíaco desierto. ¿A cuántos pensás ejecutar? ¿A medio millón?

-Somos pocos, Balcárcel –dice Nico-. Basta con 10 o 12 mil. 20 mil, cifra límite.

-Fenomenal. Ya que somos pocos, te dirás, mejor ser menos.

-La mujer de mi tierra es muy fértil –dice Nico-. El repoblamiento es cosa fácil.

-Coser y cantar.

-Copular.

-Dime, Rosario –pregunta Chantal-, ¿te tomas tú en serio a estos dos intrigantes?

Es muy linda, la francesita, con el pelo rubio platinado natural, y según ella genuino. Rosariyo, por su parte, es de pelo moreno, de suaves y aterciopelados ojos de color almendra, delicada piel y dientes parejitos. Chantal, con sus 24 declarados, ya está de vuelta de un montón de cosas, mientras que Rosariyo, un poco menor, todavía está de ida, con todo el ímpetu, el candor y la emoción que son de suponer en dicho dichoso viaje. Las 2, a pesar de las notables diferencias que puedan tener, se han compinchado y entendido a la 1ª de cambios.

-Déjalos hablar, Chantal –dice Rosariyo-. Son hombres, están solos, se sienten tristes y desplazados y por todo eso se emborrachan. Nicodemo me habló de ti, Diego, más de una vez.

-Espero que lo haya hecho mal, Rosariyo –le digo-. Que haya hablado pestes, quiero decir.

-Oh, por supuesto –se ríe la muchacha-. ¿Tú las hablas de él?

-Las hablo, se las digo y si no le gustan le parto la negra faz. ¿O no, presidente larval?

-Eres un espíritu tenaz, Balcárcel.

Cursado el segundo aviso volvemos al patio de butacas, donde nos sentamos en fila los 4, con las damas en medio. Chantal entreteje sus dedos con los míos y me bisbisea futilidades y frasesitas lujuriosas al oído.

-¿No te interesa la cinta, princesa? –le pregunto-. No me quiero perder a Marlon, te advierto.

Penumbra al rato, callada ya la francesita, emerge al fin, de la pantalla al fondo, con la cara en sombras y con un gato blanco al brazo, Marlon Brando; antes, por lo que se decía, este coloso del biógrafo era una especie de borrosa copia mía, en color sepia y disminuyendo, valga decir, pero de indudable calidad. Ahora, corazón, por arte de la edad y el maquillaje, Marlon se ha transformado en un señor macilento y amofletado, con los pesados párpados semicaídos y unos pocos dispersos y patéticos mechones en lugar de la otrora leonina cabellera. El tipo le pasa una lánguida pero aleve mano al gato que lleva al brazo y estudia a un anónimo interlocutor. Es Marlon Brando, corazón, a pesar de los años y las toneladas de pancake, y al mismo tiempo, cuando habla, lo deja de ser:

“But Brutus is a honorable man”

No le han dejado ni el residuo más remoto de aquella voz que todavía recuerdo. Aquí, corazón, las películas las doblan, mediante mimesis labial, al español. El tipo del gato nos habla, nos farfulla, con un español desagradable y de mampostería que amenaza con borrar, con adulterar al menos, una zona gris ambiguo de mi laberinto encefálico, formada por asiduas martinés de barrio, novias de la niñez y adolescencia, besos al chocolate y chantilly y la cara inexpresiva de Randolph Scott, el Hombre que Nació Viejo, como me dice al oído la vocecita maligna de Solange. Hay un momento, en la cinta, en que the Godfather dice:

“Vale, vale”.

Entonces, corazón, me levanto del asiento –está en juego mi cordura, entenderás.

-¿Pero qué haces, Jacobo? –se queja Chantal.

-Vuelvo al bar, princesa.

-¿Por qué? Si el filme acaba de empezar.

-Y se empieza a terminar, princesa. Te espero en el bar.

Chantal se vuelve para Roma, donde reside, un par de días después; tiene allí, según me ha dicho, una especie de marido. Antes de irse me compele a anotarle direcciones y teléfonos: la de Enrique, la de Joaquín Baldrás, el de la centralita del Centro Hispánico Cultural, inclusive la de Nico. Así se siente más tranquila, me dice, porque sabe que me localizará cuando regrese, algún día inconcreto del próximo verano.

-No digo nada de escribirte, Jacobo, ¿porque para qué? Seamos sinceros. Me voy y te olvidas, ¿a qué negarlo?

-Vos en cambio me guardarás inmaculada memoria, princesa.

-Yo te recordaré el día antes de regresar a Madrid –dice la francesita-. Si no te encuentro verás, te advierto, que soy capaz de matarte.

-Difícil si no me encontrás, princesa.

-Tarde o temprano te encontraría.

Nos despedimos así, de lo más bien, sin alharacas. No en el aeropuerto ni nada de eso, sino en la calle frente al hotel, con un taxi en marcha que la espera. Chantal se sube y se va. Al alejarse, me saluda con la mano por la ventanilla. Yo pongo proa urgente para el Foro Internacional; ya se adentra la 2ª semana de congreso y en los últimos 3 días apenas si he hecho acto de presencia.

NUEVE

En la cantina del Foro Internacional, los otros días, o aquel martes 22 de mayo en concreto, mejor dicho, donde yo persisto todavía, el señor Rances se acaba de marchar, muy preocupado, faltaría más, según es su obligación, y Asdrúbal, solícito, le prepara un café exprés a una señorita demacrada, partícipe congresual, a la que parece como si acabara de pasarle un regimiento por encima. Se trata, te diré, de una de las señoritas que integran la pandilla congresiva de Catamarca.

Son nada menos que hasta 7 los catamarqueños, si tal se dice, de sexo femenino y masculino, que se han venido al congreso, y que supongo que es bien posible que sumen la entera totalidad del gremio de la prensa, tanto de la oral como de la gráfica y escrita, que existe en Catamarca. Se han venido, pues, los 7 catamarqueños de jauja, farra y jarana a las Españas, dejando a la pobre y lejana Catamarca sin prensa, radio ni nada, ni siquiera la Te Ve, ¿ah?; en la hipótesis, es claro, de que haya prensa, radio y te ve en Catamarca, dato y circunstancia que yo ignoro, aunque los avala el hecho de la existencia misma de estas 7 denodadas vidas.

Son los catamarqueños 4 damas y 3 caballeros, y el motivo de que se hayan desplazado todos en grupo a Madrid hállase, corazón, en una visita que hizo a esta misma referida capital, hará hoy un año, una de las 4 mencionadas damas, en compañía entonces de su marido, que me acabo de enterar las otras noches que es nativo de Catamarca, lo que al fin y al cabo, te dirás, qué tiene, a quién le importa, quién es, y ahí está el quid, corazón: quién es.

Sé muy bien que el facto de su lugar de origen no tiene por qué sorprender, ni a mí ni a nadie, corazón, ya que la sensibilidad artística, el talento e incluso el elusivo genio son inasibles y caprichosos dones que natura provee con avaricia, y que lo mismo pueden germinar en las luminosas avenidas de Praga como en las enredadas callejuelas del zoco de Bagdad, en

Dacca o en Nueva York, en Londres o en Estambul, y también, por qué no, en la recóndita, en la secreta e impensable Catamarca.

Sé de lo que hablo, corazón, y lo que te digo, porque el tipo, el mentado marido, resulta que es una de las 3 o 4 probabilidades verdaderas de que florezca el genuino y rebosante malvón en una u otra de las sendas y escuálidas repúblicas del Plata. Se trata ni más ni menos, attenti, que de Dionisio Valcárcel, esa especie de anticipación mía, mejor y mayor, que me surgió argentino, catamarqueño según sé hoy, caso concreto, no exento de perplejidades, ya que lo creía porteño (bonaerense al menos) y de quien recuerdo, casi como si fueran míos, los cuentos de don Fidelio, aquel profesor de lenguas vivas, sujeto solitario, mamerto, lujurioso, olvidadizo y distraído al que regué con elogios sinceros, entusiastas y hartos merecidos desde las páginas bolcheviques de *El laborante*, hace ya un buen fárrago de años. También aquella novela, **Destinos cruzados**, a propósito de aquella profesora a la que llamaban así en razón de la triste bizquera que sufría: uno de los relatos más cómicos y a la par más desolados y tristes que he leído.

No bromeaba entonces, corazón, ni lo hago ahora, aunque pueda dar esa falsa impresión. Es bien verdad, para mi esperanza y mi perdularia ilusión, que Dionisio Valcárcel, con Rodolfo Walsh y Abelardo Castillo, del lado argentino, más Fernando Aizpún del nuestro, configuran el cuarteto, más o menos congénere entre Jimmy Villanueva y nosotros, que apunta al corazón de la alcachofa, al alma de la gaviota, al cenit del cielorrasso y al centro mismo de la nada hecha pedazos. Tal vez un día soñado alguno de ellos le emboque y así nos reivindique, a las vacuas generaciones, frente a la prepotencia y la suficiencia de Borges y Onetti, de Cortázar, Felisberto y Willy Dorval, dado que Jimmy Villanueva, quizá el mejor, se adoleció, abolió y nulificó por propia mano con la lunar parabellum; si vis pacem, corazón.

Lástima, es claro, para llorar inclusive, que Dionisio se haya quedado allá, por ni sé dónde, y que nadie al parecer parece saber, inclusive su propia legítima mujer.

Resulta que el matrimonio, Dionisio y ella, que se llama Andrea, están más bien distanciados; y no de mera distancia oceánica, corazón, sino por mores y razones sexuales, ni más ni menos, fijate vos. Me mentan que un día, hará 3 o 4 meses, Dionisio, de vuelta a su casa de Catamarca Capital, al regreso de no sé qué expedición vagamente cinegética, se topa con la sorpresa de que la muy legal y bendita no lo esperaba hasta el día de mañana, de modo que entretenía las horas muertas con la entusiasta compañía y la enérgica colaboración de un ayudante 2º del faenero municipal llamado el Pocho, para peor, como llaman a Perón.

Dionisio, del que cómo dudar que goza de una envidiable y clarividente entendederá, aprovecha la ocasión no para rasgarse el alma ni armar ningún alboroto sino, rasgo genial, para tomarse el merecido olivo del espicante. Así y por tal razón, desde aquella memorable fecha Dionisio, si se aparece por el dulce hogar, es sólo para que la sufrida y pundonorosa le lave la ropa, le zurza las medias y le ponga el consabido parche en el codo, como es ha lugar, y, por supuesto, para que le cebe el mate y le haga tortafritas, lluévase o no, mientras él oye a Gardel, estremecido de nostalgias bonaerenses.

La mina, comprenderás, océano de por medio, suspira sus penas perdidas de amores.

-Qué boba, qué boba, qué rematada boba que soy, comandante –me dice una vez.

-Para la próxima, señora Valcárcel, tratá de ajustar mejor los horarios. O por lo menos acordate de trancar la puerta, caray.

-No creo que se me brinde ninguna próxima vez, comandante; no con Dionisio, al menos. Los hombres como él no deberían existir, y caso de hacerlo no se deberían casar, y si se casan como hizo él no lo tendrían que hacer con mujeres descerebradas como yo. Me lo merezco, comandante, por necia y por buscona, ¿viste? Te hubiera encantado conocerlo.

-No me cabe la menor duda.

-Flor de tipo, Dionisio, vieras –dice Farreño, periodista porteño que lo conoce de hace larguísimos años.

-Flor de colifato, el Dionisio –afirma Molín, uno de los 3 varones catamarqueños.

-Es un encanto de hombre, ¿viste? –me dice Florrie, dulce y tibia porteña.

-En Catamarca Capital, te diré, Dionisio es un personaje de magnitud –me asegura Molín, que es el único de los 3 catamarqueños varones que se me acerca y me habla, digamos, con un modal amistoso y un talante civil.

Los otros 2 catamarqueños del sexo inferior, así como una de las 4 del superior, forman, te diré, el núcleo, nudo o cogollo de la fracción hostil que padezco en el congreso; son las fuerzas vivas de la nación, la gente decente, el sector biempensante, lo usual.

-¿Comandante de qué, por qué, con qué razón y a juicio de quién, si se puede saber? –interroga irritado el señor Juan Severo, de Catamarca, que reúne en su única persona las disímiles facetas de periodista radiofónico, cantor de vidalas y estanciero.

-De batallón aquí presente, con falditas –le contesta y se muestra Lea Larue, veloz y despierta representatriz de la mítica, la fabulosa, la casi entelétrica Costa Rica.

La fracción hostil la completan, de momento, entre otros que no mencionaré, un brasilero de apellido Morais (que no es, por de contado, el cronométrico don Nibio), una brasilera de nombre Deseada, un bufoncete bisagra de la corte somocí de Managua, esbirro asalariado y al abanico, medio maricón, que responde por Carlitos J. Williams y, last but not, los más conspicuos: un esbelto, elegante y asaz decorativo matrimonio del Paraguay, que asiste al congreso a dos voces en representación, tengo entendido, del Colectivo Católico Progresista de los RR PP fray Mamerto Esquiú y fray Servando Teresa de Mier, que por lo que me han dicho y he logrado comprender es una empresa no mercantil, u séase sin ánimo de lucro, cuya finalidad mayor y acaso excluyente consiste en la edición de dos lujosas revistas de difusión, se asegura, ecuménica, intituladas, en rasgo de fecunda originalidad, la una *Esquiú* y la otra *Mier*, a las que yo, por hacer un chiste malo, le sumo una noche una tercera, de nombre *Da*; ingeniosa salida que, comprenderás, se divulga y repercute de inmediato y que no tarda en llegar, mucho me temo, a oídos de los interesados.

Supongo o quiero creer que es debido tan sólo a este desliz, y a partir de la noche de autos, que los 2 católicos cónyuges paraguayos me miran con ojo desconfiado y se mantienen a prudencial distancia de mí, aunque eso sí, Marisa, tal cual reconozco y sumo en sus haberes: siempre y en todo momento con Buendía, Buenas tardes y Buenas noches, saludos y reverencias y todo lo protocolar y civilite a que obliga la mejor y más excelsa cortesía occidental y cristiana. La hembra, te diré, es casi como vos, corazón, sólo que virtuosa: es un bombón de alto riesgo y elevada escuela de los que uno mira, escruta, calibra y se hace cruces.

Son los 2, estos sendos maridos y mujer del Paraguay, de la clase alta, corazón, pero de la alta alta, de la alta de verdad, pienso, tan alta, de hecho, tan tan rematadamente alta que cabe que Stroessner no sólo les parezca un

trepas y un merza y un vil alemancejo sino que lo más probable es que no lo reciban más allá del acotado territorio del hall.

‘Si es ese grosero general que espere, Facundo. Es hora de mi recogimiento vespéral en el reclinatorio’, dice el tipo.

‘Buen día, general’, saluda la mujer. ‘A ver si no mata más indiecitos por hoy, que al fin y al cabo también ellos comulgan y creen en Dios’.

‘Son la revolución bolchevique, señora’, se constriñe y azacanea el general.

‘No sea tontaina, general. La revolución bolchevique, en todo caso, somos mi marido y yo’.

‘Como usted mande, señora’

Les hablaría, por supuesto, del Harrier negro y letal que entreví en el aeropuerto de Asunción, a ver si le dicen a su general que se lo guarde en el orto. Si nada les digo es porque son gente que no creo que se muestre receptiva a expresiones de tal jaez y también, y sobre todo, porque los columbro tanto capaces de apropiarse del Harrier para su propia cruzada católica y progresista.

‘Dígale al general que le ponga carburante al caza, Facundo. Despego a las 8 en punto para bombardear New York, sede de Satanás’.

‘Mientras tanto, oh esposo mío no concúspice, yo llamo a San Pedro y le digo que despeje de nubes el cielo y que le diga a Eolo que no haga soplar a los vientos hasta que estés de regreso’.

‘Volveré para maitines, santísima esposa mía’.

Me gustaría saber si tienen hijos, corazón.

La mina, te diré, no tiene pinta de haber parido jamás ni el menor gorrión; de repente cabe considerar que sea virgen, o que se haya vuelto vir-

gen una vez bebido el amargo cáliz sacrificial del himeneo, en el tálamo nupcial; o, pienso, lo más probable es que se vuelva virgen cada mañana después de la 1ª oración.

El tipo se llama Juan Oliverio Fernández Black, y ella se llama Olivia F. de Fernández Black. No sé, corazón, pero lo cierto es que tengo el pálpito de que la F. singulariza un Fernández que tiene detrás un Black, y que si no son hermanos son medio hermanos o primos carnales, caso parecido al nuestro, digamos, pero ellos, es claro, con dispensa papal, bula pontifical, anuencia cardenalicia, bendición obispal, anillo nupcial de 24 kilates y misa arzobispal mitrada en la catedral de Asunción; o en la Capilla Sixtina, ya que estamos, ¿por qué no?

El relevante detalle, Marisa, es que no vienen del Paraguay sino de Roma, en concreto del Vaticano, donde los ha recibido, en audiencia privada (faltaría más), Su Santidad en persona.

-Como nos ha dicho el Santo Padre –dice el marido-, la evangelización de los pueblos no tiene por qué estar reñida ni con la justicia social ni con la distributiva.

-Ni con la renta per cápita –dice Ziedler, un porteño de sangre judía.

-Como nos ha dicho el Sumo Pontífice –dice la mujer-, nuestra labor a favor de la enseñanza gratuita y de la libertad irrestricta de prensa y difusión, en Paraguay y en América Latina entera, respeta con todo escrúpulo el espíritu que emana del Concilio Vaticano del sabio pontífice Juan.

-Como bien nos ha señalado Su Santidad –dice el marido-, afirmar, como hacemos nosotros, que todos somos iguales no significa que seamos comunistas, sino todo lo contrario, porque todos los seres humanos somos todos iguales a ojos del Señor, según nos lo enseñan los Sagrados Evangelios.

-Como nos ha dicho el Vicario de Cristo –dice la mujer-, los Sagrados Evangelios son el único abrevadero de la auténtica libertad.

-Como nos ha dicho el Santo Padre –dice el marido-, catolicismo y progresismo no son ni han sido jamás términos antitéticos, y aún menos antagonicos u opuestos, porque el espíritu abarcador de la catolicidad conlleva, engloba e incluye la noción de progreso.

-Como nos ha dicho el Sumo –dice la mujer, y yo me sumo a mi vez en contemplarla, corazón, pensando que el Sumo, a su vez, la habrá contemplado también él con un ojo, por lo menos, tan mortal, humano y de sexo masculino como los 2 ojos míos.

Alrededor del mediodía solar del martes 22 de mayo, en la cantina del Foro Internacional de Prensa, la baqueteada y trasnochada señorita de Catamarca bebe a breves sorbos su café, que deja después sobre el platillo. Con brazo aún algo tembloroso, mira la hora en un diminuto reloj de pulsera.

-¿Cómo estás, comandante? –me pregunta.

Me sonrío, pienso, con una lividez un poco mareada y multiplicatriz que me hace suponer si no vendrá de dejar a los gloriosos 33 en la playa de La Graseada, disponiéndose todos los tales a morir en la demanda. Regimienticia la chiquilina, eso seguro.

-¿Sabés qué dan, comandante?

-Depende por dónde, princesa.

-Ay, vos –se ríe y muequea ella-. En el coloquio, ¿dónde si no? Porque hoy hay coloquio, ¿no?

-No tengo ni idea, criatura de Dios.

-Igual ya no debe faltar mucho para que termine. Es que no he traído el programa, ¿viste?

¡Cómo se les ha pegado a los argentinos en general esta manida colettilla porteña! Debe ser el influjo, sin duda, creciente y ya universal, de la televisión: telenovelas, telecomedias, teleteatro...todo facturado en Buenos Aires. Pronto, me digo, también en Montevideo terminaremos hablando así.

En un tablero, a la entrada del Foro, se coloca cada día el programa respectivo, para mañanas y tardes. Además, al lado mismo del tablero hay una mesita repleta de folletos apilados en los que se cumplimenta, día por día, el programa completo del congreso; aunque, por lo que me entero, es muy raro que le emboquen al 100% en cada jornada, porque siempre hay un conferenciante que se vuelve afónico, un coloquialista que se tiene que ir a Berlín o le fallece la señora madre, un debatiente con gripe o visita obligada al odontólogo y mesarredondistas y ponentes que sufren apendisectomías, caen en crisis cardiovasculares o han sido enviados al ostracismo (como Unamuno), en algún islote africano, pues en esta España tardofranquista, corazón, hasta lo más impensable se resuelve, a menudo, como lo más cotidiano.

Vistos los antecedentes, seguro que Fermín, en la hora decisiva, echa mano de la guía de teléfonos, la abre al buen tuntún, cierra los ojos y planta el dedo:

‘Helo aquí, várame Dios’

Lee: Calahorra Ortiz, Rafael. Ánade, 11. 369 2335.

Dice:

‘Ponme con el 369 2335, Cristina, várame Dios. Gracias, mujer. Buenos días. ¿El señor don Calahorra Ortiz, Rafael, por favor? ¿Difunto, dice? Várame Dios, no sabe cuánto lo siento y lamento. ¿A quién tengo al fono, por favor? ¿La hija? Várame Dios, señorita. ¿Señora, dice? ¿Su marido, entonces? ¿Fallecido él también? Luctuosos días, várame Dios. ¿Tiene hijo la

señora? ¿Qué ha muerto? ¿Otro más? Pues no te digo, estoy de malas. ¿No hay nadie más en la casa? ¿La chacha? Gracias, no. ¿Profesión de usted, señora? Sus labores; me lo temía. Gracias de todos modos y adiós, señora. Válame el Altísimo, Cristina, todos muertos. A ver, a ver’.

Fermín abre otra vez la guía de teléfonos y repite maniobra, guiado por el azar.

‘Veamos este tal, Cristina, válame Dios. Ponme con el 340 0997 y cruza los dedos y toca madera. Mira que sufrir una apendisectomía en estos precisos momentos, el muy emperifollado socabrón. Le ruego al Señor que le mande toda clase de complicaciones postoperatorias, válame Dios, como las que él nos ha causado a nosotros. Eres un ángel, Cristina’.

Y al fono:

‘Buenos días, ¿con quién tengo el placer? Soy Fermín Ibarbengoitía Aguirregomez corta, director general de seminarios y congresos del Centro Cultural Hispánico. ¿Usted qué? ¿Cómo ha dicho? Repítalo, si hace el bien. Tú toma nota, Cristina. Don Jesús María De la Fuente Fuentecilla. Válame Dios, bonito nombre, hombre de Dios. Que sí, que sí. ¿Le gustaría ganarse 3.000 pesetillas en un rato? Que no, que no, hombre de Dios, que va en serio; pero que muy en serio, válame Dios. ¿Tiene usted libre este jueves por la tarde de 4 a 5? Fantástico, sí. ¿Edad? ¿37? ¿Oyes, Cristina? ¿Profesión u ofiz? Magníf, sí, sí, conoz, sí, sí formid, sí. Un ortop, es cl. Artistas, por sup. Piernas artic, pues clar. Y tú a mí Fermín, Chechu, hombre de Dios. ¿Conoces la glorieta del Bil? Pues a 3 pasos, en la calle Hortaleza 13. Foro Int. Foro Inter. Foro Internac. El 13, en efecto. Soy vascuence, válame Dios, y allá la supers. Sí, el pan nuest de cad. Ibarbengoitía, Fermín. Pregunta por mí. 3.000 del ala en metálico. Va mi palabra, hombre de D. Una breve alocución, tema libre. Leerás la prensa al men. ¿Sólo la depor? ¿Oyes, Cristi-

na? Pues hasta entonces, Chechu. No me vayas a fallar, hombre d. Sí, 4 men, sí. Nos vemos. Adiós, hombre de Dios.

Cling, sonrisa.

‘Habla el tío, has oído, por los 2 codos y 4 costados, válame Dios. El profesor Guiribert i Cadafalch se puede ir a tomar viento por todo el saco con su apendisectomía, Cristina. Chechu es nuestro hombre. Solvencia garantizada; cómo habla, válame Dios. ¿Qué temario me sugieres, mujer de Dios? U ortopedia o deportes, eso sí’.

-Hoy vieras –me dice, preocupado, el Cartabón-, un fulano con una especie de visera verde nos habló todo el rato de una cosa que se llama El Bierzo, que a mí no se me termina de despejar todavía si es un tipo, un pueblo, un árbol, una planta, un pez o un viento, qué. ¿Vos por un casual no lo sabés, ché?

-Es uno de los lugartenientes del Cid –le digo yo-. Alvar Fáñez Mina-ya, el Bierzo y Martín Antolínez.

-La pipeta, ché. Te las sabés todas, vos. A mí, fijate, me sonaba como un viento, ¿viste?

-Lo llamaban el Vendaval de las Hurdes, te diré.

-La gran flauta, viejo. Están todos rayados, estos yoyegas, ¿viste? Están colifatos, chiflados, les patina el embrague, tienen un corso a contra-mano de bueno bueno.

Me levanto dócil de mi taburete, en la cantina del Foro, para ir a fijarme, como un amable y educado caballero, en el tablero de anuncios. El coloquio programado en un principio ha sido, por lo que advierto, descartado, váyase a saber por qué motivos. A mano, interlineado, sobre una larga tachadura negra, Cristina, sin duda, ha escrito:

Prensa Artesanal

Mimeógrafo y Ciclostil

Prof. Sheridan Gómez y otros.

Según el anuncio, nunca demasiado fiable, a fuer de franqueza, el coloquio se ha iniciado a las 10.30 a.m. Son ahora más de las 2.30 p.m., según la hora oficial española, lo que me hace pensar que, de haber empezado puntual. es un coloquio larguísimo.

De vuelta en la cantina, observo que con el café y un cigarrillo, que sostiene entre los dedos, la catamarqueña parece que se ha destraumatizado un tanto de la cabalgata, aunque no lo suficiente todavía como para sentarse, ya que sigue de pie con un estoicismo digno de loores.

-Mimeógrafo y ciclostil, princesa –le informo-. Prensa artesanal, el profesor Sheridan Gómez y otros.

-¿Ciclostil qué es, comandante?

-Será un viento, princesa, ¿cómo querés que lo sepa? Cuando sopla el ciclostil no suena mal. ¿Otro café?

-Sos un ángel, comandante. Estoy fundida, te diré.

-No hace falta, princesa. Se te nota –le digo- Y quedás preciosa, añadiré.

-Sos un amor, comandante, no sabés.

-Me lo imagino, princesa.

-Ay vos, comandante. Sos un mal pensado, ¿viste?

La aparición de los primeros congresuales, índice de que el coloquio por fin ha terminado, nos impide continuar con un diálogo que se perfilaba interesante.

A la catamarqueña de la tropelía se le suma una 2^a, de nombre Sagra-rio, que es la más simpática y también la más atractiva de las 4 damas de Catamarca presentes en la nómina congresiva, aunque Josefina, como se

llama la 1ª, así como hoy la he visto, atropellada y trémula, toda quebrantada, no deja de tener su porción de encanto atolondrado.

-Vaya vaina de cabrón el man –comenta una voz a mi espalda.

-Los hay huevones, huevón. Ese tamaño huevón de las gafitas, menuda huevada la suya –farfulla ensoñecida otra voz.

Son de hombre la 1ª y de mujer la 2ª.

El hombre es un venezolano llamado Andrés Sanandrés, periodista de una cierta relevancia en su país, según parece, y el hombre que afirma haber roto a hondazos, en una sola noche, y sin más ayuda que su patriótico fervor, todos los semáforos que habían sido instalados por la tarde en las céntricas calles de Maracaíbo, como él la llama.

-Huevada tal, el gigante de las gafitas, comandante, que hasta tú la tuvieras difícil, huevón –me dice la mujer.

Se trata de una chilena rellenita y sonriente, que lo 1º que hace, en cuanto se le presenta la ocasión, es mostrarle a todo aquel una foto del marido que la abraza, amén de otras 3 con sus otros tantos hijos, como si quisiera poner coto de salida a cualquier posible aproximación con fines lascivos de cualquiera, aunque en realidad a lo que tiende y propende es a que se la monten, culeen, cojan, follen, garchen, tiren y demás –toda la variopinta gama lexical.

-Un huevón tamaño tamaño –dice.

Aunque todos la conocen y la llaman por Ope, ella insiste en que se le diga señora Améndola B, casada como está con un sujeto de nombre Gualberto Améndola B, redactor en jefe de la atónita revista *Mástil*; ¿marinería, pornografía o algún exaltado vocero de patriotismo y banderas? Nadie parece saberlo; ni Ope, corazón.

Gordita y siempre alegre, con una carnosa calidez glandular que le amaneca en los ojos a cada rato, Ope reconoce que ella está aquí sólo en re-

presentación de su marido, un hombre tan ocupado, el huevón, con su revista. Ope, por lo tanto, le graba sin faltar una todas las conferencias y todo debate, coloquio, ponencia y mesa redonda, lo que sea, porque la posee la vertiginosa idea de que a su regreso su marido le va a arrancar las cintas de las manos y se las va a escuchar una tras otra, todas seguidas y sin parar, como si fueran Gardel, las sinfonías de Beethoven o los Quilapayún, andá a saber.

-El muy huevón –comenta Ope- vive entregadito a su profesión. La huevada de *Mástil* le ocupa cada hora, y es claro, huevón, yo a veces me siento tan sola.

Ope, pienso, es una de esas minas que nunca se sabrá de verdad si son idiotas al cubo o sólo al cuadrado. Anda siempre grabador al hombro (o magnetófono, como les dicen en España), con huevones y huevadas en los labios y una platónica verga in mente, que a menudo se le concretiza, bajo diversos tamaños y las más inesperadas formas, en puntos cabales de su anatomía.

-Pues que vais, me cagüend la mar celeste, y le atizáis –vocifera por teléfono un obvio jerarca del régimen, al que llamaré, digamos, señor G, como la de Dios.

-Resulta que el grandote resultó un jodón, ¿viste? –dice Farreño, a 3 pasos de mí.

-Aquí estás, ¿ah? –llama otra voz-. Temía que hoy no vinieras, comandante.

Un dedo, al tocarme, me eriza la nuca y me corre por el cuello, juguetón y perverso. Estoy arrinconado en mi rincón del mostrador, y la Coca se ha tenido que abrir paso a través de un mundo de gente que se apretuja en la cantina, circunstancia harto comprensible después de más de 3 horas –y de 4 acaso- de mimeógrafo y ciclostil.

-¿Me acompañas, comandante? Hay alguien a quien quiero que veas, ¿ah?

-Algún alto ejecutivo de la Te Ve, princesa. Es como si lo viera ya. ¿A qué moverme?

-Nanay, ¿ah? –la Coca sacude la cabeza-. Frío, comandante. Ven con la Coquita, ¿quieres?

Salimos los 2, a codazos y empujones, por el proceloso magma de fármacos y sedientos, y nos adentramos en un pasillo que desemboca en un patiecito cerrado. Observo allí a un grupito, compuesto en exclusiva por féminas, que rodea a un tipo alto y grande como los gigantes de la Era Preglaciaria. El tipo lleva el pelo rubión peinado hacia atrás y luce unas circunstancias y superfluas gafitas con forma de medialunas. Así adornadas sus nobles y hermosas facciones, el hombre atiende, con serena compostura, el arremolinado vocerío femenino.

Yo cierro los ojos y me digo que sueño, que he caído en una nueva pesadilla, pero cuando los vuelvo a abrir observo que el tipo no se ha evaporado sino que sigue allí. Me restriego los ojos y no hay caso, corazón; el tipo no se va.

-Ahí lo tienes, ¿ah? –me dice la Coca-. Aquí te traigo al comandante, profesor –le dice al tipo.

-Chinatis, ¿qué se cuenta? –me dice el tipo a mí.

-¿Vos –le pregunto yo a él- qué hacés aquí? Perdoná, princesa –le digo a la Coca-. Ustedes perdonen, señoritas –les digo a las damiselas-. ¿De dónde salís vos, si se puede saber?

-Lo sabía –dice la Coca-. Lo adiviné, ¿ah?

-¿Sabías y adivinaste qué, morocha? –le pregunta el tipo.

-Tú, comandante –me dice la Coca-, conoces al profesor, ¿ah? Al rato de oírlo hablar empecé a hacer cábalas. Se parecen, ¿sabes tú? Gestos y pa-

labras, ¿ah?

Las demás señoritas se han quedado calladas. Se sienten, me digo, aturdidas, transidas de fantasías bajo la mirada suave y persistente de este coloso rubio, profesor de no sé qué. Es Santiago, por supuesto, según ya te he anticipado. Es Santiago Massini, corazón, en cuerpo y alma —el cuerpo evidente y contundente y el alma que jamás ha tenido.

DIEZ

A todos nosotros nos afecta una especie de atrofia, de ataraxia o imbecilidad moral, corazón. Es la maldición de la sangre, envenenada de sí misma. Si de mí tanto se ha dicho de que soy un amoral, un imbécil moral inclusive, me pregunto: ¿de Santiago entonces qué? Santiago no es el Chino Balcárcel, claro está, el popular deportista, a quien por azares y designios ajenos la gente le añade una leyenda de puñaladas, de enamoradas, de calabozos y madrugadas, más un suicidio: el aura dorada, la sombría silueta, el tenebroso ejercicio de vivir.

Santiago no es más, a tal efecto, que un grandote suficiente, prepotente y haragán, que sólo se concentra en el oficio de acechar y perseguir mujeres, porque sostiene la teoría descabellada (y sin embargo coherente con el personaje de sí mismo que ha creado) de que si no se echa un polvo al día, por lo menos, se muere envenenado; lo que le servirá, supongo, como coartada, para justificar ante sí mismo un tal derroche absurdo de energía vital.

No tengo nada en contra de Santiago Massini, bien lo sabés. Pienso que cabe, inclusive, que seamos amigos, si es que la palabra tiene algún valor hoy todavía y si la amistad existe, que ¿quién lo podría demostrar? Estoy perplejo, antes que nada, y puede que también un poco irritado, porque, corazón, si por donde pasa el Chino caen los rayos, ¿qué caerá entonces por donde pase Santiago?

-Tenemos que hablar vos y yo, Chinatis –me dice Santiago-. Estaba enterado de que andabas por aquí. ¿Sabés de algún lugar tranquilo donde podamos platicar?

-Yo sé de un, ¿ah? –dice la Coca-. La Coquita los acompaña, comandante. Tú la dehas, ¿ah?

Por si no te has percatado, corazón, cosa que dudo, te confesaré ya mismo que de todo el maldito congreso siento una evidente, una acaso alarmante proclividad hacia esta descocada jovencita del Perú, tan impulsiva como hermosa, a la que miro y no me canso, corazón. Todavía aquella tarde no he pasado de allí, te lo juro por mi honor.

-Para vos –le digo un día- todos somos Sotoqués, princesa.

-Tú eres tú, comandante.

-¿Y qué soy, princesa? Soy un bluff, en realidad.

-Bien lo sé, ¿ah? Es lo que tú más tienes de arrebatador, ¿sabes? Eres una enorme pompa de jabón, ¿ah?

-¿De dónde has sacado esas gafitas, viejo?

-Soy profesor, Chinatis. Vienen adjuntas al diploma.

-Se supone que estás en París, Santiago.

-Estoy en París.

-Estás aquí y bien aquí, carajo, ¿por qué?

-Uf –resopla Santiago-. Bueh –dice-. Es lo que te quiero explicar.

Rumbeamos a la salida a través de la cantina, aunque no sin ciertas dificultades. Hay gente que me sale a mí al paso, y unas cuantas señoras y señoritas están aún pasmadas con el gigante de las gafitas.

-¿Ya nos dehas, comandante?

-Volvemos súbito, ¿ah?

-¿La dehas sola a tu Lea, comandante?

-Sola en enorme profusión, princesa, en todo caso.

-Vos siempre, Chinatis –se queja Santiago-, te hacés notar, ché.

-Vos no, es claro –le digo-. Vos pasás por la vida como una sombra silente.

-Lo intento, por lo menos.

-Te diré –le digo- que la única criatura que me hace beber los vientos y devorar tempestades, en todo el hemisferio norte, es la misma que te cuelga a vos del brazo.

-Me suelto ya mismecín, ¿ah? Ya me he soltado, comandante.

-¿A qué has venido a Madrid, hermano? Me gustaría saberlo.

-Son esas cosas, Chinatis... -dice Santiago-. ¿Te acordás del Lepo?

-Es claro que me acuerdo.

-Quién es, ¿ah?

Vamos ahora los 3 calle arriba, por una estrecha callecita, casi un metro pasadizo, que va a dar, a las 2 cuadras, a una vieja plaza solitaria, con su iglesia; la placita parece como anclada en otro tiempo, sin un auto, con algunos pocos árboles hoy ya florecidos y un par de viejos entecos y doblados, que toman el solcito a paso leve empuñando el bastón.

-El Lepo –dice Santiago- iba a venir a Madrid para mandarse un discurso o cosa así, pero los otros días se le cruzó la fatalidad por la escalera y el muy bestia se desnucó.

-¿Cómo iba a hacer el Lepo para mandarse un discurso? Explicame ese enigma, viejo.

-No lo sé muy bien –dice Santiago-. La idea se le ocurrió, en realidad, a un tal Ibalberguinzuaga o Zalaberrigoitía. Vos sabés lo que suele pasar cada vez que a un vasco le viene una idea, Chinatis. Al tipo, fijate vos, no se le ocurre otra cosa que contratar al Lepo para que venga a Madrid a mandarse un discurso pagadero en dólares.

-Me hubiera gustado verlo –digo yo-. Hubiera sido glorioso. ¿Qué pasó?

-Ahora, en fin –dice Santiago-, ya está, ya nunca. El Lepo sonó. Kaput, morituri te salutant, tierra encima.

-No jodas, carajo –le digo.

-Vos sos otario –certifica Santiago, muy serio-. Te acabo de decir que el Lepo se desnucó, ¿no? No sé si sabrás que la gente se muere cuando se desnuca, y el Lepo era bien mortal. Por eso me he venido yo; vengo en su lugar .

-Por qué, ¿ah?

-Vivíamos a 3 pasos –dice Santiago.

Habla con un acento imperturbable, y con un tonito, como siempre, un tanto sobrador. La Coca, es evidente, se siente como fascinada, no entiende nada de nada y el cripticismo parece que la embruja. Yo tampoco entiendo nada o casi nada, te diré.

-Explicamé, comandante. Andalé, ¿ah?

-Le das con lo de comandante, morocha –dice Santiago-. Este atorrante, ¿comandante de qué?

-De mí, ¿ah?

-¿La nami es de ley, Chino?

-De fierro –digo yo-. Dice ah y nada más.

-Qué dices, ¿ah? ¿Hablas de mí, comandante?

-Mejor que no repitas lo que vas a escuchar, morocha –le dice Santiago.

-Me lo manda el comandante y yo obedezco, ¿ah? ¿Tú me lo mandas, comandante?

-Supongo que te lo pido, princesa, en efecto. No sé a qué se debe, en realidad, ni de qué diablos se trata, pero en fin.

-Se contabilizan 37 muertes –dice Santiago- ¿Te basta?

-Oy, comandante, muertes, ¿ah?

-Tu comandante, morocha, me empieza a inflar.

-A mí no, ¿ah?

-Vos igual tené cuidado –recomienda Santiago, con acento melifluo-. Después hay que cambiarle los pañales, darle de mamar...

Al poco rato los 3 nos metemos en un bolichón viejo, que queda en el último rincón de la plaza. El bolichón es viejo de verdad, corazón, con una centuria entera encima, por lo menos; son 100 años que se aquietan y se asientan en el aire denso y en el crujiente y corroído maderamen del suelo, donde el tiempo ha dibujado una laberíntica y enredada constelación de amores transidos y tuberculosis varias: vino chorreado, vómitos, sangre derramada y afanosas polillas.

-Es aquí, ¿ah? –indica la Coca.

El bolichón, que ella y yo ya conocemos, se llama Hnos. Costa, según se hace constar con letras blancas sobre un fondo azul de baldosines. Entre ilustraciones coloreadas de viñedos y cosechas, de bailarines borrachos, sátiros febricientes y sílfides de generosas nalgas, a modo de Rubens, los letreros inscriptos en los cristales de la puerta ofrecen, invitan:

LICORERÍA FINA

DEGUSTACIÓN DE LICORES

SÍRVASE PASAR

-Fíjate en esos cartelitos, viejo –se ensoñece Santiago-. En París, te diré, no existen ya, no existen más. No existen, punto.

-En París, supongo, los escriben en francés.

-Oye, comandante –me dice la Coca al entrar- Yo quiero del licor de pera de la otra vez, ¿ah?

-¿De qué otra vez, morocha?

-De la última vez, ¿ah? –sonríe con ambigüedad calculada la Coca-. Este lugar –añade- lo he descubierto yo mismecín, ¿ah? Díselo tú al profesor, ¿ah? Dile que te traigo aquí para hablarnos de amor, ¿ah?

-Será de la Te Ve más bien, princesa –le digo yo-. Y vos ojo con el licor de pera.

-Serán 3 de pera entonces –pronuncia Santiago, camino de nuestra mesa.

Aspira con fruición el aire de adentro, que huele a telarañas y a vomitada, a licor desenfrascado y café recién molido; es un olor que puede resultar repulsivo o embriagador, según esté uno de ánimo. Nos sentamos, pues, los 3 a nuestra mesa y el patrón, para atendernos (no tiene camareros, que yo sepa), se desplaza de detrás de un mostrador en ángulo, recubierto de azulejos. El tipo se mueve con una sólida molicie pueblerina, con la servilleta colgada de un brazo y el otro brazo doblado contra la barriga prominente. Nos saluda con el aplomo de un archidiácono y pasa la servilleta, húmeda, a golpetazos, por el mármol ocre, vetado de grises verdosos, de la mesa. La mesa es pequeña, casi diminuta, hexagonal; encima sólo hay un cenicero de cristal, que nos recibe reluciente.

-3 de pera, el licor, ¿ah? –dice la Coca, que se lame los carnosos labios.

Estamos en un rincón, el mismo al que vamos siempre ella y yo. Por la ventana más próxima, que tiene una ringlera de cristales de color alrededor de un grueso cristal grasiento empercudido de polvo, la luz, al entrar, se funde en ámbar y nácar.

-No entiendo lo del Lepo, viejo –insisto yo.

-Ni yo, ¿ah? ¿Quién es?

-Era, más bien –corrige Santiago, antes de darle el primer sorbo a su licor de pera.

Nos lo han servido en 3 vasitos semiopacos de vidrio ordinario en el que se atorán burbujas.

-El Lepo, morocha, era una especie de genio. Un genio, dicho sea, de nadie sabe qué, pero un genio sin embargo. Una vez, hace muchos años, en Montevideo, el Lepo inventó una martingala infalible para jugar a la ruleta y hacer saltar la banca. El resultado, cosas que pasan, fue que hundió en la miseria a su familia. Su padre tenía medio millón de vacas, a las que se tragó sin dejar una el negro el 11.

La Coca bebe de su vaso, pero sin apartar los ojos de Santiago.

-¿Vos, morocha –el gigante horada a la Coca a través de las gafitas-, sabés por un casual lo que es un genio?

-Pon tú que nones, ¿ah?

-Sólo un genio es capaz de concebir y llevar a la práctica los proyectos e inventos de toda clase que se le ocurrían al Lepo, y con asombrosa facilidad, valga decir.

Santiago acaricia y hace girar su vasito entre los grandes y largos dedos. La Coca, sonriente, le observa las manos, le espía la expresión y me guiña un ojo.

-Explicaté, ¿ah? –le pide.

-La última y grandiosa ocurrencia del Lepo –dice Santiago-, una ocurrencia genial como todas las suyas, era un método infalible para ganar a los caballos. Consistía, les diré, en la adecuada, en la mejor dicho exacta combinación del uso de una cerbatana, que arrojaba dardos impregnados en curare, con el cálculo infinitesimal de Leibnitz y Newton. Una cuestión sencillísima, según él, y yo tiendo a estar de acuerdo. ¿Entendés ahora, morocha?

-Pon tú que no, ¿ah?

-Sabrás lo que es una cerbatana, criatura –dice Santiago-. Máxime si, tal cual parece, sos nativa de por allá, de aquellos trópicos.

-El curare es un venén, ¿ah? –dice la Coca- Lo he visto por la Te Ve, comandante. Lo soplan con un tubecito como una flautecín, ¿ah?

-La flautecín que mencionás, morocha, es la cerbatana que yo digo –explica Santiago-. Las hay, te aclararé, de las más diversas clases, de los más variados materiales y de todos los tamaños y dimensiones, desde las que miden 2 metros y medio a las de bolsillo, digamos, o de taparrabos, para ser precisos, que no tienen más allá de 25 centímetros o 30 de largo. El Lepo, como no podía ser menos, se inventó un modelo de cerbatana ultaperfeccionado, sofisticadísimo, con un sistema impulsor añadido, de aire comprimido, y mira telescópica acoplada. ¿Vas entendiendo, morocha?

La Coca se deja escrutar y milimetrizar por los mansos ojos engañosos de Santiago, que la mira por encima del doble cuarto menguante de las gafitas que le encabalga la nariz. Me intrigan las gafitas, no lo puedo remediar; le vuelvo a preguntar a Santiago de dónde las ha sacado y él aparta sus ojos de la peruviana geografía y me mira, sonrío, tabalea sobre el mármol repetidamente.

-Son del Lepo –dice al fin-. De su mujer, mejor dicho. De su hoy viuda, para hablar en plata. Por el Lepo, que en paz descansa.

Chocamos con suavidad los 3 vasitos y bebemos los 3 en silencio. La Coca reposa en mí su pícara mirada y entreabre la jugosa boca. A mí, medio pasmado como me siento, me parece imposible, me parece mentira que el Lepo se haya muerto. No sólo no me entra en la cabeza sino que además desconfío de Santiago, con motivos de sobra y por acumulada experiencia. Lo sé bien capaz, hartos capaz, desde niños, de decir las mentiras más brutales al igual que las verdades más brutales: todo con la misma brutal e imparcial indiferencia.

-¿Se murió de verdad, che? –le pregunto.

-Parecés tarado, Chino –dice él-. Estuve en su funeral, córcholis, su velatorio y su entierro. Se Des Nuh Cóh, ¿no te entra en el marote?

-La puta, viejo.

-¿Qué tienes, comandante? Dimeló, ¿ah?

-No tengo nada, princesa.

-Es un sentimental, morocha. Se emociona fácil, es todo.

-¿Era tu amigo, comandante? Digo el inventor, ¿ah?

-No, princesa –le contesto-. No era en realidad amigo mío. Yo creo que no tenía ni 15 años cuando vi al Lepo por última vez.

-Entonces qué, ¿ah?

-No sé –digo yo-. El Lepo, el Lepo Paz, tal era su apellido, se había constituido en uno de los personajes mayores de nuestra mínima mitología urbana. Yo ya de niño había oído hablar de él. Que el Lepo Paz se haya muerto es, pongamos, como si se muriera el profesor aquí presente, gafitas inclusive, o como si yo mismo me muriera, en realidad.

-Cuántas te lloraríamos, ¿ah?

-El Chino es La Humildad, morocha –dice enfático Santiago-. Igual lo que ha dicho no deja de tener su cuotaparte de verdad. Hay gente, como él

mismo, como yo, como el difunto Lepo Paz, que se hace leyenda en vida, nadie sabe bien por qué.

Con el contumaz añadido de las gafitas, Santiago tiene un aire severo, sentencioso y hasta remoto, como de catedrático de latín de La Sorbonne. Al parecer se ha tomado en serio su papel y además, bien lo sabemos, es buen actor.

-El Lepo Paz, invitado a Madrid para mandarse un imposible discurso, se desnuda en una escalera, y después de que lo entierran te venís vos en su lugar, con las malditas gafas del difunto –digo yo, al tiempo que Santiago asiente sucesivas veces-. El Lepo va a pronunciar ese discurso impensable e imposible y sin embargo el que aterriza sos vos, para desembocar en un coloquio sobre prensa artesanal, mimeógrafo y ciclostil, en compañía de un tal Sheridan Gómez y bajo el rubro de otros.

-Qué otros ni otros –se violenta Santiago-. Sheridan Gómez, a ver si te enterás, soy yo. Es el Lepo, en realidad.

-El Lepo –digo yo-, se llamaba Paz. Y no se llamaba Sheridan sino Dalmacio, o algo así.

-Alejo –me corrige Santiago-. Dalmacio es un primo o un tío suyo; un terrateniente, como lo son todos los Paz menos él.

-¿Entonces de dónde sale este absurdo Sheridan Gómez?

-Es un alias –dice Santiago-. En cuanto al discurso, Chinatis, para eso estamos aquí. Está previsto para mañana y me tenés que ayudar.

-¿A pronunciarlo?

-A escribirlo, zampaboyas.

-¿Yo? –quiero saber- ¿Por qué?

-¿Cómo que por qué, carajo? –vocifera y manotea Santiago-. Porque yo te lo pido, qué más. Porque a mí, a mi vez, me lo ha pedido la viuda del Lepo. Necesitan la guita, Chinatis. ¿O vos acaso pensás que el Lepo nadaba

en oro? Ganaba muchísimo, es verdad, pero tenía la fiebre del juego. El Lepo, con su mujer, hoy su viuda, la hermana chiflada de su mujer y sus 3 hijos, vivían todos apelmazados en un cuchitril de 3 por 2; un agujero, una caja de fósforos, una lata de sardinas, un promiscuo horror.

-No sabía que el Lepo tuviera hijos, ché. Y nada menos que 3.

-No son del Lepo –dice Santiago-. Son de la hermana chiflada de su mujer. Son 3 gigantes, te diré, más grandes que yo y más o menos de nuestra edad. Morfan cada cual como una manada espesa de elefantes. Toneladas de pollo y embutidos, miles de ravioli y millones de pizzas; un asco. ¿Y para qué, digo yo? Si tienen, entre los 3, un cerebro del tamaño de un maní, más bien minúsculo además. Ahora, con el Lepo bajo tierra, y rubro numérico, toda esa prolífica familia no sólo está seca, sino que carece de la menor fuente de donde sacar nada. Por eso, Chinatis, estoy yo aquí. Porque los ayudo, carajo, porque la viuda me lo pidió llorando, porque yo también soy un sentimental y el Lepo era mi amigo. ¿Algo más?

-No sabía nada de todo eso, viejo –digo yo, en tono disculpatorio.

-Vos –sentencia Santiago- no sabés nada de nada nunca.

Santiago no sólo sigue igual de prepotente, sino que parece que fuera más grande aún de lo que era; sumada, además, la doble hoz diminuta de las gafitas, que lo distancia y ajeniza y hace de aire severo, ya me dirás, corazón.

Llega el momento, por fortuna, en que Santiago se acuerda de las gafitas y se las saca de un repentino manotazo, las mira por un instante como si tratara de descifrarlas y termina por guardárselas en el bolsillo de la solapa.

Me siento mucho mejor.

-Pierdes encanto sin las gafas, profesor, ¿ah?

-Te queda tanto por aprender, morocha...

-Así que vos –digo yo, tratando de encauzar de nuevo la conversación-, te venís a Madrid como si fueras el Lepo, bajo el atrabiliario, caprichoso y capcioso apelativo de Sheridan Gómez, profesor de no sé qué. A ver si me lo explicás de una santísima vez, caray.

-Lo intento, Chinatis, lo intento –se sacude Santiago, con esa risita de híbrido gigantesco que tiene-. Todo empieza –prosigue- con un informe que elaboró el Lepo hace unos años a petición, creo, de la Unesco o cosa similar. Al Lepo, comprenderás, con el bocho privilegiado que tenía, le llovían las becas, subvenciones y prebendas, tanto de la Unesco como de la Fao y las más vistosas universidades norteamericanas, así como del Club de Roma, la Comisión Trilateral, la Fundación Rockefeller y qué se yo; de cuanto zampaboyas suelto y con guita de sobras que anda por ahí. Todos se desviaban y se apuñalaban con tal de hacerle llegar al Lepo el sobre con sus dólares, sus francos franceses y suizos, sus marcos alemanes y sus libras esterlinas. Divisas fuertes en todos los casos.

Santiago bebe un par de sorbitos de su vaso. La Coca se bambolea y parece no escuchar, pero yo sé que no se pierde ripio de lo que cuenta Santiago; tiene entrecerrados los ojos y entreabiertos los succulentos labios.

-No obstante –dice-, vive apiñado en un cuchitril, ¿ah? Se me hace –la Coca se muerde el labio y abre grandes los ojos- difícil de creer, ¿ah? Parece contradictorio, profesor. Tantos dólares, libras y numerario de toda clase, divisas fuertes. ¿Por qué entonces vive así, comandante? Dimeló, ¿ah?

-Porque, morocha –le contesta Santiago-, todo se le va a las patas del caballo equivocado. Desde niño que lo persigue la desgracia, que la parca se ensaña con él. Al final, como ya he dicho, lo precipita por una escalera y lo mata.

-Explicaté, ¿ah?

-Quiero decir, morocha –dice Santiago-, que el Lepo no le emboca ni una, ni siquiera con la cerbatana, por mucha mira telescópica que le haya acoplado, y sistema de aire comprimido. No hay caso, morocha, no hay tu tía. La única vez que le emboca resulta que se confunde de número de caballo y le acierta y fulmina, por lo tanto, al que no era. Si es elemental, morocha, como diría aquel detective inglés.

-Sí, ¿ah?

-Elemental, verás –dice Santiago.

-Elemental, no lo dudo –digo yo-. Lo que sigo sin entender es cómo hace el Lepo, no ya para mandarse su postergado discurso sino para soplar por la cerbatana, aunque se equivoque de corcel.

-Ahí está el yeito, hermano –dice Santiago, con un repentino entusiasmo que desemboca en un impetuoso ademán que lo lleva a descargar la mano abierta sobre la desvalida mesita de mármol; suena como un cañonazo-. Ahí tenés –añade-. Por eso nunca le emboca y cuando no mata un jeque árabe o un lord judío mata un ministro alemán o un mariscal del aire.

-Es divino, verdad, ¿ah? –se relame la Coca-. Cada vez entiendo menos, comandante.

La muchacha se incorpora lentamente.

-Voy a buscar más, ¿ah? –dice.

Con medido andar balanceante se aleja hacia el mostrador. Lleva los 3 vasitos vacíos en las manos. Con una docilidad que me desconcierta un poco, Santiago la mira alejarse y después me mira a mí.

-No te discuto tus prerrogativas, Chino –me dice-. De ningún modo. La morocha es tuya, y bien que se nota. Las demás no serán todas tuyas también.

-Con las demás si querés hacé llaveros –le digo-. A ésta ni la tocás. La mirás, si eso te place, todo cuanto te plazca, pero de ahí no pasás, ni con el

dedo meñique, ¿captás?

Me acuerdo de Zayas cuando me advierte a mí, corazón.

Santiago me mira desde las nubes bajas. Bosteza contra el discreto puño, saca de mi paquete de Peter Stuyvesant una cilíndrica unidad y la enciende.

-Durante el coloquio –me dice-, tuve tiempo de sobra para calibrar el material asistente, y pienso que alcanza para varios días. Vos bien sabés que yo nunca repito 2 veces seguidas con un mismo ejemplar.

-Y nunca tampoco te cansás, Santiago.

-¿Cansarme? ¿De qué me voy a cansar?

-¿Cuántos años tenés?

-33 –rumia Santiago-. La edad maldita, ya sabés. La de Jesús, Jimmy Villanueva y Alejandro el Bicorne.

-Y la de Evita Perón y José Antonio Primo de Rivera, ché; y la de Bécquer, ¿lo has visto?

-En los billetes, sí –cabecea el gigante-. Una cruda bromita póstuma, Chino. Macabro el gesto, te diré.

Con su vasito en la mano, lleno hasta el borde, después de depositar los otros 2, llenos también, sobre la mesa, la Coca se vuelve a sentar, toda cautelosa, para evitar que el líquido se derrame; el recipiente, no obstante, está demasiado lleno y un chorrito se vierte y le chorrea por la mano. La Coca deja el vasito en la mesa y se pasa la lánguida lengua golosa por los largos y afilados dedos. Santiago la observa con ojos calculadores, a medias cerrados; muy mansos, eso sí; muy dócil el animal, circunspecto y cejjunto.

-Es bien fuertecín, ¿ah? –se ríe la Coca.

-70 grados por lo bajo –dice Santiago, siempre exagerado-. Te emborrachás con esto, morocha, y por lo menos, por lo menos, te volvés marciana.

-Pon tú que ya lo soy, ¿ah?

Advierto que a Santiago (lo he advertido ya hace un rato) la Coca lo tiene no sólo intrigado y perplejo sino además un poco mosqueado, porque no acaba de entender si es boba, si se hace la boba, si se burla o qué. La Coca, a su vez, disfruta –ya la conozco lo bastante como para saberlo.

-Oy, comandante –me ronronea-. Desde que tú estás conmigo me siento tan bien, ¿ah?

-Vos fiate nomás de tu comandante, morocha –le advierte Santiago-. Te sentís muy bien, ¿verdad? Otras también se sentían bien, supongo, y al final... No diré nada más.

-Desde que el comandante me acompaña que me muero por saber, ¿ah?

-¿Te morís por saber qué, morocha? Tenés la maldita costumbre de dejar muchas frases por la mitad, te diré.

-Tengo la maldita, profesor, ¿ah? Me gustaría, pagaría, daría no sé qué por saber, ¿ah?

-Lo sabrás, digo yo –la consuela Santiago-. Si mal no creo entender –añade-, tu comandante se ha vuelto medio raro en tierras hispánicas.

-Lo mismo me digo yo a veces, ¿ah? –se ríe ya borracha la Coca-. Me tiene, digamos, subida en la hornacín, ¿ah?-se ríe de nuevo; la sacude un suave hipo-. Una virgen de papel. Lo ideal, ¿ah?

Santiago me mira, me digo, con aire conmisericordioso, de compasivo ciudadano y señor proyectado.

-Nunca he sabido –dice-, y mirá que conozco al Chino de años, morocha. Igual aún no sé si este individuo es un criminal o sólo un necio.

-O las dos cosas a la vez, ¿ah? –la Coca me agarra una mano con fuerza y me clava las uñas-. No te enfades, comandante. Son bromas, ¿ah?

-Vos terminá con tu cuento de una vez, Santiago –pido yo-. Yo era un chiquilín todavía cuando el Lepo se las tuvo que tomar del Uruguay, por una estafa que hizo con la lotería, si mal no recuerdo. Desde entonces nunca lo volví a ver.

-No fue una estafa, viejo –me corrige Santiago-. Medí bien tus palabras, che. Era un invento, un sistema infalible para acertar al gordo de fin de año. Un método, digamos, fraudulento, pero no una cosa vulgar como una estafa. No, no, en absoluto.

-Cuál método, profesor, ¿ah?

-Un método genial –dice Santiago-. Era algo tan genial –agrega-, que yo, en realidad, con mi vulgar y adocenada inteligencia, nunca he terminado de entender del todo.

Encendido ahora por esa fe discipularia capaz de mover montañas, Santiago se endereza en la silla, se echa hacia atrás, se echa hacia delante, clava en la mesa los sendos codos, inclinándose muchísimo hacia delante, como si una montaña se encorvara de repente.

-El método consistía –dice Santiago-, por lo que me explicó el Lepo en París, mediante croquis, en un aparato bastante complejo, a mi entender, con una gran mezcla de cables, filas de imanes, un telescopio, teléfono y radar. Mil veces el Lepo me quiso explicar, de forma somera, su funcionamiento, su mecánica, la relación causa efecto, y cada vez más desesperado se ponía al comprobar mi cerrazón, mi ignorancia, mi cortedad de caletre. Para él, es claro, era todo la mar de fácil, algo sencillo. Una futilidad, vamos. Hablábamos horas, tardes enteras y largas noches insomnes, de sus inventos y de sus proyectos y planes. También de sus teorías filosóficas y científicas.

-¿Cómo hacían? –le pregunto.

-Hay maneras –dice Santiago-. El Lepo, por lo común, solía utilizar el pizarrón y la tiza. Trazaba fórmulas, planos, croquis y flechitas. En cuanto a

lo de aquel método único para acertar a la grande de fin de año, la desgracia, en dicho caso, se presentó bajo la forma y figura de un insensato señor gordo, que era el encargado de darle la primera vuelta ritual a la manivela del bolillero, de resultas de lo cual se quedó seco. Se electrocutó, tal cual, el infeliz, a causa del fallo de no sé qué válvula del gonioscopio receptor, de esto me acuerdo, uno de cuyos cables el Lepo había instalado debajo de una alfombra del Patronato de Loterías del Estado.

-Qué es un gonioscopio receptor, ¿ah? –dice, con algo más que un susurro etílico, la Coca.

-Mi sabiduría no alcanza tales cotas, morocha –dice Santiago-. Bastante hago con recordar el nombre específico del artilugio. Artilugio que, digamos de paso, estalló o se fundió, el señor gordo murió asido a su bolillero y el Lepo, a qué decirlo, se las tuvo que tomar con la mayor urgencia y lo más lejos posible. Convertido así en un paria y un apátrida, el Lepo se vio obligado a cambiar de nombre, para lo cual falsificó pasaportes, certificados, credenciales y montañas de otros variados documentos, de todo lo cual al final emergió la robusta personalidad del doctor emérito y profesor Sheridan Gómez, nativo del Panamá.

-Por qué del Panamá, ¿ah?

-Motivos de eufonía, nada más. Al Lepo le gustaron el nombre del país y el derivado gentilicio, con esa eñe tan inhabitual.

-La eñe de panameño, profesor, ¿ah?

-De panameño, brasileño y español, morocha, en efecto.

-Así como de hondureño y salvadoreño, ¿ah? –dice la Coca-. Tan inhabitual no parece, profesor.

-Seguí con el Lepo, Santiago –pido yo-. Hací el favor.

-Así, pues, hace unos años –continúa Santiago con su relato-, después de patearse medio mundo, el Lepo da en recalar en París, donde se casa con

una turca de nombre Gimla Taranek, una encantadora mujer, por otra parte, y ambos se aposentan en sucesivas y cochambrosas buhardillas. Allí seguían los 2 hasta ayer, como quien dice; hasta la llorada noche, quiero decir, en que las parcas, hartas de zancadillearlo, le hacen la zancadilla postrera, en la escalera, y lo mandan definitivamente para el otro lado. Qué perra vida, morocha.

-Pobrecín, ¿ah? –lagrimea la Coca, con una húmeda melancolía etílica-. Cuenta más, profesor, ¿ah? Sigo sin entender, comandante, ¿sabes tú?

-Somos 2 –le digo.

-Yo apenas si me acordaba del Lepo, la verdad –prosigue Santiago-. Por supuesto que conocía todas aquellas historias que se contaban, y que lo tenían a él de protagonista absoluto, allá en Montevideo. Historias que te diré, Chinatis, en gran parte eran apócrifas, puras falacias y cúmulos de falsedades, che.

Se queda callado un instante, meditabundo.

Así, morocha –añade-, resulta que un día yo aterrizo en París, como hubiera podido hacerlo qué se yo, en Samarkanda o Addis Abeba, y voy a dar a la vuelta del sombrío cuchitril del Lepo. El infaltable destino, como él decía. Nos teníamos que conocer, morocha; era fatal. Nos empezamos a tratar por encima, con una prescindible campechanía y camaradería de cafetín, hasta que un día me entero, fijate vos, a través de Lucía Larraya, otra uruguayana, de que aquel estrafalario científico loco, oriundo presunto y falso del Panamá, no es otro en realidad que nuestro legendario Lepo Paz, lo cual, faltaría más, no tarda en consolidar, afianzar y solidificar, sobre inamovibles cimientos de coterraneidad, nuestra entonces aún incipiente y balbuciente amistad. En este tiempo, Chinatis, te diré, he llegado a conocer al Lepo bastante bien. Y ya me había percatado, antes del batacazo postrero, que el Lepo era uno de esos tipos, genio al margen, a los que está escrito que la

desgracia se ensañará con ellos desde la cuna al cajón; candidatos todos ellos a vivir mal y a terminar peor. Y conste que no me refiero ni al medio millón de vacas de su viejo ni tampoco al señor gordo del bolillero y ni siquiera al jibarito que se le cae al océano.

-¿Qué jibarito? –me sobresalto.

De todo lo imprevisible, pensarás, lo más. Lo mismo pienso yo allí, en nuestro rincón. El gigantón, claro está, se mantiene impasible, inmutable.

-Un jíbaro –me dice-. Un indio, ¿sabés lo que son?

-Los jíbaros, ¿ah? –murmuriza la Coca- Son de por allá, ¿ah?

-¿Qué diablos tiene que ver ese jíbaro con el Lepo?

-El jíbaro –dice Santiago- era el especialista de la cerbatana. Se le cayó al Lepo del avión, ¿entendés? Cataplás.

-Del avión, ¿ah? ¿Al mar? Al océano dices, ¿ah? –la Coca mueve la cabeza con un suave vaivén repetitivo-. ¿Se cae del avión cómo?

-Por asomarse –dice Santiago-. Porque al Lepo lo mandan al Amazonas, creo que de la Fao o del Zoológico del Berlín, no estoy seguro. Lo mandan por no sé qué corchos a rejuntar animales, aunque al Lepo, en realidad, lo que le interesa es investigar sobre la vida de cierto coleóptero del que ya les hablaré. En el curso de sus investigaciones el Lepo se topa con este mentado jibarito, que tal parece es una fiera con la cerbatana, un verdadero portento. El Lepo le pone una tarántula a 30 metros y el jíbaro sopla por la cerbatana y la deja frita.

-Ese flautecín, ¿ah? –canturrea la Coca-. Mira tú el jibaritecín, ¿ah? Con el curare, un veneno, comandante. No tendrán filtros de amor, ¿ah?

Me da golpecitos en la nariz con un dedo, pone en trompa los tentadores labios y me besa en la frente.

-Ay el amorrr, ¿ah?

Echado hacia atrás, Santiago la observa con indudable interés. Se lleva a la boca su vasito y bebe, lo deja ya vacío de nuevo en la mesa y le hace una seña al patrón para que nos sirva más.

-De modo que al Lepo –dice-, que ya se traía rumiado lo de su método para acertar en Longchamp con los caballos, se le ocurre una idea genial de las suyas. Ipso facto –añade- fabrica, para el jíbaro, el modelo ultraavanzado de cerbatana del que ya he hablado, y después decide contrabandearlo a París.

-Contrabandear qué, ¿ah?

-Al jíbaro, morocha –dice Santiago-. Si el jíbaro hubiera tenido pasaporte no hubiera necesitado contrabandearlo, pero en el Amazonas no abundan los pasaportes.

-No, ¿ah?

-Sin dudarle –dice Santiago-, el Lepo embala a su jibarito, su experto en la cerbatana. Lo mete dentro de una caja que dice Fao, Frágil, Achtung, This side up, etc, y que está además cubierta de sellos, etiquetas, salvoconductos y todo lo necesario para atravesar aduanas y fronteras. Una vez el jíbaro embalado, el Lepo le hace entender que ni se mueva de dentro de la caja, que se quede mudo y quietecito allí.

-La explicación debió ser algo sublime, viejo.

-El jíbaro, al parecer, se da por enterado, y el Lepo lo despacha, metido en la dicha caja, para la bodega del avión. Es una bodega climatizada, en la que también llevan unos monos, un jaguar y un par de boas constrictor, no sé por qué y no importa. El Lepo, que es el encargado supremo de la expedición, además de ser un notorio y notable científico becado, va y viene de la bodega a la clase de lujo y viceversa, con el pretexto de supervisar el estado de los animales. En realidad los animales, por él, que revienten. Le preocupa su especialista, no otra cosa.

-El jibaritecín, ¿ah? Pobrecín.

-El Lepo –agrega Santiago- escamotea comida y se la lleva al jíbaro. Lo desembala, le da de morfar y lo vuelve a embalar. Una vuelta en que lo va a inspeccionar imagínense su estupor: se encuentra con la caja abierta y vacía. En aquellos momentos el aparato vuela a 10.000 metros sobre el Atlántico y hay una portezuela que debía estar cerrada y sin embargo no lo está. Se ha formado un vertiginoso embudo gélido que de puro milagro no succiona al Lepo y lo catapulta al vacío. De haber ocurrido, hoy yo no estaría aquí en tu amable compañía, morocha.

-Qué pasó, ¿ah? ¿Qué fue del pobre, profesor?

-¿Del jíbaro? –sonríe Santiago- Andá a saber, morocha. Sonar sonó, no hay vuelta. Según el Lepo, por lo demás, multiplicando la altura por la velocidad del aparato, y teniendo en cuenta el tamaño y el peso del jíbaro, más bien reducidos, cabe que el infeliz se haya partido en pedazos antes de dar en el agua. Vos bien te percatás, Chinatis.

-Se percata de qué, ¿ah?

-De la fatalidad –dice Santiago-. Sin el jíbaro, es claro, su especialista, el Lepo se ve obligado a soplar por sí mismo con la cerbatana, en el hipódromo. Te habrás enterado, Chino, de la epidemia de muertes que se produjo en Longchamp hace dos veranos. Jeques árabes, lores judíos, reyes del acero, senadores americanos, ministros alemanes, mariscales del aire, poetas ingleses laureados, caballeros de la Legión de Honor, pares del reino y una bailarina pakistaní. Todos ellos. Los mató a todos el Lepo, disfrazado de mendigo ciego. 37 en total.

-Vaya el Lep –dice la Coca-, hip, ¿ah?

-La mala puntería, la mala suerte y el maldito labio partido –se lamenta Santiago-. Qué se le va a hacer, ché.

ON - CE

Hace ya una semana y un día que se clausuró el congreso. Mañana, domingo 10 de junio, toda la grey congresual, más un grupo de invitados, la emprende para Andalucía. Yo iré también, corazón, a pesar de todo. Sin embargo, te diré, me lo he pensado antes de decidirme, o, diría mejor, antes que me convencieran. En cuanto a Santiago Massini, alias Sheridan Gómez, del Panamá, después de introducirse de rondón en aquel coloquio sobre prensa artesanal, se manda su discurso de mi flor (que escribimos más o menos entre los dos), que remata además con un 2º y, te imaginarás, deja además el tendal usual de mariposas hipnotizadas antes de volverse, un día viernes, a París.

En aquel viejo bolichón de nuestra placita callada y ajena al tiempo, la Coca se levanta de nuevo, para hacerse servir otro vasito de licor en el mostrador. Acto seguido regresa, deja en la mesa su vasito llenado y recoge los 2 vacíos de los caballeros para llenarlos también.

-Es una delicia mirarla moverse, Chinatis –dice Santiago-. Si mal no la he entendido vos ni siquiera le pellizcás el pandero. ¿Estás loco, te volviste idiota o qué diablos te pasa?

Yo ni le contesto, bueno estaría (Santiago, por lo demás no entendería algo que yo mismo apenas si entiendo). La Coca coloca sobre la mesa nuestros vasitos, ambos incólumes y a rebosar, y se vuelve a sentar, milimétrica y acompasada, con la mirada perturbada por los vahos del alcohol.

-Sigue con la cerbatana, profesor, ¿ah?

-El Lepo –dice Santiago-, según les he adelantado, se hacía pasar, en Longchamp, por un músico ciego, por un mendigo, en concreto, que tocaba la flauta en la pelousse a cambio de la vil limosna. Entre carrera y carrera se entregaba con denuedo a su musical cobertura, pero en cuanto largaban los pingos, alzada la cinta, se mandaba el cambiazo; escondía entre sus harapos la flauta de madera, extraía de idéntico escondrijo la mendaz cerbatana y, llegado el momento, disparaba de un soplido el dardo envenenado. Lástima, es claro, ese maldito labio retorcido, porque era soplar el Lepo por su mortal artefacto y, en el acto, un emir del golfo, un lord circunciso o un impecable ministro alemán caía seco en el Palco de Honor.

-Es todo una enredada mentira, profesor, ¿ah? –dice la Coca, asida con una mano a una mano mía-. Te lo inventas, ¿ah? ¿Tú qué piensas, comandante? ¿Tú qué opinas? Dimeló, ¿ah?

-No lo sé, princesa –le contesto, sin faltar a la verdad-. Me temo, pese a todas las improbabilidades, que con el Lepo Paz de por medio todo puede suceder.

-Pido más, ¿ah?

La Coca vacía de un trago su vasito y se levanta. Nos mira a mi 1º y a Santiago luego con los ojos opacados, velados. Revolea lentamente la cabeza, gira con suave pereza sobre los altos tacones y se encamina al mostrador en una laboriosa línea recta. Santiago la observa, muy serio y pensativo.

-Has dicho que es de ley, Chino.

-Vos tranquilo, profesor.

-Si esto se filtra, Chinatis, imagínate el despelote que se arma –dice Santiago-. Hay 37 cadáveres, y no son de unos cualesquiera. Son gente de alcurnia, judíos con gaita, magnates del petróleo y creo que hasta un Rothschild, aunque no lo juraría. El Lepo Paz, con su cerbatana, es el asesino múltiple más espantoso de la historia, que deja en pañales a Gilles de Rais, a la baronesa Bathory, al Orejón Carcajeante y a Jack el Londinense. En una sola tarde, una vez, liquidó a 4, incluida aquella hermosa y turbulenta bailarina pakistaní. No es que tal masacre fuera su intención, comprenderás. Tipo más pacífico y filantrópico, en el buen sentido, como el Lepo, no he conocido en mi vida. Si el maldito jíbaro no hubiera sido tan curioso no hubiera pasado nada; no habría ni un solo muerto y el Lepo seguiría vivo y sería rico. Estaríamos aquí tan alegres los 3, o mejor dicho los 4, incluyendo a tu encantadora amiga.

-¿El Lepo, en plata, qué se proponía? ¿Matar a todos los caballos en cada carrera menos a uno, por el que había apostado?

-¿Tas loco? –parpadea Santiago-. Nada más lejos de sus intenciones. Lo primordial del método del Lepo no era, en realidad, la cerbatana. Eran las ecuaciones y el cálculo de probabilidades. No sé si sabías que el Lepo perfeccionó la teoría de Pascal, convirtiendo al azar en una minucia desdenable, infinitesimal o punto menos, mensurable en cero, nada menos. Mensurable en cero –repite-. No sé si captás la trascendental importancia, inclusive filosófica, que tiene este logro. Con él el Lepo barre de la faz del universo el mismísimo principio de incertidumbre, ¿entendés? Con las ecuaciones del Lepo el universo ha dejado de ser poroso, esponjoso o contráctil, y la luz ha dejado de ser el límite de nada. A partir de las referidas ecuaciones, Chinatis, el universo se ha convertido en un universo puntual y fractal, lo que quiere decir, más o menos, inevitable.

-Ah, ¿ah? –avisa la Coca-. Ahí voy, ¿ah?

Y viene en verdad, corazón. Avanza pasito a pasito del mostrador a la mesa, con la cabeza ladeada y la lengua asomada, entrecerrados los ojos y el vasito de licor de pera, puntual, me digo, fractal e inevitable, metido entre los dedos con las puntas hacia abajo.

-No le sacás los ojos de encima a esta mina hasta que se le pase la curda, Chinatis –me avisa Santiago-. Aunque le tengas que pellizcar el alma misma, si falta te hace.

La Coca deja el vaso sobre la mesita y se vuelve a sentar en su banquito. Se sienta, busca el mejor acomodo y me acaricia con los ojos, que ahora le brillan. Los tiene de un feroz, reluciente y salvaje color negro.

-No me creo, profesor, ni una pizquirrecín, ¿ah?

-Mejor, princesa –digo yo-. Veo que aprovechás el viajecito para zamparte otro vasito clandestino cabe al mostrador. ¿Te parece bien?

-Te me enfadas, ¿ah? –pucherea la Coca.

-Está mal, princesa.

-Es que una, comandante, cuando sufre se tiene que emborrachar, ¿ah?

-¿Vos por qué sufrís, morocha?

-Preguntalé al comandante, si es que quiere contestar, ¿ah? Está bien, comandante, me portaré bien. Tú a tu cuento, profesor, ¿ah?

-La cuestión –dice Santiago-, para volver a lo nuestro, reside en un informe del Lepo, del que ya les he hablado, que trata de la introducción de los métodos de computación en los medios y sistemas de comunicación y difusión. De resultas de este informe, que se publica hace una temporadita en el Correo de la Unesco, si mal no recuerdo, un día le llega al Lepo a París una carta muy elogiosa y llena de encomios, procedente de Madrid, y con la carta, que firma ese tal Ibarberrigonochea, viene adjunta una invitación para soltar un discurso, pagadero en dólares, y relativo al tema de

aquel informe. Como comprenderás, el Lepo, exultante, le contesta a vuelta de correo a Irigarrigaray e ipso facto pone manos a la obra para resolver, con su inagotable ingenio, su problema de fonación, es decir munirse de algún medio que haga comprensible su desmañada e hispida pronunciación.

-Ibarberrital quién es; ¿ah? ¿Fermín, comandante?

-Eso me temo –digo yo.

-Es un señor –dice Santiago- tan pródigo de apellido como avaro de cacumen, morocha.

Vos y yo, corazón (y Santiago, por supuesto), sabemos que la frasecita no es más que un plagio literal de una agresión verbal de S. Pir a don Marcelo Laprehendebeherre, allá por la belle époque. La Coca, sin embargo, no tiene por qué estar al día de esas interioridades de la vida e historia menudas de la República Oriental; es allí en aquel boliche la 1ª vez que oye la frasecita de marras, y siendo como es una muchacha de pródigo entendimiento, aunque le guste aparentar en ocasiones lo contrario, en seguida la festeja con una risa beotriz y asaz perversa y yo me lo veo venir de boca en boca, el ingenioso hallazgo, y al fin y a la postre la culpa la tendré yo, cuando no.

-Tan avaro, profesor, ¿ah? –deslíe entre dientes la Coca- ¿Tú qué dices, comandante? Veo que no te ríes, ¿ah?

-Muy gracioso, princesa. Muy ingenioso tu profesor del Panamá –digo yo-. ¿Sabés que ocurrirá si empezás a repetir su chistosa ocurrencia entre nuestros camaradas y compañeros?

-No lo haré, ¿ah? –dice la Coca-. ¿Sabes qué, profesor? En realidad creo que es un alivio que a tu genial amigo se le cruzara en su escalera la fatalidad. Un alivio para los demás, ¿ah?

-Depende del punto de vista, morocha –dice Santiago, con la más horricua serenidad-. No corrías ni el menor peligro mientras no te acercaras al

Palco de Honor de Longchamp.

-Y si me acerco qué, ¿ah? –el licor de pera surte a la Coca de fuego retador e ígneas pupilas-. Y si voy qué, ¿ah? Si el comandante me autoriza voy y coho y me introduzco –la zeta le patina y le resbala a la Coca y la deja balbucida y temblorosa por un instante- en el Palco de Honor y en donde sea, con jeques, ministro alemán, lord judío y el propio general De Gaulle si se terciá.

-Tan fácil como ir, coher y levantar la lápida, morocha.

-Pero –la Coca levanta un dedo-, sin jíbaros ni curare ni falsos mendigos ciegos, ¿ah? Tú, comandante, ¿verdad que te me llevas al Palco de Honor de Longchamp?

-Veo difícil que me dejen entrar, princesa.

-Tú entras donde tú quieres, comandante –dice la Coca, con firmeza digna de mejor causa; tras un instante añade-: Menos en el ciel, ¿ah?

-Me conmueve tu inquebrantable adhesión, morocha –dice Santiago-. No obstante, estoy de acuerdo con tu comandante. Hay que ser, por lo menos, lord judío, o como mal menor caballero de la Legión de Honor, para que uno tenga acceso al acreditado palco de Longchamp, donde testas coronadas se codean con bailarinas lascivas procedentes del Pakistán.

-El jeque y el lord judío invito yo, ¿ah? –farfulla la Coca- Con licor de pera, comandante. Regaditos, ¿ah? ¿Tú qué dices?

De pronto se aplasta las dos manos en las tetas, lo que produce en Santiago un súbito aumento del globo ocular.

¿Soy frígida, comandante? ¿Cuándo lo sabré? – la Coca hipa un poco- Me dan ganas de llorar, ¿ah?

-Llorarás licor de pera, princesa. Te hará bien.

-Ay, ay, oy, comandante –canturrea la Coca-. Ay, ay, oy. ¿Cuándo lo sabré?

Bamboleándose en su silla, mientras entrecierra los negros ojos y declinan sus largas pestañas, la Coca se recuesta poco a poco sobre mí. Se agarra de mi brazo con las 2 manos y respira con suave cadencia, tibia y tersa, sobre mi piel.

-Termina tu cuentecín, ¿ah? –le dice a Santiago

-El Lepo –prosigue Santiago- se embala con lo del discurso pagadero en dólares. Conoce, empero, sus limitaciones, de modo que su ansiedad lo lleva a desembocar en un revolucionario invento que le va a permitir sonorizar bien, modular bien, olvidarse para siempre de su maldito labio leporino. Trabaja con una pasión febril por un par de semanas y concibe, diseña y hace real su sonorizador galénico, según lo llama. Lástima que al probarlo saltan los fusibles de toda la manzana y a la hermana viuda de su mujer, que se estaba bañando, le viene un síncope de tal envergadura que a punto estuvo de facturarla al olvido.

-Un síncope por qué, ¿ah?

-Porque, morocha –dice Santiago-, parece ser que los iones del hidrógeno del agua, llamados deuterio y tritio, si no me falla la memoria, se sobrecargaron o sobrealimentaron, para usar la terminología adecuada, con la electricidad, según las ecuaciones que hizo el Lepo a posteriori. Su invento parlante, que era un espléndido artefacto de aire antiguo que guardaba una notable y armoniosa semejanza con aquellas victrolas de manivela, quedó convertido en un triste amasijo de baquelita fundida y cables retorcidos, de modo y manera que el Lepo, desconsolado, se desmorona. Después se mama con ese horrible licor francés llamado marc, que él solía beber, y por último se pelea con un verdulero que le parte tres dientes y además lo hace escupir y perder sus dos valiosas muelas de oro, que el Lepo acostumbraba empeñar cuando lo acuciaba la carencia de dinero.

Solidario, tiempo y distancia, Santiago vacía su vasito y le hace al patrón la pertinente señal con 2 dedos.

-Desde que lo conozco –dice-, el Lepo anda todo el día de dribling y gambeta con los tenderos y charcuteros, porque le debe guita a más de medio arrondissement. Con el tiempo, yo paso a desempeñarme como su guardaepaldas, digamos, porque conmigo la gente se lo piensa 2 veces antes de alzar la voz.

-Sólo 2, ¿ah?

-Vos no sabés, Chinatis –dice Santiago- la mierda de gente que puede llegar a ser un franchute que tenga un almacén. No sabés a qué abismos de bajeza y de ruindad se puede llegar cuando se está detrás del mostrador de una charcutería de París.

-¿Cómo no lo voy a saber? –protesto yo.

-Se me olvidaba –dice Santiago, con una sonrisa perdonavidas-. Leés a Maigret.

El patrón vuelve a llenar nuestros vasos, aunque sólo los de Santiago y mío, porque yo tapo con la zarpa la boca del vasito de la Coca, que no me plantea ni la menor objeción. La siento temblar contra mí, cálida y joven, y me percato de que llora en silencio la mamúa. Largos espasmos verticales le hienden el cuerpo y la estremecen. Yo le paso una mano consoladora por el pelo muy largo, muy lacio y negrísimo.

-Ya está, princesa –le digo-. A tu edad todo es azul. ¿A qué llorar?

-Odio el azul, ¿ah?

-Una noche –dice Santiago-, en plena curda, al Lepo le brota la llamada del genio, se le ocurre que yo soy él y que me vengo en su lugar a Madrid a soltar su discurso, para lo cual se zambulle sin demora a escribirlo. Es un discurso que yo hubiera tenido que aprender de memoria y mandarme aquí en Madrid, pagadero en dólares, que es la razón última y genuina del

entusiasmo del Lepo. Yo acepto la propuesta, faltaría más, pues lo veo tan ilusionado que tendría que tener el corazón de piedra para negarme.

-Y no lo tienes, ¿ah?

-Entonces –digo yo- el Lepo no se mató.

Lo dice, más que yo, me corrijo, mi esperanza.

-Parecés –dice Santiago-. No, no –rectifica--. Sos –dice-, sos –repite-, sos reh mah tah dah men teh otario, Chino. El Lepo no sólo se cayó por aquella atroz escalera y se mató, sino que, para peor, del discurso sólo tengo un renglón, algo fácil de memorizar, es claro, que dice: ‘Cuando aquel primer australopiteco se quemó el pul’. El pul, Chinatis, fijate vos, y ahí quedó. El título, eso sí, es de mi flor. ‘Perpetuación –Santiago lo extiende, tal parece, con la mano contra el cielo- de la Entropía en el Matraz de los Medios de Difusión’.

-Está en el prográ –dice la Coca-, ¿ah?

-Miércoles 23, a las 5 de la tarde –dice Santiago-. A las 5 en punto de la tarde, como el torero de Loca, Chinatis. Y allí estaré.

-Acariciamé, comandante –me urge la Coca, removiendo contra mí su firme carne juvenil-. Ya no bebo más, ¿ah? La Coquita promete que nunca hamás volverá a beber, comandante. Llevamé, ¿ah?

-¿A dónde, princesa?

-A dor ¿ah? mir.

Por la calle primero y en un taxi después, con la Coca que se agita y que dormita, trémula y ebria, contra mí; andando los 3 por el lado de la sombra de las calles y sentados ella y yo, ya en el taxi, en el asiento trasero, al tiempo que Santiago se ha ubicado en el delantero y se vuelve a medias para mirarnos, seguimos la amable plática por diversos derroteros.

-Al rajar de Montevideo –dice Santiago-, es claro, el Lepo tiene que adoptar, a la mayor brevedad, una nueva identidad.

-Se llamaba Paz –insisto yo-. Me acuerdo bien.

-Paz, sí –dice Santiago-, pero no sólo Paz. Se llamaba Paz Reverdito, ni más ni menos.

-¿Por qué Reverdito, profesor?

-Paz Reverdito –dice Santiago-. Paz Reverdito, criatura. Paz Reverdito es un doble apellido de la ultra, de la ultra ultra aristocracia bonaerense y de su sucursal montevideana. Es un doble apellido tan elevado e intocable que está en otra galaxia muy superior en relación con los impecables Anchorena, Lezica, Gaínza, Alvear, Stuart, Letamendi, Pueyrredón, Fortescue, Doncaster, etc. Y no digamos frente a apellidos de relumbrón montevideano como Castro, Salvañach, Ungría o Carvaillat. Son el vulgo, por comparación. Somos todos mequetrefes al lado de los Paz Reverdito, Chinatis. Los Paz Reverdito son tan aristocráticos, fijate vos, que ni siquiera salen en los diarios y la gente del montón apenas si sabe quienes son. Vos, yo, tu prima Marisa del Vayo y hasta el propio Alfredito Ortiz de Urbino Álvarez de Toledo y Obes; todos somos chusma, chusma vil, chusma apelotonada, agusana y pulguenta para el más ínfimo Paz Reverdito.

-Reverdito, ¿ah? Es cómico, profesor.

-El Lepo –dice Santiago- se llamaba, de hecho, Alejo Hermenegildo Baltasar Paz Reverdito Reverdito Paz Paz Paz Reverdito Reverdito Paz, así tal cual hasta completar sus primeros 32, 64, 128 o 256 apellidos. Porque, morocha, los Paz Reverdito no se casan con cualquiera, y como los demás somos todos cualesquiera para ellos, sin excepción, ellos sólo se pueden casar entre ellos. Lo mismo pasaba con los faraones en Egipto.

-En Egipto, ¿ah?

-El Lepo Paz, Chinatis, fijate vos, no sé si lo sabías, con su labio partido y todo, estaba comprometido para casarse, desde que nació, supongo, con una señorita de apellido Paz Reverdito Reverdito Paz etc etc ad libitum.

Inclusive después del penoso proceso de las vacas de papá, devoradas por el vórtice pugnaz del negro el 11, el noviazgo se confirma y formaliza, y si naufraga al final es por electrocución, digamos, o como secuela del más grave incidente del señor gordo aferrado al bolillero, lo que al fin y al cabo es un homicidio, culposo si querés, pero el cadáver permanece, y no creo que ni el genio ni el doble y resonante apellido sirvan de coartada, aunque el último suele ser un eficaz atenuante en ciertos casos. No entonces, por desgracia. De modo que sin vacas, sin novia, sin patria, sin amigos, sin su rancio apellido por doblete siquiera, prófugo, pobre, mellado, con otro millón de taras y de traumas encima, el Lepo circula el orbe, acomete los más indignos oficios, duerme debajo de puentes y en lóbregos zaguanes hasta que, en su momento, consigue adoptar el alias fortuito de Sheridan Gómez y se trasmuta en panameño. Se doctora cum laude 6 o 7 veces en prestigiosas universidades a las que sólo acude para rendir exámenes, se hace rápidamente con su lugar dentro del atiborrado mundillo de la ciencia, donde todo son puñaladas y zancadillas y en fin, Chinatis, aquí me tenés a mí sin discurso que mandarme y es mañana.

-Son todo mentí, ¿ah? –dice la Coca.

-Fijate vos en el Lepo, Chinatis –dice Santiago-. El Lepo es, acaso, el mejor bocho que tienen en la Unesco, la Fao y el Club de Roma, porque no por nada lo acolchan con billetes. Habrá sido un infeliz, un desgraciado, pero también se ha dado el lujo de demostrar, y de la forma más concluyente, que Darwin es un farsante y que el origen del hombre como animal evolutivo es un error, una fantochada y una conspiración, fijate vos un poc quititito.

-Un error, ¿ah? –musita la Coca-. ¿No desciendo más del mono, profesor?

-Ni vos ni yo ni nadie. Ni siquiera Iriturrigoncelay –dice Santiago-. En realidad no es para alegrarse. Es bastante peor. Porque lo que el Lepo estaba a un tris de demostrar es que existe no sé qué electrón dextrógiro, fíjense, es decir que gira a manderecha, como las agujas del reloj, al revés que todos los demás electrones, que son levógiros, u séase que giran hacia la izquierda. Esta tamaña partícula dextrógira, les diré, que el Lepo descubrió, es lo que manda por el caño del desagüe y del ridículo a todo el verso y el cuento de la evolución de las especies, porque mediante el mencionado electrón se sobrentiende y manifiesta que, al fin y al cabo, el hombre no descende del mono, según ecuaciones que lo demuestran de un modo inapelable, sino que, en vez de descender subciende, no sé si te alcanza la sesera para captar la gravedad del asunto.

-A mí no, ¿ah?

-El hombre –recapitula Santiago- no descende de nada y ni siquiera asciende, que algo sería, sino, morocha, que subciende. Subciende –repite-, nada menos. Y esto no lo digo yo, attenti, sino que lo dice y afirma un cerebro como el Lepo, de primera magnitud, avalado por sus títulos de bioquímico, astrofísico, matemático y más: ingeniero genetista, experto en alimentación, en arqueobacterias y en ofidios y perceptor de becas, prebendas y honoris causa que le llueven de todo el mundo, a nombre, claro está, del profesor doctor Sheridan Gómez, del Panamá.

-Lo dice tal, ¿ah?

-Lo dice tal, morocha –dice Santiago-. El Lepo –añade-, hasta con sus más aberrantes lacras y vicios, como el del juego, por ejemplo, o el de emborracharse con marc, no deja nunca de ser lo que es, es decir: un científico, un pensador, un espíritu esencial y hondamente analítico. Su debilidad, morocha, desde que aprende a leer, como quien dice, a los 2 años y medio, consiste en la obsesión de abolir el azar, de acabar con él de la forma más

definitiva y total. Por eso, mucho más que por ninguna otra cosa, y muchísimo más que por el mero vil metal, es por lo que electrocuta a aquel odioso señor gordo; es por lo que se patina las 500.000 vacas de papá; es por lo que contrabandea jíbaros que se le caen al océano y siembra la muerte en Longchamp. Porque el tipo muy bien, morocha, no conseguirá en su perra y castigada vida abolir el azar, pero igual sabe, te diré, que el azar, por noción matemática y álgebra pura, tal cual él mismo demostró, es imposible, no tiene cabida, no es, no está; es a lo sumo un foul. El Lepo lo demostró de manera palpable mediante complejas y alambicadas ecuaciones. Ecuaciones, me dijo una vez, que él mismo había planteado, elaborado y resuelto, si es que el nombre es correcto y las palabras son adecuadas.

-Ecuaciones, ¿ah? A más b más c y tal.

-A más b, morocha, y tal, en efecto –dice Santiago-. Ecuaciones, Chinatis. Ecuaciones, álgebra, no versitos ni golpes de dados. Y otro tanto vale en cuanto a Darwin y su falaz y optimista evolucionismo, que el Lepo consideraba tramposo y trascartón. El Lepo los pensaba masacrar, al teoreta y su teoría, pero no porque se trate de volver a las verdades bíblicas, que según el Lepo son pura paja mental, un espeso jarabe semítico, ornamenticie judaica, no, sino para implantar la ley verdadera, que es la de la caducidad. Porque todo sucumbe, Chinatis, hete ahí. Y ojo, que el Lepo no llega a estas conclusiones por ir y mirarles el pico a los pájaros allá en las Galápagos...

-Allá por allá, ¿ah?

-...sino, viejito, con fórmulas de pizarrón, matemática en su más prístina pureza.

Santiago se queda callado unos instantes, como si cavilara sobre el horrible desatino en que consiste la fatalidad. La Coca, mientras, me besa en el cuello, me pasa la lengua y me respira su tibia ebriedad.

-Mi amor, ¿ah? –me susurra e incita-. Hoy sí que te aprovechas, ¿ah?

-Pobre Lepo –digo yo, por decir algo y fingir que no oigo.

-¿Pobre por qué? –se indigna y acalora Santiago-. Vos qué sabrás, Chino. ¿Vos acaso le has escupido la jeta a Dios? ¿Lo has hecho? ¿Un escupitajo en toda la inmortal, abyecta y putrefacta faz?

-El Lepo sí, ¿ah? ¿Con la flautecín, profesor?

-El Lepo es claro que sí, morocha –dice Santiago-. Y no con ningún flautecín, símbolo fálico que se te ha quedado grabado en la hermosa testuz, sino con el álgebra, que es neutral y asexuada, y con la tabla de logaritmos, que nunca supe qué es. Por eso lo matan así, ¿por qué si no?

-¿Lo matan quiénes, profesor? Dios, ¿ah?

-Las incansables tejedoras –dice Santiago-. Un tipo, Chinatis, sacá cuentas, con el labio partido, sin medio paladar –se agarra y sacude sucesivos dedos-, feo, flaquito, contrahecho, lleno de taras y carencias, de falencias, traumas y complejos, con toda la boca podrida y su labio retorcido, que va y qué hace, morocha, ¿eh? Pues va y nada menos que le escupe la Falaz Semblanza a Dios, Su Hocico, Su Vil y Secuaz Nariz.

-Por qué secuaz, ¿ah?

-De modo que es fatal, y él lo sabía, por cálculo y algoritmos básicos, sean lo que corcho sean, que el tipo termine mal, porque si no termina mal él termina él con la humanidad en general, o por lo menos con su arrogancia, lo que tal vez fuera de agradecer o al menos de disculpar, pero que Dios, que por lo menos es probable, ya que no hay ecuación formal que lo abolezca, aún no consiente ni tolera. Esto me lo decía el Lepo, Chinatis.

-Sin medio paladar, ¿ah? ¿Cómo hacía, profesor?

-Nos entendíamos, morocha –dice Santiago-. Aprendí a entenderlo, Chinatis. Son 8 meses y pico de vernos a diario, como quien dice, de pasar-nos las horas. Fijate vos, Chino, si habremos sido amigos, pero amigos de veras, viejo, que a veces me quedaba tan absorbido por las ecuaciones

del Lepo y por sus leyes de la caducidad y de la subcensión de las especies que se me volaba el día sin apenas darme cuenta, y lo grave, verás, sin echarme qué ni un polvo, ni siquiera medio polvo, mirá.

-Te podías haber muerto envenenado, Santiago, qué imprudencia.

-Medio polvo como será, ¿ah?

-El Lepo afirmaba que, caso que Dios exista –dice Santiago-, entonces él estaba frito. Y Dios cabe que exista, según el Lepo, porque no hay ecuación que lo resuelva, es decir que lo equipare con cero y lo suprima. Por lo tanto, aunque no demostrable, Dios no es descartable; es problemático acaso, pero no desechable. ¿A vos qué te parece, morocha?

-Yo estoy ebria, profesor, ¿ah?

-El Lepo se proponía –dice Santiago- fundir en una sola sus leyes de subcensión y caducidad, más su refutación de la cuantificación del azar, como él la denominaba, y una vez fundidas y traducidas a un lenguaje inteligible para el vulgo, darlas a conocer. Contaba para ello, por supuesto, con mi fácil pluma. Todo lo cual, morocha –el muy bestia se sigue dirigiendo a la Coca, que ya está medio groggy de resultas del licor-, convertiría las religiones en un circo, la historia del hombre en un chiste malo y la moral, la economía y las costumbres en el hipo ridículo de un chimpancé borracho.

-Con licor de pera, comandante. Acariciamé, ¿ah?

-Altro que la Bomba Hache, morocha –dice Santiago-. Fórmulas algebraicas, matemática pura, la tiza y el pizarrón. Según lo que yo alcanzo a entender, la ley de la caducidad viene a demostrar que la humanidad es una cifra aleatoria (fijate vos los adjetivos que el Lepo encontraba), una cifra aleatoria de valor nada menos que ene negativo, que se pierde entre filas y filas de magnitudes mayores dentro de una ecuación que cubre tres paredes. Una porquería, vamos, una minucia, un eructo, un estornudo, nada.

-Yo siempre lo he sabido, profesor, ¿ah? Ni lo hemos sido ni lo somos ni lo seremos nunca, comandante. Besamé, ¿ah?

La Coca se me prende del cuello y me aplasta sus labios a ciegas por la nariz y las mejillas, me muerde en el labio y jadea y lloriquea y se aparta de la cara largos y negrísimos cabellos; se ríe entre lágrimas de alcohol.

-Después del Lepo –dice Santiago- ya no es cuestión de descender de nada ni de nadie. Al fin y a la postre, y por mucho que haya irritado a los severos teólogos y a los padres de familia numerosa, así como a sucesivos gobernadores texanos, la teoría evolucionista es algo bastante digno; es enaltecedor casi. No, morocha. Afrontemos con valor la cruda verdad.

-Y cuál es, ¿ah?

-La de que ni siquiera se trata de descender –dice Santiago- sino de subcender. Sub, Chinatis –subraya-. Sub, he ahí, esa partícula; un odioso prefijo. El hombre, en realidad, la llamada especie humana, no es ni siquiera una especie sino una subespecie, caso parecido al del Tyrannosaurus Rex, de tan triste como llorada memoria. Somos, según los cálculos del Lepo, una rama en trance de sucumbir sin dejar rastros; una rama condenada, desde su origen, a una virulenta y espectacular caducidad, una pertinaz decadencia, un continuado proceso de pudrición en el que ya estamos embarcados. De hecho lo estamos desde mucho antes de que Cristo naciera. Existen leyes, fórmulas y ecuaciones que demuestran –añade Santiago, con énfasis-, que demuestran, morocha –repite-, que si este mundo miserable y mareante en el que nos hallamos tiene un dueño y señor no es éste el hombre, claro que no, ni por lo más remoto, como tampoco lo son ni la rata ni la bacteria, que al fin y al cabo, y cuando menos, nos producen asco y miedo, respectivamente. No. No, no, Chinatis. No, carajo. El amo, el patrón secular de este planeta es un insecto de no sé qué pestilente fangal del Amazonas...

-Por allá, ¿ah?

-Un bichejo endémico de un perdido fangal del Amazonas –recalca Santiago-, que pasa 19 años y 312 días en estado de larva y oruga para después revolotear 3 minutos, aparearse y sucumbir. ¿Te percatás, hermano? Hete aquí que el improbable pero no descartable Dios, caso que exista, creó este mundo para que lo rijan, el día designado, aquel remoto bicho, y caso que Dios no exista es aún peor, porque si Él no creó a tal efecto al mencionado insecto, lo crearon, en su lugar, las leyes perfectas de la mecánica celeste, la secreta maquinaria motriz del universo. ¿Y sabés vos qué, Chinatis? El universo, según el Lepo, cuenta no de 3 ni de 4 ni siquiera de 5 dimensiones, sino de 16 dimensiones; 9 de ellas colapsadas, eso sí. Se aprende mucho con los sabios, te diré.

-Colapsadas por qué, ¿ah?

-¿Cómo querés que yo lo sepa, morocha? –se lamenta Santiago-. Para eso hay que conocerse al dedillo la mecánica de los cuanta, la teoría de la relatividad, la macroteoría de las hipercuerdas y las 3 leyes de la transgravitación de la materia, que son ladrillo fino, de difícil digestión. En tales actividades se involucraba y desmesuraba el Lepo entre carrera y carrera de caballos, viviendo en piojosos cuchitriles y afectado de dispepsia, gastroduodenitis crónica y una lista de pestes y miserias que llenaría Finlandia. Y encima las deudas y los malditos acreedores, es claro, porque guita que ganaba, y eran miles y miles de francos por mes, Chinatis, no te creas, guita que agarraba con la diestra se la jugaba con la zurda a los caballos, con la apoyatura teórica de todas sus ecuaciones y con el fuego graneado de su cerbatana, para demostrar, por sobre todas las cosas, que el azar no existe, que es imposible, una entelequia o peor aún, una colossal estafa, y muy bien, de acuerdo, el azar no existirá, no lo dudemos, pero si el Lepo, con su labio retorcido mata a un difuso jeque árabe y no a un caballo determinado, ya me dirás qué se puede demostrar. Quién demuestra qué así, a ver.

-La cerbatana es trampa, profesor, ¿ah?

-A mí –digo yo- me parece que la trampa es el azar.

-Lo mismo decía el Lepo –cabecea asombrado Santiago-. ¿Vos de dónde lo has sacado? ¿Vos cómo lo sabés?

-Lo obtuve –le digo yo- por trigonometría y cálculo diferencial. Pi al cuadrado por la velocidad de la luz al cubo.

-Andate a freír espárragos, haceme el favor.

-Acariciamé, ¿ah? –me llama adormilada la Coca, entredormida en realidad, en sueños.

Resulta, Marisa, pues, como has visto, que el Lepo Paz pisa un escalón flojo en París y Santiago Massini se personifica en Madrid, bajo el alias de Sheridan Gómez, profesor panameño y doctor emérito, experto de la Fao y bocho de la Unesco, para mandarse un discurso del que sólo tiene un miserable renglón. Como se le paga en dólares, considerada su indiscutible valía internacional, y como además se lo piden con la mayor amabilidad, el pseudo Sheridan Gómez y pseudo científico (una doble impostura, por lo menos, y hasta triple, en el caso de que consideremos la interrumpida existencia del Lepo Paz) acepta intervenir en un coloquio sobre prensa artesanal, actividad que ignora en su más absoluta totalidad, en el decurso del cual coloquio, como muy pronto me voy a enterar, se manda un discurso improvisado sobre la caducidad de las especies, la subcensión del homo sapiens y los 19 años y pico de vida larvaria del Rey de la Creación, creado a su imagen y semejanza por el Altísimo, según afirma el orador, De modo que imagínense ustedes, señoras, señoritas y señores, lo que será de verdad la tenebrosa faz de Aquel Que Todo Lo Ve y Todo Lo Escucha. Los humildes artesanos del mimeógrafo y del ciclostil se quedan entre pasmados, aturdidos y aterrados, ajenos además como sin duda lo son a toda complejidad especulativa de corte filosófico/teológico, mientras que entre los oyen-

tes y asistentes florecen y se multiplican las más encontradas opiniones respecto a tan inesperado energúmeno con gafitas.

-Es un encanto de tío –le oigo pronunciar a Nuria, una venezolana.

-El coso resultó un jodón –insiste Farreño.

-¿Tú de dónde lo conoces, comandante? –me pregunta Lea-. ¿De Panamá, quizá?

-El profesor Gómez –digo yo, muy serio- residió 12 años en Montevideo, princesa. Viene en su curriculum.

Transmito así, sin harta convicción, te confieso, el dudoso argumento que ha lucubrado Santiago para justificar su marcado acento rioplatense.

Por la tarde de aquel martes 22, entonces, y hasta bien avanzada la noche, nos dedicamos, Santiago y yo, a preparar y redactar su discurso sobre la perpetuación de la entropía, que en principio estaba previsto que fuera una conferencia más dentro del ciclo del congreso, pero que terminará por convertirse, tal como lo supondrás sin esfuerzo, en una espesa carnavalesca con gafitas. Nunca, corazón, el Foro Internacional de Prensa de Madrid se habrá parecido tanto al tablado de la Plaza Maquinista Salmerón, de Montevideo.

-A ver si le metemos y terminamos con esto de una santísima vez, Chinatis –me apremia Santiago, aquella tarde del martes-. Ya sabés que todavía tengo que descargar el veneno y maldito sea si sé en dónde, con quién, porque a la peruana vos no la cedés, supongo.

-Sos un suponedor infalible, viejo –le digo-. Y aunque la cediera no creo que ella consintiera. Vamos, seguro que no.

-Siempre la puedo violar, Chino.

-Por lo demás todavía es temprano. Tenés tiempo de sobra para encontrar una razonable colaboratriz.

-Vos, Chinatis, que conocés sin duda esta caprichosa metrópolis como la palma de tu mano, aconsejame –dice Santiago-. ¿Dónde puedo ir a probar fortuna?

-Yo te recomiendo –le digo- el Colegio Mayor Nuestra Señora de la Gloria de Indias.

Santiago me mira con cara rara, se rasca en el pescuezo, sacude los inmensos hombros y se concilia con el puerco mundo mediante un sorbo generoso de pisco helado.

-Te hablaba en serio, hermano –me dice.

Parece preocupado y aun triste, y puede que acaso ya a medias envenenado.

-Yo también hablo en serio –le digo-. La verdad es que no sé de ningún otro lugar. Te garantizo que en la cantina del colegio mayor siempre abunda el material a disponer. Cierra a medianoche.

Oídas estas reconfortantes palabras, Santiago se tranquiliza y me sonríe. Llena con pisco helado los 2 amistosos vasos, a lo que añade, en el suyo, el jugo de un limón entero, que exprime por mitades con la mano.

-Muy bien, Chinatis –me dice-. Manos a la obra entonces. Ponete a pensar.

Sola en una cama de 2 plazas, pared de por medio con nosotros, con sus ropas arrugadas, los labios reseco y la respiración entrecortada y pesada, la Coca duerme su borrachera con infinito candor. Estamos en su casa, corazón, que yo piso por vez 1ª.

-Lindo bulín, che –comenta Santiago al entrar.

Se trata de un apartamento con un solo dormitorio, que está en el piso 23 del edificio más alto de Madrid, que queda en el centro de la ciudad y está lindero con una plaza que luce sendas estatuas de don Quijote y Sancho Panza, más una fuente de varios platos superpuestos donde se arraciman y

fotografían turistas, procedentes de los 5 continentes y el Japón. El lugar se llama Plaza de España.

En el mentado edificio, que tiene 24 pisos, del piso 20 más o menos hacia arriba existe una especie de oasis de permisividad; es un nidal de forasteros y, por lo tanto, un antro de perversiones. Lo habitan, por lo que sé, franceses, alemanes, italianos y también los más variados especímenes de otras muchas razas más o menos degeneradas. La Coca, que yo sepa, es la única y resplandeciente representante de la América pobre, de la América bárbara, del continente mestizo de Caupolicán y Cuauhtémoc al que le cantaba Rubén.

-Llevamé, ¿ah? Ahora ya, comandante –balucea la Coca, entredormida en mis brazos.

-Ya estás, princesa. Home sweet home.

-Llevamé en tus brazos a la cama, comandante –me manda la Coca-. Upalé, ¿ah? Hoy sí que te aprovechas, comandante. Hoy al fin, ¿ah?

La carga, lo tengo que hacer, porque la desterrada princesita incaica se niega a mover un pie. La dejo intacta en la cama, eso sí, sobre la tersa y limpia sábana, que despide una ligera fragancia de lavanda y almidón. La cubro con una manta ligera, le acaricio el cuello de cisne y la espalda hasta los omóplatos al tiempo que ella monologa desvaríos.

-Desnudamé, ¿ah?

-Eso no, princesa –digo yo, inseguro de que ella me oiga siquiera-. Las flores que se arrancan se marchitan.

-Desnud, ¿ah?

Por último la Coca se relaja y se duerme. Entonces salgo al salón, cuyos ventanales se abren sobre un sórdido, si bien lejano, paisaje urbano de azoteas y chimeneas. Hacia el sur, no obstante, descubro un bosquejo verdiazul que luego he sabido que se llama Campo del Moro, ni más ni menos.

Santiago, por su parte, ya ha localizado en la nevera una botella escar-chada de pisco legítimo, made in Perou, y vierte generosos chorros en sen-dos vasos. Sobre la mesa del salón ha colocado una estilizada máquina de escribir de aire frágil y moderno.

-La pucha que te aprovechás rápido, Chino –me dice-. Speedy Balcár-cel, te tendrían que llamar.

Después de encabalgadas digresiones y sucesivos circunloquios he-mos conseguido enfrascarnos, mal que bien, en el trajín de facturar algo co-herente, que pueda tener aunque sea una lejana conexión con la perpetua-ción, la entropía y el matraz de los medios de difusión, cuando atardece y la Coca da señales de haberse despertado. A poniente, el sol se sumerge en el horizonte entre pinceladas rojigualdas, de los colores mismísimos que lleva la bandera de la Madre España. Flamea otrosí una verídica bandera españo-la, allá debajo, en el frontispicio venerable de algún edificio público.

-¿Comandante? –se oye la voz, pared y puerta a través- Estás aquí, ¿ah? ¿Vienes?

-Parece que te requieren, Chinatis –dice Santiago-. A mí, te diré, me llaman de tal guisa y atravieso la pared.

-¿Comandante? –repite la Coca, llamándome con la voz como de sue-ños de ayer- Estás aquí, ¿ah? La Te Ve, comandante. Enciendelá, ¿ah? ¿Qué hora es?

-La Te Ve –mastica Santiago-. Ahí tenés, Chino. Satélites y rayos lá-ser –exclama-. Dejame a mí.

No sé qué extraña concatenación de ideas lo habrá llevado hasta allí, y no entiendo a dónde quiere ir a parar, pero él parece muy contento y muy seguro, lleno de optimismo. Silbotea fragmentos de tangos, se remanga las mangas de la camisa, se afloja más aún la corbata ya floja y se cierra y se abre el botón del pescuezo.

-Andá con tu dulce amiga y dejá que papá haga el gasto de materia gris, muchacho –me sugiere.

-¿Qué diablos vas a hacer con la entropía? –le pregunto.

-¿Vos creés que habrá alguien, en aquella patota, que sepa lo que significa entropía? –se pregunta retóricamente Santiago-. Yo me sospecho que la torcida intención del Lepo consistía en disfrazar, bajo su largo rótulo, perpetuación de la entropía y etc, una exposición más o menos críptica de su ley de la caducidad.

Santiago ya teclea con la máquina mientras habla.

-Entropía –golpea con un dedo sobre la mesa-, caducidad, decadencia. Son todos sinónimos, mal que bien. Fijate en un diccionario, si desconfiás de mis conocimientos. Calor por fricción rotatoria –añade, con una semi-rosnrisa-. Por las dudas metemos un trompo gigante en el cielo, un satélite, un giróscopo perpetuo, ¿qué te parece? Vos dejame y andá; tu amiga se va a creer que el Chino Balcárcel, terror de las alcobas montevideanas, se ha vuelto un toro capado en la madre patria, y el prestigio de la República Oriental rodará por los suelos. Andá, carajo.

No iré, corazón –no tendré ya tiempo, por lo demás.

Desde la puerta ahora abierta del dormitorio la Coca nos mira, me mira de lleno a mí con una expresión al principio abotargada y ojerosa. Lleva aún sus ropas arrugadas y está descalza y despeinada. Mechones larguísimos se le adhieren a la cara y ella los aparta con nervioso ademán. Me hace, por último, un muequecín enfurruñado, de rabieta pueril.

-Te llamo y llamo y no vienes, comandante. Temí que ya no estuvieras, ¿ah?

-Estoy, princesa –le contesto-, bien lo ves. Soy fiel.

-Lo eres, ¿ah? –dice la Coca-. Me llevas a la cama y me dehas ahí, comandante. Soñé que, ¿ah? ¿Sabes qué?

-Si me lo quieres decir, princesa...

-Que estaba desnuda en tus brazos, ¿ah? Eres un canalla, comandante. Es igual, ¿ah? Me voy a bañar.

Parada apenas a un paso de mí, ladeada la cabeza, con la lengua aliviando morosa la sequedad cuarteada de los tentadores labios, la Coca inhala, exhala y parpadea. Siento que me llega como una brisa húmeda el calor de su piel y su carne.

-La Coca –me dice- se siente relegada, negligida, ultrahada y vieha, Balcarqué.

Se ríe.

-Un baño y como nueva, princesa.

-Besamé por lo menos, ¿ah?

La Coca se adhiere a mí y se arquea, de cintura para arriba, echada hacia atrás. Me enlaza del pescuezo con los brazos y se impulsa hacia arriba, entreabierta la boca y entrecerrados los ojos.

-Así, ¿ah?

Se suelta, se mordisquea suavemente en el labio, enseña en una sonrisa apagada la doble hilera de marfil parejito de los dientes y se encoge de hombros. Los senos empujan la tela que los cubre, nítidos los pezones.

-Balcarqué –vuelve a decir-. Ay, ohalá, ¿ah?

Se da vuelta y se va, a paso rápido. Cierra tras ella con fuerza la puerta; el cuarto de baño está anexo al dormitorio.

-Balcarqué dice Santiago.

Desparrama los dedos sobre el teclado de la máquina de escribir, aunque sin rozarla.

-La gran siete, Chinatis –dice-. Las mujeres, siempre lo he sabido, están locas de remate, pero el de esta hermosísima criatura es caso grave. Vos erigido en Galahad, no sé por qué deformada creencia y con qué secretas y

retorcidas intenciones, y ella sacudida de ansiedad y atenazada por un comprensible estupor. ¿Qué buscás?; ¿que se enamore? Yo llego a ser mina y me pasa algo así con un tipo como vos y me zambullo allá en la fuente. 23 pisos. No está mal.

-Vos dale pedal a tu giróscopo perpetuo, profesor, y dejate de joder.

-No te entiendo, Chinatis. Sos torcido, siempre lo has sido, pero hay límites, ché. La decencia... –dice Santiago.

-No es cosa tuya, hermano.

-No, es claro que no –dice Santiago-. Tal parece que te las filibustiás a todas menos a la nostálgica peruanita. En fin, allá vos –añade-. Hay gente peor, supongo –se resigna-. Suerte que no soy mujer, como dice el maestro. Conocés la muy citada frase: ‘Ni negro ni judío ni petiso ni mujer’. Se lo agradezco tantísimo al improbable aunque no imposible Dios.

DOCE

El congreso se clausura, por la tarde del viernes 1 de junio, con un 2º discurso, este de calurosa despedida, que pronuncia el mismo rampante y acartonado ministro que ya se hiciera responsable, tiempo antes, de tributar-nos la (calurosa) bienvenida. Yo, como comprenderás, al cabo de la calle en cuanto al espectáculo, me decanto una vez más por la cantina del Centro Cultural, donde me apalanco, a solas conmigo mismo, en el consabido rincón del mostrador. Pronto, sin embargo, se me acopla Nico.

-Tienes una expresión, Balcárcel, que da pavor –me dice- ¿Te encuentras mal?

-Callate, presidente larval –le digo yo-. Estoy harto, ¿entendés?

-España cansa –filosofa Nico-. Es una triste pero irrefutable verdad.

-Más me canso yo, Nico. Estoy harto de mí, en realidad.

Aquella noche, postclausura, Fermín recibía en su casa, a las afueras de Madrid, en un inesperado chalet de gran jardín, a un grupito seleccionado de congresuales, en el que nos incluía a la Coca y, para mi perplejidad, a mí. La invitación se me cursó, por vía oral, en la cantina, una vez finiquitado el discurso ministerial de despedida.

-Es sólo una pequeña reunión informal, comandante, de camaradería –me anuncia Cristina, que oficia de mediatrix-. Fermín se quedará muy dolido si no asistes.

-¿Por qué, princesa? –le pregunto-. Quiero decir que por qué yo, por qué se me invita a mí.

-¿Por qué no, comandante? –sonríe Cristina- Conoces a Fermín, creo yo –añade-. Fermín, por si no te has dado cuenta, siempre antepone las veleidades del corazón a los dictados de la cordura, y tú le has caído más que bien, pese a todo, como a mí. Eres quizá un libertino con ribetes de anarquista, e inclusive de nihilista, pero tienes, ¿cabe duda?, una profunda y perceptible calidad humana.

-Mirá vos, princesa –le digo-. Sorpresas así son lo que hace pasadera la vida.

-Por otra parte, comandante –dice Cristina-, para esta noche eres invitado de Fermín, a título personal, y no del Centro Cultural ni de ningún otro organismo oficial. La de esta noche pretende ser una reunión privada, entre amigos. Una reunión de fraternización, distendida.

-Me estás dando un mensaje, princesa, lo advierto. Podés estar tranquila. Me voy a portar bien. ¿Hay que ir de corbata?

-Puedes ir como te plazca, comandante, a no ser que pretendas ir desnudo –se ríe Cristina-. Y por supuesto llevarás a la Coca contigo. 9 menos cuarto nos encontramos en Fandango, la tasquilla, ¿sabes cuál?

-Sé cuál, princesa.

-Estarás allí, comandante, ¿cierto?

-¿Quiénes más van a ir?

-Unos 10 o 12, más o menos, del grupo de congresistas. Y yo, por supuesto –se ríe Cristina-. 9 menos cuarto, no se te olvide.

Cristina se despide con un beso soplado y yo me quedo en mi lugar. Nico se ha perdido por las burocráticas entrañas del edificio, para realizar no sé qué gestión, y la Coca se ha ido con unos compatriotas suyos. Volverá, según me ha dicho, en un ratintín, ¿ah? Son las 6 menos 20.

Conozco a Fermín, claro que sí; lo conozco, digamos, todo lo poco que se puede conocer a una persona, no ya a lo largo de una vida ni en 10 años (cuando no se los conoce para nada) sino en 5 semanas (cuando se los puede conocer bastante). Lo conozco sin duda, me digo, pero su invitación, no obstante, no deja de sorprenderme.

Estoy con Lea Larue y otro par de congresuales, en torno a una mesa, cuando vuelve la Coca, sobre 7 y media. Viene muy pimpante y sonriente; se sienta junto a mí y entrelaza sus dedos con los míos.

-He hablado con Cristina, comandante –me informa-. Nos vamos, ¿ah?

-¿Van esta noche a casa de Fermín? –nos pregunta Molín.

-Yo voy también –dice Lea.

Rubiecita y aniñada, con ojos de color celeste, Lea da un sorbito amañado a un vaso con crema de menta, a juego con el vestido verde que lle-

va.

-Dime, Coca –pregunta, con una vocecita estilizada y un timbre tan suave como falaz.

-Qué, ¿ah?

-¿Es tuyo el comandante?

-Pon que sí, ¿ah? ¿Por?

-Porque te engaña, Coquita –se ríe Lea-. Conmigo, por ejemplo, ¿sabes?

-Conque sí, ¿ah? Tú guárdate, Lea. Se lo pido yo y el comandante, te lo advierto, no te vuelve ni a mirar.

Nos vamos los 2. Yo ya tengo hasta mi ropa en el piso 23, corazón. Y la Coca me ha comprado, de regalo, la corbata que yo pensaba no llevar esta noche. Me la muestra en su apartamento y me la cuelga del cuello, yo ya bañado y vestido.

-Hazte el nudo, comandante –me dice, y agrega-. La Lea, ¿sabes tú?, me irrita. Un día me hará enfadar y entonces qué, ¿ah?

-Vos sabrás, princesa –le digo-. Vos mandás.

-Mando yo, ¿ah? –se ríe la Coca.

9 menos cuarto ya estamos todos los invitados en el lugar prefijado para encontrarnos. Queda a tiro de piedra, o sea, del Centro Cultural. Poco después de las 9 nos empezamos a embarcar en sucesivos taxis para casa de Fermín. Entonces me entero de que queda en un lugar que se llama Las Rozas, tal cual, corazón.

Yo espero el último taxi, con la Coca y otro par.

Desde hace tiempo me cavilo la intención de darme de baja en cuanto al periplo final por Andalucía. Pienso informar de lo cual a Fermín esta noche, de modo que acaso le sirva para alegrar la velada. La Coca me ha hecho saber, horas antes, su decidida oposición.

-Si tú no vas, comandante –me ha dicho-, la Coca tampoco lo hará, ¿ah?

-Eso, princesa, se llama extorsión.

-Llámalo como te plazca, comandante. Si tú no vas yo no voy, ¿ah?

-Nos quedamos entonces en Madrid, princesa, los 2. La idea, te diré, me empieza a tentar.

-Y a mí, ¿ah?

Todavía estamos en el piso 23, con mi corbata nueva. Nuestro idilio, como es de suponerse, ya no sigue por el casto derrotero del principio, ya que la cosa se precipitó la noche misma en que despedimos a Santiago en el aeropuerto. Espero que en su momento te lo haré saber con algo más de detalle (y toda mi sabida circunspección, por supuesto).

A Fermín, para mi infinito estupor, no le hace gracia ninguna mi intención de no sumarme al safari andalucí. Después de que le comunico la noticia, con la idea, según te he dicho, de darle una pequeña alegría, el desconcertante boxeador letrado frunce las cejas y me mira con aire de reproche.

-No me dejarás así colgado, Balcárcel, váleme Dios –me dice-. Tienes que estar el día fijado en el maldito autocar, hombre de Dios. Se me amotina la mitad del regimiento si tú no estás.

-La mitad femenín, ¿ah? –se ríe la Coca. Mezcla sus aéreos y gráciles dedos con los toscos y primarios dedos míos-. De modo, comandante, que iremos por fin, ¿ah?

-Tal parece, princesa.

El resultado, Marisa, por el momento es Sevilla, luminosa y coral, desde donde te escribo el lunes 11 de junio.

Vuelvo atrás, corazón. Vuelvo a la fecha concreta del jueves 24 de mayo, al momento (por la tarde) en que estamos, la Coca, Santiago y quien suscribe, en la cantina (otra vez) del Centro Cultural Hispánico. Los 3 estamos sentados alrededor de una mesa que Nico ha dejado no hará ni 3 minutos. Santiago bosteza, ya que casi no ha dormido. Afirma que se mantiene de pie sólo a base de whisky y café. No está muy seguro de lo que hará, si marcharse a París hoy mismo, sin demorarlo más, o si quedarse en Madrid como último plazo hasta mañana.

-Por qué tanta prisa, profesor, ¿ah?

-Compromisos contraídos, morocha. Y el trabajo.

-¿Qué trabajo, Santiago? No embromes, ¿querés?

-¿Cómo que qué trabajo? Mi trabajo, caramba. Porque yo trabajo, Chinatis, ¿qué te habías creído? ¿Creés que vivo del aire? Trabajo todos los días, te diré.

-En qué, ¿ah?

-En France Presse –dice Santiago, con indudable vehemencia-. En el Departamento para América Latina de France Presse. El subdirector del departamento, Chinatis, no sé si lo sabías, es Maragall.

-Algo me habían dicho, en efecto –reconozco-. ¿Vos qué hacés?

-Colaboro –dice Santiago-. No cumplo horario, si es lo que querés saber, pero trabajo. Le hice una entrevista al Chueco Alcorza, también conocido como Serafín, el mes pasado. El Chueco está en Bruselas, viviendo como un pachá, dicho sea en honor a la verdad. Tiene a 4 guardaespaldas alrededor, todo el tiempo.

-El Chueco quién es, ¿ah? ¿Un actor?

-Un histrión, en todo caso –sentencia Santiago-. Es el Jefe Militar del Movimiento de Liberación Nacional, llamado también el Ejército de las Sombras, Los Muchachos, el Soviet de las Cloacas, los tupamaros y la Or-

ga, como otrosí se los llama. Habrás oído hablar de los tupamaros, morocha.

-Quién no, ¿ah? –dice la Coca-. Y tú conoces al tal, profesor.

-Yo y tu comandante –dice Santiago-. Hablamos de vos con el Chueco, Chinatis –añade-. Off the record, es claro. El Chueco se niega a reconocer que perdió una guerra, ¿sabés? Se niega a aceptar que el ejército los derrotó, que los barrió, que los echó a patadas de la ciudad y del país. Se enfureció cuando yo meramente lo insinué. Me dijo que se trata sólo de un repliegue táctico, de carácter pasajero. ¿Qué me contás?

-De locos –digo yo.

Hablamos de asuntos vagos un rato más. En determinado momento, empero, sentado como está de frente a la puerta de acceso a la cantina, Santiago se endereza y enarca las cejas.

-Mamma mia, Chinatis –dice-. Mirá quién viene ahí.

-Quién, ¿ah?

Mamma mia, corazón, en efecto; es Enrique Olsom, ni más ni menos, que entra en el local, acompañado además por Fermín, con su imprescindible Cristina al flanco, como suele.

-Páfate, Chinatis -vaticina Santiago-. Se cayó la estantería, me parece.

-Por qué, ¿ah? ¿Qué estantería, profesor? Explicamé, comandante.

-No hace falta, princesa. O mucho me equivoco o lo verás con tus propios ojos en cuestión de instantes.

Correctísimo, habida cuenta de hallarse en presencia de un renombrado científico de prestigio universal, por muy extravagantes que sean sus teorías, Fermín saluda al pasar.

-Buenas tardes, doctor Gómez –dice-. Y a vosotros, buenas os sean también, válame Dios.

-Se le agradece, Iriturrigoncelaya –dice Santiago.

-Se llama Ibarbengoitia, profesor –lo corrige la Coca, no por 1ª vez y a sabiendas, además, de que no sirve de nada.

-Ese hijo de Satán, Chinatis –dice Santiago- será nuestra tumba. ¿Cómo no me avisaste? ¿Cómo me traés aquí? ¿Sabías que me lo podía encontrar? En tal caso sos un suicida, te diré, y me arrastrás a mí también a la perdición.

Santiago se refiere, como entenderás, a Enrique Olsom, a su inesperada aparición. Enrique anda distraído, lo normal en él, con las gafas en las metódicas manos y pisoteando, me digo, metafóricos charcos de las líricas pasturas; tal parece que fuera a seguir de largo, y, de hecho, sigue de largo unos pasos y luego, tal cual, se entepara, como en una comedia de Cary Grant, vacila unos momentos y se para del todo, al tiempo que sacude a los costados la estupefacta cabeza. Pienso que sin duda se dice que no es posible, que ve visiones, que sus ojos le han jugado una mala pasada, aunque al final se vuelve, acaso con temor de que sus ojos le confirmen lo que antes le han hecho malver y no, no puede ser, ahí hay algo que no acepta su razón. De frente ya a nosotros, corazón, Enrique se lleva una mano a la frente, abre la boca y la cierra y por último le apunta a Santiago con el dedo, tembloroso su brazo de indignación.

-Tú –dice-. ¿Qué haces tú aquí?

-Enrique el Pundonoroso –masculla Santiago-. ¿Cómo está usted, profesor Olsom? –saluda en voz más alta.

-Veo que conoces al doctor Gómez, Enrique –interviene Fermín, muy complacido.

-¿Qué doctor Gómez? –inquire Enrique.

-El doctor Sheridan Gómez, váleme Dios –dice Fermín-. ¿Os conocéis de mucho?

Confundido, cabe que atónito, Enrique parpadea; se lleva la patilla de sus gafas a la boca y le clava los colmillos.

-Pe –dice-. ¿Qué?

-No nos gustan los cornetas, profesor –dice Santiago, con un siseante timbre amenazador.

-Esperá –lo atajo, por las dudas-. Lo mejor será, Fermín, que te exponamos la cruda realidad de la situación.

-¿Qué cruda realidad, válame Dios? –pregunta Fermín-. Usted, doctor Gómez –se dirige a Santiago-, ¿conoce al profesor Olsom?

-Qué doctor Gómez ni doctor Cuerno Quemado –estalla Enrique-. Este individuo –le apunta ahora a Santiago con sus celebérrimas gafas- ni se llama Gómez ni es doctor en nada, como no sean naipes marcados y dados cargados, mujeres y licores.

-Oye, Enrique, válame Dios –se sobresalta Fermín, más angustiado por momentos-. Has tenido alguna horrible confusión –afirma-. Este caballero, válame Dios –se retuerce las manos-, no es otro que el notable astrofísico y bioquímico del que te he hablado hace escasas horas, el doctor Sheridan Gómez del Panamá, que nos ha brindado, válame Dios, ha tenido a bien, una magnífica, qué digo, una memorable pieza oratoria en el día de ayer. ¿No es así, Cristina? –interroga a su factótum-. Que el Celeste Tirano me fulmine aquí mismo si miento, válame Dios.

-Del Panamá –dice Enrique-. Del Panamá –repite-. Qué corchos del Panamá, caramba –vocifera-. Tú –fulmina a Santiago con la mirada-, Masini, ¿del Panamá? Haz el favor de explicarte, ¿quieres?

Allí aún lo veo, corazón, de pie, muy erguido, con la patilla de las gafas de nuevo entre los caninos, y tal parece que me retrollevara al aula del 3° C del liceo Josefina Estrázulas, clase de literatura. Enrique carraspea, se engalla y encocora y da 2 o 3 pasos. En el momento menos pensado, me di-

go, se lanza a enumerar la simbología que subyace en los versos de la Eneida.

-Aclaremos de una vez este equívoco, Massini –dice-. Hágame usted el bien.

De golpe no lo tutea, corazón, te habrás percatado. Santiago, bien lo conocés, nunca ha sido lo que se dice un espíritu reflexivo, proclive a la concordia ni amigo de la ponderación, y aunque en realidad está muy lejos de ser violento, con el tamaño que tiene es siempre de temer. Lo miro mientras tabalea con 2 dedos como pistones de grúa sobre la lámina de cristal que recubre la mesa.

-Estoy a la espera, Massini –dice Enrique.

-Mejor que no te metas, profesor –le contesta Santiago, y se gira para mirarme-. ¿Cómo se te pudo ocurrir traerme aquí, Chinatis? –se queja- ¿Por qué no me avisaste que nos podíamos topar con este colosal y caleidoscópico intelectual? –acto seguido se vuelve a girar, para enfrentarse de nuevo a Enrique-. Vos –le propone- andá a cincelar sonetos, a corregir exámenes, a pronunciar soflamas, a leer la Biblia o a dirigir el tránsito en la esquina, lo que prefieras menos venir a inflarme a mí con tus aires. Yo ya no estoy en edad estudiantil, aunque vos tal vez no te hayas dado cuenta todavía. Tengo 33 años, casi 34, mido 2.09 y peso, en calcetines, 158 kilos. Que tu equívoco te lo aclare tu reverenda bisabuela.

Es igual, Marisa, corazón: lo que son los reflejos condicionados; mucho me temo que vivimos en un universo de cobayas pavlovianos. Por mucha alharaca y mucho gritorreo, lo genuino, verdadero e incontestable es que Santiago, lo mismo que yo, se vuelve a sentir aquel desamparado alumno de liceo que fue una vez. Sus 2 cero tanto, sus ciento y tantos kilos y sus 30 y tantos años, corazón, son bah, palabrerío, minucias, nada.

-Tú, Balcárcel –Enrique se dirige ahora a mí-. ¿Qué maldito complot urden ustedes 2 aquí? Lo quiero saber ya.

Yo, corazón, me pliego, resigno y abandono toda resistencia; ¿de qué serviría? Es verdad que ya no somos liceales, que ya no somos jovencitos, pero también lo es que Fermín, a estas alturas y vistas las circunstancias, se merece por lo menos una explicación.

-¿No te importa, Fermín –le pido-, que nos desplazemos todos a tu mesa reservada? Creo que lo más honesto es que pongamos las cartas boca arriba, sin escamoteos.

-Válame Dios, Balcárcel, muchacho –exclama Fermín, compungido y solidario-. ¿En qué fregado te has metido ahora?

-En el mismo que vos, Fermín, según me temo.

-Válame Dios.

-Usurpación de identidad, cuando menos –dice Enrique-, y con fines que ya veremos, porque aún los ignoro, pero que columbro ilícitos.

-Mirá, profesor

Santiago se yergue en toda su estatura, en toda su descomunal arquitectura, con el evidente propósito de mirar a Enrique de arriba abajo, aunque yo ya sé que de nada servirá.

-Mirá, viejo –le dice, algo amansado; lo de prever.

Se vuelve a sentar.

-No se le puede, 1º, usurpar la identidad a un muerto, y menos todavía, 2º, cuando dicha identidad ni siquiera era la suya verdadera. 3º, profesor –añade, agresivo pero ya sin convicción-, el problema no te atañe ni de refilón.

Los 2 se miran. Después de medio minuto de silencio, que parece medio siglo, Santiago se levanta las perneras del pantalón y trata de cruzar las larguísimas piernas, sin conseguirlo; se lo impide la mesa.

-¿Está claro? –dice.

Ni él mismo se cree que con este letárgico aspaviento se evapore la difícil coyuntura. Enrique sólo sonrío, corazón. Produce o se concede una ligerísima sonrisa, casi la sombra en realidad de una. Es la imagen, me digo, del que se sabe ganador por knock out técnico.

-¿Qué muerto, doctor Gómez? –pregunta Fermín, con la cara, a estas alturas, ya un poco pálida.

-Sí, sí, a ver –exige Enrique.

-El muerto –dice Santiago-, en fin. Es el doctor Sheridan Gómez, mi querido Inzaurre. Aunque –se apresura en añadir-, en realidad no se llamaba así. En fin –repite-. Supongo, Chinatis, que de aquí salimos engrillados los 2.

-Los 3, ¿ah? –se sulfura la Coca- Yo cuando menos soy cómplice, ¿ah? Y por qué no, ¿ah? La causa es justa, nadie lo podrá negar. ¿O no, comandante? Díselos tú, ¿ah? 2 pobres señoras viudas, 3 huerfanitos hambrientos, un indigno cuchitril, Ibarbengoitia. Es para llorar, ¿ah?

-¿Se puede saber, Diego –me pregunta Enrique, con un tono y una actitud casi amables-, de qué habla la señorita Hum?

-Llopis –le digo yo-. Numen Llopis, ciudadana del Perú con vocación universal. Coca para los amigos.

-Está por verse si el señor Hum lo es, ¿ah?

-Enrique Olsom, señorita Llopis –dice Enrique, muy amansado-. Espero sinceramente merecer su simpatía, no obstante la desconfianza que siento hacia los 2 caballeros que la escoltan y flanquean.

Se inclina un poco hacia la mesa, con Fermín y Cristina un paso detrás de él, ambos aún aturcidos. Nosotros 3, con la Coca en medio, seguimos sentados alrededor de la mesa; es una pequeña mesa redonda que está en un rincón.

-¿Y bien, Diego? –pregunta Enrique.

-Muy largo de contar, profesor –digo yo-. El quid –añado- reside en la ajetreada existencia del Lepo Paz, hoy difunto.

-¿Alejo Paz Reverdito? –pregunta Enrique- ¿Me estás diciendo que ha muerto?

-Hace un par de semanas, Olsom –dice Santiago-, en París.

-Vaya vaya –cavila Enrique-. Vaya qué cosa –dice como para sí-. ¿Alguna enfermedad?

-Un escalón flojo y litro y medio de marc –dice Santiago.

-Qué desgracia, caramba, pobre hombre –dice Enrique-. Aunque reconocámoslo: la humanidad no pierde gran cosa.

-Qué sabrás vos, provinciano –le reprocha Santiago, de nuevo levantándose, al tiempo que se ajusta con un dedo las gafitas (no sé cómo ni por qué le han saltado de súbito del bolsillo a la nariz)-. El Lepo tenía la mejor cabeza de su generación, que también es la tuya. Él mismo me lo decía.

-¿Te lo decía? –pregunta Enrique-. ¿Cómo hacía?

-Nos entendíamos –dice Santiago.

A Enrique, a pesar de su actitud suficiente, me da la impresión de que la noticia lo ha conmovido. Se queda algo dubitante, pensativo, al tiempo que golpetea con la patilla de las gafas en sus incisivos. Acto seguido, los 6 en grupo, nos desplazamos a la amplia mesa reservada de Fermín, en torno a la cual nos repartimos, la Coca a mi lado, Santiago junto a ella y yo en el usual rincón entre 2 paredes.

Fermín, por lo que veo, no ha salido todavía de su abismada perplejidad, y Cristina parece groggy, aunque en su caso la causa no es la desdoblada personalidad del doctor Gómez sino su cercana presencia física. Cristina mira al de las gafitas, parpadea, se sonroja, lo desmira con esfuerzo y lo vuelve a mirar y desmirar.

-Alejo Paz Reverdito –dice Enrique-. Éramos algo más que congéneres, a decir verdad. Fuimos condiscípulos en el Liceo Francés, y más adelante yo fui novio de su hermana Inés, la menor, la que después se metió a monja.

-Motivos tenía –dice Santiago-, después de haber sido novia tuya, profesor.

-Alejo –Enrique ni lo ha escuchado- siempre hizo gala de tener una inteligencia superior, pero también un carácter extraviado, un talento mal encauzado. Era un individuo tramposo, tortuoso, y un jugador empedernido. En cierta medida supongo que es de disculpar, habiendo nacido con tamaño handicap.

Fermín, por su parte, parece emerger poco a poco del marasmo. Se encarga de preguntar, por turno, lo que la gente desea beber y traslada luego el pedido a un camarero que espera, bandeja de latón contra un costado, cabe a la mesa.

Fermín, te diré, es un tipo feísimo, pero con una fealdad importante, de gran señor. Viudo una vez y 2 veces casado, siempre lleva una corbata negra y viste trajes sobrios, de confección, usualmente con chaleco. Aquella tarde, su decorosa fealdad se acentúa por una color amarillenta en lo blanco de los ojos, rayados además por venillas rojo pálido. Mira a Santiago con un poso de temor, así como de aturdido y vacilante respeto.

-Doctor, usted –dice-, váleme Dios. Quiero decir, doctor Gómez –traga aire-, que usted es, qué duda cabe, el doctor Sheridan Gómez, no puede ser otro, el reputado científico panameño, váleme Dios, 2 veces candidato al Nobel, según tengo entendido.

-3 –puntualiza Santiago, con ejemplar brevedad.

-¿Lo veis? –exclama Fermín-. Usted es –afirma, recalcando el verbo-, sin duda, el doctor Sheridan Gómez, tonto de mí. Tú, Enrique, ¿lo ves? No

es ningún otro, no puede ser otro.

-Lo soy, Unzueta –dice Santiago-. Muy otro, en honor a la verdad. Y créame que lo siento.

-Vamos, doctor –se ríe Fermín-. Usted bromea –se tironea, ya cadavérico, de la corbata-. Si yo, válame Dios, lo recibí en el aeropuerto y vi con estos ojos su colección de diplomas y doctorados, según tuvo usted a bien enseñarme, al igual que la carta que yo mismo le escribí y a la que usted respondió, en su día, de una forma tan ponderada, doctor, tan conceptuosa.

-Puro fraude, Fermín, caramba –se impacienta Enrique.

-Déjelo usted hablar, profesor, ¿ah?

-Mi carta –dice Fermín, indignado- no es ningún fraude, válame Dios.

Se tironea un poco más de la corbata negra, sacudiendo y moviendo en círculos la cabeza, y enseña alrededor una brillante y perfecta dentadura, toda muy pareja, de acrílico, me digo, de la mejor calidad. Fermín tose en su puño, carraspea un poco y trata de encontrar las palabras del caso; las precisas, las adecuadas.

-Si el doctor Gargallo, válame Dios –dice-, que asistió a su conferencia, doctor, a la conferencia, como él se encargó de señalar, de su notable y brillante colega de Panamá –mira a Enrique-, atraído a escucharla por la sólida reputación de éste –se sonríen ahora al mirarse, mesa de por medio, Santiago y él-. El doctor Gargallo me transmitió, al finalizar la conferencia, por mediación de Cristina, aquí presente, que no me deja mentir, sus muy calurosos plácemes, anticipándome además su intención de hacer llegar una corta aunque elogiosa reseña al periódico *Arriba*, vocero del Movimiento. Un hombre, válame Dios, de la relevancia del doctor Gargallo, que es el vicepresidente 2º del Instituto Nacional de Investigación y Ciencia, nada menos, con sus influencias –la voz se le apaga un poco-, válame Dios. ¿No es

así, Cristina? –inquire-. ¡Cristina! –repite, una octava más alto-. Cristina, espabila, niña de Dios.

Tras un instante, Cristina desciende de su ensoñecido limbo, sonrío y se sumerge dentro de un gran vaso de batido de vainilla que le acaban de traer.

-Cierto –dice por fin, con la boca aureolada de espuma amarilla.

-¿Lo veis? –dice Fermín, como si así quedara eliminada toda razonable duda sobre la autenticidad del celebrado científico-. Me cuesta el cargo por lo menos, válame Dios –añade en seguida, más centrado en la penosa realidad-. Un hombre como Gargallo, con su insufrible vanidad. Maldito sapo infatuado, válame Dios.

-Pomposo borrico viejo –dice Cristina-. Me transmitió sus encendidos plácemes, en efecto –se sonroja suavemente-, pero también aprovechó para insinuármeme, patrón. Me hizo sugerencias deshonestas que yo, por supuesto, fingí no entender.

Le suelta a Santiago una torpe risita, de timbre casi casquivano. Santiago, que está frente a ella, la mira con sorprendido a la par que creciente interés; la mira con abierta curiosidad; y yo la miro también. La veo, en realidad, te diré, como a una mujer nueva, distinta de la de ayer. Aquí, en esta tarde de un jueves, Cristina está casi linda, casi hermosa, y se muestra tentadora además, fuera de toda duda. Se muestra tentadora de verdad, corazón. Es así: las glándulas secretan sus péptidos y ésteres, los centros hormonales envían señales a la piel, a los ojos, las manos y los labios; la transforman, Marisa. No es la 1ª vez ni será la última, espero, que asisto al proceso, a la fascinadora metamorfosis del patito feo.

-Ya me olía a mí –tercia Enrique- a patraña y chamusquina, te lo advertí, ese atrabiliario doctor Gómez con esas descabelladas teorías que tanto te impresionaron, Fermín

El profesor Olsom subraya sus palabras mediante golpecitos, con las gafas, contra el reborde del cristal que protege la mesa.

-A mí –dice-, desde el vamos, te lo dije, me pareció un personaje disparatado, así como me parecieron grotescas sus teorías. ¿Cómo no sospeché, estando Diego aquí? –se pregunta, cavilante.

Me está mirando a mí, corazón. Posa en los míos sus anodinos ojos pardos y da golpecitos ahora acusadores en el filo de la mesa.

-Tú, Diego –me dice-. ¿Cómo no me di cuenta ya entonces, no bien escuchar las exaltadas glosas de esta vasco iluso –le pone una mano amistosa a Fermín en el hombro-, que detrás de tal comedia tenías que estar tú? La aleve mano del Chino Balcárcel, mi protegido; caramba, mi recomendado. ¿Te das cuenta, Diego? Lindo borrón en mi hoja de servicios. ¿Qué tienes que alegar en tu descargo? Te recibo con los brazos abiertos, paso por alto el desmán que cometes en Cercedilla con esa chica Manón, la hija de Remigio Latcher, el pintor, y en lucha con la voz de mi experiencia te consigo una plaza en el congreso de Fermín. Tú me lo pagas así.

Si espera que me defienda, que le brinde explicaciones y le pida mil perdones va frito. No lo hacía en el liceo; menos lo voy a hacer ahora después de una vida entera. Nos miramos los 2, mesa de por medio, y Cristina se vuelve a reír; raja con su risita, punto menos que desvergonzada, el silencio denso que se ha hecho en torno. Toda arrebolada, Cristina se revuelve en su asiento. Recostada en mí, la Coca tiende una lenta mano y abre y separa los largos dedos carnosos, fabricados para prodigar caricias.

-Nadie –dice, hablando despacio y con inusitada precisión-, desde que empezó el congreso, ha tenido la deferencia de hacernos siquiera sonreír en sus coloquios, ¿ah?, debates y conferencias, a excepción del doctor Gómez. ¿Tanto importa que sea falso? A mí no, ¿ah? Si es un impostor pues muy

bien, ¿ah? Y lo digo, constesé, como parte interesada por mi condición de oyente. Sea quien sea me parece lo más bien, ¿ah?

-Y a mí –se suma Cristina.

-Válame Dios –palidece más todavía Fermín-. El doctor Sheridan Gómez, por lo que creo haber entendido, ha muerto, en el mejor de los casos, y en el peor ni siquiera ha existido. ¿Me equivoco?

-Murió hace ya dos semanas –corroborra Santiago-. En París.

-¿Otro escalón y más whisky? –pregunta Cristina.

-No era whisky –dice Santiago-. Era marc, que es un horrible y venenoso licor francés. Pero por lo demás, criatura, mismo escalón, mismo licor. Sucede que el Lepo Paz Reverdito, de quien ya se ha dicho algo, y el doctor Sheridan Gómez, eran una misma, única e indivisible persona.

-Oh, qué bien –dice Cristina, algo aturdida por la mirada del gigante, fija ahora en ella.

-Válame Dios –dice Fermín.

La exposición verídica de los hechos, completa y detallada aunque asaz enrevesada, se prolonga más de una hora entera en la cantina del Centro Cultural. Santiago se explaya a su gusto sobre la caducidad de las especies, la definitiva abolición del azar, la subcensión del ser humano y el Coleóptero Divino de los fangales amazónicos, e inclusive arriesga sesgados y laterales pormenores sobre la ola de muertes que diezmó de jeques árabes y lores judíos el Palco de Honor de Longchamp.

-Válame Dios –dice Fermín, una vez completada la confesión-. Pues apañados estamos si se descubre el pastel, Cristina.

-Por qué se tiene que descubrir, ¿ah? –apunta, sagaz, la Coca.

-Yo en tu lugar, patrón –propone Cristina-, jamás me pondría a la defensiva, que es la peor estrategia. Pasaría al ataque.

-Válame Dios, ¿y con qué armas, niña de Dios?

Cristina mira de soslayo a Santiago, que por su parte la mira a su vez con atento aire hipnótico. Saberse el centro de la atención general ruboriza a la muchacha, que desvía los ojos hacia la lustrosa y repulida superficie de la mesa.

-Tu mejor arma es el doctor Gómez –dice-. ¿Sabes qué, patrón? Programa una 2ª conferencia del doctor para mañana, en el hueco que ha dejado el embajador Jiménez del Real. Verás tú si se registra o no un lleno histórico. ¿Tú qué opinas, comandante?

-Un lleno histórico, en fin. Como si fuera el estadio del Real Madrid –digo-. La idea no es mala, aunque tiene sus riesgos.

-Quien no corre riesgos no merece vivir, ¿ah?

-Nos la jugamos, váleme Dios –dice Fermín-. La causa es noble y se lo merece. Estás inserto en el programa de mañana, Gómez, muchacho, o cualquiera que sea tu nombre. El hueco que nos ha dejado Su Excelencia el embajador, quiera Dios que le capote el aeroplano, lo ocuparás tú. Santo remedio, váleme Dios. Has tenido una idea de aúpa, Cristina, digna de todo encomio. Sí, señor.

-No sé, Berinduague, si me dará el tiempo –interviene Santiago, con una rara dosis de mesura- para preparar, con el rigor debido a tan alta tribuna, esa 2ª conferencia.

-Yo te puedo ayudar si quieres tú, doctor –se brinda Cristina-. Siempre y cuando, es claro, me autorice el patrón.

Fermín asiente sin vacilar, aunque algo distraído; Santiago mal disimula una sonrisa lobuna; Cristina está encendida de arreboles; Enrique se ensaña a dentelladas con sus gafas y la Coca, impetuosa, impulsiva, mujer al fin, y mujer tropical, para mayor abundancia, se le prende a Fermín del cogote y le estampa por la cara sonoros y repetidos ósculos.

-Eres un ángel, ¿ah? Eres soberbio, Ibarbengoitía. Eres un sol, ¿ah?

-¿Cómo saber –aventura Enrique- que las 2 viudas y los 3 infradotados no son otra patraña de estos dos desmandados aventureros?

-Válame Dios, Enrique –le reprocha Fermín-. Serán lo que serán más no por ello dejan de ser caballeros.

-Haldudos hay caballeros, en efecto –incide, venenoso, Enrique.

-A ver si aprendés de Zarrasqueta, profesor –dice Santiago.

-Alejo Paz Reverdito –rememora Enrique-. Muerto. Vaya qué cosa.

La conferencia de aquel viernes 25, corazón, lleva un título solapado, artero y mendaz. Nada menos que Ventajas e Inconvenientes de la Composición Periodística Computarizada. El contenido de la conferencia, te imaginarás, bordea lo escabroso, cuando no cae en ello de lleno. El salón, abarrotado, tal como ha pronosticado Cristina, tiembla y amenaza desmoronarse a fuerza de vivas y aplausos. Terminada la sesión vespertina, se agasaja al conferenciante con una larga, agitada y tumultuosa despedida, de la cantina del Foro a sucesivos locales públicos. Ya de noche, lo acompañamos, con Cristina y con Fermín, al aeropuerto; la Coca, faltaría más, viene conmigo.

Una vez en el aeropuerto, y a la espera del último vuelo tardío para París, que tardará en despegar más de una hora todavía, a tenor de los informes oficiales, y que encima se retrasará casi otra hora más, nos repartimos los 5 alrededor de una mesa rinconera, cerca de un gran ventanal que da hacia las pistas, y Santiago se manda el gesto y el gasto de convidar. Exaltado, Fermín hace proyectos, que nos incluyen a todos los presentes, con vistas a futuros seminarios y congresos a su cargo, al tiempo que a Cristina la envuelve un aura de ensimismada melancolía.

-Sacudiremos esta amodorrada España en sus cimientos –vaticina Fermín.

Cristina asiente sin oírlo, sentada junto a Santiago. Están los 2 juntos desde ayer por la tarde y han pasado juntos la noche de ayer, bajo el pretexto de preparar la referida conferencia, aunque no es difícil imaginarse en qué habrán gastado lo mejor y mayor de sus fuerzas.

Hoy Santiago se despide; mañana, con la excursión a tierras abulenses, empedradas de buenas intenciones y holladas por la santa con el santo a su vera, Cristina volverá a ser la eficiente ejecutiva y factótum del congreso, una muchacha la mar de simpática, sonriente en todo momento, ni siquiera bonita pero encantadora, la misma de antes, aunque acaso no del todo. No del todo, corazón, porque nunca es gratuito –nadie es inmune.

-Pífanos y timbales –dice Fermín-. Saltimbanquis, cantaores, bailaoras, korrikolaris y bersolaris, todos a una, válame Dios.

Santiago lo mira con curiosidad quasi científica, y Cristina, a su lado, sonríe con vaguedad. Pienso que es harto comprensible que se sienta melancólica y así, como apagada.

Observo otrosí que Santiago, de a ratos, me mira a mí con una expresión entre suspicaz y admonitoria. También a la Coca la mira, con algo indefinible en su mirada que acaso, me digo a disgusto, sea compasión o piedad así como una obvia, discernible simpatía o inclusive, pienso yo, ¿por qué no?, una legítima, una verídica ternura –la Coca se hace querer, corazón, te diré.

Yo me empiezo a irritar sin saber muy bien por qué, lo que arroja como resultado que me irrite más todavía. Llega para colmo el momento en que, bajo el obstinado escrutinio silencioso de Santiago, la Coca se empieza a incomodar, no encuentra ya acomodo en el mullido sillón a mi lado y se ríe como a destiempo. Nerviosa, en una vuelta, al ir a levantar su copa tumba con el brazo la mía; se queda tan consternada, a causa de ese minúsculo

incidente, del todo insignificante, que advierto que está a punto de llorar; se retuerce los dedos, se revuelve en su sillón, me mira abochornada.

-Vaya cosas, tonta que soy, ¿ah? Perdón.

Se levanta y rodea la mesa, rumbo al fondo del hondo salón. Corre, o poco menos, por el suelo de baldosas romboidales. 3 minutos después regresa; la veo salir del lavabo de mujeres desde la remota pared terminal. Viene sonriente y más relajada, y antes de sentarse me revuelve el pelo con una mano. En su brazo entrecrocadas pulseras.

-Pues sí, Chinatis –dice Santiago.

El aire está enrarecido, y no sólo por la inminente despedida del aparatoso conferenciante. A Fermín el entusiasmo se le agota poco a poco; su parloteo declina y al final se interrumpe. Varias veces Fermín anuncia su propósito de irse, ‘Porque mañana, váleme Dios’, dice, ‘tenemos que madrugar’. Pasada la medianoche por fin se decide, se ajusta la corbata, dice ‘Bien’, se tira de los puños de la camisa, ‘Bien bien’, se pone de pie, besa en un lado de la cara a la Coca y le tiende la mano a Santiago, que se la traga con la suya, de pie él también. Cristina se incorpora a su vez, casi diminuta ahora, como más pequeña todavía al lado del inmenso corpachón del sedicente astrofísico.

-¿Vamos, Cristina? –propone Fermín-. Mañana a las 10 en la puerta del Centro Cultural, Balcárcel, váleme Dios. Te hago a ti responsable por los 2, Coquita.

-Vamos –balbucea Cristina-. Sí, creo que es lo mejor.

Santiago los acompaña y los 3 se pierden en una esquina. La Coca me agarra una mano con las 2 suyas.

-Cristina, la pobrecín, ¿ah? Y yo también, ¿ah? A mí también me espera tal, comandante, no lo niegues. Día llegará, ¿ah? Mientras tanto, ¿a qué pensar? También a todos nos llegará morir, ¿ah?

-No te preocupes, princesa –le digo yo-. Bien se sabe que para vos, a la larga, todos somos Sotoqués. Te lo he dicho ya antes y te lo repito ahora.

Santiago regresa al poco rato y se queda de pie cabe a su asiento, fijos los ojos en la Coca.

-Se queda muy triste Cristina, profesor –dice ella.

-Más te valdría, morocha –dice Santiago al sentarse-, pensar en vos misma, me parece.

-Lo hago, profesor. No te creas, ¿ah?

-Estás muy contenta no obstante, morocha –dice Santiago-. Tan feliz y sonriente, ¿se puede saber por qué?

-Andalé, profesor –dice la Coca-. Si tú lo sabes muy bien, ¿ah?

-Pon que sí, morocha –la remeda Santiago, burlándose-. Creo que por eso mismo será más duro al final, ¿ah? ¿Cuántos años tenés?

-¿Por qué lo quieres saber, profesor?

-Contestá, morocha.

-22, ¿ah? –dice la Coca-. Cumplo 23 en agosto, el día 12, bajo el signo de Leo. Ya me sé cuidar yo sola, profesor, ¿ah? ¿Sabes tú? Soy mayorcín, ¿ah?

-Vos sabrás, morocha –Santiago bebe un trago de su vaso, que contiene whisky ya aguachento-. Ah, Chinatis –me dice, y me da un palmetazo en una rodilla-. El mundo, ya sabés, sólo les da importancia a los que se dan importancia a sí mismos.

-A cuento de qué lo dices, profesor, ¿ah?

-A cuento de que en Montevideo es fácil hacerse notar. Allá somos pocos y todos mal que bien nos conocemos. Aquí en Europa es muy distinto, y bien se sabe: el que no llora no mama.

-Yo jamás me he dado importancia –digo yo.

-Por eso mismo, Chinatis –dice Santiago-. Si no te la das no comés. No sos nadie, vamos –y agrega, con voz diferente, más lenta-. Nos hacemos viejos, Chinatis. La gran 7, ché. Decime una cosa, Chino, ¿no sentís remordimientos?

-Callaté, ¿ah? –interviene la Coca.

Lo mira, te diré, con el iris de los ojos conflagrado, ardiente. Santiago sacude los hombros, bebe otro trago de su vaso, aplasta y retuerce el cigarrillo que fumaba en el cenicero. Lo desmenuza luego con una mano, acaso no tan grande (me digo) como el Ducado de Luxemburgo.

-Lo que me intriga, Chino, te confieso –dice Santiago-, es Marisa. ¿Cómo reaccionó, viejo?

-Marisa quién es, ¿ah?

-¿Cómo reaccionó con qué, Santiago?

-¿Te dejó venir así sin más? ¿No trató de impedirlo, de retenerte, de lo que fuera? No me lo creo, Chino. Yo también la conozco, lo sabés. No me lo creería jamás.

-Quién es la, ¿ah? –insiste la Coca-. ¿Tu mujer, comandante? ¿No se llama Isabel?

-Se llama Isabel, morocha, en efecto –dice Santiago-. Una muchacha muy dulce, muy hermosa además. Marisa es otra.

-Es quién, ¿ah?

-La prima carnal –dice Santiago.

Al rato se va.

TRECE

Veo gatos negros, Marisa.

Al tiempo que escribo estas líneas, en un bungalow de motel a las afueras del Puerto de Santa María, patria chica de aquel tal Alberti, el pueta, que le tiraba palitroques a su perro entre los árboles del Lomo de la Ballena, me basta alzar la vista y mirar, más allá de la mesa, para distinguir, bajo la vaga luz que viene del exterior, la cabellera negrísima de la Coca, que se abre y desparrama sobre la almohada, así como los contornos de su cuerpo desnudo bajo la púdica sábana con la que yo mismo la he tapado, no hará ni 15 minutos. Sentí no sé, me pareció como si pusiera una mortaja.

Tenía que pasar, corazón, y está muy bien. Me gustaba, lo confieso, aquel idilio inicial, sin manoseos, sin estremecimientos, sin saliva ni semen, sin mi piel con la de ella sudadas, pero puede que fuera (la mía) una actitud desviada, capciosa, enfermiza, una óptica deforme y deformante, caldo de desavenencias y malentendidos.

De vuelta del aeropuerto, con Santiago ya embarcado con rumbo a París, a bordo del taxi que nos devuelve a Madrid, la Coca se reclina en mí y me alienta en el oído.

-De hoy no pasa, comandante, ¿ah? –me dice-. Me da miedo, ¿sabes? Y sin embargo ya no podemos aplazarlo más, ¿ah? Ha sido hermoso, la verdad. Ha estado muy bien pero se terminó, ¿ah? Pasamos la página, Diego. Punto final, ¿ah?

Yo no le digo nada; lo sé tan bien como ella: punto final. De hecho, cada día me resultaba más difícil, se me hacía menos llevadero, me era a veces punto menos que insoportable conservar la serenidad y el imprescin-

dible distanciamiento. Y a fin de cuentas, me digo, ¿para qué?, ¿con qué fin?, ¿porque sí, nada más?’

Bastantes noches antes, cuando Santiago todavía no se ha parachutado sobre Madrid, estamos con la Coca en una adormilada tasca del casco antiguo de la ciudad, en la que 4 jubilados juegan al dominó, un perro de raza infecta duerme sobre el maderamen del suelo y el encargado bosteza.

-Estás muy callado, comandante –me dice la Coca-. Qué tienes, ¿ah?

-No tengo nada, princesa. Ni ganas de hablar siquiera, la verdad.

-¿En qué piensas, comandante? En tu mujer, ¿ah? En Luruguay? En qué, ¿ah?

-En nada concreto, princesa. Estoy muy bien así. Estoy de lo más bien, con vos al lado y los 2 callados.

-Quieres que me calle entonces, ¿ah?

-No, no, princesa. Podés hablar de lo que te plazca.

-¿Piensas en mí, comandante? –la voz de la Coca refleja un nuevo, desconocido temblor-. Quiero decir –vacila-, si piensas en mí alguna vez, ¿ah?

-Muchas, princesa. Más, en realidad, de lo que aconseja la prudencia.

Al rato salimos a la calle. La Coca me guía, de la mano, hasta una escondida plazuela de tierra, sin árboles, sin farolas, sin fuente ni estatua ni el repetitivo monolito con la inscripción In Memoriam, sin nada; a no ser, corazón, unos largos bancos de madera con la pintura descascarada, en los que, no sé por qué, me da la sensación de que nadie se ha sentado jamás, de que somos los primeros que nos sentamos allí.

Pues allí estamos entonces los 2, lejos de todo y en el corazón del Universo, envueltos por un silencio anestésico de páramo lunar. La Coca me tiene asida una mano y se recuesta en mi solapa; la siento joven y elásti-

ca, cálida y oferente. Es difícil contenerse, corazón. Yo a ella no le veo la cara, te diré, y sin embargo le adivino una sonrisa entre burlona y triste. La siento encogerse y aovillarse un poco.

-¿Qué hacemos, comandante? –me pregunta- Nos vamos a mi pisito los 2, ¿ah? ¿Qué dices?

-Mejor no, princesa.

-Hay un sofá, ¿sabes tú? Duermes allí, ¿ah? Si quieres, es claro.

-¿Dormir, princesa? ¿Hablás en serio? ¿Vos y yo solos bajo un mismo techo y yo dormido?

-¿Qué si no, comandante? –se ríe la Coca-. Dimeló, ¿ah?

Se lo digo, corazón; le murmuro obviedades que le provocan y le proyectan risitas.

-Puro hablar, comandante.

-Pelillos a la mar, princesa.

Días después, con Santiago ya en Madrid, lanzado a la ventura, el miércoles 23, si no me fallan los cálculos, ya el 24 mejor dicho, por la madrugada, vuelvo con la Coca de una recepción, del consabido banquete o vino de honor, de algo. Viajamos en taxi, vehículo ideal, y yo estoy a medias borracho. La Coca, más serena, aunque no con la más plena sobriedad, me anuncia muy seria que me va a dar un beso.

-Pero un beso de verdad, ¿ah? –especifica- A ver qué tal, comandante. Será el primer, ¿ah?

Después del beso, cernida por mis brazos de la cintura, la Coca se echa hacia atrás, tenso el cuello y caída sobre los hombros la larga y negra cabellera, y busca con sus dedos la botonadura de mi camisa; me desabrocha un botón y otro más, mete la mano por la abertura y me recorre la piel y me rasca suavemente con las uñas.

-Mejor que no sigas, princesa.

-Por qué no, ¿ah?

Igual retira la mano, corazón. Es miedo, según me dirá. Pienso que lo he notado casi desde el primer día: la Coca siente muchísimo más miedo que deseo, más miedo que pasión, curiosidad o que ninguna otra cosa. Ha retirado la mano y se desenlaza de mis brazos; se recuesta en el respaldo del asiento y me llama:

-Ven aquí, ¿ah?

Desliza sus dedos en mi mano y al poco los deslía; me agarra por el brazo, después por la nuca y me conduce, con suave firmeza, a descansar la cabeza sobre sus senos. Yo me resisto un poco y me trato de apartar, aunque a decir verdad sin hacer un gran esfuerzo.

-¿Qué te pasa, comandante? Tal vez tú no lo sepas pero toda mujer las tiene así de a par, ¿ah?

-No así, princesa. No como tu par.

Duermo en su casa esa noche; en el piso 23. Duermo en el sofá del salón. Atesoro pisco al lado del sofá, con la idea de embrutecerme de alcohol, tal cual se hace con tanta facilidad en infinitas novelas. Si no lo consigo, por mucho que bebo, supongo que se debe a que nací así, zafio y bestial. La Coca hace ya rato que se ha ido a dormir. Yo pienso si masturbarme y lo descarto –placeres tiene Onán, bien lo sé, pero aquí algo me frena; un extraño pudor.

Me levanto borracho y abro la puerta del dormitorio, corazón. Es ya al borde del alba, bajo los primeros rayos de sol; franjas brillantes de luz se cuelan por la persiana. Miro a la Coca dormir, entreabiertos los gruesos labios, con la sábana que apenas si le tapa la parte menor de su dorada piel desnuda; apretada entre los muslos tiene una almohada.

Me rehago, no sé cómo; ni siquiera sé por qué. Cierro con infinita cautela la puerta y al rato la vuelvo a abrir con sumo cuidado, voy hasta el

baño y me doy una larga ducha, que algo me enfría y serena y, al salir del baño, allí en el dormitorio mismo, veo que la Coca no sólo se ha despertado, sino que, sentada en un banquito, delante de la cómoda con el esperado espejo, se peina; se cepilla, mejor dicho, el cabello. Va envuelta en un salto de cama vaporoso, anudado a la cintura.

-No has dormido en toda la noche, comandante. Eres como los vampiros, ¿ah?

-Soy un Drácula menor, princesa, en efecto.

La Coca se pasa una larga mano por el cuello, de la base a la mandíbula, y se lo examina (el cuello), escrupulosa y minuciosamente en el espejo.

-¿Eres un Drácula qué, comandante? Vegetarián, ¿ah?

-Hace muy poco a punto he estado de romper mi dieta de zanahoria y cebolla, princesa.

-¿Con la Coquita, comandante? Y qué te detuvo si lo puedo saber, ¿ah?

-Dormías, princesa. Abrí la puerta y te miré, cuando amanecía. Dormís desnuda, princesa.

-Hace calor, ¿ah?

-Y además con una almohada entre las piernas.

-¿Serías tú, comandante? Tu doppelgänger, ¿ah?

-La pipeta, princesa. ¿De dónde sacás tamañas expresiones?

-Andalé, comandante.

La Coca se levanta, se cimbreo hacia mí y sigue de largo.

-Te hace un cafetín, ¿ah?

Miedo, corazón. También entonces lo advierto, lo siento latir en su piel. Pero ya es inevitable y yo lo sé. Me pregunto si lo sabrá ella.

Última escena.

De vuelta del aeropuerto, de despedir a Santiago, la Coca está de pie al lado de la cama, frente a mí. Me mira con los ojos muy abiertos.

-¿Cómo hay que hacer, mi amor? –me pregunta la Coca, temblorosa, en el dormitorio-. Tú dirás, ¿ah?

-Las flores que se arrancan se marchitan, princesa –le digo yo no por primera vez.

Ella ni me oye.

-Me deharás por lo menos -me pregunta, con una especie de súplica- que apague la luz, ¿ah?

A punto estoy de decirle que si tiene tanto miedo pues muy bien, se deja para mejor ocasión. No se lo digo, empero. Es capaz de tomarme la palabra y ya está bien, ya hemos ido más allá del punto de retorno esta noche, ya ninguno se puede echar atrás. Yo porque no quiero y ella porque, de intentarlo, yo no la dejaría.

-Mi amor, ¿ah? –repite la Coca, con voz trémula.

Extiende un brazo hacia la pared detrás de ella, tantea sin mirar en busca del interruptor y, cuando lo acciona, nos traga de súbito la oscuridad.

En Cádiz, punto final por ahora, el 17 de junio.

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.